

Cosa Mía

Beatriz Berrocal Pérez

Primera Edición: 2011

Presente Edición: 2023

© Beatriz Berrocal Pérez

www.beatrizberrocalperez.es

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet.

COSA MÍA

BEATRIZ BERROCAL PÉREZ

PRÓLOGO

La violencia de género contra las mujeres representa el símbolo más brutal de la desigualdad existente en nuestra sociedad como señala la *Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de medidas de protección integral contra la violencia de género*.

Denunciar los desequilibrios en la vida de las mujeres y visibilizar la *esclavitud femenina*, los mal llamados *crímenes pasionales* o la actualmente denominada *violencia de género* ha sido una ardua tarea de denuncia a lo largo de los siglos. Las mujeres y algunos hombres lo han denunciado a través de la escritura; en la prensa de la época o a través de la literatura, como ha quedado recogida en algunos de los cuentos publicados en el siglo XIX por Emilia Pardo Bazán.

Desde finales de los sesenta del siglo XX la violencia de género estaba en las agendas feministas de nuestro país. Por este tiempo recordemos que la legislación consideraba que los golpes que recibía una esposa se llamaban “corrección marital” y que un hombre podía dar en adopción a un hijo o una hija sin el consentimiento de su mujer. Destaca en este escenario la labor pionera de las organizaciones feministas que desde la fecha y hasta finales de los años 90 ocuparon el espacio reivindicativo y “asistencial” en lo que se refiere a la violencia de género. La muerte de Ana Orantes a finales del año 97 hace que se abra la conciencia social a las cuestiones que tienen que ver con la violencia de género. En años sucesivos se insiste al Gobierno con la solicitud de un *Proyecto de Ley sobre la violencia de género*, hasta que finalmente en el año 2004 se promulga la *Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de*

Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género. Es la propia LOVG la que reconoce la labor de las organizaciones de mujeres: *En la realidad española, las agresiones sobre las mujeres tienen una especial incidencia, existiendo hoy una mayor conciencia que en épocas anteriores sobre ésta, gracias, en buena medida, al esfuerzo realizado por las organizaciones de mujeres en su lucha contra todas las formas de violencia de género* (BOE 313:42166). Esta Ley viene a completarse años después con *Ley Orgánica 3/2007, de 22 de marzo, para la igualdad efectiva de mujeres y hombres* (LOIE).

Beatriz Berrocal no es ajena a esta historia de lucha por la erradicación de la violencia de género. Así lo recoge la autora en este libro titulado ***Cosa Mía***. La elección de un título tan simbólico nos lleva, de entrada, a reflexionar sobre cuestiones como la subordinación de las mujeres, la objetualización a la que hemos sido y somos sometidas y a insistir en la idea de que la violencia de género no es un asunto privado sino una cuestión pública.

Una obra que se inserta en un tiempo y un escenario actual, con un policía como protagonista y como hombre maltratador que no responde a un perfil único sino a un tipo de hombre de los denominados antidemocráticos o anti—igualdad que proliferan y que se han reactivado en este tiempo contra las políticas de igualdad que no solo se caracterizan por la violencia contra las mujeres sino también por la homofobia o el racismo. Sin embargo, este no es el único tipo de maltratador como insisten Miguel Lorente y muchos otros profesionales. No existe un perfil— tipo de agresor, lo que sí existe en un modelo social de masculinidad tradicional hegemónica que pone en riesgo a las mujeres y también a los propios hombres.

Como tampoco se establece el abuso de autoridad, la

violencia o la corrupción como características propias de la Policía, aunque en esta historia así lo establezca la elección de los protagonistas y de la trama. Es preciso señalar aquí que en España existen dentro de los cuerpos y fuerzas de seguridad unidades pioneras en la lucha contra la violencia de género como es el caso de la *Unidad contra la violencia de género de la Policía Local de Alcobendas (Grupo LUNA)*, formado por dieciséis hombres y mujeres especializados en atender los casos de violencia de género, constituidos como referente a nivel nacional.

En el compromiso de visibilizar la violencia de género se sitúa esta obra de Beatriz Berrocal que pretende hablar de los mecanismos de la violencia de género a través de una historia que supera la ficción, porque las condiciones de vida y de desigualdad de las mujeres en todo el mundo superan en muchas ocasiones la ficción. Un relato comprometido y arriesgado que mezcla una historia de violencia de género con una trama de novela policiaca que lejos de descargar la historia, la intensifica y la endurece.

Pero lo más importante de la novela es su intención pedagógica, de sensibilizar, de desenmascarar la hipocresía y la tolerancia social, la falta de atención integral a las víctimas y los estereotipos o mitos que se han elaborado en torno a la violencia de género y las víctimas, para ello, utiliza los reiterados discursos que aparecen en la novela para hablar con rigor de la violencia de género y sus consecuencias. Quedan reflejadas claramente las tensiones por intentar hacer de la violencia de género un asunto de mujeres o convertir la igualdad en un asunto “particular” demandado en exclusiva por determinados grupos o colectivos —como si las mujeres fuéramos un colectivo cuando representamos más del cincuenta por ciento de la población mundial— sin entenderla

como un derecho universal.

Utiliza con la misma sensibilidad los versos hechos poesía que aparecen a lo largo del relato como herramienta y como terapia de vida.

No es la primera vez que la escritora Beatriz Berrocal compromete su tiempo y su trabajo a este tipo de causas, denominadas “poco comerciales” pero de alto compromiso social. Lo ha hecho en anteriores publicaciones como *Al norte del Norte*, publicada por la Editorial Grup Lobher (2007) que trata la historia de Kamía, una niña que llega a las costas de España a bordo de una patera enviada por sus padres desde su país, Sierra Leona; *Muna*, Editorial Everest (2007) que relata la historia de una niña que procede de los campamentos de refugiados saharauis asentados en Tindouf (Argelia) y que viene a España a pasar el verano a casa de una familia española con dos niños; *Marioneta*, Editorial Everest (2005), una historia de bullying o acoso escolar escrita en primera persona por Alma, terrible protagonista de la violencia. Además de su participación junto a otras autoras en el libro *Cuentos de Mingabe* (2010), publicado por la “Asociación de Divulgación de la Fibromialgia” para dar a conocer la enfermedad de un modo más cercano y comprensible.

Leer este duro libro les permitirá acercarse a una historia de violencia de género escrita en boca de un hombre abominable, pero sobre todo piensen que dentro de la ficción encontrarán información real que les ayudará a identificar los diferentes discursos a favor y en contra de la igualdad, sus mecanismos y les facilitará un conocimiento fiable sobre una realidad convertida en una terrible lacra social como nos indican las cifras. Cifras que van en aumento y que desde hace unos años aparecen en un recuento oficial impulsado desde el año 1993 por la *Declaración sobre la eliminación de la*

violencia contra la mujer en donde se establece la responsabilidad de los Estados ante la violencia contra las mujeres reconocida como *un grave atentado contra los derechos humanos*. Porque como dice la periodista Rosa Pereda de Castro en un artículo de opinión publicado en *El País* en julio de 2010, titulado *Más muertas, más campañas machistas*: “Los guiris dicen que hay que ver, cuánto se mata en España. Es que las contamos, señor, suelo contestar. Y lo que no se cuenta, no se tiene en cuenta. España y Canadá las cuentan. Nadie más. Uno de los empeños de las feministas en el seno de Naciones Unidas es exigir a los países miembros que cuenten sus muertas. Muchos (países) se niegan”.

Para mí ha sido un gusto prologar este libro por el compromiso que muestra la autora como mujer de su tiempo a través de su amada tarea, la escritura.

Que este libro sirva como herramienta de lucha, contribuya a abandonar la tolerancia social de la violencia de género y permita avanzar en el camino hacia la igualdad, el único posible y común a todos los seres humanos.

De manera particular, que este libro ayude a dar voz a muchas mujeres para que un día digan basta y este día sea el comienzo del resto de sus vidas, en palabras de la autora y como deseo compartido.

Cristina Mateos Casado

Trabajadora Social y Socióloga, especializada en Análisis Político. Doctora en Periodismo. Profesora Asociada de la Facultad de Ciencias de la Información, UCM donde imparte en el grado de Periodismo las asignaturas "Comunicación y Género" y "Comunicación y Movimientos Sociales Contemporáneos". Profesora en

el Máster del Instituto de Investigaciones Feministas
"Violencia de Género: prevención e intervención desde
diversos ámbitos profesionales, UCM".

Cristina es una gran experta en el tema, pero ante
todo, es mi sobrina.

Gracias por soñar a mi lado este libro.

COSA MÍA

BEATRIZ BERROCAL PÉREZ

En buena hora me colaron lo de las mujeres maltratadas, no sé en qué estaba yo pensando cuando acepté.

Con el cuento de que en algún sitio había que ubicar al grupo de apoyo, Gamal o como se llame, que al fin y al cabo iban a terminar en mi unidad, que iba a ser provisional, que total, no me iba a dar trabajo porque lo iban a llevar todo ellas...

Cada día me arrepiento más de haberme dejado convencer. Pero claro, ¿qué iba a hacer yo cuando la orden viene de quien viene? Me empezó a dorar la píldora con que soy el que más experiencia tiene, que son muchos años de inspector jefe y sé cómo llevar las cosas, que es consciente de que me merezco ya otra categoría y, además, va a tratar de sacarme de aquí para que cuando me jubile esté en una comisaría de las grandes, que cada vez que hacen una reestructuración me tienen presente pero que no ha surgido la plaza que él quiere para mí...No, no tenía que haberme dejado convencer.

Cierto es que estas historias de las mujeres maltratadas están en auge, cualquiera que se implique ahora un poco con esos temas se gana los parabienes de todo el mundo. Y es verdad que conviene tener fama de sensible y solidario, o por lo menos, parecerlo, porque la verdad es que ahora solo se habla de las mujeres que

mueren a manos de sus parejas o de las que han sido sus parejas. Da igual que la gente muera en guerras inexplicables o que las mafias del este ajusten sus cuentas a balazos, solo se habla de la violencia de género. ¡Cuánta gilipollez hay que oír!

Todo el mundo se cree policía y hablan de órdenes de alejamiento, de partes de lesiones, de pruebas de ADN... como si fuesen expertos.

Ahora cualquiera puede cambiar de sexo, abortar, denunciar mal trato... ¿Dónde vamos a llegar?

Pero la culpa de todo esto la tienen los socialistas, esa pandilla de osos de peluche que ha convertido a España en la sucursal del tercer mundo, que das una patada a una piedra y salen tres moros, dos chinos, cuatro sudacas y cinco maricas. Si lo que pretendían eran llevarnos a la ruina social, lo han conseguido.

Y luego, cuidado con las mujeres, que en buena hora aprendieron la palabrita dichosa: feminismo.

Se han pasado de un extremo al otro queriendo ejercer de hombres sin serlo, y lo que no puede ser, no puede ser y además es imposible.

—Desde que han llegado las del Gamal a la comisaría, esto ya no es lo que era, señor Sotillo, con lo bien que estábamos solos...

—¿Y qué quiere que haga, Pinto? Vaya usted a decir a los de arriba que no quiere a las maltratadas en nuestras dependencias...

—No, si las maltratadas no me estorban, las que incordian son las de la unidad, que lo único que hacen es darnos trabajo...

Por una vez en la vida y sin que se entere, tengo que darle la razón a Pinto, y mira que no suelo hacerlo, pero no puedo llevarle la contraria. En los veintitrés años que llevo en este puesto, nunca había tenido tanto movimiento, vamos, ni en los treinta y uno de policía, tampoco.

¡Con que no me iba a enterar! Hay mañanas en las que nada más que llego al despacho ya tengo a Santolalla delante de mí con un taco de papeles más grande que ella para que los firme, y me dan ganas de cruzar el pasillo y prender fuego al dichoso Grupo de Atención al Maltrato, el Gamal de las narices. Lejos de eso, tengo que poner buena cara y hacer como que me impresiona mucho la cantidad de denuncias que hay y que incluso me interesa saber cómo va cada caso.

No puedo decirlo en alto, pero si la pegan, algo habrán hecho, digo yo...

«Conferencia de la Oficina de la Mujer: avances contra la violencia de género».

Cada día me convenzo más de que no me pagan bastante para todo lo que tengo que tragar.

¿Pero esto es normal? Todos aquí, con el lacito en la solapa, con cara de que lo que está leyendo la pelma esta

nos interesa muchísimo, de que no podemos dormir de lo preocupados que estamos con el tema... Llevo un buen rato luchando contra el sopor que me produce oír la hablar de cifras, de muertes, de denuncias... y venga números y números que a mí se me van acumulando en la cabeza y me producen un sueño que puede conmigo.

A ver, a ver, que parece que ya termina y ahora va a hablar el Supremo.

No sé quién le habrá escrito el discurso, pero ya se los podían hacer un poco más amenos, porque es repetitivo hasta decir basta, claro que es un tema tan traído y llevado que no se pueden hacer muchas innovaciones en él.

Lo de siempre: que es una responsabilidad de todos, que vamos a hacer no sé cuántas cosas para erradicarlo, que bla, bla, bla... Resumiendo, lo lógico en estos casos: prometer para cerrar bocas y dejar que pase el tiempo a ver si los de esta hornada nos jubilamos y que carguen con el muerto, o, mejor dicho, con las muertas, los que vengan detrás, que para eso son jóvenes y salen de las academias con ganas de comerse el mundo.

Estoy hasta arriba de tanta sensiblería y tanta tontería. Hasta el jefe tuvo que soltar la coletilla de que «desde aquí pido a todas las víctimas que denuncien».

¿Pero cómo que denuncien, Supremo? Venga ya, si lo que quieres es darme más trabajo, mándame a galeras, pero no me animes a las tías a que denuncien, que no vamos a dar abasto con el papeleo.

«Que tienen miedo de que las maten», dicen alborotadas. ¿Y los tíos no? Yo también tengo miedo de que me maten, de ir por la calle y me atraquen, de que me den un navajazo... ¿O qué pasa? ¿Que a los hombres no los mata nadie?

Menos mal que después de aguantar este tostón de discurso nos van a convidar a tomar algo. Tampoco será gran cosa, a mí, estas reuniones que son de pie y te van pasando los camareros con unas bandejitas llenas de pijadas no me van. «¿Gusta, señor?» Que dan unas ganas de decirle: «No, no me gusta ni lo de la bandeja ni tú, ya lo sabes, así que hala, vete a la cocina a por una pierna de lechazo, que es lo que tienes que hacer».

Mientras se deciden a salir con los canapés, el Supremo y Parra están hablando de lo mal que va el Madrid por muchos fichajes que haga, y estos otros... a ver de qué están largando... De política, sería raro.

¡Anda! ¿Qué ocurre ahí fuera? ¡Menudo barullo hay!

—Tranquilos, no pasa nada, es la manifestación por una víctima de violencia de género que hubo ayer.

Estos de Científica son de lo que no hay, yo no sé qué pintan en una charla sobre el maltrato, pero lo que más me ofende es que encima se las dan de listos. «Tranquilos», dice el muy payaso... Tranquilo tú, memo, que como estás con la plana mayor de la Policía respiras hondo ¿verdad?

—Están ahí con unas pancartas pidiendo más protección y no sé qué...

—Ah, bueno, creí que había pasado algo...

¡Ese es mi Supremo! Sí, señor, con un par, se da la vuelta y empieza a engullir pisolabis. Este no se mete en líos ni para disimular.

—Nada, más de lo mismo. Déjalas que protesten, ya sabes que las mujeres protestan por todo...

Juro por Dios que he hecho este comentario en voz baja, para que lo escuchasen solo los tres o cuatro que están a mi lado, pero lo ha tenido que oír la Garrido, porque me ha lanzado una mirada de esas felinas que lanza ella, que, si las miradas matasen, me hubiera dejado fulminado aquí mismo.

Maldita Garrido, lo mala que es y lo buena que está. ¿Pero a quién se le ocurrió poner una tía así al cargo del Gamal?

De las otras integrantes del grupo me acuerdo de Santolalla porque es la que me lleva los papeles a firmar, pero con las demás no tengo contacto, de lo cual me alegro. Son las asistentes sociales, administrativas, y todo eso, que van de buenas por la vida y ni lo son ni lo están.

A mí la que me mata es Lola Garrido, porque se las da de jefa y, aunque lo sea, me cabrean las mujeres que van todo el día por ahí ondeando la bandera de «yo valgo tanto como tú». No señora, no vales tanto como yo, no vales ni la mitad que yo, pero la culpa no la tienes tú, la tiene el cerebro pensante que cree que para llevar los asuntos de los malos tratos hay que poner mujeres. Craso error, las mujeres han nacido para ser mandadas, no para mandar, y no se puede ir en contra de la naturaleza, todo

lo que va en contra, está abocado al fracaso. Menos mal que por mucho que mande o se crea mandar, al final, si hay muertes, tienen que pasar todos los papeles por mis manos.

Condenada Garrido. Me mira con un odio acérrimo que me enciende, y ella lo sabe, es de esas que van de dignas, que están en contra del machismo pero que llevan minifaldas y escotes para provocar.

Para llegar a casa como un miura y encontrarme a mi mujer con dolor de cabeza.

No quiere, esta nunca quiere, pero me da lo mismo. Yo sí que quiero y punto.

Sueño con la Garrido, pero abro los ojos y no lo es, es esta, con la misma cara de *pansinsal* de siempre, que no sabes si es una tía o un corcho.

Poco le doy para lo que merece.

Sentir el hielo de su mirada,
sentir el frío cómo me empapa.
Mi voz que grita sin decir nada,
mis manos solo tapan mi cara.

Su aliento al rojo me abrasa el alma,
su voz profunda que me amenaza.
Mi llanto ahogado,
mi huida amarga.

¿Y no hay remedio para esta lacra?
Este silencio que me atenaza,
esta miseria, esta añoranza...
Mis manos libres están atadas.

S. Sotillo Sabariz

Hubiese preferido que en la puerta de mi despacho me pusieran «S.S.S.», como lo de Hitler, para impresionar, para que la gente se lo piense dos veces antes de llamar a la puerta, pero dijeron que no, que en todos los despachos se ponía la inicial del nombre y luego los dos apellidos. Bueno, no quise que rodasen cabezas, porque me trae al paio lo que ponga en los demás despachos, si yo quiero que en la puerta del mío ponga «S.S.S.», lo pongo y punto, pero al final lo dejé estar, al fin y al cabo, a la gente importante no la veo en el trabajo, quedamos fuera para comer o para cenar, que es donde se resuelven los problemas.

Además, ¿qué puede quedarme de estar en este despacho? ¿Seis meses? ¿Un año? Ni un minuto más, desde luego. O me dan por fin el sitio que me merezco a la derecha del Supremo, o me ofrecen una prejubilación en condiciones y que les den a todos.

¿Qué hago yo aquí, rodeado de ignorantes? Cada vez que abro la puerta veo a un lado la cara de Honorio Pinto y al otro la del amargado ese, el cenizo, el que parece un escarabajo pelotero, negro y arrugado, que lo ves y te dan ganas de tocar madera porque parece que se te va a fastidiar el día solo por haberlo mirado de reojo.

Dichoso Valdemoro, me da náuseas verlo. Mira que insistí para que me lo quitasen de ahí, porque yo creo que es gafe, el tío, pero no, tuvieron que plantármelo delante. Lo que pasa es que tampoco quise armar jaleo, porque si no, vaya que lo instalan en el sótano, entre papeles y ratas, donde pasase desapercibido, pero no quise revolver porque para mí que le quedan dos *telediarrios*. Además, ahora ya parece que se pasó un poco el cachondeo del principio, bastante tuve que aguantar con lo de que mi despacho estaba «entre Pinto y Valdemoro», y se reían como chavales de colegio que han oído su primer chiste verde y se parten la caja de la gracia que les hace.

Y en medio de los dos, Peña, otro que tal baila, no tiene historia ni nada el amigo Peña a sus espaldas...

Menos mal que hicieron efecto las amenazas de expedientar al primero que volviese a soltar la frasecita dichosa. Pero bueno, a ver si con un poco de suerte se muere alguno de ellos de una vez y me ponen enfrente una tía como la Garrido, pero sin la mala leche que tiene.

—Señor Sotillo, aquí hay unas señoras que quieren hablar con usted.

—No me joda, Peña, que le he dicho que no me pase a la gente, que la filtren a la entrada, que aquí no tiene por qué llegarnos nadie...

—¿Y yo qué quiere que haga? Les he dicho que está reunido, que va a tardar mucho, que hoy no va a poder verlas, que si las puedo atender yo...Pero dicen que se van a quedar ahí hasta que las reciba y que si no, mañana saldrá en los periódicos que nos hemos negado a hacer nuestro trabajo, usted verá...

—¡Cuánto tonto cría el pan! ¿Piensan que nos van a meter el miedo en el cuerpo por amenazarnos con la prensa? La gente se cree Dios, se lo digo yo. ¡Con amenazas a mí! Mira cómo tiemblo... ¿Y quiénes son esas? ¿Qué demonios quieren?

—Parece ser que el marido de una de ellas ha violado la orden de alejamiento y...

—¡Eso no es nuestro! Los son asuntos de maltratadas son para la Garrido. ¿Por qué no se lo ha dicho? ¡Estoy harto de explicar que no quiero nada con el Gamal! ¿Para qué demonios crearon la unidad de malos tratos? ¿Para salir en las fotos? ¿Para llenarse la boca con frases cursis? Anda y que carguen con su trabajo, que nosotros ya cargamos con el nuestro, esto es Homicidios, lo pone bien claro a la puerta, «Homicidios». Vaya y dígaselo, vaya, vaya.

—Señor Sotillo, esto será Homicidios, pero usted es el inspector jefe de esta comisaría y ellas están preguntando por usted. Yo no digo nada, ya sabe que yo no digo nada, pero están muy soliviantadas y a lo mejor

es más fácil atenderlas cinco minutos que dejar que monten el pollo y salgamos todos en los papeles.

—¿Ha habido muertes?

—Bueno... no...

—Pues entonces es de la Garrido, no hay más que hablar.

Esto es demasiado, le toman a uno por el pito de un sereno. Necesito fumar un cigarro, y encima ya ni eso puedo hacerlo en mi despacho. Ahora que, conmigo lo llevan claro, ya me gustaría ver si los que pusieron la ley fuman en la calle para cumplir lo establecido. Sí, hombre, sí. No creo que estén los diputados socialistas a las puertas del congreso, pasando frío, para echar un cigarrito entre sesión y sesión.

—¡Sinvergüenza! ¡Miserable! ¡Es usted un miserable! ¡Juro por Dios que como ese cabrón mate a mi hija me va a tener que oír!

¡La madre que me parió! ¿Pero esto qué es?

—¡Pinto! ¡Pinto!

Pero ¿quién demonios las ha dejado entrar?

—¡Peña! Vengan aquí ahora mismo. ¡Valdemoro!

Ni entre los tres son capaces de sacar a esta arpía de mi despacho. Se lanza a mi cuello como si quisiera estrangularme... ¡Bueno con la vieja! Menuda fuerza tiene la muy desgraciada... ¡El susto que me ha dado!

Ahora mismo se lo digo a Lagos, porque como no haga algo, lo mismo que le concedí el título imaginario de Supremo, le vuelvo otra vez a poner de comisario jefe, que, al fin y al cabo, es su cargo real.

Esto no puede repetirse bajo ningún concepto, yo no estoy aquí para atender al público, que no soy ninguna dependienta de El Corte Inglés, que tengo otras cosas que hacer, y para hablar con las locas que pongan un loquero.

—¿Está usted bien?

—Sí, Pinto, sí, estoy bien, pero la culpa de este desagradable incidente la tienen ustedes, que están ahí, a la puerta de mi despacho y no han visto que venía decidida a entrar...

—Disculpe, señor, pero estaban muy nerviosas, y como Peña les dijo que no iba a recibirlas, la mujer se calentó y claro...

—No, no, «claro», no. Esto no se arregla con «claro» ni con «oscuro», ustedes están ahí para algo, no de adorno, que para eso hubiese puesto tres jarrones chinos que harían mejor papel y, por lo visto, iban a velar por mi integridad más o menos como ustedes.

—Lo siento, señor Sotillo, nosotros no pensamos...

—Ustedes no piensan nunca, y ni falta que les hace, que no les pagan para que piensen, sino para que me dejen pensar a mí.

Fuera de aquí toda esta pandilla de ineptos. ¡Menudos arañazos me ha dado la tía! Como la hija sea como ella, no me extraña nada que el marido saque la mano a pasear.

Si el marido de la vieja hubiera hecho lo mismo, ahora tendría menos humos.

—¿Quieren hacer un balance de ley contra el maltrato que en su día puso el finiquitado Zapatero? Muy bien ¿Cuántas van este año? Más que en los dos últimos ¿no? Pues ahí tienen sus resultados de mierda, lo malo es que caen sobre nosotros.

Manda mecha que me tengan que amargar así este cochinitillo que tengo delante y que me está sabiendo a gloria. ¿A qué viene ahora que se pongan a dar datos y estadísticas en plena comida? Ya se sabe que, si se come con gente del trabajo, tarde o temprano se habla de trabajo, pero vamos, no sé por qué hay que hablar de muertas, pudiendo hablar de vivas, si por mí fuera, aparcábamos estos temas tan escabrosos y nos dedicábamos a disfrutar de la comida.

—El delegado del gobierno quiere tener una reunión con nosotros para organizar lo del veinticinco de noviembre. Está muy empeñado en que estemos todos, absolutamente todos.

No sé qué pasa el veinticinco de noviembre, ni pienso preguntarlo tampoco, pero debe ser gordo porque si quieren que estemos todos...

—Yo creo que deberíamos hacer algo que llamase la atención, que dejase patente nuestro interés en el tema...

Odio a los babosos como Parra que están todo el día pasándole la mano por la chepa al Supremo, siempre dando ideas o creyendo que las dan, siempre queriendo destacar, siempre besando el suelo por donde pisa quien haga falta con tal de estar en primera fila...

—No solo nuestro interés, Parra, sino la importancia de nuestra actuación. Sin la actuación de la Policía no hay nada que hacer, y eso es lo que tenemos que dejar bien claro, la importancia de nuestro trabajo, de nuestra labor a pie de calle. Estoy harto de que cuando las cosas van mal sea culpa nuestra y cuando van bien, nadie se acuerde de nosotros.

El Supremo es el Supremo y ante eso hay que callarse, pero vamos, que ya debería estar acostumbrado a que esto sea así. Antes de que los malos tratos se hicieran famosos, ya pasaba esto: si cogíamos a un asesino, era porque había sido un tipo torpe que, prácticamente, nos había dicho dónde vivía, pero si se nos escapaba era porque la Policía no valía para nada, así que el tema no es nuevo.

—Eso es lo que yo digo, que los gobiernos se meten en camisas de once varas, que se les llena la boca aprobando leyes pioneras sin consultar a nadie y luego pretenden que los demás tapemos su ineptitud para no quedarse con el culo al aire.

Este Luengo se merece un sobresaliente en *pelotear* al jefe. Eso sí, cuando el otro se da la vuelta, lo pone fino...

—Por eso quiero que el veinticinco no faltemos ni uno, todos allí, con las mujeres, con los hijos, con los nietos, el que los tenga... Toda la plana mayor brillando, y detrás el resto de las plantillas de cada comisaría. Tenemos que ser la cabeza del desfile o manifestación o lo que se haga. ¿No es el día contra el maltrato? Pues que

se nos vea bien, que es muy bonito dictar leyes, pedir órdenes de alejamiento y toda la parafernalia, pero los que tenemos que dar la cara luego, cuando vienen las víctimas pidiendo protección somos nosotros.

Así que es eso, el día contra el maltrato, anda, como el día contra el tabaco o el día sin coches, vamos, majaderías a las que nadie presta atención. No sé quién puede creerse estas chorradas, nunca entendí qué pretenden hacer con «los días internacionales de...» ¿Llamar la atención? Pero ¿más atención? Si están todo el día hablando de lo mismo...

Yo no sé qué pintamos aquí los inspectores de cada comisaría de la comunidad, ni qué es lo que hay que organizar para el dichoso veinticinco.

—Se puede hacer un discurso, porque me imagino que el delegado leerá el suyo, así que yo le daré la réplica manifestándole todo nuestro apoyo al gobierno actual en este tema, e insistiendo en los avances que se están produciendo y en la importancia que tiene para nosotros el hecho de que las mujeres denuncien, porque si no, no podremos llevar a cabo nuestra misión.

«Nuestra misión». Ya solo falta que nos den unas mallas y unos calzoncillos rojos y nos tengamos que cambiar de ropa en una cabina de teléfono para convertirnos en *supermanes* justicieros cada vez que a una mujer le haga pupa su marido. Eso, y que le asignen a cada una de las maltratadas, un «poli» bueno para protegerla. La que me toque a mí que esté maciza, por favor, porque como encima sea fea...

—Podríamos ir con el Gamal. Quedaría una imagen bastante lograda si la gente ve y asocia a la Policía con los grupos de apoyo ¿no?

¿Y a este Pinto por qué no lo meten de una vez en la jaula de los locos a ver si entre sus congéneres se siente a gusto y cierra la boca?

¿A qué tiene que nombrar los grupos de apoyo en este momento? ¿Por qué tiene que soltar esas ideas peregrinas queriendo hacerse el original?

—O incluso se podría hacer el desfile con las maltratadas entre nosotros, para que la gente vea que estamos con ellas, que somos todos uno...no sé qué os parece...

A mí me parece genial, es más, creo que deberíamos hacer el desfile también con unos cuantos ladrones entre nosotros, con unas cuantas putas y sus hijos, o sea, con unos cuantos hijos de puta, y con varios *yonkis* mezclados con *camellos*, para que quede más bonito y más solidario, y hasta con algún gay... ¡Ay! No, que para sarasas ya hay muchos en el Cuerpo, no me daba cuenta...

—Pues no es mala idea, si la gente ve a las maltratadas haciendo una manifestación y a la Policía haciendo otra, se quedará con la idea de que vamos cada uno por nuestro lado, pero si nos ven a todos juntos, la imagen que va a ser portada de los periódicos al día siguiente es esa: Policía y maltratadas haciendo frente común contra el problema, ya veo los titulares...

No sabía yo que el Supremo tuviese bola de cristal, aunque, a decir verdad, hay que tenerlas de plomo para no

descojonarse con la cantidad de paridas por segundo que hay que oír.

—Sebastián, estás muy callado. ¿Cómo lo ves?

Yo lo veo todo bien. Digo que me parece todo genial y ya está. Estoy dispuesto a hacer como que todo me importa mucho, puedo llegar a ser el más afectado entre los afectados si me lo propongo, hago lo que sea con tal de que el Supremo no se olvide de lo que me prometió, que ya he perdido la cuenta de los años que llevo esperando mi puesto de comisario, que me quiero jubilar con una buena pensión, a ver si voy a tener que decirlo por megafonía para que se le refresque la memoria.

—Quedamos pendientes entonces de organizar un desfile conjunto con los grupos de apoyo y que ellas se encarguen de que algunas víctimas que quieran dar la cara estén entre nosotros, yo creo que al delegado esta idea le va a parecer estupenda.

Y yo creo que Lagos se está idiotizando.

—Otra cosa que tenemos que hacer es guardar un minuto de silencio en memoria de las fallecidas, o dejar un ramo de flores en alguna iglesia en recuerdo de ellas...Son cosas que llaman la atención y de cara a la prensa, suelen quedar bien.

El cochinitillo estaba muy bueno, esa es la verdad y es lo que yo he sacado en claro de esta comida. El resto, todo estupideces a las que hay que decir que sí por no llevarle la contraria a nadie, pero vamos, que, si por mí fuera, ni día contra el maltrato, ni nada. Cada uno en su casa sabrá lo que tiene que hacer ¿no?

—¿Y qué os parece si creamos, con nuestras propias mujeres una especie de «asociación de mujeres de policías contra el maltrato» o algo así? Podemos nombrar a alguna de ellas presidenta y que lea también un pequeño discurso e incluso que fuese nombrada representante de todas las mujeres de los policías de la comunidad.

—Lo siento, Lagos, pero la mía ya está metida en muchos líos de esos benéficos y no quiere nada más.

Mira Luengo cómo escurre el bulto.

—Pues con la mía no contéis porque ahora le ha dado por ir a aprender inglés o no sé qué y no para.

¡La mujer de Parra aprendiendo inglés! Esto sí que tiene gracia, hay que fastidiarse lo que hace el aburrimiento.

—Pues...Sebastián, le va a tocar a la tuya, porque la mía ya es presidenta de no sé cuántas asociaciones y no creo que quiera más cargos.

Pues bueno, a la mía. Ya ves tú qué problema, todos los tontos tienen suerte, y las tontas también, para que luego no digan que utilizamos un lenguaje sexista.

Y no quiere.

La muy corta dice que no quiere. ¿Pero hay alguien que pueda entender esto?

No hay cosa que lleve peor que llegar a casa y encontrármela de morros, aunque últimamente se ha hecho tan habitual que ya casi no distingo cuándo está de mal humor y cuándo no.

Que cuando no vaya a venir a comer, que la avise. Bueno, pues cuando veas que no llego, date por avisada.

¿Qué pasa? ¿Que todavía no entiende que las comidas de trabajo se sabe a qué hora empiezan, pero no a qué hora terminan?

Me jode meterme en la cama y verla ahí, enroscada como un feto. Se hace la dormida, como si a mí me importase que esté dormida o despierta, como si se notase mucho la diferencia.

Es mala suerte la mía, con las tías que hay por el mundo, con las que vimos en los sitios que estuvimos

después de la comida, bueno, y después de la cena, porque se va enrollando uno y ya se sabe lo que pasa...

Y al llegar a casa ¿qué me encuentro? Un saco de huesos dentro de un pijama, abrigada como si estuviese en Siberia, escondida entre las mantas igual una lombriz.

Pero ¿tú qué te crees? ¿Que te puedes esconder de mí? ¿Que por mucho que te camufles se me va a olvidar que estás ahí? ¿Que por mucha ropa que te pongas te vas a librar de quitártela?

Peor para ti, porque cuanto más te resistes, más me pones, y empiezo a ver a las camareras aquellas por toda la habitación. Creo que he bebido demasiado, o habrá sido por mezclar, porque desde las cuatro de la tarde hasta las cuatro de la mañana da tiempo de todo. ¡Dios! Qué malo me he puesto, se me ha revuelto el estómago, a lo mejor ha sido al ver a esta, porque cada día da más repugnancia, la verdad.

—Hala, déjate de sandeces, que no estoy para remilgos.

Se hace la sorda, como una cosa tonta, no oye, ni ve, ni entiende, un pedazo de carne que reptaba por la cama creyendo que así va a librarse de hacer lo que yo diga.

—¡Que te pares quieta ya! Si a ti no te apetece, a mí sí.

Ya está. Cuánto lío para un minuto.

—Mira a ver si me haces una manzanilla que tengo el estómago revuelto.

¡Dice que no! No me quiere hacer una triste manzanilla.

—¿Pero tú de qué vas? A ver si voy a tener que pedírtelo de otra manera...

Me está viendo mareado a más no poder y dice que no puede levantarse, que la he hecho daño...

¿Daño? ¿Qué daño? Si es que parece de mantequilla, no se la puede tocar.

—¡Levanta de ahí y tráeme una manzanilla ahora mismo!

Qué cosa tan mala es esta de tener el estómago revuelto, se pasa fatal, parece que no te tienes ni de pie, como si todo te diera vueltas...habrá que ir pensando en beber menos, que ya se va haciendo uno mayor.

Pero ¿dónde ha ido esta que no termina de venir?

No creo que se tarde tanto en preparar una infusión.

¿Qué quiere? ¿Provocarme? ¿Despreciarme?

¡Que vengas te digo!

Ahora que viene con la taza en la mano ya no tengo ganas de manzanilla ni de nada. No es culpa mía, bien sabe Dios que tengo paciencia y que hago lo que puedo para sujetarme, pero es que me provoca, solo verla respirar me parece mal.

Toma infusión.

Dice que la he quemado. O sea que quería abrasarme el estómago, vamos, que no estoy equivocado, que no es que sea corta de entendederas, es que es mala.

Pues los malos tienen que llevarse su merecido, eso me lo decía a mí mi padre mientras me medía las costillas con una vara, y mira si aprendí bien la lección, y mira cómo mi madre también la aprendió, no le levantaba la

voz ni por asomo, estaría bueno, hasta ahí podíamos llegar.

Se queda encogida en el suelo, siempre igual, se enrosca como una culebra, igual de flaca.

Toma, para que te enteres, para que aprendas, para que espabiles...

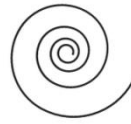
No me canso, hasta parece que esto me da una subida de energía.

Y no esperes flores como al principio, se acabaron los ramos y los perdones. Lo que es la ignorancia de la juventud, anda que no he hecho yo el primo.

Pero eso se acabó, porque si la trato bien se le suben los humos, así que ni regalos ni nada, que, al fin y al cabo, lo que te ganas es tu merecido, porque habrá miles de mujeres que hubiesen dado su mano derecha por ser presidentas de la «asociación de mujeres de policías contra los malos tratos», y ella, orgullosa y prepotente, se permite el lujo de no querer serlo.

Pues a mí no me dejas en feo, eso te lo aseguro, vas a ser presidenta porque lo digo yo, y vas a leer el discurso como me llamo Sebastián Sotillo Sabariz.

Me ahogo, me falta el aire,
me falta ya. casi todo.



Siento perderse mi vida
en esta jaula de oro.

Me siento tan diminuta...

No sé si será mi culpa.
Me parezco tan odiosa
que entiendo por qué me insulta.



Y me miro en el espejo
pero odio lo que veo.
Tiene razón cuando dice
que no soy más que un engendro.



Una oruga, una babosa
repugnante y asquerosa.
Es natural que su mano
me caiga como una losa



—Jefe, yo lo siento mucho, pero está aquí otra vez la mujer del otro día, la que se le tiró al cuello. Por lo visto el yerno ha vuelto a saltarse la orden de alejamiento y quiere...

Tengo que enterarme de qué condena puede caerme si me cargo a Valdemoro de un sopapo con la mano abierta.

¿Cuánto puede ser? ¿Cinco años? ¿Diez?

No creo que llegue a tanto, tengo muchos eximentes: soy inspector jefe, es en legítima defensa porque verlo pone mi vida en peligro, es una cucaracha inmundada, le he dicho mil veces que no entre en mi despacho... Para mí que el juez, en lugar de ponerme una pena, me pondría una medalla. Sí, tengo que enterarme bien.

—Yo no puedo hacer otra cosa, señor Sotillo, se lo he dicho a la señorita Garrido y a todas las del Gamal, pero la mujer insiste en hablar con usted y no quiero que pase lo de la última vez...

De dos zancadas me planto en el despacho de la Garrido ¡¡Me va a oír, me tiene que oír!!

Vestido ajustado, largo, sin escote, pero ajustado. Casi no va pintada, ni falta que le hace porque es así por naturaleza, es de esas hembras que sabe lo que provoca en los hombres y se regodea en ello.

Tengo que contener la rabia que siento para no tirar abajo la puerta.

—¿Qué pasa, Sotillo? ¿Nadie te ha enseñado a llamar antes de entrar?

—¿Y a ti nadie te ha explicado que no quiero volver a ver en mis dependencias a cualquiera que tenga que ver con que si el marido la pega o si la abuela fuma? ¡Que no Garrido, que no! Que ya quedó claro que, si estáis aquí, aunque sea de manera provisional, es para ocuparos de esos temas.

—«Esos temas», como tú dices, se llaman violencia de género, y tú, como inspector jefe de esta comisaría, tienes mucho que ver con ellos.

—Yo, como inspector jefe, no tengo por qué tener en mi despacho cada dos por tres a una loca que se queja porque a su hija le pega el marido, y tú, como encargada del grupo de malos tratos, deberías explicárselo.

Mientras hablo la recorro con la mirada y eso la pone en el disparador, es muy lista, se da cuenta de todo.

—¿Y qué crees? ¿Que a una madre que está viendo cómo le dan palizas a su hija un día tras otro sin que nadie haga nada para impedirlo le van a valer las explicaciones que le pueda dar yo sobre los trámites que tienen que hacer cuando el agresor se salta la orden de alejamiento? ¡Sotillo! ¡Por favor!

—¡Pues no sé para qué demonios vale el Gamal entonces! ¿Para que al final lo tenga que resolver yo todo? ¡¡Pues no!! Yo intervengo cuando hay muertos, si no hay muertos el tema es tuyo, de los juzgados, o de los que impusieron esas leyes tan rimbombantes como inservibles, de quien sea, pero no mío, así que me sacas a esa bruta ahora mismo de mi zona o el Gamal tiene sus días contados porque no vale para nada.

Ahí te quedas, guapa. No le doy ni tiempo a contestarme, ¿para qué? ¿Para que venga con otro alegato de los suyos? Estoy harto de esta generación de mujeres que se han educado con la violencia de género metida en el cerebro y que, además, se creen que es algo nuevo, y que ellas, con sus bonitos discursos demagógicos van a poder solucionar.

De regreso a mi despacho oigo otra vez las voces que me persiguen como sicofonías.

—¡Que tengo que hablar con el inspector! ¡Que no me marchó de aquí sin hablar con él! Que cuando le pase algo a mi hija ya será tarde...

¡Vamos! O sea, que la bruja sigue con la idea fija de que soy yo el que puede solucionarle la vida. Menuda loca, me doy media vuelta, prefiero ver el espectáculo desde lejos.

La fuerza que debe tener la tía, no pueden sujetarla. Claro que la pandilla de guardaespaldas con la que cuento tampoco es que sean pesos pesados. Todavía veo que me lanza a Peña y a Pinto por la ventana. Menudo animal.

Me largo a la calle por la puerta del Gamal, no tengo ganas de líos, a mí no me pagan para pelearme con bestias pardas, ya solo me faltaba esto.

Arreglado. Esto es otra cosa, no está este día de sol para perderselo.

Pobre yerno el de esta, pobre infeliz, tener que soportar una suegra así, lo raro es que solo le de caña a la hija, sería comprensible que sacudiese también a la madre.

Un cafelito y el periódico, sí señor, esto es vida, solo me falta tener el mar delante. En el momento en el que me prejuble es lo que voy a hacer, irme al apartamento de la playa y desayunar todos los días viendo el mar. Si esta quiere venir, que venga y si no, mira, mejor para mí, cuanto menos bulto más claridad, al fin y al cabo, no me interesa ver todos los días esa cara de amargada que tiene, yo lo que necesito es alegría a mi alrededor, buen humor, caras agradables y no una plañidera llena de dolores por todos los sitios que lo único que hace es hundirme en la miseria. No creo que venga, se quedará aquí, pendiente de los chicos, que es lo suyo. Solo de pensar en las muchachitas que voy a ver en la playa, ya se me alegra el día.

Los hijos vendrán a finales de este mes, me imagino, a mí me gustaría que estuviesen aquí si se hace lo de la manifestación esa que quiere el Supremo, insistió mucho en que somos los primeros que debemos dar una imagen de que nuestras familias están muy unidas y todo eso, y además, si su madre es la presidenta y lee el discurso,

quedaría mucho mejor que estuviesen aquí, pero no lo sé, porque Luis dijo que tenía un examen antes de navidades en el que se jugaba mucho, y no digo nada, porque hay que comprender que lo que está haciendo es muy difícil, ya se lo dije al principio, que pensase bien dónde se metía porque yo siempre he oído que Aeronáutica es muy complicada, pero bueno, dijo que sí, que lo tenía claro y ahí está, aunque ya veo que el nivel de estudios es más alto cada vez, y lo de hacer un curso por año, ni soñarlo, eso ya lo tengo claro, así que tengo que pagar universidad y residencia para mucho tiempo.

Y Sebas no tengo ni idea de lo que hará porque como cada vez viene menos por casa y pasa más de nosotros, pues nada, hay que aguantarse, esto es así, a tragar. No me hace ninguna gracia que comparta piso con otra gente, pero ya pasé un disgusto cuando se negó a ir a la residencia como su hermano y no pienso estarme machacando la cabeza continuamente igual que su madre. Que si dónde estará, que si habrá llegado ya a su casa, que a ver si le ha pasado algo... Yo cumplí la parte del trato y sigo pagando el piso, él no cumplió su parte porque metió a más gente allí. Pues mira, allá él, bastante hago que lo mantengo mientras termina de una vez la carrera, que Económicas es de cuatro años y este lleva nueve allí tocándose la breva, que los compañeros le van a empezar a tratar de usted. Y mira, si viene a finales, ya le digo que lo del máster ese que quiere ir a hacer a Estados Unidos, nada de nada, que ya les vale, se pasan el día pidiendo.

Voy a volver a dar una vuelta por la comisaría a ver si ya me la desalojaron de señoras con instintos asesinos, que en seguida se llega la hora de tomarse unas cañitas y a comer.

Caramba con la Garrido, me puso caliente a primera hora, en todos los sentidos...No voy a pensar más en ella porque tampoco se lo merece, el hecho de que esté maciza no me hace olvidar esos arranques de feminismo exacerbado que tiene y que le quitaba yo en tres segundos.

—Señor Sotillo, ha llamado la secretaria del señor Lagos, que cuando pueda le llame.

Malditas las ganas que tengo de llamar al Supremo ahora. Como el otro día quedó en el aire lo de la presidencia de la asociación esa de mujeres de policías, querrá confirmarlo. Si solo fuese eso no tendría problema en llamarlo, se lo digo a la secretaria y punto pelota porque, diga esta lo que diga, va a ser la presidenta de lo que yo le mande y se acabó, pero es que, seguro que me enreda en algo más, seguro que se le ha ocurrido alguna otra brillante idea, que parece que le va la vida en ese dichoso día. Ni que con una chorrada de esas fuésemos a coronarnos de gloria. Lo que hay que aguantar...

—Señor Sotillo...

—¿Y ahora qué pasa, Valdemoro? ¿Qué buena nueva va a darme?

—Es que, en su ausencia, también llamó el comisario Parra para que le informásemos del incidente acaecido esta mañana con la señora esa...ya sabe...la que se empeña en que la reciba...

—¿Y usted qué le dijo?

—No, yo nada, que ya le llamaría usted para informarle...

—¿Y cómo ha llegado a oídos del comisario lo de la energúmena esa?

—Pues no lo sé, señor Sotillo...ya sabe que se comenta todo, se corren las voces...

—Salga de aquí ahora mismo y, como me entere de que ha sido alguno de ustedes el que ha hecho el menor comentario sobre lo sucedido, se les va a caer el pelo.

—No, señor Sotillo, desde luego, yo no...

—¡Que se vaya le he dicho!

—Sí, señor, ya me iba.

Es desesperante, me pone la cabeza como un tambor de granaderos con tanto «sí, señor Sotillo» y «no, señor Sotillo», es que no sé si lo hace porque es un *pelota* de nacimiento o porque sabe que en el fondo me cabrea tanta parafernalia.

Valdemoro es de esas personas que te molesta simplemente existiendo. El caso es que no da un ruido, pero es tan poca cosa, tan insignificante, tan sin sentido, que yo no sé ni para qué se molesta en vivir si nadie se da cuenta de que lo hace.

Mira que hace años que lo conozco, y mira que cada día me resulta más insoportable. Al principio no era así,

nunca fue la alegría de la huerta, pero por lo menos parecía vivo, no como ahora que a uno le da la impresión de que lo que le pasa es que se ha muerto y no se ha enterado.

En realidad, creo que lleva dos años muerto porque para mí que palmó el día que perdió a su hija a manos de aquel desgraciado.

Me tachan de bestia cuando digo que a los drogadictos habría que darle un tiro a cada uno, pero no, será mejor esperar a que te arruinen la vida. Le pegaba sus buenas palizas a la chica, pero de ahí a cargársela así...Que no me vengan con chorradas de que son enfermos porque los enfermos son los que tienen una piedra en el riñón o un cáncer en el hígado, pero estos que se meten de todo menos miedo sabiendo muy bien lo que hacen, de enfermos no tienen nada, y encima, luego tenemos que pagarles entre todos los médicos para que los atiendan en la seguridad social. A altamar los mandaba, en un barco hinchable, y al llegar allí, fuera el tapón, a tomar vientos, que se metan mejillones en la vena a ver si les da el subidón definitivo.

Si este pasmado hubiera puesto remedio a la situación ahora no estaría la chavala criando malvas, y encima, el que se la llevó por delante, vete tú a saber dónde está, porque es como si se lo hubiera tragado la tierra. Pero este Valdemoro es un pringado, hombre, no tiene sangre, si no me extraña nada que su mujer se fuese con otro, a mí eso no me resultó raro, lo que me llamó la atención fue que no se llevase con ella a la hija, porque

las mujeres para eso son como lobas, no puedes tocarles a sus crías porque se te echan al cuello. Se ve que la de este pringado era la excepción.

A saber de quién era la hija, porque de Valdemoro no, desde luego, lo que pasa es que él no quiso hacer ni pruebas de paternidad ni nada, que, aunque hace veintitantos años no estaban tan al cabo de la calle como ahora, él, trabajando aquí, hubiera podido hacerlas, pero prefirió no enterarse de si la hija era suya o no, estaba encariñado con la cría, y tiró para delante sin hacer preguntas.

Tampoco es que hiciera mucha falta preguntarse nada, porque ver a su mujer, aquella hembra de armas tomar, junto a este alfeñique era como para partirse el pecho de risa, pero bueno, si alguna vez consiguió rozarla, que le quiten lo «bailao», porque poco le duró en casa, la verdad.

No sé si fue cierto o no aquello que se comentó entonces, pero no me extrañaría nada que fuese verdad, porque este es así, de esos a los que una espabilada como aquella exprime hasta que no quede ni gota, pero se conforma con tal de tenerla a su lado. Allá él, si era verdad que aun así le mandaba dinero después de largarse, ese es su problema, o lo fue.

Si de mí dependiera, Valdemoro llevaría mucho tiempo fuera de aquí, y por más que diga el Supremo que eso sería una faena, lo que no se puede es tener ahí a una estatua funeraria permanentemente, que lo ves y ya parece que todo te va a salir mal. A este lo pones en el

cementerio, de adorno sobre una tumba, y si llama la atención es por ser demasiado triste.

Además, huele a muerto, de verdad, huele a muerto. Huele igual que el día que apareció el cadáver de la hija. Olía a sangre que tiraba para atrás, de estar tanto tiempo abrazado a ella se le había pegado el olor, y a pesar del tiempo que ha pasado, sigue oliendo igual.

Aquel día me dio pena, no voy a negarlo, era más insignificante todavía de lo que es, parecía un perro callejero enroscado a los pies del ataúd.

Y así sigue, rumiando su pena, como una vaca en medio de un pasillo, estorbando, respirando sin más, yo no sé ni para qué.

—Sotillo ¿Puedo hablar contigo un momento?

¡Bueno, la niña Garrido! Habla lo que quieras que no voy a hacerte ni caso, pero me alegras la vista.

—Alicia Ruiz ha puesto otra denuncia por malos tratos, su exmarido ha vuelto a saltarse la orden de alejamiento y van cuatro veces.

—¿Y quién es Alicia Ruiz? ¿La conozco yo?

—Es la hija de la mujer que esta mañana quiso hablar contigo y no la recibiste.

Estoy de la madre y de la hija hasta arriba, ¿pero ¿qué quieren? ¿Que me las lleve a vivir a casa?

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Si no cumple la orden de alejamiento que se lo digan al juez que la dictó y que lo detengan, no querrás que vaya yo corriendo detrás del paisano...

—¡Sotillo! Que la chica está en Urgencias, que le ha dado una paliza brutal, que se la va a cargar como no hagamos algo...

—Ten por seguro que si se la quiere cargar lo va a hacer hagamos algo o no hagamos nada...

Me vuelve loco cuando se enfada, me da igual el portazo que ha dado, ni me he enterado, solo verla moverse con ese genio, con ese aire que parece un huracán, moviendo el pelo como si fuese de seda...Ni me he enterado de lo que ha dicho al salir, me da igual lo que diga, el puesto le viene grande y punto.

Alicia no sé qué, me lo dice así, como si yo tuviera que saberme de memoria los nombres de todas las que ponen denuncias por malos tratos. Esta se cree que el mundo es como se lo enseñaron en la facultad, que hay que salir a la calle hondeando la bandera de la paz, del buen rollito, de que todos somos iguales...

Menos mal que eso lo piensan cuatro necios porque si no, la Policía no tendría razón de ser y nos pondrían a todos en la calle.

¿Y esto que me ha lanzado encima de la mesa qué es?

Anda, si es la denuncia de la tal Alicia Ruiz, y ¿qué pretende que haga? ¿Que la enmarque? Esta se piensa que hasta que no ha llegado ella no sabíamos cómo hacer las cosas.

Pues mira lo que hago yo con tu denuncia.

—¡Valdemoro!

—Sí, señor Sotillo...

—Archive esta denuncia donde corresponda.

¿Para qué la mira tanto? Ni que lo entendiera, a mí me va a engañar...

—Esto...Al ser por malos tratos...Si usted me lo permite...Le diré que tiene que firmarlo y después...

—No me cuente su vida, no le he preguntado lo que hay que hacer con ella, lo que le he dicho es que la archive donde corresponda y nada más.

Que no se me olvide recordarle al Supremo que hay que remodelar este personal subalterno que tengo, yo aquí me deprimó, me hundo en la miseria de ver estas caras, y si no, que me abran una puerta en el despacho que dé directamente a la calle, que no tenga que ver esos semblantes de memos que veo al salir al pasillo.

Si Valdemoro parece el encargado de un tanatorio, Peña no se queda corto. Yo cada vez que lo veo con esos trajes del año de la polka, y ese pelo largo por un lado de la cabeza, puesto todo por arriba para el otro lado, creyendo que con eso puede engañar a alguien y hacer ver que tiene un pelo hermoso, es que me dan ganas de vomitar.

¿Pero qué hago yo en esta comisaría? ¿Cuándo me van a trasladar a la que me tiene prometida Lagos? Ya casi no me sale ni llamarlo Supremo.

Huelo la cena desde la puerta: puré de calabacín y pescado a la plancha. Estoy de pescado a la plancha tan harto como de ella. Da igual que le diga que odio el pescado, y más todavía sin sal, es lo mismo, ella sigue en sus trece de que lo tengo que comer así por la tensión.

La tensión me sube nada más que la veo con esa cara de amargada que tiene.

A veces me pregunto qué vi en ella para haberme casado, con lo a gusto que podía yo estar ahora. Pero claro, entonces no era así, era un cascabel, yo la llamaba «campanilla», porque me recordaba a la del Peter Pan ese, era tan alegre y tan guapa que me encandiló. Si llego a saber que se iba a poner como una pasa, se queda para vestir santos.

Mírala, tendrá unos cincuenta y pocos, ni me acuerdo, pero me parece que sí porque le llevaba yo tres, o sea, que será eso más o menos, pero parece que tiene noventa. Yo no sé qué le pasa, todo el día está mirando para abajo, parece que se pasa la vida buscando una

lentilla misteriosa que se le debió caer al suelo hace treinta años.

Este pescado no hay dios que se lo coma, y se va a la basura con plato y todo, a ver si así aprende a cocinar, porque vamos, ni para esto vale. Menudo negocio hice yo con esta, ni me resuelve la papeleta en la cocina ni me la resuelve en la cama, a ver para qué quiero yo este telar en casa.

¡Dios! Veo «Garridos» por todas partes, basta que no quiera acordarme de ella, se me viene a la mente el vestido ese que llevaba todo ajustado y no sé lo que voy a hacer. Voy a darme una ducha fría mientras esta me prepara un par de huevos fritos para poder cenar en condiciones, a ver si así se me calma el ánimo un poco, porque si no, lo veo negro.

¿Qué no hay huevos? ¿Cómo que no hay huevos?

Pero vamos a ver, ¿dónde se ha visto una casa en la que no hay huevos? Todas las casas, todas, tienen huevos y patatas, no conozco ninguna en la que no haya huevos y patatas, ninguna, ninguna, ninguna, ninguna...

A ver si aprende, hombre, a ver si aprende que por lo menos tiene que saber hacer la compra, y si no la hace ella, que se lo pida a la *panchita* que tiene de chacha, pero es que ni mandar sabe...

Sale corriendo como si le diera miedo. ¡Pero bueno! Lo que hay que ver... No aprenderá nunca.

Si se quedase quieta me daría lo mismo, pero eso de ver que se quiere escabullir, que me huye... Me motiva, oye, y todavía sigue queriendo resistirse...

La muevo con un dedo, no tiene fuerza para nada y se quiere escapar de mí...

¡Que te estés quieta! ¡Que hasta que no me ves enfadado no paras!

Bueno, pues listo, parece que no, pero esto le deja a uno como nuevo, ya no me hace falta la ducha, ni fría ni caliente, mira qué fácil.

Ahora ceno tranquilo. ¿Qué no quiere cenar conmigo? Pues mira, peor para ella, no me extraña que esté en los huesos, parece una hurraca.

¡Dios! Al final, con lo de la Garrido, no llamé al jefe a ver qué quería. Bueno, mañana lo llamo, seguro que era para poner otra reunión. Si por él fuera estaríamos todo el día reunidos, no sé si es que se aburre o es que le encanta que estemos allí, todos a su alrededor, haciéndole la pelota, babeando a ver si nos invita a algún viaje de esos exóticos, un congreso de los que se saca de la manga cada dos o tres años. Pero claro, su papel de Supremo, solo puede hacerlo cuando Herrera no está delante, él no es nadie si está delante el delegado del gobierno, se le ve achicado a su lado, se le corta el rollo, como dicen los jóvenes.

A mí no me queda otra que *pelotearlo* hasta que se estire un poco con el traslado, después me doy el piro y ahí se quedan todos.

—¿Diga? ¡Sebas! ¿Qué pasa hombre? ¿Qué es de tu vida, hijo? No sé para qué queréis tanto móvil de última generación si luego siempre lo tenéis apagado o fuera de cobertura. Bueno...sí, sí, en la biblioteca, ¿eh? ¿Ahora se llaman así? Anda...anda... ¿Por fin vas a venir para el fin de semana del veinticinco? ...No soy pesado, hombre, no soy pesado, es que quiero saber si se puede contar con vosotros o no, que es el día ese que tu madre va a leer un discursito...Que sí, que te lo dije el otro día...que la han nombrado presidenta de una asociación de mujeres de policías contra los malos tratos...Bueno, pues si no te lo dije, te lo digo ahora, a lo mejor pensé que te lo había dicho ella...Sí, sí, muy contenta, claro que sí, le ha hecho mucha ilusión...Bueno, a lo que estamos, que te organices y mires a ver si te vienes ese día...Pues claro que tiene que ver, hay que dar una imagen, hombre, no se puede ir por ahí hablando de las relaciones familiares, de la comunicación, de la unión familiar y luego no saber ni dónde andan los hijos...Que no me cuentes milongas, Sebas, que no...Te paso con tu madre, anda...Ah, no, espera, que no, que no se puede poner, que está en...la ducha...ya te llamará ella...Venga, otro para ti, y dile a tu hermano que llame, hombre...

Ahora no se quiere poner a hablar con el chaval, y otras veces parece que se le ha pegado el teléfono a la oreja. No es más tonta porque no entrena.

Pues me voy a acostar, porque no sé si hay algo en la tele, casi mejor leo el Marca un rato, que por hoy ya vale.

—¿Te vienes a la cama?

Pues que te den, eso me pasa a mí por ser atento, seguro que si me voy sin decirle nada me pone verde porque no me dirijo a ella, y ahora que pregunto, me dice que no, pero con la cabeza, como con pereza, vamos. Di que no tengo ganas de armarla, que si no...No sabe apreciar lo que tiene, no lo valora, ella es así, no la entiendo ni la entenderé nunca. No le falta de nada, tiene una casa que es la envidia de la urbanización, con todas las comodidades y los últimos inventos que se pueden tener en una vivienda moderna. Me callé la boca cuando cogió de sirvientes a los peruanos, ecuatorianos o lo que sean, que fue en contra de mi voluntad porque no soporto a esta gente y encima los metió en mi casa, menos mal que, cuando la hice se me ocurrió levantar también una pequeña caseta en el jardín, que no sabía para qué se podría utilizar y mira qué bien nos ha venido para que viva allí esta panda de inmigrantes.

Todo para que esta viva como una reina. No se puede estar mejor, es que no se me ocurre nada más...y sin embargo vive amargada...Anda y que le den.

Con la garganta sellada,
con el alma escayolada,
y el corazón en pedazos,
con mis hijos en los brazos.

Les canto una nana bella,
les cuento cuentos de estrellas,
que vivan en otro mundo,
que duerman sueños profundos.

Lleno el cuarto de juguetes,
oigo sus risas alegres.
Que nunca sufran ni sepan,
que siempre feliz me vean.

Los arrullo en mi regazo.
Con un invisible lazo
los ato a mí para siempre,
los defendiendo hasta la muerte.



—Entonces, alguno de ustedes, que hable con Garrido para que le escriba unas palabras a la presidenta y que las lea allí, que no sea muy largo, algo breve pero contundente, y que lo lea con fuerza, con ganas, que se vea que es la voz de todas nuestras mujeres, la voz en contra de los malos tratos...

Tanto delegado del gobierno y tanta categoría para hablar con la boca llena. ¡Estamos buenos! Se preocupan de la imagen que da la Policía y no se miran en el espejo a ver la que dan ellos. Claro que yo con decir a todo «sí señor Herrera», «por supuesto, señor Herrera» ... tengo bastante, después ya haré lo que me parezca.

—Lagos, ¿queda algún cabo por atar? ¿Hemos dejado todo bien claro?

—Sí, señor Herrera, yo creo que todo ha quedado diáfano... ¿verdad?

Y nos mira a nosotros, como si, aunque viésemos algo, lo fuésemos a decir. Estaría bueno, ni a él, ni al delegado les íbamos a contar ninguno de nosotros que

todo esto del día contra los malos tratos nos parece una solemne gilipollez, que lo de desfilar junto a las víctimas que quieran hacerlo es una pantomima, que, si por nosotros fuera, ni siquiera nos hubieran colado en comisaría a las de Gamal, y que, además, pensamos que, por mucho que insistan, por muchas leyes contra la violencia y el «violencio», por mucho día en contra de esto y de aquello que se haga y por mucho que salgan en los informativos las dichas noticias de mujeres muertas a manos de sus parejas, no se va a adelantar nada. Que, si desde el principio de los tiempos el hombre tomó las riendas de la vida, por algo sería, y no van a querer venir ahora cuatro progresistas de mis narices a cambiar las cosas con el argumento de la igualdad y de la violencia de género para estar en sintonía con los tiempos que corren.

—No hace falta que les diga el empeño que tengo en la imagen que hay que dar ese día, son detalles que impresionan mucho a la gente, y es el momento de hacerles ver que la Policía en este país, sigue siendo lo que siempre fue, la autoridad, con todo lo que esa palabra encierra.

—Yo creo que son los de los medios los que más daño han hecho al Cuerpo. Tenga en cuenta, señor Herrera, que cada vez que se da la noticia de una agresión a una mujer, siempre la terminan con la coletilla de que ella había puesto no sé cuántas denuncias y que no se le había hecho caso...

—¡Pues ahí es donde tenemos que entrar nosotros, Lagos! Ahí es donde hay que centrar nuestra labor, en

hacer ver a la opinión pública que la culpa de todo eso la tienen los jueces, no la Policía sino los jueces, ellos son los que tienen que poner condenas ejemplarizantes y no dejar en la calle a un sinvergüenza a los tres días de tenerlo detenido o darle diez días de plazo para ingresar en prisión después de condenarlo, que es como decirle mira, «tienes diez días para perderte y que no te pillemos ¡Corre!» ...Disculpen ustedes, es que no puedo evitar acalorarme...

Pues sí que se acalora, sí, no lo había visto así nunca. Se ve que desde arriba le han dado caña porque, para mí, que a este se la trae floja que la Policía tenga una imagen u otra, lo que pasa es que alguien le ha tirado de las orejas y le ha dicho: «Mira a ver si lavas un poco la cara a estos que la gente les ha perdido el respeto», porque si no, no me explico este repentino interés en la imagen del Cuerpo.

Pues nada, cuando Lagos termine de dorarle la píldora al señor delegado, y este deje de echar balones fuera, que es lo que hace con pasar la pelota al tejado de los jueces, ya me enteraré yo de si se le va a ofrecer la prejubilación a algún comisario más, y de una vez me ascienden a mí, que estoy empezando a cansarme de tanto esperar.

—Concretando, Lola Garrido será la encargada de escribir el comunicado que leerá la señora de Sotillo, habláis con el ella para unificar criterios y que se pongan en contacto con las asociaciones de ayuda a las mujeres, el instituto de la mujer, casas de acogida y demás sitios

para buscar gente que quiera ir ese día en la cabeza de la manifestación, codo con codo con los representantes del Cuerpo, o sea, ustedes; y finalmente nos queda contactar con Tráfico para organizar el recorrido y que se encarguen de cortar calles, desviar circulación y poner los dispositivos de apoyo necesarios en estos casos. ¿Estamos?

Todos estamos, claro que sí, lo que diga el delegado, no te jode, a ver quién le va a discutir a este, que cada vez que viene nos invita a comer en la misma marisquería y nos damos un homenaje de padre y muy señor mío. Por mí como si hay que desfilan en bolas, estaría bueno...Adiós, señor Herrera. Buen viaje, señor Herrera. A sus pies, señor Herrera.

—Menudo sinvergüenza está hecho. Viene aquí, da cuatro órdenes y luego los demás a organizar todo el follón para salvarles la jeta a ellos, así se trabaja, sí señor...

Tiene razón Parra, no es frecuente, pero cuando la tiene hay que dársela y este es el caso.

Organizar toda esa parafernalia que se ha sacado de la manga nos va a costar horas de reuniones y de hablar con estos y con aquellos, y total para nada, porque vamos, si ya han visto que este tipo de chorradas no dan resultado no sé por qué hay que seguir con el paripé de que a todos nos interesa mucho el tema, será para tapar la realidad que arrojan las cifras y que demuestran, claramente, que ni este gobierno ni ningún otro puede cambiar lo que está escrito desde que el mundo es mundo.

A mí me da igual, yo no pienso poner el menor problema, pero que tampoco cuenten conmigo para romperme los cuernos con estos líos, que yo ya estoy muy mayor para esto, anda y que se lo den a los nuevos, a esos, a esos es a los que hay que pasarles estos marrones, no a los que ya estamos listos para un ascenso y prejubilarnos, a mí que me dejen en paz que ya bastante hago con venir.

—Bueno, pues ahora a ver cómo nos la envainamos para que esto salga adelante, porque si sale bien será gracias a ellos, pero si sale mal, la culpa habrá sido nuestra...

Hoy es el día de Parra, sí señor, cuando habla sienta cátedra... o eso se cree él.

—Sotillo, mañana empieza a reunirse con las del Gamal, mira a ver cómo te las ingenias para...

—¡Que no, hombre, que no! A mí con el Gamal no me líes, que sabes que no me llevo con ellas...

¡Así no se puede! Estaba saboreando un Montecristo de los que no se fuman todos los días y tiene que venir a fastidiarme con el Gamal...

—No empieces, Sebastián...

Si me está dando una orden me llama Sotillo, y si me quiere convencer de algo porque ve que no voy a hacerlo, entonces ya soy Sebastián...

—Tienes que hacerlo tú, es lo lógico, que las tienes al lado...

—¡Impuestas! ¡Las tengo al lado impuestas! Y temporalmente, no hay que olvidarlo. Están al lado de mi

despacho circunstancialmente, como podrían estar al lado del tuyo o encima del de este.

—A mí no me importaría tener a la Garrido encima de mí, o debajo...

Muy gracioso el chistecillo de Luengo, todos le corean como si fuesen las bailarinas de un numerito de revista, yo también me voy a partir el pecho de risa cuando me den el bendito ascenso y estos se queden aquí veinte años más, o diez, o cinco, me da igual.

—Venga, no se hable más. Sotillo se encarga del Gamal y después, tú...

Me importa un bledo lo que tengan que hacer los demás, a mí me han endosado el trabajo sucio y ellos se quedan con el relleno.

Ya me han arruinado el día.

Ya me han cabreado.

Entrar en esta casa y ponerme de los nervios es la misma cosa. No he hecho más que meter la llave en la cerradura y ya estoy alterado. Me voy a dar una ducha mientras esta me calienta la comida, no es que tenga hambre, pero me da igual, que se fastidie, que ya sabe que me tiene que servir ella porque a la *machupichu* no quiero ni verla a mi lado.

¡Anda! Si no está en el sillón. ¿Y dónde se ha metido?

No está por ningún sitio. Y la televisión apagada, todo en silencio...

No, tampoco está en ninguno de los baños.

Ya sé, habrá subido arriba a regar las macetas. Está zumbada con las plantas, alguna vez la he pillado hablando con ellas, lo juro por mi vida. Pues que se deje de pijadas y baje ahora mismo, que ya sabe que me gusta tenerlo todo dispuesto cuando llego.

Pues... arriba tampoco está.

Esto parece una casa fantasma, no se oye ni un ruido. Igual está en el jardín, no me extrañaría porque, aunque hace un frío que pela, esta es así, hace cosas que no se puede uno explicar, lo mismo está paseando por ahí de manga corta que hablando con un chopo...

No, pues no está. Y desde la buhardilla se ve prácticamente toda la finca...

A ver, por ahí abajo... por si le hubiera dado por tirarse por un balcón o algo así, porque con tal de llamar la atención es capaz de cualquier cosa, pero no, no caerá esa breva.

—¿Dónde está la señora?

Menos mal que aparece una *morenota* de estas.

—La señora no se encuentra.

Eso ya lo sé yo, la señora no se encuentra por mucho que se busque, pero lo que quiero es encontrarla yo.

—Te he preguntado que dónde está.

—Pues la señora salió no más hace un ratico... Si usted no dispone nada yo vuelvo a la tarea señor, me encontraba en el jardín colocando unas mangueras...

Estos son todos así, no levantan la voz, todo es «no más», y «un ratico» o «dos raticos», pero lo que es aclararte las cosas no te las aclaran, van a su bola. Yo no soy racista, pero, si por mí fuera, los metía en un avión, y hala, al triángulo de las Bermudas con ellos, total, son todos iguales y hay de sobra.

—¡Pero vamos a ver! ¿Cuánto hace que salió? ¿No dijo dónde iba? ¿No dijo cuándo iba a volver? ¿No dijo nada?

—Pues... no señor, se fue no más.

El móvil, apagado, no sé para qué demonios se lo compré. Esta es capaz de haber ido a casa de su hermano, el mangante ese que se cree que ha descubierto la pólvora. Mira que le he dicho veces que no quiero que vaya allí, que sabe que no me gusta porque lo único que hace es meterle ideas peregrinas en la cabeza y esta, como tiene el conocimiento justo para pasar el día, se deja influir y viene para casa con unos vuelos que parece la reina de Saba.

Me tiene hasta arriba con el tema de que su hermano le dice, y que ya le ha dicho su hermano y que si su hermano le recomienda... Pero ¿qué sabe ese lo que tiene que recomendarle a esta o lo que no?

¡Que le va a venir bien volver al trabajo! Y a él también le vendría bien ser director del Banco de España y sin embargo es un vulgar albañil, un *paleta*, un ladrillero que no tiene dónde caerse muerto y le corroe la envidia. Es que no falla, cada vez que está con él ya viene con el cuento de que le gustaría volver a dar clases,

que echa de menos el colegio, que los niños la animarían mucho...

¿Pero qué animada ni animada? Es que no me explico qué le puede faltar para estar animada. Haz como todas, ponte a ver programas de esos del corazón o telenovelas ¿yo qué sé?

No, ella no, ella tiene que pensar en el trabajo, en dar clases, en estar todo el día puteada por una pandilla de mocosos que no tienen ni idea de la vida. La pierde el egoísmo que tiene, la come por dentro porque solo piensa en ella. Y no es porque no se lo haya dicho veces, que ya se lo he explicado, que ya le he dicho que la mujer de un inspector jefe no puede ser una maestríta cualquiera, no puede estar dando clases en un colegio público como si fuese una más. Y ya no digo nada cuando me den el ascenso, a ver dónde se ha visto que la mujer del comisario sea maestra de escuela...Es que no lo entiende o no lo quiere entender, vamos, porque al principio, cuando puso la excedencia no parecía que lo viese tan mal, pero ahora me dice que es que los chicos han crecido y que se siente sola.

¿Sola? ¿Cómo que sola?

Le he comprado dos perros de raza que da gusto verlos, tiene tres gatos pululando por la casa que cualquier día les pego una patada y se convierten en gatos voladores, hay por lo menos tres o cuatro canarios y dos conejos de esos gordos...y además están los peruanos, que no hacen ruido, pero vivir, viven ¿no?

¿Y se siente sola?

Está muy loca, pero mucho, porque hace cosas que yo nunca he visto ni oído que haga nadie. Lo del café, por ejemplo, es de manicomio, vamos. A ver dónde se ha visto una persona a la que no le guste el café, pero que lo hace cada mañana porque le recuerda el olor que había en casa de sus padres todos los días...

Para mí que está de ingreso, de verdad, yo creo que con esta se podía escribir un libro de terror. Bueno, y de hecho algo anda escribiendo, porque ahora ya ni le pregunto, pero hace años, me dijo que tenía un cuaderno donde apuntaba sus sueños, pero no lo que sueña dormida, no, lo que sueña ella porque quiere, despierta...

«Sus sueños», ojo a ese dato, «sus sueños». En mi vida oí a nadie que apuntase lo que quiere soñar en un cuaderno, es que es rara de verdad.

¿Pero dónde está? ¿Dónde está hoy?

—¿Tú tampoco sabes dónde está mi mujer?

—No, señor, ella salió de la casa, pero yo no sé...

—¡Ya sé que salió de la casa! ¡Eso ya lo sé!

—¿Quiere usted que avise a mi esposa para que le prepare una infusión? Se le ve a usted muy agitado...

—¡Que me dejes en paz! Vete a cortar hierbas que para eso te pago y déjame de infusiones ni de gaitas...

¡Pero bueno! Que se me ve agitado... Dice que se me ve agitado... ¿Y cómo se supone que tengo que estar si llevo media hora dando vueltas por la casa? Si parezco un león enjaulado recorriendo los tres pisos de arriba abajo como si me importase algo dónde está.

Tengo que calmarme, sí, tiene razón el jardinero este, por muy peruano que sea, tiene razón, es verdad, a veces los peruanos también pueden tener razón ¿no? No quita que sean de allá para que tengan razón o no la tengan, y si la tienen se les da, y si no la tienen, no se les da, eso es así ¿o no es así? ¿Yo qué sé? No sé. No, a lo mejor no...

Pero calmarme tengo que calmarme porque me noto con un calor que me ahogo, me asfixia la corbata, tengo la camisa empapada, y me noto el corazón a mil por hora...Sí, a ver, tengo que tranquilizarme, no más carreras por la casa, no más golpes en las paredes, no más entrar y salir al jardín, que los cambios de temperatura son malos.

Calma, calma.

Así, en silencio, eso es, en silencio.

Respirando despacio, coger aire y soltarlo, cogerlo y soltarlo.

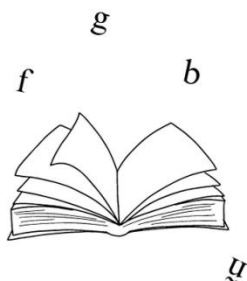
¿Qué es eso? ¿La llave en la puerta? ¿Ya está ahí? ¿Ha llegado? ¿Es ella?

Sí, es ella. ¡Menos mal!

Ha vuelto.

ñ

La joven maestra
prepara sus libros,
su bata de cuadros,
su estuche de lino.



Un grupo de niños
la espera impaciente,
y ella va a su encuentro
feliz y sonriente.

Va con los pequeños,
se ríe con ellos,
olvida problemas,
construye sus sueños.

Al caer el día
se queda marchita,
tiene que irse a casa,

¡pobre maestra!



—¡Vamos a ver, Garrido! A mí esto del veinticinco me hace tanta gracia como a ti, pero si hay que organizarlo, no queda más remedio que hacerlo y punto...

—Es que me niego a organizar contigo un acto en contra del maltrato cuando luego vienen pidiéndote ayuda las víctimas y les das con la puerta en la cara.

¡Y dale con las víctimas! ¿Pero qué tengo que hacer para meterle dentro de la cabeza que las víctimas no tienen que venir a pedirme a mí ayuda para nada?

—Paso de ir contigo en la cabecera de una manifestación como si te importase algo lo que allí se va pidiendo. ¿Y todavía te atreves a decirme que contacte con mujeres maltratadas para que nos acompañen? Estás muy equivocado, Sotillo, ni tú, ni Parra ni el mismísimo Herrera me vais convencer de que ponga cuatro víctimas allí delante, como si fuesen los gigantes y cabezudos de una macabra fiesta. Será de vuestra fiesta, pero no de la mía.

Esta tía y sus portazos. No sé dónde aprendió educación, mucha universidad y mucha chorrada, pero

luego los modales no se los enseñan en ningún sitio. Al final, me va a traer problemas con el Supremo, a ver si por esta pava me voy a jugar yo el ascenso, hasta ahí podíamos llegar.

—¿Parra? La Garrido se niega a colaborar... Sí... que sí, hombre, que sí, que se lo he dicho por las buenas, pero que esta tía me tiene ojeriza y todo lo que yo le proponga se lo pasa por el arco del triunfo... Mira a ver si tú le puedes dar un toque... ¡Anda! ¡Pues lo mismo que yo! Al fin y al cabo, eres el jefe, y yo no tengo autoridad ninguna sobre ella... Vale, vale, venga, vale...

Esto ya es el colmo, o sea, que al final voy a tener que ir a su despacho arrastrándome por el suelo para convencerla de que me organice lo del bendito día... Lo llevan claro, al hijo de mi madre no ha nacido quien lo arrastre, y menos esta, por muy maciza que esté.

—Señor Sotillo ¿Da usted su permiso?

Ni permiso ni gaitas mañaneras, no sé para qué preguntan eso si ya están dentro.

—¿Y ahora qué pasa, Valdemoro?

—Pues que el señor Parra me ha dicho que le haga llegar estos documentos para que vaya usted viendo la legislación y todo lo que debe tener en cuenta para la manifestación...

Me trae un taco de papeles que me estoy pensando si emplearlos para hacer una hoguera y prenderle fuego a esta maldita comisaría o mandárselos de vuelta para que se suene los mocos con ellos.

—Señor Sotillo... Si me permite... Yo quería saber...

Le miro sin hablarle porque ni ganas tengo de dirigirle la palabra, estoy convencido de que este guiñapo humano me trae mala suerte cuando se me cruza en el camino por la mañana, y como su cara de desgraciado es lo primero que veo cada día, no tengo ninguna intención de, además, tener que hacer el esfuerzo de hablarle.

—Es por lo de la manifestación esa del veinticinco...

No me jodas, esto no puede ser cierto. Hasta el tarado este me pregunta por lo del veinticinco, pero bueno, esto qué es, ¿un complot contra mí o qué?

—Digo, que si es para pedir algo... no sé... más justicia, más rapidez en los juicios o algo así, o es solamente para ir allí desfilando y ya está.

Pero bueno, ¿y quién le ha dado vela en este entierro? Yo es que me acojono ante tanta desfachatez, vamos, ahora resulta que tengo yo que darle explicaciones a este espécimen.

—Es que... verá usted, yo pienso que estas cosas no valen para nada... que esto en realidad es para quedar bien... para...

—Valdemoro...

—Dígame, señor Sotillo.

—¿Usted de verdad cree que a alguien le interesa lo que piensa?

—Pues... no lo sé, señor.

—Pues ya se lo digo yo. ¡No hay un alma aquí que quiera saber lo que a usted le parecen las cosas! ¿Está claro? Dígame, ¿está claro?

—Sí, señor, está claro.

¡Bueno! Esto lo veo en una película y me parece que se han pasado de exagerados, y, sin embargo, ahí lo tengo, vivito y coleando, y para durar, porque, aunque por fuera parezca un cadáver, igual tiene una salud de hierro.

No entiendo qué pintan personas así en el mundo. Si este tío solo tenía en su vida a la hija que le mataron, ¿por qué no se pegó un tiro aquel día? A mí me hubiera ahorrado un montón de dolores de cabeza.

—¡Señor Sotillo! ¡Señor Sotillo!

¿A que me muero de un infarto antes del ascenso? ¿A que me quedo aquí más tieso que la mojava, víctima de los sobresaltos que me producen estos delincuentes que tengo por ayudantes?

—¡Señor Sotillo! ¡La mató! ¡Lo acaban de decir, la mató!

¿Será accidente de trabajo morir por ver la cara de Peña? Podría denominarse «Peñitis aguda», seguro que presentarían el caso en algún congreso médico y mi nombre sería conocido a nivel mundial, lo que pasa es que, como estaría muerto, no me iba a enterar...

No entiendo por qué, pero en cuestión de segundos, mi despacho se ha llenado de gente y todos me miran como dando por hecho que sé algo que por lo visto todos saben ya.

Entre tanto jaleo como se ha formado distingo la figura de la Garrido que viene hacia mí como una pantera. Va vestida de negro de arriba abajo y así destaca más la melena rubia que tiene. Me mira con unos ojos de felino sin domar y desde el otro lado de la mesa se acerca tanto a mí que puedo sentir su aliento en mi cara.

—¿Estarás contento? Ahora estarás contento, ¿no?

Me lanza unos papeles que no sé lo que son ni puñetera falta que me hace porque lo que no voy a consentir es que una prepotente como esta me venga a montar el numerito delante de mis subordinados como si yo fuese aquí el último mono.

—Ahí lo tienes, ya la mató. ¿Era eso lo que querías? Porque si era eso, ya lo has conseguido.

—Fuera de mi despacho.

Peña, Pinto y Valdemoro se van como tres cucarachas, casi amontonándose para salir, y los otros que estaban aquí y que no sé de dónde han salido, también huyen, como si hubiesen olido la bronca que se va a formar.

La Garrido sigue mirándome desafiante, se ha quedado en silencio esperando a que la gente se vaya. No baja la vista, me reta hasta cuando ha metido la pata y lo sabe.

—Que sea la última vez que entras en mi despacho de esta manera y te atreves a hablarme así. Que sea la última vez, Garrido, porque se me está acabando la paciencia y como a mí se me acabe la paciencia, puedo ponerte las cosas muy difíciles.

—No estás en condiciones de amenazar a nadie, Sotillo. Han matado a Alicia Ruíz, la hija de la mujer que vino a pedirte ayuda tantas veces, la ha matado su exmarido, ahí tienes las fotos, por si no te lo crees.

Miro de reojo los papeles que antes tiró sobre la mesa. La cara de una mujer aparece en varias fotografías tomadas desde distintos puntos. Casi vomito al ver tanta sangre, estas cosas siempre me revuelven, y mira que agunto lo que me echen, pero son temas para los de Laboratorio, que tienen que verlo porque no les queda otro remedio, pero yo no sé qué pinto en este asunto.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¿Cómo puedes decir eso?

Se le salen los ojos de la cara cuando habla, es una fiera enjaulada a solo medio metro de mí, retándome con sus preguntas sin sentido.

—¡¡¿Me la he cargado yo acaso?!!

—Como si lo hubieses hecho, porque no la hiciste ni caso, no le prestaste atención, no la ayudaste... y ahí tienes el resultado.

—Parece que tú tampoco la ayudaste mucho...

—Yo no puedo hacer más de lo que hago, mi labor consiste en informar, en concienciar, en convencerlas de que tienen que denunciar, no tengo atribuciones para poner vigilancia ni para dar una orden de captura de un individuo.

—Pues entonces, Garrido, vamos a hacer cada uno nuestra «labor», como tú dices. Tú sigue animando a las mujeres a que denuncien, y cuando hayan denunciado las

maten, ya me encargaré yo de recoger los cadáveres ¿vale?

—Ese es el problema, que las denuncias no valen de nada si llegan a manos como las tuyas, si no se hace con ellas lo que hay que hacer, ¡lo que tú deberías hacer!

—Deja de decirme lo que tengo o no tengo que hacer. Dedícate a tus teorías y a tus frases bonitas que solo sirven para calentar la cabeza de las mujeres. Sal de mi despacho y, a ser posible, no vuelvas a entrar en él.

En mi vida había mantenido una conversación tan tensa con tanta calma. Hemos estado los dos de pie, sin dejar de mirarnos fijamente, conteniendo la ira que llevamos por dentro.

Cuando se ha dado la vuelta para salir, ni siquiera la he mirado, es como si la hubiera visto de otra forma, como a un enemigo que puede hacerme daño, y eso no me ha gustado.

Tiro las fotos a la papelera, no tengo el estómago para ver muertos, bastante desgracia es tener que salir de este despacho y toparme inevitablemente con las tres mesas de mis tres acólitos, que, para disimular, hacen como que escriben al ordenador, pero que, en realidad, están deseando que me vaya para comentar lo de la Garrido, porque seguro que lo han estado escuchado todo como tres viejas porteras.

Valdemoro no está. Un idiota menos.

No tengo ganas de ir a ningún sitio, pero tengo que salir de aquí porque Parra me va a empezar a bombardear con el tema, y, además, seguro que con esto ya se

cambian los planes de lo del veinticinco y hay que reorganizarlo todo.

Me voy a casa, tampoco es plan de que nadie me vea por ahí tomando cañas si acaba de trascender la noticia. Me he puesto enfermo, ya está, ¿o es que uno no se puede poner enfermo si se han cargado a una paisana?

Mira, hace mil años que no le llevo flores a esta. Espero que hoy al menos esté en casa, porque después de lo mal que me puse el otro día cuando no la encontraba por ningún sitio... Me dio por pensar que igual no volvía. Estupideces. ¿A dónde iba a ir? A la farmacia, ya ves tú. Ese es el turismo que hace, pero no me gusta.

Ya le he dicho a la *inca* que, a partir de ahora, vaya ella, que para comprar aspirinas no hace falta que salga la señora, que luego me caliento y pasa lo que pasa, pero bueno, con cuatro flores y dos perdones se suaviza lo del otro día y a otra cosa.

La casa huele a café
el cielo quiere llover,
y despierta lo soñé:
me volvías a querer.

Hoy te creo ¿por qué no?

Aunque sepa que no es cierto.

Deja que crezca algún brote
en mi corazón desierto.

Mañana será otro día,
se acabó la pesadilla.

Viviremos otra vida,
me volverá la alegría.



—¿Sotillo? ¿Pero dónde te metes? ¿Tú te crees que se puede desaparecer, así como así? ¿No sabes lo que ha pasado o qué?

—Que sí lo sé, hombre, que sí... Que lo han repetido hasta la saciedad... Como para no saberlo... Que han matado a la tía que estuvo en...

—No me refiero a la tía, me refiero a lo de él.

Este Parra me vuelve loco, de verdad. Cuando yo sea comisario voy a tratar a mi inspector jefe mucho mejor de lo que él me está tratando a mí, porque no hay derecho.

—¿Qué es «lo de él»?

—¿Lo ves cómo no te has enterado? ¡Que se lo han cargado a él! Al exmarido de la que mataron esta mañana.

—Se habrá suicidado, hombre, ¿no es lo que hacen muchos? Las matan y luego les entra el miedo y se pegan un tiro o se tiran de un décimo... ¿Qué ha hecho este?

—No ha hecho nada, Sotillo, se entregó después de cargarse a la tía, lo teníamos en el calabozo para tomarle declaración.

—¿Cómo que...? ¡No te entiendo!

—Te lo estoy diciendo, estaba detenido y lo hemos encontrado con un tiro en la frente y otro en los testículos.

—¿En el calabozo?

—En el calabozo, ¡¡en nuestro calabozo!!

Me quedo helado, no sé qué decir. Esto es lo nunca visto.

—Esta sí que es buena —acuerdo a decir—. No conviene que trascienda...porque a ver cómo se justifica eso.

—Vente para acá ahora mismo, si te has puesto enfermo te vas mejorando porque lo que esto nos va a traer sí que nos va a poner enfermos.

Cuelgo el teléfono, iré a ver, pero vamos, no sé qué quiere que haga yo. Tendrán que cerrarles la boca a todos los que se hayan enterado y abrir una investigación interna para saber qué es lo que ha pasado, porque eso es que a alguno de los que estaba por allí se le ha ido la olla y se lo ha llevado por delante, no creo que sea muy difícil saber de qué arma son los disparos. Al que sea se le lee la cartilla y a otra cosa, porque si se le pone en la calle va a ir largando más de lo que interesa, eso está claro.

Manda narices...vaya historia... Si es que la gente está muy pirada, hombre, el uno por cargarse a la parienta, y el otro por cepillárselo a él. A las mujeres hay que saber llevarlas, que tengan bien claro quién manda, y si se les olvida, se les recuerda de vez en cuando, pero de ahí a matarlas...

¿Y al otro? ¡Qué cosa más extraña! Esto ha sido alguno que estaba con un *pedal* de aquí te espero porque

si no, no se comprende, igual el pobre chico no tenía antecedentes ni nada, a lo mejor le caían unos años y estaba en la calle antes de darse cuenta. Hay que estar zumbado...

¡Menudo jaleo hay aquí! No está ni dios en su sitio, casi va a ser mejor no pasarme por el despacho, me voy directo al de Parra.

—¡Ya era hora, eh, ya era hora! ¿Tú sabes el marrón que nos va a caer?

Parra está asustado y eso no me gusta, un comisario no puede dar esa imagen, aunque los tenga de corbata. Yo no lo haría así, desde luego.

—Pues que no trascienda, empieza a cerrar bocas como sea.

—¿Cerrar bocas? —Dice fuera de sí—¿Has visto el revuelo que se ha formado? Lo sabe ya todo el mundo, tengo a la prensa en la puerta de atrás y a la familia en la de delante, los teléfonos no paran de sonar y Lagos me ha llamado como doscientas veces al móvil. ¿Qué bocas quieres que cierre?

—Pues di que se ha suicidado, que no se le registró, que traía el arma escondida, que se la robó a uno de los que lo custodiaban, ¡yo qué sé! Pero algo habrá que decir...

Da vueltas por el despacho, se pasa la mano por el pelo y le escurre el sudor por las sienes, está acojonado.

—A ver, Parra, vamos a tranquilizarnos un poco. ¿Quiénes estaban en las dependencias en ese momento?

—Si es que acababan de traerlo, lo habían fichado y poco más. Estaban allí los tres o cuatro habituales, pero ya sabes el revuelo que se forma en estos casos, venía con una hermana que estaba histérica perdida, él traía el cuchillo con el que se había cargado a la ex y cuando lo sacó para entregarlo, la hermana empezó a dar voces y aquello se llenó de gente, como para saber ahora quiénes estaban allí...

—Pues a ver qué se hace porque se te va a echar encima la plana mayor cuando esto aparezca en las noticias.

—¡Sotillo! Te he llamado para que me ayudes a encontrar soluciones no para que me recuerdes los problemas.

«Soluciones», dice, no sé qué soluciones quiere encontrar ahora con la que se ha formado dentro y fuera de la comisaría.

El teléfono de Parra no deja de sonar, y él no deja de dar voces mientras recorre el despacho como si quisiera hacer los mil metros lisos. Intento escaparme porque verlo así me pone de mal humor, pero no me suelta el muy cabrón, me agarra de la chaqueta sin dejar de vocear a no sé quién por el móvil. Ignoro lo que quiere que haga, al fin y al cabo, el comisario es él ¿no?, Pues que se busque la vida, que esto le va en el sueldo.

—Era Lagos otra vez, me está poniendo la cabeza a punto de estallar. Ya ha salido la noticia en el informativo

de la televisión local, quiere que en el siguiente parte den ya el nombre de la persona que lo ha hecho y además imágenes de su detención. Hay que llamar a los de Balística para que nos manden el informe cuanto antes, ahí está la clave. Todos los agentes que estaban en comisaría en ese momento han entregado ya las armas, supongo que será cuestión de minutos dar con el que lo ha hecho.

—¿Diste orden de que ninguno de los que estaban allí salga del edificio?

—Sí, he puesto dos hombres en las salidas, pero tampoco me fío porque ha habido mucha confusión, en los primeros minutos puede haberse ido cualquiera.

—Bueno, pero el que eche a alguien en falta que lo diga...

—De eso no podemos fiarnos, aquí no se moja ni dios...

—Voy a ir hasta mi despacho, si te llega lo de Balística me llamas...

—Sotillo, esto me va a costar el puesto, pero te juro que, si me largan por algo tan absurdo, no me voy solo, arrastro conmigo a quien haga falta.

Ni le contesto, no sé lo que ha querido decir con eso de que arrastra con él a quien haga falta, prefiero pensar que no me lo ha lanzado como si fuese una indirecta queriendo decir que me puede salpicar a mí, porque ya solo me faltaba eso.

Si le cuesta el puesto que se lleve por delante a quien le dé la gana, pero a mí que me deje en paz, que

mira, pensándolo bien, si él se va, sería la única manera de que a mí me nombren comisario...

No es mala idea, no señor.

No ha quedado ni una cadena de televisión sin dar información exhaustiva de «el terrible asesinato cometido en la comisaría» ... Es que ni una cadena, todas lo han dado al principio, en el medio y al final de los informativos, por si quedaba alguien sin enterarse. Y las imágenes que reclamaba el Supremo con la detención del que lo ha hecho, tendrán que esperar, porque con el informe de Balística nos hemos quedado todos con un palmo de narices.

¿Cómo puede ser que el disparo no se haya hecho con un arma reglamentaria? Dicen que se trata de un arma sin identificar hasta el momento, al parecer, antigua, sin catalogar.

Ahora ya caben todas las posibilidades, no tuvo por qué hacerlo uno de los nuestros, por lo visto había allí más gente de la que debía, no es fácil colarse hasta los calabozos, pero vamos, si alguien lleva esas intenciones, puede aprovechar cualquier momento de revuelo o de descuido y hacerlo sin problema.

No me explico quién puede guardar un arma de hace mil años en casa, qué loco puede estar para ir por ahí con ella en el bolsillo tan campante y soltarle dos tiros así, a bocajarro, a un chaval sin más ni más.

No quiero desanimar a Parra, porque luego dice que me necesita para darle soluciones y no problemas, pero vamos, eso de ponerse a localizar las armerías donde se hayan podido vender esas pistola y esa munición concreta, igual que lo de hacer un repaso por toda la gente con licencia de armas cercana al chico, le va a servir para perder el tiempo, ni más ni menos, porque el que lo haya hecho, no creo que ande enseñando esa pistola a mucha gente, ni siquiera creo que sea alguien con licencia, será un pirado de la vida, alguien que no esté en sus cabales, así que, como para encontrarlo, con la de ellos que hay en esas condiciones.

Y esta ¿qué pasa con ella?, ¿Que hoy aquí no se cena, o qué?

No entiendo para qué tiene tantos electrodomésticos con la porquería de comida que prepara, y no sé tampoco para qué le compré el robot aquel que lo hacía todo él solo. Para nada, porque ni lo utiliza. No señor, es mejor no molestarse mucho, y en vez de preparar un cocido como Dios manda, me pone aquí cuatro acelgas y un poco de repollo, que si se cree ella que con esto voy a pasar la noche, lo lleva claro.

Lleva media hora hablando con los chicos por teléfono, a saber de qué, porque luego le pregunto qué le han dicho y siempre dice que nada, que están bien, pues bueno, para eso no creo que haga falta estar tanto tiempo

dándole a la lengua, que los móviles nos van a comer el sueldo.

No se ha dado cuenta -o no se la quiere dar- de que pasan de nosotros olímpicamente, se cree que siguen siendo aquellos niños que jugaban con ella, pero no se entera de que no la hacen ni puto caso, lo único que quieren es que les llegue el dinero y seguir viviendo su vida sin dar un palo al agua. Pues nada, nada, yo hago como hice siempre, me limito a mirar cómo pasa el tiempo y su madre sigue empeñada en que «los niños» no sufran, y en que «los niños» no se preocupen... Si le hubiera hecho un poco más de caso a su marido y menos a los hijos, en esta casa hubiera sido todo diferente, eso no me lo quita nadie de la cabeza, porque desde que nació el primero fue como si yo hubiese desaparecido del mapa, y con el otro ya ni mirarme a la cara, vamos, si no hubiera sido porque yo la buscaba, me hubiera dejado hasta de hablar.

No señora. Te casaste conmigo ¿no?, pues ahora cumples con tus obligaciones. Estaría bueno, no sabía ella con quién se la jugaba, pero lo aprendió, vaya que sí. Si algo me dejó mi padre bien claro fue que, por muchas vueltas que dé el mundo, los hombres siempre deben tener la sartén por el mango, y sin descuidarse un momento, porque con los tiempos que corren, si bajas la guardia, se te suben a las barbas. La sociedad ha hecho creer a las mujeres que son iguales que nosotros, y después pasa lo que pasa, que salen especímenes como la

Garrido hablando del patriarcado y de la igualdad, y se convierten en líderes de masas.

Por fin ha colgado el teléfono, que los chicos no van a venir para lo del veinticinco. Eso lo sabía yo desde que se lo dije, estaba cantado. Primero van dándote largas: que si tienen un examen, que si hay que estudiar, que si no pueden por esto o por aquello... Todo mentiras, no vienen porque no les da la gana, porque basta que se lo haya pedido su padre, para que se queden allí, y como su madre, tampoco quiere ir, en vez de convencerlos, seguro que les ha dicho como siempre, que no se preocupen, que no pasa nada, que no hace falta... Esto es así, yo en esta casa no pinto ni sombra, es duro reconocerlo, pero es la realidad.

Luego dice que me pongo encendido. ¿Pero cómo no me voy a poner encendido? Con el día que hemos tenido hoy en la comisaría, con los que nos quedan por tener -porque esto traerá cola-, encima llego a casa y me encuentro un plato de hierba para comer, como si yo fuese un animal, y por si eso fuera poco, no cuento ni con el apoyo de mis hijos ni con el de mi mujer. ¿Tengo razón o no tengo razón?

Lanzo las jodidas acelgas contra la pared, mil veces le he dicho que me trae el fresco la tensión, que no me gusta el forraje, que quiero comer en condiciones.

Ya está, ya se asustó. Mírala, se lleva una mano al corazón y otra a la boca.

Abre los ojos tanto que parecen platos, platos vacíos de comida, platos sin fondo, como ella.

¿Para qué valieron las flores que la traje el otro día?

Para nada, todo es para nada. Invertir buenos modales en esta es como tirar el tiempo por la ventana, lo mismo. Y lo que más me cabrea es que quiera irse cuando estoy hablando. Mírala, intenta escaparse de la cocina como si me pudiese dejar así, con la palabra en la boca.

¡Que cierres la puerta!

Es como una anguila, tan escurridiza y flaca que parece que se va a meter por una rendija del suelo. Ya le gustaría a ella.

¡Que dejes de poner esos ojos de terror! ¡Que pareces la niña del exorcista! Cualquiera que la viese pensaría que me tiene miedo.

¿Pero miedo de qué? ¿De qué tienes tú miedo si te trato de maravilla?

¿Cómo que «por favor»? Por favor he pedido yo mil veces una cena en condiciones y no eres capaz de hacerla; por favor les he pedido a tus hijos que vengan para dar la imagen de familia unida que no somos y la prueba está bien clara, porque no piensan aparecer por casa; por favor te he dicho que no pongas esa cara de pánico porque me dan ganas de que la pongas por algo...

¡Que no me calmo! ¡Que no me da la santa gana de calmarme!

¡Que estoy harto de calmarme y de que me vuelvas a encender!

Ni Sebastián, ni nada... Que sabes lo que me crispa que te intentes escapar cuando te estoy hablando y sigues haciéndolo, como si yo fuese aquí un títere. ¡Que no,

hombre, que no! Que le tienes más respeto a los putos peruanos que a tu marido, y esta lección te la tienes que aprender, que ya va siendo hora.

Ni «no, no», ni «sí, sí», que me pudre por dentro verte ahí enroscada, lo sabes y lo sigues haciendo. Cada vez que me ves con la mano en alto te transformas en un gusano. ¿Por qué? Pues porque te has propuesto llevarme la contraria en todo, porque sí, porque quieres ponerme a prueba, provocarme, ni más ni menos, y como te crees muy lista, te permites el lujo de hacer esto...

Bueno, pues ¿sabes lo que hago yo con los gusanos?

—A ver, Sotillo, Lagos dice que lo del veinticinco sigue en pie porque como acaba de haber otra víctima es el momento ideal para destacar más, para que se note nuestra buena intención... en fin, esas pajas mentales que se le ocurren a él y que tenemos que llevar adelante los demás.

—¡Pero bueno, Parra! Con la que tenemos ahora liada ¿pretende que continuemos con el teatrillo ese que se ha montado? ¿Qué quiere? ¿Que se nos eche encima la gente? ¿Que vengan los medios sensacionalistas a preguntarnos qué pasa en nuestra comisaría?

—Dice que hay que canalizar la atención de la gente hacia otro sitio, que lo que necesitamos es ganar tiempo, despistar las cámaras con otras noticias mientras encontramos al que lo ha hecho, y luego sí, luego

anunciarlo a bombo y platillo, pero mientras tanto, estas cosas de manifestarse, hacerse fotos y salir en los papeles, calman los ánimos de la gente.

—No está bien de la cabeza, te lo digo yo.

—Me encargó mucho lo del discurso que va a leer tu mujer, dice que es un golpe de efecto que nos puede hacer ganar muchos puntos. Por cierto ¿qué pasó? Alguien comentó esta mañana que la había visto ayer en Urgencias...

Esto es un *putipueblo*, no puedes ni estornudar sin que se entere todo dios. Mira que le dije que no fuese al hospital, que no era para tanto, pero es una exagerada, una neurótica.

Se va a enterar. Esperó a que me durmiese para ir a Urgencias, le faltó el tiempo para tener su minuto de protagonismo. Se cree una estrella, tiene que ser siempre la más importante, el ajo de todas las salsas. Ya ves, al hospital, parece que está hecha de mantequilla, tan delicada y tan fina para luego jugármela por detrás...

—Sotillo... que si le pasó algo a tu mujer...

—No, hombre, no. ¿Qué le va a pasar? Nada serio, se resbaló por las escaleras, cada día está más torpe.

—Pues te va a tener más cuenta poner un ascensor, porque ya se ha caído más veces ¿no?

Y, a lo mejor, tu madre también se ha caído más veces. Me voy del despacho sin contestarle, te parecerá que tienes pocos escombros encima como para ir a ocuparte de lo que ocurre en casa de los demás, esto ya es

lo que nos faltaba, vamos, lo que estaba deseando escuchar esta preciosa mañana que se nos avecina.

—Señor Sotillo... ¿Da usted su permiso?

—Pues no, Valdemoro, no doy mi permiso, pero ¿a que va usted a entrar de todas las maneras?

—Yo solo quería interesarme por su señora de usted.

Hoy me pego un tiro, o se lo pego a este, y creo que va a ser mejor esta segunda opción.

—¿Y a usted qué le importa mi señora, Valdemoro?

—Es que dicen que ayer la vieron salir del hospital escayolada... usted perdone, pero ya sabe que yo a su señora le tengo un profundo afecto, y que si necesita cualquier cosa me tiene a su entera disposición...

—Salga de mi despacho. ¡Salga de mi despacho ahora mismo y ocúpese de sus asuntos!

¿Escayolada? ¿Pero cómo que escayolada? ¿Escayolada de qué? ¿De dónde? ¿Pero cómo ha podido hacerme esto? ¿Cómo es capaz?

Sabe que tiene que leer el discurso el día de la manifestación y no se le ocurre mejor cosa que montar el paripé y hacer que la escayolen para no tener que ir. Ha elaborado el plan por la espalda, en silencio, para que no me enterase, para que no me diese cuenta de nada...

No, esto no se le ha podido ocurrir a ella sola, esta no tiene cerebro para tanto, ni hablar, esto es cosa del hermano. Me apuesto el cuello y no lo pierdo, aquí ha intervenido él, que con tal de fastidiarme la vida es capaz de cualquier cosa...

—Señor Sotillo, disculpe que le moleste de nuevo, pero el comisario me ha dado este informe y dice que es urgente.

Aquí todo es urgente, todo es para antes de ayer. Tienen un sentido del tiempo que me supera.

Mira que les he dicho veces que no me manden fotografías, que yo no necesito ver para creer, que con que me lo cuenten es suficiente...Pues no señor, tengo que llevarme estos sobresaltos sin necesidad, como si fuese un placer ver al pobre infeliz con un tiro descerrajado entre las piernas...

—¿Son del que mataron en los calabozos?

Esto ya es el colmo, ¿pues no va y asoma la cabeza como un mochuelo el simple este?

—Son de quien sean, Valdemoro, a usted no le incumbe.

Mejor guardo las fotografías en el sobre del que nunca debieron salir. Menos mal que ha captado la indirecta y se va a su silla, espero que para no volver.

Aquí está el informe de Balística, que ni me voy a molestar en leer. Si ya nos han dicho que no era un arma reglamentaria no sé para qué quiere Parra que me lea yo este testamento.

—Diga. Sí, soy yo. No, no, no. A mí no me pases a ningún periodista, eso para la Garrido o para el comisario, que les gusta mucho salir en la tele. No se te ocurra pasarme ni a uno solo de esos buitres, lo que me faltaba...

A mí no me pagan para hacer declaraciones, ni dar informes de investigaciones. Hala, hala, que hable *Parrita*, verás qué guapo sale en los programas.

—Diga. ¡Hombre, chaval! ¿Qué pasa? ¿Se os acabó el dinero?... Sí, eso, encima oféndete, solo llamáis cuando necesitáis pasta, así que a ver qué voy a pensar... Vale, sí, eso, tengamos la fiesta en paz que va a ser mejor para todos... ¿A tu madre? Nada, ¿qué le va a pasar? Que yo sepa nada. ¿Por qué?... ¡Ah, bueno! Pero eso es lo de siempre, ya sabes cómo es, no se fija, va corriendo a todos los sitios, y claro, se resbaló y cayó hasta abajo, pero vamos, no ha sido nada... ¿Cuál? ¡Escayola, escayola! A cualquier cosa le ponen escayola ahora. Según entras en Urgencias sales con una escayola fijo... Nada, te digo yo que no es nada... ¡Claro que puede hablar! ¿Desde cuándo no se puede hablar por un golpe en el brazo?... ¡Que sí, hombre, que sí! Que se la entiende perfectamente. Déjate te rollos. Sebas, ¿vosotros vais a venir o no? Sin disculpas, tío, sin disculpas, que ya nos conocemos... Cojonudo, muy bien... Eso, encima ponte borde, que ya era lo que me faltaba... Hala, sí, mejor lo dejamos. Venga, que a mí no me mandan el dinero a casa por no hacer nada como a otros, que tengo más cosas que hacer.

¡Esto es lo último! Encima se pone gallito. La madre que los parió, esa es la que tiene la culpa de todo. Seguro que ha hablado con ellos y les ha contado que ha ido a Urgencias y que está malísima. Todos son de la misma pasta, no se les puede ni mirar porque se rompen, así es

ella y así les ha enseñado a ellos, que nada más saben abrir la boca para pedir, pero cuando se les necesita no están. Lo que tenía que haber hecho era cerrar el grifo hace tiempo, a los hijos y a la madre, y en cuanto tenga el ascenso es lo que voy a hacer, menos gilipollices y dedicarme a disfrutar de lo mío.

—¿Se puede?

Se puede ser de otro mundo, eso es lo que se puede y lo que pienso cada vez que veo a esta mujer. Hoy viene vestida de azul, como la muñeca.

—Sotillo, quería que me confirmases si tu mujer va a leer el discurso o no...bueno, primero preguntarte qué tal está, porque me dijeron que está ingresada...

—No está ingresada, está perfectamente y va a leer el discurso por supuesto.

Ya empieza a cansarme este asunto. Esto más que una comisaría parece un patio de vecinas donde se enteran todo el mundo de las cosas antes que yo.

—Bueno, pues era solo eso, me alegro de que esté bien.

Y se da la vuelta como si fuese a marcharse, pero yo sé que no ha venido solo a interesarse por mi mujer. ¿A que no?

—Oye, Sotillo, ¿hay algún dato nuevo sobre el muchacho de los calabozos?

—Nada, pero no creo que tarde mucho en solucionarse.

Está seria después del altercado del otro día, menos prepotente que de costumbre.

—Es que...hay bastante revuelo entre la gente, ya sabes lo que les gusta a los periodistas la carnaza. Hay un aluvión de ellos a la puerta esperando novedades.

—Pues díselo a Parra, él es el comisario ¿no? Pues que se ponga las pilas, que no es tema mío.

Antes de salir, se queda un momento mirándome con una sorna que pone en funcionamiento mi instinto de ataque.

—¡Qué casualidad! Nada es tema tuyo. Cuando denuncian por malos tratos no te corresponde si no hay muertos, y cuando hay muertos tampoco porque no eres el comisario, pues nada, ya nos contarás qué es tema tuyo entonces.

Ya está, ya se ha liado, ya se sube al pedestal en el que se cree que ha nacido. Voy a intentar mantener la calma, voy a intentarlo, pero no prometo nada.

—Mira, Garrido, no vengas a fastidiarme. Ocúpate de tus mujercitas apaleadas y déjanos a los demás hacer nuestro trabajo ¿vale?

Se echa el pelo para atrás, no he visto un pelo tan rubio en mi vida.

—¿Mujercitas apaleadas? Eres mezquino y desagradable hasta decir basta. Te viene grande cualquier puesto que ocupes porque no te ganas ni el aire que respiras.

Se da la vuelta y sale de mi despacho al que nunca debió entrar.

Quiero verla como una compañera más, como una de tantas que hay a mi alrededor cada día, pero no puedo.

No soy machista, nunca lo fui, claro que no, pero soy un tío y mientras ella habla mi cabeza se queda sin sangre porque emigra al *hemisferio sur*. Es mi mente la que manda sin que yo pueda hacer nada.

—¡Valdemoro! Ni me pase llamadas ni visitas, que voy a escribir un informe sobre este caso.

¡Ay, Garrido, Garrido! Si fueses un poco menos soberbia podríamos hacer tantas cosas juntos...



¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Ni una gota más de fe
ni una chispa de esperanza,
ni escuchar sus alabanzas.

No creeré más sus mentiras,

No me aferraré a las mías.



Nada nunca va a cambiar.
Es inútil esperar.



Otra vez ha vuelto el frío,
el que me llena al oírlo,
el que me pone a temblar,
el que no me deja hablar.



Y me arrincono en mi mundo:

sordo, ciego, inútil, mudo.

Y me abandono a mi suerte:

sorda, ciega, muda, inerte.



—Estos son los listados de armerías en toda la comunidad. Esta otra es una lista de las personas con licencia. Aquí están los registros de las ventas de armas que se han hecho en el último año. Esta otra carpeta tiene los datos de los coleccionistas de armas que están obligados a tener los permisos oportunos para el almacenamiento y demás.

¿Y qué es lo que pretende el Supremo? ¿Que hablemos uno por uno con todos los cazadores a ver si notamos algo sospechoso? ¿O que nos infiltremos en las casas de los coleccionistas a comprobar que no han desempolvado ninguna pistola para irse a ver si funcionaba descerrajándole dos tiros a un muchacho en el calabozo de una comisaría? ¡Venga ya, hombre, venga ya!

Menos mal que no debo ser el único que piensa así, porque se ha quedado todo el mundo en silencio, como pensando: «Muy bien, tienes todo eso, ¿y ahora qué?»

—Pues con todo esto que ven aquí, señores, no tenemos nada.

Eso ya es otra cosa, o sea, que el mismo Lagos está desorientado y lo reconoce, bueno, esto ya me parece mejor, es patético, pero por lo menos es real.

—Nadie nos garantiza que el sujeto que buscamos y del cual lo único que sabemos es que tiene un arma descatalogada, sea coleccionista, o que, si lo es, tenga su colección registrada. No sabemos si la tiene en casa porque era de su tatarabuelo o la ha comprado recientemente. En internet se hacen ventas ilegales de este tipo de armas, que funcionan perfectamente, pero que, precisamente, por no figurar ya en las listas de ningún fabricante, son difíciles de identificar y al ser ilegal tanto la venta como la compra, no hay manera de controlar las que hay o no.

Resumiendo, no tenemos nada, estamos igual que al principio, pero el tiempo pasa y nuestro jefe amenaza con cortar cabezas si este tema no está resuelto. Le obsesiona el día veinticinco, el que vayamos a organizar una parafernalia muy rimbombante y al mismo tiempo se nos pueda echar en cara que tenemos este tema pendiente.

Le veo acojonado, ya está bien con el día de marras, esto hay que resolverlo ya, si hay que echar a todos los que estaban en ese momento de guardia en el calabozo, pues se les echa y ya está, después ya se hará la investigación y lo que quieran, como si tardan dos años en resolverlo, pero lo primero es la imagen, lo primero

aparentar que controlamos la situación, porque si no, no nos van a tomar en serio.

—Quiero que se vuelva a tomar declaración a todos los que estaban en aquel momento en las dependencias, que hagan memoria, que traten de recordar hasta el mínimo detalle, cualquier cosa que pueda parecer insignificante tal vez nos sirva para orientarnos, para darnos una idea de por dónde empezar. Alguien subió y bajó las escaleras en aquellos momentos y con el jaleo que había tuvo que encontrarse con alguno de los nuestros, tuvo que cruzarse con alguien. Somos policías, tiene que llamarnos la atención encontrarnos con una cara que no sea habitual en esa zona...

Parra está acabado, quiere quedar bien delante del Supremo, pero este hombre ni tiene carisma de comisario ni de nada, parece un vendedor de cupones, dando bastonazos al aire a ver si por algún sitio acierta. Qué puesto tan desperdiciado...

—Señores, hay que resolver esto como sea. Todos sabemos que se van a seguir produciendo casos de mujeres muertas a manos de sus parejas, esto ya no escandaliza tanto como antes, con el tiempo dejará de ser noticia, pero lo que no podemos asumir es que nos maten un chaval delante de nuestra cara, sin mancharse las manos, sin despertar la menor sospecha entre todos los policías que había allí en ese momento, es algo rocambolesco, algo que si lo ponen en una película nos partimos de risa porque se les ha ido la mano con la

fantasía, pero resulta que nos ha pasado a nosotros y les aseguro que Herrera no va a dejar esto así.

Pues muy bien, Lagos, Supremo adorado, hala, ya nos echaste el sermón ¿verdad?, pues ahora nos vamos a casita y que los de Científica saquen la lupa de la funda y empiecen a buscar huellas, pelos y todas esas guarrerías en las que ellos leen tantas cosas que los demás no vemos.

—A lo mejor pregunto una tontería, pero ¿no estaría cerca del muerto la suegra? Lo digo porque esa mujer ya conocía la comisaría, es la que había tenido unos altercados contigo ¿no, Sotillo? A lo mejor se coló entre la gente y en un momento de revuelo...

A lo mejor eres un zangolotino, Luengo, o a lo mejor podías meterte la lengua donde yo te dijese en vez de sacarla a pacer cuando nadie te llama.

—¿Qué altercado? ¿Qué es lo que pasó con la mujer?

Lagos me mira como la vaca mira al tren, y el cabrón de Parra se hace de nuevas, en vez de apoyarme, hace como si no supiese de qué va el tema.

—Nada, hombre, nada, qué va a pasar... que se me echó encima un día como una fiera, pero no tuvo más importancia...

Trato de quitarle hierro al asunto porque me siento el centro de atención, de repente se han vuelto todas las cabezas a mirarme como si yo tuviese algo muy importante que decir.

—¿Qué fue lo que pasó? Quiero saber qué fue exactamente qué ocurrió con esa mujer.

Cuando Lagos se pone serio se cree que asusta a todo el mundo, pero al hijo de mi madre no se le acojona fácilmente, anda y que te den, pazguato.

—Pero si es que casi ni me acuerdo, fue una tontería, un ataque que le entró a la mujer y que quiso pagar conmigo porque no había otro más cerca... Yo qué sé, se puso agresiva y la sacaron de mi despacho sin más. Ni conoció la comisaría ni nada, porque de allí fue a la calle y listos.

—¿Seguro que fue a la calle? ¿Tú viste cómo se iba a la calle?

Está pesado con el tema, olé Luengo con sus ideas peregrinas de que la suegra tiene algo que ver en este asunto...

—Bueno... no fue así exactamente... creo que tuvieron que intervenir las del Gamal para explicarle a la mujer lo que tenía que hacer porque, por lo visto, el yerno se había saltado a la torera la orden de alejamiento y ella quería que lo detuviésemos por eso.

Tengo que anotar en mi agenda «matar Luengo», sí eso, cargármelo poco a poco, destrozarlo, asfixiarlo en su propia inmundicia como él está queriendo hacer conmigo.

Lagos me interroga con la mirada como si me tuviesen que someter ahora a un tercer grado, como si yo tuviese la clave de todo este embrollo en el que no saben ni por dónde empezar a investigar.

—¿Fue así? ¿Tuvo que intervenir el Gamal? Sotillo, ¿tuvo que intervenir el Gamal o no?

—¿Y yo qué sé si tuvo que intervenir el Gamal? Ya te he dicho que la sacaron de mi despacho y no sé más. A lo mejor es que tenía que haberme ido con la señora siguiéndole los pasos, pero ya ves, no lo hice, así que no sé si intervino el Gamal o María santísima, yo qué sé...

—¿Y a mí por qué no se me informó de todo esto?

Te jodes Parrita, ahora está la pelota en tu tejado, a ver cómo te libras de ella, hala, ahí tienes al Supremo mirándote con esos ojos de carnero degollado que pone cuando quiere respuestas.

—Yo no me enteré de nada, Lagos, de haberlo sabido te lo hubiese dicho, pero hay muchas cosas que no llegan a mí...

¿Qué? Te enteraste, claro que te enteraste, como se enteraron todos, porque esto es una comisaría de porteras cotillas, pero entonces no te interesó que Lagos lo supiera y ahora te cubres la espalda dejándome a mí tirado ¿no?

—Está bien, quiero sobre mi mesa un informe de este suceso en el plazo de una hora, si intervino el Gamal quiero también un informe de ellas, quiero saber exactamente el recorrido que hizo esa mujer en estas instalaciones, dónde fue, cuánto tiempo estuvo aquí, qué oficinas visitó, qué vio, qué hizo, cuántas veces vino...y quiero saber dónde estaba en el momento en el que su yerno fue detenido y ocurrió lo que ya sabemos. También quiero que esto no vuelva a suceder, no creo que yo deba ser el último en enterarme de sucesos así, para esto no

necesito ninguna persona en la que delegar, y si yo no necesito nadie en quién delegar, a ustedes les va a ir muy mal.

Después del portazo que ha dado al salir, me levanto y me voy sin dar lugar a nada más. Podría hablar con Luengo y recordarle que es un lameculos, podría ir al despacho de Parra y preguntarle por qué se ha hecho el sueco y me ha dejado tirado... podría hacer muchas cosas, pero no me da la gana, de todo se aprende, y yo, aunque ya lo sabía, cada día voy aprendiendo más de las aves de rapiña con las que trabajo, panda de buitres leonados que lo único que buscan es alguien a quien comerse para salvar sus tristes vidas, pero no, no conocen a Sebastián Sotillo Sabariz, soy capaz de llevarme a todos por delante con tal de no dejarles salirse con la suya, eso lo juro por mis muertos, vaya que soy capaz.

—Señor Sotillo, disculpe, es que la señorita Garrido ha venido para informarle de que la semana próxima van a comenzar unos cursos de información para las mujeres, y como no estaba, se lo he dejado todo encima de su mesa.

¿Por qué Valdemoro anda a la vez que yo y se mete en el despacho conmigo? ¿Qué le hace pensar que le estoy escuchando, que le estoy viendo, que soy consciente de que es un ser vivo?

—Mire, aquí lo tiene, son unos carteles grandes que dijo que habría que poner por varios puntos de la ciudad y en la misma comisaría, y aquí está el programa de todo lo que van a dar. Me parece que es para que las mujeres

sepan cómo reaccionar ante los maltratadores, para que sepan reconocer las situaciones, para que conozcan el Gamal... Está bien todo esto ¿verdad?

Le he dejado acabar para que nadie pueda decirme que no dejo hablar a la gente, me estoy mordiendo la lengua para no dar un alarido que le deje sordo el resto de su miserable vida, me estoy sujetando los pies para no sacudirle una patada que le ponga en los mismísimos cuernos de la luna, que de cuernos él sabe un rato, pero creo que no voy a aguantarme mucho más si no deja de soltarme todo ese discurso sobre el Gamal y sus buenas acciones de madres teresianas.

—Yo creo que todo esto es positivo porque, por mucha información que haya, seguimos teniendo mujeres que no saben...

—¡¡Valdemoro!!

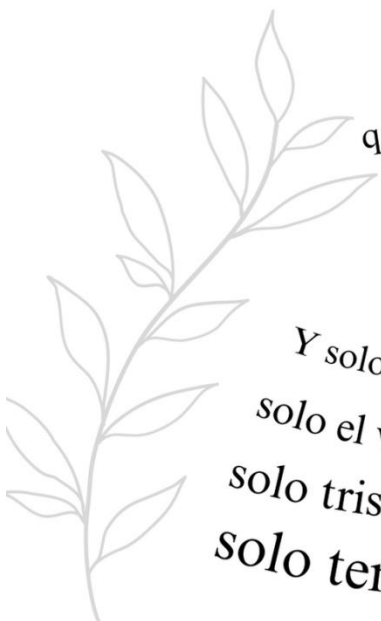
—Ya me voy, señor Sotillo, ya me voy...

Me conoce, pero si me conoce ¿por qué no se quita de mi vista?

—¡Ah! Se me olvidaba... Salude a su señora de usted, y que se mejore de lo suyo.

Me voy de aquí, es como si el despacho entero amenazase con caérseme encima, como si fuese a explotarme la cabeza, como si las paredes de esta comisaría me estuviesen apretando por todos los lados.

No puedo respirar, me voy a casa, necesito aire, me ahogo aquí metido.



Quiero mi casa llena de flores,
quiero mi vida llena de soles,
quiero la luz sobre mis balcones,
quiero alegría por mis rincones.

Y solo tengo dudas y miedos,
solo el vacío y el desconsuelo,
solo tristeza llenando el alma,
solo temores en esta casa.

Siento sus pasos y mis temblores
que laten juntos cual corazones,
siento cadenas que atan mis piernas,
siento mi vida llena de penas.



¡No me lo puedo creer! Es que lo veo y no doy crédito, es imposible que pueda haber personas tan incapaces, tan estrechas de mente, tan absurdos...

Juraría que era la tartana de coche de mi cuñado la que ha vuelto la esquina según he entrado en la calle. Era él, claro que era. El muy hijo de su madre viene a ver a esta cuando yo no estoy, pero les ha salido mal la jugada. Mira por dónde me he enterado de su secretito.

¡Albañil de chiste! ¡Miserable «paleta»! El que iba para rico y se quedó en el camino. No se me olvida cuando el padre me decía que su chico llegaría a ministro. Sí, sí, ministro sin cartera. Vaya hijos que tuviste, suegro, el uno malviviendo con cuatro *ñapas*, y la otra... la maestríta, con menos luces que un candil apagado, sin espíritu, como un fantasma que pulula por la maldita casa que le compré y por la que arrastra las cadenas como una aparecida.

Hay que ver al mamón del albañil... Seguro que ha venido a que la hermanita le llene la nevera porque no

tiene ni para comer, y esta... menos hacerme caso a mí, cualquier cosa.

No lo tragué nunca, y cada día que pasa lo trago menos, ni a él ni a la prepotente de su mujer, otra de cuidado que como la idea de reclutar a esta le salió rana, se tuvo que comer sus aires de redentora. ¿Pero redentora de qué, payasa? ¿Redentora de qué? Si cada vez que aparecían por casa me dejaban a esta con la cabeza del revés, llena de pájaros, de ideas peregrinas. Era como si no fuese ella, como si con el hermano y la cuñada tuviese otra personalidad. Pero no, conmigo no le valen esos aires de grandeza, ni a ella, ni al hermano, ni a la madre que los parió y que, por suerte, está criando malvas hace muchos años.

Mira que les dije bien claro que no quería que pusiesen un pie en mi casa, que cualquier día se me pone la mano tonta y saco a pasear el arma, que así se limpia el cañón de una vez, pero no me toman en serio, se ríen de mí, se burlan en mi cara, y de eso nada, juro por mis muertos que de eso nada.

—Buenos días, señor.

Sale a recibirme la india apache, como si se hubiera escapado de aquel juego de cartas que tenía de pequeño, solo le faltan las plumas. Ya no sé quién es el jardinero, el de la piscina, o el que limpia los cristales, son todos iguales: morenotes y con los ojos estirados.

—¿Quiere que avise a la señora de que ya ha llegado usted?

¿Pero qué les dan de comer en Perú que les sale el pelo de la mitad de la frente?

—No hace falta, ya subo yo.

—La señora está un poco indispuesta señor, no va ni un momentico que se recostó con un calmante para el brazo... Yo misma le puse una cataplasma para aliviarle el mal, necesita descansar la señora, está fatigada y dolorida.

¿Quién se creerá que es para decirme a mí cuándo tiene que descansar mi mujer o cuando no?

—¡Déjeme en paz!

—¿Quiere que le prepare alguna infusión relajante? ¿Quiere una tilita el señor?

¿Por qué demonios siempre que entro en casa sale uno de estos a ofrecirme una «tilita»?

¿Y por qué tengo la impresión de que intenta cortarme el paso? ¡Que te quites del medio! Que estoy en mi casa.

En el salón no está, y en la cama tampoco, la muy holgazana se habrá subido a la buhardilla a contemplar el paisaje. ¡Qué bien! Y yo partiéndome el lomo para pagar la dichosa finca.

Aquí está. Me mira y se asusta. Es idiota perdida, de verdad. Y esconde algo.

Trae acá, mujer ¿o es que te crees que vas a poder esconderme algo a mí?

¡Anda, mi madre! Si es un cuaderno... ¿Y aquí qué pone?

¡Ay la mar! Si son poesías...

Me da un ataque de risa, esto sí que no lo sabía yo. Ahora resulta que la maestrita también sabe hacer ripios. Ni me molestó el leerlas, lo que me faltaba...

¡Vamos, venga! Que hay que ensayar el discursito.

¡Que lo leas! Que ya me han metido prisa con el tema y no tengo ganas de que falle algo por tu culpa. Vamos:

Bienvenidos y bienvenidas a este acto. Las mujeres de los policías...

¿Cómo que no puedes? ¿Qué es eso de que no puedes? ¡Claro que puedes! Igual que has podido hablar con tu hermanito puedes leer esto, claro que puedes.

¿Cómo qué no ha venido? ¡Ahora va a ser que veo visiones! Por supuesto que ha venido, y por eso estás ahora más tonta de lo normal, precisamente por eso, porque te dejas aleccionar por él, por las estupideces que dice, por las majaderías que te mete entre las dos neuronas que tiene tu miserable cerebro.

¡Que lo leas! Que dejes de balbucear gilipolleces que no me interesan, que leas el discurso y te encargues de tenerlo bien ensayado porque el día veinticinco vas a estar allí como la presidenta de la asociación de mujeres de policías, y tú verás cómo lo haces.

Para que veas que no soy exigente, te doy dos opciones: o estás en el estrado leyendo esto... o estás en otro sitio con una lápida encima. Elige.

—Diga... Sí, soy yo... No, Parra, no, no voy a hablar contigo ahora... No, no estoy en las dependencias, estoy en mi casa, para que lo sepas, y no pienso llegarme

hasta ahí para que cuando a ti te parezca me vuelvas a dejar a la intemperie... No, ya no cuele, lo de «te debo una» está ya desgastado, así que déjame tranquilo...Que sí, que sí, que me he venido a ver cómo estaba, que lo primero es lo primero...Pues fastidiada, ¿cómo va a estar con la caída que llevó, la pobre?... Ya lo sé, ya lo sé, si precisamente se lo estaba diciendo yo ahora mismo, que si no puede leer el discurso no pasa nada, que lo importante es que se recupere, pero ya la conoces, es muy responsable y se empeña en hacerlo... Sí, sí, yo se lo digo...Que sí, que sí... pero que vamos, no voy a ir ni ahora ni esta tarde, quiero estar pendiente de cómo evoluciona...Vale, Parra, vale, que lo uno no quita para lo otro, lo de esta mañana ha sido una faena y tú lo sabes...Sí, sí, lo de siempre, pues a ver si es verdad y te acuerdas de todas las que me debes, que ya va siendo hora. Hasta luego, hasta luego.

¡Que le den! Estoy harto de palabrería barata. Aquí cada uno va a lo suyo sin importarle cómo están los demás.

—Y tú, venga, lee de una vez que yo te oiga, que no tenemos tanto tiempo como para andarlo perdiendo.

¡Maldito móvil! ¿No parará?

—¿Sí? Diga. ¡Hombre! El que faltaba... ¿Qué tal os va la vida?... Claro, como para no iros bien chupando del dinero que os mando ¿verdad? ... No, no estoy siempre con lo mismo, los que estáis siempre igual sois vosotros... Que bueno, que sí, que todo bien por aquí... No, no se puede poner ahora, está en la ducha...Sí,

hombre, sí, está bien, ya estoy yo pendiente de ella... Que sí, que se le ha pasado ya... Esta tarde os llama... Ya, ya lo sé, ya me dijo tu hermano que no venís ninguno, y no te creas que me parece bien, no, pero allá vosotros, no voy a traeros con una cuerda...No, no es que yo sea tajante, es que es el único favor que os pido y no lo podéis hacer...Vale, sí, venga...venga...no te enrolles que el que paga las cuentas de los teléfonos soy yo...Sí, sí...venga...un abrazo, hombre, un abrazo.

—Tú y tus hijos malcriados. Mira lo que has conseguido con tanto mimo y tanta parafernalia, tener dos parásitos que no sirven nada más que para gastar dinero, porque no van a sacar nada en la vida. Que lo sepas, no vale ninguno ni para fregar suelos, cualquiera de estos indios que pululan por la casa son más hábiles que ellos.

Eso, llora, llora, que todo lo arreglas llorando, claro que sí.

» Vamos venga, que yo te oiga, a ver si se te entiende algo, que porque tengas dos puntos en la boca no es para que hables así, que vas a ser el hazmerreír de todo el mundo...Claro que, no se podía esperar otra cosa de ti, no se le pueden pedir peras al olmo.

» Venga, otra vez: *Las mujeres de los policías nos hemos unido hoy con todos...*

¡Dios, qué corta eres cuando quieres! Tanto presumir de que eres maestra, tanta enseñanza y tanta tontería y resulta que no sabes ni leer en condiciones, no me fastidies...

¿No quieres leer? Pues hacemos otra cosa, ya que estoy en casa aprovechamos el tiempo.

¿Cómo? ¿Pero ahora levantas la voz? ¿Ahora no te duele nada para salir corriendo? Pues ahora te quedas quieta, mira tú por dónde que te vas a estar quietita y me vas a hacer un poco de caso...

— ¡Cierra la puerta!

Eso es, buena chica, buena chica...



Paseo descalza

entre la vida y la muerte,

maldita danza
con la que **él** se divierte.



Quisiera gritar

y se ha secado mi boca,

dejar de llorar

y no pensar que estoy **\oca.**

No quiero leer,

maldito teatro,

me niego a creer

que de nuevo **ha ganado.**

Él pisa mi cara,

destruye mi estima,

golpea mi alma,

anula mi **\ida.**

Su orden acato,

acallo mi **grito,**

me subo al estrado,

y leo el escrito.

Absurda comedia,

pobre pantomima,

necio es este engaño,

cruel mi desdicha.



Bienvenidos y bienvenidas a este acto. Las mujeres de los policías nos hemos unido hoy con todos vosotros y vosotras para dedicar este día a la lucha contra los malos tratos, contra todo tipo de situaciones que generen violencia, pero especialmente contra la violencia machista...

—Sebastián, quiero que sepas que valoro muchísimo el esfuerzo que está haciendo tu mujer por estar aquí, sé que no se encuentra bien.

—Ella es así, es muy fuerte, la verdad.

—Cuando la he saludado antes se la veía como metida en su papel, con los ojos brillantes... Te felicito por la mujer que tienes, siempre supe que valía mucho, pero vamos, hoy me está convenciendo del todo.

Bueno, bueno, Lagos felicitándome, no me lo puedo creer.

Queremos apoyar el trabajo que hace este Cuerpo, queremos que sepáis que nosotras también estamos contra este tipo de abusos, contra lo que es, sin duda, una lacra para la sociedad, una violación de los derechos humanos y una traba para el avance de la igualdad entre hombres y mujeres.

Sí que lo hace bien, sí, la muy falsa hace hasta una pausa de vez en cuando para tomar aire, como si le costase respirar. Si en vez de ser maestra fuese actriz a lo mejor ahora estábamos forrados hasta el cuello y nos codeábamos con los famosos.

Pero, ante los problemas, fuerza; ante la violencia, decisión; y ante el maltrato, denuncia.

» Las mujeres de los policías no solo apoyamos la labor de nuestros maridos, sino que, como personas integradas en la realidad de nuestro tiempo, queremos estar al lado de las mujeres maltratadas porque sabemos que la solución a este problema pasa por la unión de la sociedad para conseguir que las víctimas retomen su vida normal.

«La realidad de nuestro tiempo» ... No se puede ser más cursi, no me fastidies: «la realidad de nuestro tiempo». El discursito lleva el indiscutible sello de la Garrido.

Pero no queremos hacer demagogia, no queremos frases hechas ni mensajes manidos y desgastados, queremos verdades, medidas reales, soluciones... Y el primer paso para conseguir todo esto es denunciar.

» Queridos amigos y amigas, el silencio solo servirá para enterrar más víctimas, para llorar más ausencias, para dejar más vacíos.

» Si estás siendo maltratada no te calles, lucha por tu vida, no te escondas porque puede que mañana salgas a la luz, pero cuando ya no tenga remedio, cuando seas otro número más en los informativos, cuando estemos aquí, guardando un minuto de silencio por ti como hoy lo hacemos por las que ya no están.

—Lo está bordando, macho, me está dejando asombrado...

Pues te fastidias, Parrita, que es mi mujer y no la tuya la que se está llevando los aplausos de todo el mundo, para que veas, mi mujer.

—¡Pero si está llorando! La pobre se ha emocionado, está viviendo el discurso de una manera brutal ¿te das cuenta? Mira Herrera como está de ancho, se le ve orgulloso.

Las mujeres de los policías queremos recordar que es un deber de todos terminar con este comportamiento que envilece al hombre, destroza la vida de la mujer y hace sufrir a los hijos.

» Por ellos, pero sobre todo por vosotras, nuestro lema debe ser bien claro: Alza tu voz para que no haya más minutos de silencio.

¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno! Acojonante, en mi vida había visto la plaza con tanta gente y aplaudiendo de esta manera.

Herrera felicitando a esta en vez de felicitarme a mí, le da un abrazo a ella, es idiota, pero vamos, idiota *cum laude*.

Hasta las mujeres de los otros la están felicitando. Bueno, no creo que sea para tanto, el mérito es mío, que si no la traigo a rastras no viene, que eso no lo ve nadie, tenía que contarle yo todo ahora mismo a ver si seguían felicitándola o me hacían a mí un homenaje.

Queridos amigos y amigas...

¡Esto es otra cosa! Ahí está mi Garrido del alma... Mírala, con la melena rubia suelta, con esas piernas firmes, que parecen de piedra, con esa boca que está pidiendo guerra. Bien sabe Dios que no la trago, pero no puedo dejar de mirarla.

El grupo de atención a maltratadas, Gamal, quiere estar presente este día para recordaros que nuestro objetivo principal es garantizar la máxima seguridad a las víctimas e intentar erradicar la violencia de género.

La oigo, pero no la escucho. Lo que diga me da igual porque no deja de ser otra de sus soflamas de conveniencia, para quedar bien, para no desentonar en este acto que mañana saldrá en toda la prensa. Lo que olvidan es que, al día siguiente, esas páginas de los periódicos envolverán los paquetes de churros en la feria.

No es una tarea fácil, desde luego, y para llevarla a cabo es precisa la colaboración de todos y todas: administraciones públicas, entidades privadas y Cuerpos de Policía y Guardia Civil, que han visto incrementadas sus plantillas y su formación para poder atender correctamente a las víctimas, para orientarlas sobre sus derechos y para darles información, porque, con frecuencia, su deterioro no es solo físico, sino que el daño moral que han sufrido las ha convertido en personas sin autoestima, con un enorme complejo de culpabilidad, con carencias afectivas que las llevan a olvidar que merecen el respeto que nunca debieron perder.

—Qué, Sebastián, embelesado con la Garrido, ¿eh?

—Sí, es que habla muy bien.

—Es una chica estupenda, muy válida para el puesto que ocupa, la verdad, creo que hicimos una buena selección con el equipo que integra el Gamal.

Sí, Lagos, una selección que ni la de fútbol, vamos.

—Son un grupo estupendo, estoy orgulloso de ellas.

—Por supuesto, todos lo estamos, claro que sí.

Si lo que pretende es hacerme saltar porque es de dominio público que el Gamal no es santo de mi devoción, lo lleva claro. Yo soy el más observador del mundo, y sé con quién puedo hablar sin problemas y a quién tengo que darle la razón sin más ni más, y Lagos es de los segundos.

Desde el Gamal trabajamos con fuerza y con la ilusión de que pronto disminuirá el número de mujeres maltratadas, trabajamos con toda la fuerza y la ilusión que ellas no tienen cuando llegan a nosotras.

»Durante el pasado año hemos recibido en torno a las quinientas denuncias por malos tratos, pero sabemos que esto solo es la punta del iceberg, que sigue habiendo miles de mujeres que no se atreven a venir, que continúan aguantando, que callan, que mienten, que inventan tantas disculpas como daños sufren, que ocultan el dolor continuo en el que se han convertido sus vidas, que resisten con el temor como único compañero en el transcurrir de sus días y a ellas es a quienes queremos dirigir estas palabras.

Valdemoro y Peña saludando a esta. Míralos, parecen Epi y Blas, dos *pelotas* que lo único que quieren es tratar de impresionarme para que hable de ellos con Parra a ver si los ascienden, si no de qué iban a ser tan solícitos con ella... Ahora que, lo llevan claro, porque yo no quiero que los asciendan, quiero que los descendan,

que los lleven a las mazmorras más oscuras y siniestras que haya en todo el país.

¡Vaya dos! Si Valdemoro parece escapado de una película de terror, Peña no se queda corto, es como un puerco espín, con los cuatro pelos esos que tiene de punta y la joroba cada vez más puntiaguda.

Dos ratas de alcantarilla, eso es lo que son, que se creen que por saludar efusivamente a mi mujer los voy a tener en consideración. Y ahora llega Pinto, otro que tal baila...

La culpa la tiene esta, que se codea con cualquiera, que en su afán de destacar quiere ser el centro de atención. Mira cómo la mujer de Lagos o la de Herrera no caen tan bajo, mira cómo no andan saludando a los mindundis. Ahí están, en el estrado como lo que son, dos señoronas, dos mujeres importantes, y no como esta, dando la mano a todo el mundo, que todavía voy a ir allá y se la voy a arrancar de cuajo, así va con las dos escayoladas, que estará más llamativa todavía.

¿Qué tiene ella que preguntar a Peña por su madre?
¿A ella qué le importa la madre o el padre de nadie?

—Pues ya sabe, igual que siempre, desde que pasó lo que pasó la pobre no ha levantado cabeza, pero ahí estamos, cuidándola todo lo que podemos.

«Desde que pasó lo que pasó» dice el pazguato de Peña... Hay que ser necio y corto de entendederas para hablar de esa manera cuando todo el mundo sabe que lo que pasó es que el padre le asentó una torta con la mano vuelta y la dejó con media sesera reventada. Entonces se

tenían que haber muerto la paisana y el hijo, así Peña no hubiese llegado nunca a trabajar en la comisaría, que parece que alguien hizo un estudio para poner frente a mi puerta los seres más miserables y con las vidas más asquerosas del mundo para que yo tuviese que encontrármelos cada mañana y amargarme los días.

No queremos convertir estas palabras en un discurso plagado de datos técnicos, de cifras, de números que olvidaréis en breves segundos, queremos simplemente recordaros nuestra existencia, hacer saber a las mujeres maltratadas que estamos aquí para ayudarlas y a todos los demás, que una forma de colaborar es difundir nuestra labor.

Muy bien, rubia, cada vez lo haces mejor. Aplaudivo hasta que me duelen las manos. Me da igual que me mire despectivamente, puedo con eso y con más.

—Sotillo, que ahora dice Herrera que vamos a la comisaría para tomar allí el vinito español. Irán también el alcalde y las autoridades, ya sabes que a estos les gusta tanto llenar el buche como salir en las fotos.

Y a ti, no te jode, a ver si ahora me quieres hacer comulgar con ruedas de molino, que ya somos perros viejos, Lagos, y nos conocemos de sobra. A ti también te gusta salir en las fotos, para ir dando a conocer tu careto y si, con suerte, a Herrera un día le da un susto el colesterol, pues mira, como tú ya sueñas por los despachos, ya tienes

el camino allanado. A mí me la vas a colar ahora, estaría bueno...

—Enhorabuena, Garrido, has estado brillante.

—Gracias —me dice fría como un témpano—. Tu mujer sí que lo ha bordado, pero no debería haber venido, se ve que no se encuentra bien.

—Es fuerte como un roble, puede con todo.

—¿Vais a ir a la comisaría? —pregunta a Lagos dándome intencionadamente la espalda— Creo que hay un ágape con la gente del ayuntamiento.

—Claro, vamos todos, ¿no?

—Yo no puedo —me hago el compungido—, voy a llevarla para casa, está cansada y todo este jaleo no le conviene. Demasiado esfuerzo ha hecho ya.

—Voy a despedirme de ella.

De mí no se despide, pero no me importa. La veo alejarse y mi mente va detrás evocando otra vida en la que ella y yo pensásemos igual y no estuviésemos enfrentados por estupideces.

Montar en el coche al lado de este montón de huesos sin forma después de haber estado tan cerca de la Garrido es como mínimo, inhumano.

—Es la última vez que te haces la protagonista y te das tanta importancia delante de mis superiores. ¿Entendido? La última vez que me dejas en evidencia creyéndote la reina del universo ¿estamos? Que no eres más que una mosca cojonera que todo el mundo quiere quitarse de encima, que sepas que si te saludan y te atienden con educación es por mí, porque me

compadecen, porque la gente me aprecia y no quieren dejarme en la vergüenza, por eso te hablan, por eso se dignan a mirarte.

Se queda callada, sabe que tengo razón, que ese afán de acaparar los parabienes de todo el mundo dejándome a mí en segundo plano tiene sus consecuencias.

¿Que quieres ser protagonista? Pues nada, eso está hecho, vas a ver el protagonismo que tienes cuando lleguemos a casa ahora mismo, que te vas a enterar de que a tu marido nadie le hace sombra.

—¡Sebastián! ¡Sebastián! Vamos, que nunca estás cuando se te busca.

—¿Qué pasa, Parra? No he podido ir antes, ya sabes que mi mujer no se encuentra bien, anoche se puso peor y no hemos pegado ojo...

—Lo siento, pero tienes que venir. Otra muerta. Otra a la que le han asestado cuatro o cinco puñaladas esta noche. Hay que encontrar al marido, exmarido o lo que sea, ven cuanto antes que la cosa está que trina.

«Ven cuanto antes, ven cuanto antes» ...

Me da igual si la cosa está que trina o no, el comisario eres tú, no yo, así que te sacas las castañas del fuego tú solito. Es muy bonito esto de acordarte de mí cuando estás acojonado y dejarme en la estacada cuando te interesa. Que te zurzan. Iré cuando me dé la gana, que, si le han dado *matarife* a otra paisana, ya no la vamos a resucitar por mucho que hagamos, que vayan los de

Científica que son los que a la gente le gusta ver con sus uniformes blancos recogiendo pelos entre las sábanas, como en las películas.

No sé qué quiere que haga yo, que le dé una palmadita en el hombro ¿no? ¡De eso nada! Ese no es mi trabajo, lo mío es estar allí y decir «sí señor» a todo lo que él haga. Pues hala, dejemos que los demás trabajen en lo suyo, que el forense haga la autopsia y diga lo que ya sabemos todos, porque vamos, si le han asestado cuatro o cinco puñaladas no nos va a contar que murió de un catarro. Que cada uno trabaje en lo suyo y a mí que me dejen en paz, que para un día que puedo desayunar con calma me lo tienen que arruinar.

—¿El señor desea alguna cosa más?

¡El susto que me ha dado! Son como gatos, no hacen ni un ruido. Con ese pañuelo en la cabeza parece el genio de la lámpara maravillosa, me dan ganas de preguntarle cuántos deseos me quedan.

—¿Quiere usted que avisemos al doctor para que revise a su señora? La pobre está peor otra vez, a lo mejor convendría que la visitase el médico de nuevo...

O a lo mejor convendría bombardear tu puñetero país para exterminaros a todos. ¿Qué te parece? Vaya manía con «la señora esto» y «la señora aquello», que te pago para que friegues, no para que pienses.

—No hace falta.

Baja la vista y eso que no le he dicho nada de lo que me hubiese gustado decir. No serán inteligentes, pero son listos, con una mirada encendida ya se dan por enterados.

Bueno, pues habrá que ir para allá, a ver qué ha pasado, que este Parra se ahoga en un vaso de agua.

—¡Señor! ¡Señor!

No me lo puedo creer, otro indio que se dirige a mí como si le fuese la vida en ello. ¿Pero yo dónde vivo? ¿En el Oeste americano?

—Disculpe señor, pero es que quería decirle que esta mañana mi esposa y yo encontramos manchas de sangre en la cochera...y... y como un rastro que seguía hacía la casa, como de alguien herido. No sé, señor, parece que alguien hubiera intentado abrir el auto y se hubiese herido, como si después hubiese ido para la casa...

Este ha visto muchas películas me parece a mí.

—No hemos limpiado nada, señor, por si quiere usted verlo, mire, si va a coger el coche se lo puedo mostrar, verá usted...

—Límpielo.

¿Y ahora por qué se me queda mirando de esta manera? ¿Qué espera? ¿Qué quiere?

—Que lo limpie le digo.

—Está bueno, ¿ya lo vio entonces?

—Sí, ya lo vi y le he dicho que lo limpie.

—Sí, señor. Claro, señor.

¡Cuánta parafernalia por cuatro gotas de sangre! Ya ves tú qué cosa tan grave.

La culpa la tiene esta insignificancia de mujer, que sangra por todo, que según la tocas ya parece que la estás matando.

—¿Sí? Diga... Hombre, los hijos pródigos... No llamarás para decirme que ayer no vinisteis ¿verdad? Porque ya me he dado cuenta... Bien, hijo, bien, no con vuestra ayuda, pero fue todo bien... Ah, no me digas, no tengo ni idea, yo estoy saliendo de casa y la he dejado en la cama, será que está dormida y no lo oye. Que sí, hombre, que está bien. ¿Por qué iba a estar mal?... Claro que leyó el discursito ayer... Bien, hombre, ya sabes... tu madre no es una gran oradora, pero bueno, salió del paso... Pues nada, sigue insistiendo a ver si se despierta y te lo coge. Hala, venga, que tengo que irme a trabajar, que me están llamando de la comisaría... Sí, otra muerte por malos tratos... sí, sí... ya sabes que estos temas me gusta llevarlos a mí personalmente, así que me voy rápido porque esta gente no sabe ni por dónde se anda. Venga, un abrazo y otro para tu hermano.

Ni pregunto cuándo vienen porque me va a dar lo mismo, está claro, que hagan lo que les dé la gana, que, al fin y al cabo, es lo que van a hacer. Además, ya veo que lo único que les preocupa es su madre. Que si le ha pasado algo porque no le coge el móvil... ¿Qué le va a pasar? Que está todo el día en la cama y no hace caso de nada, que se ha acostumbrado a que se lo hagan todo y así nos va, eso es lo que pasa.

¡Vaya con el móvil! Voy a tirarlo, menudo estrés, no he salido de casa y ya estoy agobiado.

—¿Vienes o no vienes? ¡Sotillo! Que está esto de gente hasta arriba y hay que poner orden, hombre, que estás en tu horario de trabajo y haces falta aquí.

—¡Que ya voy! Que estoy llegando, Parra.

¡La virgen! Ni que fuese la primera vez que se cepillan a alguien, qué prisas... A ver si de una vez por todas me retiran con un buen sueldo y nos dejamos de carreras y de jaleos, que así no se puede vivir. Yo quiero disfrutar y relajarme que para eso llevo más de treinta años en el Cuerpo.

¡La madre que me parió! ¿Pero qué hace tanta gente ahí? Parece que regalamos algo en la comisaría.

—¡Sebastián! ¿Dónde te metes? Mira la que hay aquí armada...

—Pero ¿qué pasa? ¿A qué viene tanto alboroto? No sé qué quieres que haga yo... ¿Que se han cargado a otra? Pues bueno, ya sabemos que esto es así.

—No es otra cualquiera a la que se han cargado, la muerta era prima de Santolalla.

¿Santolalla? ¿Santolalla?

—La del Gamal, la compañera de Garrido

—No caigo, hay tantas...

—Santolalla, Sebastián, Santolalla, la secretaria, la que lleva todo el papeleo del Gamal. La víctima es su prima.

—Bueno, ¿y qué? A ver si por ser su prima no se la pueden cargar...

—No es eso. Es que parece el colmo de los colmos que maten a una persona que tiene relación directa con nuestro grupo de apoyo, que ya sabes cómo es la gente,

que van a empezar a decir que si Santolalla no lo supo detectar a tiempo, que si está claro que estos grupos no sirven para nada, que cuando el agresor quiere matar, mata lo mismo...

—Hombre, en eso tienen razón, como quieran hacerlo da igual si se tiene un familiar en un grupo de apoyo o en el mismísimo ayuntamiento, cuando se les cruza el cable no se paran a pensar nada.

—Acabo de dar la orden de detener al exmarido, parece ser que se escucharon fuertes gritos esta noche, debieron de discutir y los vecinos aseguran que era él quien estaba en casa con ella.

—Siempre lo mismo, siempre hay vecinos escuchando que, a saber lo que escuchan y lo que interpretan...

—Venga, déjate de filosofar y vamos a ponernos manos a la obra. Tengo varios hombres buscando al «elemento» y los de Científica ya han ido para el domicilio, creo que hay una carnicería buena. Tal vez deberíamos personarnos allí, aunque solo sea para que nos vean los de los medios, que luego siempre salen los mismos en la foto, aunque no hayan hecho nada.

—¿Has hablado con Lagos?

—¡Como para no hablar! Estaba de viaje y se ha dado la vuelta, no creo que tarde ni una hora en estar aquí. Bueno, venga, vamos para allá...

—Vete tú, a mí tanta sangre me revuelve el estómago, además, salgo muy feo en las fotos, así que te pones tú, que te quiere más la cámara.

Si le parece mal que se lo tome de tres veces, a ver qué demonios pinto yo en el lugar de los hechos. Yo no soy el «sanchopanza» de nadie.

¿Así que se han cepillado a la prima de una del Gamal? ¡Estará buena la Garrido! Una de sus chicas con una prima muerta por violencia de género... Habrá que oírla. Para que vea que todas sus charlitas y sus peroratas antipatriarcales no sirven de nada. Ahora empezarán con lo mismo de siempre, que si tenía orden de alejamiento, que si no la cumplió, que si la justicia no toma cartas en el asunto... A mí que no me la intenten meter doblada, si el tío estaba por la noche en esa casa, será que ella le abrió la puerta, ¿no?

—¿Sí? Sí, soy yo. No, Parra no está, no sé dónde habrá ido, yo me he quedado aquí porque hay un jaleo importante y claro, alguien tiene que hacerse cargo de todo esto. Sí, Lagos, sí, ya estoy en ello... por supuesto que estamos haciéndolo...que sí, tengo los informes encima de mi mesa, llevo detrás de ello desde primera hora...en cuanto lo tenga te llamo... pero ya sabes cómo son los de Científica. Sí, descuida que te llamo, me encargaré personalmente de que el exmarido esté en dependencias policiales lo antes posible. Tranquilo...nos vemos.

¿Qué se piensa? ¿Que es imprescindible? ¿Que si no está él no sabemos hacer las cosas? ¡Cuánto me jode esta gente!

—¡¡Valdemoro!! ¡¡Valdemoro!!

¿Dónde demonios está este impresentable? Cuando no quiero ni verlo me lo tropiezo por todos los sitios, y cuando hace falta nunca está.

—Señor Sotillo... ¿Puedo ayudarle en algo? Valdemoro ha salido, no creo que tarde.

—Quiero encima de mi mesa toda la documentación que haya sobre la víctima de esta mañana, quiero saber si había denunciado, si había orden de alejamiento, si había estado en contacto con el Gamal... Todo ¿lo entiende, Peña? Todo.

—Disculpe, señor Sotillo, pero toda esa documentación se la hemos dado esta mañana al comisario Parra, nos la pidió nada más saberse lo ocurrido, la tendrá en su despacho, me imagino.

—Bueno, pues ahora la quiero tener yo en el mío. ¿Me ha escuchado?

Se queda ahí parado como un pasmarote. ¿Para qué existen personas así? ¿Para que se nos distinga mejor a las demás? ¿Será para eso? Es que, si no, no lo entiendo, la verdad, no lo entiendo.

—Es que...Verá usted, yo no sé si procede, entiéndame...

—Procede, Peña. Si yo lo mando, procede todo, de modo que ya sabe lo que tiene que hacer si no quiere acabar otra vez dirigiendo el tráfico en vez de pasarse la mañana jugando a lo que sea en ese jodido ordenador.

Me importa un huevo si la difunta denunció o no denunció, lo que quiero es que cuando Lagos llegue encuentre esos documentos en mi mesa y no en la de

Parra, eso es lo que quiero y eso es lo que ese mequetrefe tiene que hacer.

—¿Sí? Soy yo. Ya están allí nuestros hombres, tendremos el informe en breve, por supuesto que sí. Hay orden de detención contra el exmarido, parece que los oyeron discutir...Sí, lo de siempre...Sí, es terrible, tremendo, tremendo... aquí estamos todos desolados porque además al tratarse de la prima de una compañera nos afecta mucho más...Sí, claro, es horrible, creo que ha sido muy violento... no sé, no sé cuándo vamos a terminar con todo esto... ¿Mi mujer? Bien, bien... Está mejor, ya sabe, con la salud delicada, como siempre...Sí, sí, si están siempre haciéndole pruebas, pero no dan con ello... Debe ser un síndrome de esos raros y claro, ni tratamiento ni nada. Cada poco pierde el equilibrio... Es bien duro... pero es así... Gracias, gracias... Se lo haré llegar, sí, sí...Cuenta conmigo para lo que sea... sí, ya se lo digo yo a Parra... no sé, no tengo ni idea de dónde se ha metido, no se preocupe porque estoy al cargo de todo... lo mantendremos informado, por supuesto... Hasta luego. Adiós, adiós.

¡Tu madre, Herrera!

Todo el mundo preguntando por Parra, que no coge el móvil, que no contesta. ¿A mí qué me cuentas? Ni que fuese su niñera, estará jugando a ser el detective Colombo y a resolver el caso él solito para ponerse alguna medalla.

—Señor Sotillo, el comisario Parra tiene el despacho cerrado con llave, lo siento, pero no puedo traerle los documentos que me ha pedido...

—Salga de mi despacho ahora mismo.

¡Atajo de incompetentes! ¿Para qué quiero yo esta escoria humana a mi alrededor? Menos mal que la vida me compensa.

—Sotillo, quiero hablar contigo un momento. Sabrás que la víctima era prima de Santolalla, y me gustaría saber cómo está el tema, si ya se ha detenido al exmarido o no, porque ella está destrozada y quiero decirle algo que pueda consolarla un poco.

Me dan ganas de tirarme a los pies de mi diosa, mi Garrido, mi dueña, mi todo.

—No puedo decirte mucho, a él se le está buscando, no creo que tarden demasiado en traérselo, pero vamos, de momento tampoco se puede asegurar nada.

—Ha sido él —afirma rotunda como si hubiera estado presente—. Era, como tantas otras, una muerte anunciada. Llevaba años sufriendo malos tratos, y cuando su prima ha conseguido convencerla para que dejase de sufrir y se separase de él, mira lo que ha pasado.

Tengo que callarme lo que pienso. Sí, es mejor que me lo calle porque si hablo va a ser peor, pero vamos, las cosas están más claras que el agua. La dichosa Santolalla ha metido la pata hasta el corvejón, no me canso de decir -en los sitios en los que se puede decir- que no hay que meterse en los temas de pareja, que eso es cosa de dos, nada más. Y mira si tengo razón.

Lo que me imaginaba. Santolalla interviene para convencer a la prima de que se separe del marido y así deje de sufrir. Y, efectivamente, ha dejado de sufrir.

Estas modernas de ahora pretenden que las mujeres les digan a los maridos que se van a separar de ellos y que se queden tan frescos, vamos, que los dejen en la calle pasándoles a ellas una buena pensión y se queden tan campantes ¿no?

—Tenéis que encontrarlo, Sotillo, hay que detenerlo como sea, tenían una cría pequeña y está aterrada, tiene miedo de su padre. Hay que cogerlo ya.

¡Madre mía! Está llorando. ¡La Garrido llorando a mi lado!

—Venga, mujer, tranquilízate, a la niña no le va a pasar nada. Lo están buscando desde por la mañana, no creo que tarden en dar con él.

—¿Cuándo va a terminar todo esto? ¿Cuándo se van a dar cuenta de que la violencia no es el camino?

¡Vaya! ¡Con lo buena que está y la cantidad de tonterías que dice!

—Mira que trabajamos, mira que damos charlas y dedicamos todo el tiempo que podemos a que la gente se entere, a que nadie siga pensando que tiene que pasar por todo esto y aguantar, pero da igual, todo da igual...

Pues claro que da igual, eso es lo que yo digo y nadie me hace caso.

—Que no, mujer, que no da igual, hacéis un trabajo muy importante, pero no puedes pensar que por eso se van a terminar estos problemas.

Juro que cuando estoy a su lado tengo la sensación de que me voy a marear, yo creo que es porque, como

toda la sangre se me va a los *países bajos*, el cerebro se queda vacío.

—Siento haberme puesto así, Sotillo, pero es que hoy nos ha tocado muy de cerca y claro, no somos de hierro.

Se acabó lo bueno. Se le pasó la llantina y se pone otra vez el disfraz de mujer seria y responsable.

—¿Me tendrás informada?

—Por supuesto que sí, en cuanto tengamos algo, te aviso.

Juro por mi vida que soy capaz de buscar a ese energúmeno y traérselo agarrado por los pelos a mi Garrido adorada con tal de que me mire como me ha mirado hoy y no como lo hace otros días, con ese aire de suficiencia que no soporto. Me ha puesto a mil.

—¡¡Valdemoro!! ¡¡Valdemoro!!

—No ha regresado todavía, señor Sotillo. Si puedo ayudarle en algo...

Podrías ayudarme, Peña, claro que sí, si te pegases un tiro ayudaría bastante, pero como no creo que tengas pensado hacerlo, nos conformaremos con lo que hay.

—No me pase llamadas.

—Va usted a hacer un informe ¿verdad?

Me lo quedo mirando sin articular palabra.

—Lo digo porque siempre que sale la señorita Garrido de su despacho me pide que no le pase llamadas porque va a hacer... un informe.

—Quítese de mi vista.

¿Dónde está esta? ¿Dónde se ha metido?

—La señora está mal, señor, habría que llamar al doctor, no ha podido levantarse, está todita dolorida y tiene el ojo muy inflamado...

¿Perú, Perú? No sé exactamente dónde está situado Perú, pero sé que es de México para abajo, o sea, que a lo mejor de una patada no puedo mandar a esta *morenota* de vuelta a su miseria, pero vamos, de dos patadas igual sí.

—Entonces... ¿Lo llamo ya? ¿Llamo al doctor?

¿No se dará cuenta de que ni me he dignado a mirarla, de que para mí no existe?

Así me gusta, que vuelvas a tu redil, que te metas en tu mundo de fregoteos, que es para lo que vives, y dejes en paz las cosas que ni te van ni te vienen.

Pues en el salón de arriba no está... Me va a hacer que recorra esta dichosa casa con lo grande que es y lo cansado que vengo.

¡Maldita mujer! No vale ni lo que pesa y me tiene dando vueltas por la casa como si fuese su perrito faldero.

—Señor... la señora se encuentra mal, le he acercado el teléfono porque la llamaron los hijos, pero ni hablar puede casi... Yo la veo mal, señor, tal vez habría que llevarla a algún sitio...

¿Otro? ¿Cuántos hay en esta casa? Debe estar Perú desierto.

—Yo podría acompañarla a un hospital, señor...

Y a ti, a ti también debería acompañarte al zoológico, y mira, sin embargo, te tengo aquí, fuera de la jaula de la que nunca debiste salir.

Como no le hago ni caso, se pone en el umbral de la puerta y me mira desafiante. ¡No me lo puedo creer!

—Usted no debería seguir haciendo esas cosas que le hace a la señora.

Se me ha subido la sangre a la cabeza. Siento latir muy fuerte el corazón, tengo los brazos muy tensos y las manos agarrotadas.

Es la primera vez que un sirviente me dice lo que tengo que seguir haciendo o lo que no, que uno de estos indígenas muertos de hambre se atreve a mantenerme la mirada sin agachar la cabeza hasta el mismísimo suelo, que semejante detritus como este se me queda parado ahí delante como si me retase a algo.

Es la primera vez que lo tengo tan a mano, justo con los pies al borde de la escalera, respirando muy fuerte, como si me estuviese provocando.

Un empujón, un pequeño empujón y rodaría por la miseria de su asquerosa vida para ir a dar con sus huesos en el suelo y pudrirse con ellos.

—Recoge todas tus cosas y las de tu familia y sal de esta casa en cinco minutos.

—No puede hacer eso.

—Puedo hacer eso y bastante más. No tienes papeles, ni contrato, ni nada.

Continúa mirándome sin pestañear.

—Usted me dijo que nos lo estaba arreglando.

—Si tuviera que hacer todo lo que digo...

—Voy a hablar con la señora.

—Se te acaba el tiempo, si no sales de aquí ahora mismo puedo hacerte mucho daño, no creo que te hayas olvidado de dónde trabajo ¿verdad?

—¡Quiero hablar con la señora!

—Hola buenos días, soy Sebastián Sotillo. ¿Me pasa con Inmigración, por favor?

Así me gusta, verte huir escaleras abajo como el cobarde que eres.

Mañana mismo me encargo de traer un matrimonio español que atiendan esto un poco y a otra cosa, mariposa.

Lo que te digo, mírala, como la dama de las camelias, postrada en la tumbona esa, como si fuese una señora de alta alcurnia. Si se molestase un poco más en controlar los que tiene alrededor, nos iría mejor a todos, porque ya que es una vaga de siete suelas, al menos podría saber mandar, imponerse, hacerse valer. Pero ¿qué va a hacer valer esta si es consciente de que no sirve nada?

Y otra vez el teléfono que no me deja ni pensar.

—¿Sí? ¿Cómo que qué pasa? Aquí no pasa nada... Bueno, bueno, que te digo que no le pasa nada, hombre, que está bien, pero... Ayer... Se resbaló... Sí, otra vez, hijo, otra vez... se resbaló en la bañera y se dio un golpe en la boca, ya sabes... Sí, sí, solo eso, pero claro, no puede hablar bien... Y le duele todo. Hombre, claro que la he llevado al médico... Nada, si no le dicen

nada, que tenga más cuidado, ¿qué le van a decir? ... ¿Yo qué sé, hijo? ¿Yo qué sé? No tengo ni idea de si es vértigo o no... pues claro que no es normal, pero es lo que hay, que no se fija, es muy despistada... se resbala y ya está el lío. Bueno, anda, que voy a ver si le echo una mano...Sí, ya estoy en casa, claro... me he venido para estar con ella... ¿Qué voy a hacer? Venga, hijo, venga, un abrazo para los dos.

No están tan pendientes de mí cuando necesito algo de ellos, no me fastidies, solo les preocupa cómo está ella, y a su padre que le den... eso es lo que hay.

—Vamos, venga, mira a ver si te levantas de ahí y preparas algo de comida, que a los indios les he dado el pasaporte.

Vaya ojos, si le digo que he visto un platillo volante no se asusta tanto.

—¿Qué pasa? ¿Que te habías hecho muy amiguita de ellos? Pues es lo que hay, ahora va a venir aquí quien a mí me de la santa gana, para que lo sepas, se te acabaron las obras de caridad, y las causas perdidas. Ahora mando yo, en esto, como en todo.

Me pregunto qué he hecho para merecer este castigo. Habiendo en el mundo mujeres como la Garrido, ¿por qué tengo que cargar con esta inútil?

¡Dios, la Garrido! Es pensar en ella y subirme las pulsaciones.

—¿Sí? Dime... dime... ¡Pues en mi casa! ¿Dónde voy a estar? Me avisaron que mi mujer estaba peor y me he tenido que venir. Sí...sí, todo se tiene que complicar...

¿Qué se le va a hacer?... ¿Qué es «lo último»? ¿Qué ha pasado ahora?... ¿Qué dices? ¡No me jodas!... ¡No puede ser! Voy para allá en cuanto deje a mi mujer con alguien, a ver si puedo localizar a mi cuñada porque encima los que la atienden se me han fugado...sí, los peruanos, me han dejado colgado... Todavía no sé ni lo que se han llevado de la casa, me da igual, lo que siento es el disgusto que tiene ella... Unos miserables, eso es lo que son toda esta ralea, no se puede uno portar bien con esta gente... Gracias, Parra, gracias... En cuanto pueda me tienes ahí. ¡Oye! ¿La Garrido ya lo sabe?... Vale, vale, ya me contarás.

Esto es increíble, solo nos puede pasar en esta comisaría. ¡Otro con un tiro en *los bajos*! El que mató a la prima de la Santolalla, el exmarido, que se lo han cepillado igual que al anterior... Ahora sí que se nos va a caer el pelo, esto ya no hay quien lo tape, de esta sí que salimos hasta en el cine... Bueno, mira, que se joda Parra, que se coma el marrón, a ver cómo se desenvuelve el señor comisario, porque hasta ahora había sido muy fácil llevarlo todo en un sitio en el que lo más grave que había ocurrido eran dos tirones de bolso a un par de viejas y algún que otro drogata asaltando el supermercado de la esquina. Así cualquiera es comisario, pero a ver ahora, a ver cómo se lo monta cuando nos llevamos la palma en memas que se creen que pidiendo órdenes de alejamiento solucionan su vida, y encima con dos muertos que la prensa ya se habrá encargado de airear para que el morbo

entreteenga al público y así se les olviden un poco las crisis en las que nos meten los políticos.

—¡Vamos! Levanta de ahí de una santa vez y mira a ver cómo te las ingenias para que esto parezca una casa, que yo tengo que irme.

Tanto llorar, tanta pamplina. Esta se cree que sigue siendo aquella niñita mimada que tenían sus padres entre algodones, la misma a la que enseñaron a vivir como si fuese la reina del mundo, la panoli que no tenía nada más que abrir la boca para tenerlo todo a su alcance... Y este es el resultado, esto es lo que tengo que aguantar por haber confiado en ella, por haberle puesto lo mejor a su alcance, por haber pensado que servía para algo más que para arruinarle la vida a cualquiera.

—Mira tu pandilla de inmigrantes cómo abandona el barco. ¡Que te acerques ya! Mira cómo se van igual que las ratas, buscando otro sitio en el que instalarse para vivir como lo que son, como parásitos, como delincuentes.

Hay que ser mala persona para llorar de esa manera por una camada de inútiles...

—Tengo que irme a la comisaría. Como me entere de que has llamado a tu hermano, esta noche duerme en la trena. Tú misma. Si descuelgas ese teléfono mientras yo no estoy en casa, tu hermanito se va a acordar del día que jugó a ser malote, te aseguro que no pone un ladrillo más en toda su miserable vida.

No me queda más remedio que acercarme a ver qué pasa, no sea que llegue Lagos y se encuentre con Parra al

frente. De eso nada, que ya ha chupado bastante cámara por hoy, ahora nos toca a los demás salir en las fotos, sobre todo cuando llegue Herrera, que me imagino que al enterarse del muerto venga para acá lanzado.

—Y otra cosa. Mira a ver si les dices a tus hijos que estás de maravilla y que lo único que te pasa es que eres tonta de capirote. ¿Estamos? Porque si se te ocurre decir algo más, a lo mejor a los niños se les cierra el grifo y tienen que volver a casita con el rabo entre las patas. Y tú no quieres que eso ocurra, ¿verdad?

Dos luceros
pequeñitos
han llenado mi existencia,
dando sentido a mi mundo,
llenándolo de inocencia.



Con los ojos como lunas,
por risa tienen el sol,
iluminando mi **casa**,
dándome todo el calor.

Quisiera que no creciesen,
y que cerca se quedasen
que mis **hijos** no sufriesen,
y que jamás me olvidasen.

Que vivan con la creencia
de que su madre es **feliz**.
Que no conozcan mi pena,
prefiero que sea así.

—El mismo *modus operandi*: un tiro en los testículos y después de unos minutos, lo rematan con un tiro en la frente. El informe de Balística idéntico al anterior; el asesinado, otro maltratador como el anterior; y, casi sin duda, el asesino, el mismo que el anterior.

Yo lo hubiera dicho de otra manera menos rimbombante que la que utiliza Lagos: Señores, nos quieren joder y lo están consiguiendo. Tenemos que encontrar a un personaje con ganas de protagonismo que ha decidido jugar a los pistoleros y tomarse la justicia por su mano, y hay que encontrarlo ya porque si no, esta comisaría se va a hacer famosa por ser la más inepta de toda España y parte del extranjero, así que, hala, que los complementos por productividad, por nocturnidad, por peligrosidad y por todas las mentiras que les engordan la nómina cada mes, se van a quedar congelados hasta que tengamos al «Robin Hood» este, y cuando lo vea delante

de mí, a lo mejor va y se me escapa un tiro sin querer y... caso cerrado.

Claro, conciso y para todas las entendederas.

Hay que utilizar un lenguaje que comprenda todo el mundo, y el único que se entiende y que hace mucha pupa, es el de la nómina, eso está bien claro.

—Esto es serio, no podemos permitirnos el lujo de cometer ni el menor error. Ustedes saben las ganas de carnaza que tienen todos esos periodistas que están ahí fuera, solo necesitan un poco de cebo para poner sus mentes a inventar, a sacar las cosas de quicio y a entorpecer las investigaciones. Hay que ponerse a trabajar para dar con el que está queriendo complicarnos la vida, hay que cortar con esto cuanto antes, ya tenemos bastante con ser el centro de las miradas por tener más denuncias que nadie en cuanto a violencia de género, no es un bonito galardón con el que cerrar el año, así que vamos a ver si nos quitamos el sambenito demostrando que también somos los que antes atajamos los problemas.

Y ahora es cuando el Supremo empieza con eso de «quiero dos hombres en la calle tal, otros dos en el barrio cual, una patrulla inspeccionando no sé qué» ...

—Quiero dos hombres hablando hasta con las piedras del barrio de la mujer asesinada hoy y de la anterior. Investiguen en los bares de la zona, en los comercios, en los portales...tiene que haber alguien que haya visto algo que le ha llamado la atención, una cara nueva, un tipo raro, una actitud extraña... Otros dos que se encarguen de diseccionar la vida de los asesinados: a

qué se dedicaban, con quién alternaban, con quién comían y con quién se acostaban... todo, lo quiero todo sobre ellos y sobre sus vidas.

Y lo quiere ya.

—Y lo quiero ya. Encárguense de seguir localizando un arma como la que usa ese tipo, estúdiense de memoria el informe de Balística, indaguen entre los coleccionistas de armas raras, antiguas o descatalogadas, lo que sea. Parra, quiero que esto se ponga en funcionamiento ya, que no se escape el menor detalle, que sea un trabajo impecable y que podamos tener resultados para ir cerrando bocas con informes en la mano. Herrera viene para acá y quiero ponerle en la mesa el plan de trabajo sin la menor demora. Que elaboren un informe de lo que hemos hablado y que me lo traigan de inmediato para presentárselo en cuanto llegue.

«Nuestro objetivo es cero fallos, señores». ¿A que lo dice?

—Señores, nuestro objetivo es, como siempre, cero fallos. No tengo que decirles nada más, pónganse a trabajar y háganlo bien.

Me sé de memoria las peroratas de este patán, solo que ahora se está sintiendo protagonista de algo y se cree el ombligo del mundo. Ya veo la jugada que tienen estos preparada, míralos, ahí cuchicheando como si estuviesen en el patio del colegio. Una palmada en el hombro, otro cuchicheo, Parra que asiente con la cabeza como el títere que es, y Lagos que gesticula continuamente mientras su

escudero lo mira sin pestañear, y sigue asintiendo y abriendo mucho esos ojos de lechuza que tiene.

¡Hijos de su madre! Y ni se dignan en llamarme, pasan de mí. ¿Pero qué se han creído? ¿Que yo soy como los demás? ¿Qué pueden hacerme el vacío como si no existiera?

Ya lo veo venir, Parra está asustado y pone a trabajar a esta panda de haraganes que no lo han hecho en su vida, y cuando consigan descubrir algo -vaya usted a saber por qué oscura razón- y se resuelva el caso, se cuelgan la medalla, se lamen unos a otros, se enjaretan un extra por el éxito obtenido, y a Sotillo que le den mucho ¿no?

¡De eso nada! Estos no saben con quién se la están jugando. No llevo treinta y un años esperando a ascender para que ahora venga Parra y se lleve los laureles. Vale que sea mi superior, eso no puedo arreglarlo, pero también vale que, si yo puedo evitarlo, no va a dar pie con bola en este tema, eso como hay Dios que lo hago, y vamos a ver después quién cuchichea con Lagos y quién le da palmaditas en el hombro.

—¿Sí? Dígame... ¡Hombre! ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás? Hablé con tu hermano esta mañana, pero tú te vendes caro, hijo, no se sabe de ti más que de pascuas a ramos... Ya, con tu madre sí, ya sé que hablas todos los días, pero conmigo no... No, no da lo mismo, Luis, no da lo mismo. ¿Que vais a venir? ¡No me digas! ¿Y eso?... ¡Pero si está bien, hombre, si está bien! Ya se lo he dicho a Sebas, que no le pasa nada, que se resbaló en la

bañera...Sí, habrá que llevarla al traumatólogo, eso es, habrá que llevarla... Que sí, que vale, lo que vosotros digáis... ¿Y cuándo venís? Muy bien, muy bien... ¿Se lo habéis dicho a ella? Vale, vale... Sí, hombre, sí, claro que me alegro, es que tengo un lío muy gordo aquí. ¿No lo habéis visto en las noticias? Pues se ha armado una buena, ya os contaré...venga, te dejo que me están esperando para presidir una reunión muy importante...sí, me espera el delegado del gobierno...Pues, claro, hijo, claro, ¿qué te crees que es tu padre? Anda, adiós, adiós... ¿Y usted qué mira?

No te jode, el Pinto, que se me queda mirando como si no me hubiese visto en su vida...Si estuviese en su mesa haciendo algo productivo, a lo mejor no andaba por ahí, escuchando las conversaciones de los demás. ¡Pandilla de inútiles! Que no valen ni para hacer bulto.

—¡Que circule, le digo!

Así que los niñitos vienen a ver a mamá, y me lo dicen así, sí señor, con un par: «A ver a mamá». Pues muy bien, hombre, está bien saberlo, porque hace cuatro días como quien dice, más que pedirles, les rogué que viniesen para lo del día veinticinco y no pudieron, y ahora, de buenas a primeras, vienen porque se les antoja «ver a mamá». Que a ver qué le pasa, que habrá que llevarla a algún sitio... Sí, al manicomio habría que llevarla, porque al final al que va a volver loco es a mí. ¡Vaya familia! No creo que yo me merezca esto. Tengo que reconocer que aquí he fallado, yo tenía que haber hecho como mi padre, mano dura, nada de confiar en las

mujeres para educar a los hijos, no señor, los hombres tienen que ser hombres y educarse con los hombres, y si no, jarabe de palo, verás como a la segunda vez no protestan. Así aprendí yo y así tenía que haberlo hecho con ellos, pero me volqué en el trabajo, quería ganar cuatro duros más para que no les faltase de nada, y ahora ¿qué? Ahora se los ha llevado a su terreno, solo ven por los ojos de ella, solo piensan en ella, a mí no me tienen en cuenta para nada, los ha afeminado, los ha estropeado, eso es lo que ha hecho. Se acostumbraron los tres a vivir a costa de su padre, a chupar del bote y así me lo agradecen.

¡Dios, qué pocas ganas de trabajar tengo!

Lo único que me apetece en estos momentos es ir por el Gamal y ver a la Garrido, que me compensa del resto, pero paso de ir porque me parece que ha venido Santolalla y no tengo ganas de hacer el paripé de darle el pésame y dorarle la píldora con las chorradas que hay que decir: que si lo siento mucho, que si no te preocupes, que si vamos a hacer todo lo posible... Mentiras piadosas, ni más ni menos. Lo único que me fastidia es que, por estas tonterías, haya un loco suelto que, a lo mejor, hace que a Parra le vaya un poco mejor, y eso sí que no.

Total, que hoy no veré a la niña Garrido.

—¡Peña! ¿A dónde va?

—El comisario Parra me ha llamado a su despacho, señor Sotillo.

—¿Y para qué?

—No lo sé, señor, creo que es para hacer un informe o algo así.

—¿Y qué demonios lleva ahí?

—Es... la documentación del caso. El comisario me pidió que reuniese todo y que subiese.

Esto ya es lo último. Parra me ignora hasta el extremo de contar antes con esta cuadrilla de monosabios que conmigo. ¿Qué quiere? ¿Hundirme en la miseria? ¿Amargarme la vida?

—Vaya usted, Peña, vaya, pero quiero encima de mi mesa una copia del informe que haga con el comisario cinco minutos después de salir de su despacho.

—Señor Sotillo... Yo... Si él lo autoriza, por supuesto que sí, pero...

Le voy a arrancar la cabeza a este malnacido y se la voy a poner en la mesa de Parra de pisapapeles.

—Amigo Peña...usted nunca va a saber si el comisario autoriza o no autoriza esa copia porque no se lo va a preguntar... Porque si usted le pregunta, yo voy a sacar aquel listado que hace un par de años duerme el sueño de los justos en la caja fuerte de mi casa y... no creo que a su madre le gustase recibir una copia de él ¿verdad? ¡Menos mal que pude pararlo a tiempo! Es lo que tiene ser amigo de informáticos, que siempre se les puede pedir que hagan un arreglito en los archivos antes de sacar los listados a la luz. Hay que tener amigos hasta en el infierno, querido Peña, no lo olvide.

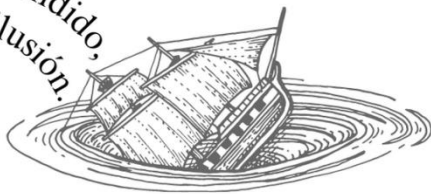
—No lo olvido, señor Sotillo, no lo olvido...

—A partir de hoy quiero información diaria y detallada de todo lo que Parra haga en esta investigación. ¿Está claro, Solito?

—¡Señor Sotillo! Por favor...

¡Mira Peña! Ahí lo tienes. Tan correcto, tan cordial, tan desapercibido como pasa, y, míralo, disfrutando con los niños en pelotas. ¡El Solito! Se ponen cada nombre en Internet... ¿Qué pasará por esas mentes? Porque vamos, hay que estar muy tarado para ponerse cachondo con unos críos tan pequeños... Menos mal que todo esto tiene su lado positivo. ¡Lo bien que me vienen a mí estos ases en la manga! Solo hay que saber esperar el momento ideal para utilizarlos, porque está claro que todo el mundo tiene algo en su vida que no le gustaría que se supiese, es cuestión de estar atento y esperar un pequeño error. Estar en una comisaría da para hacer muchos favores a la gente, favores de esos que no se pagan con dinero, pero que a la larga... tienen un precio.

Vienen mis hijos a verme
y me baila el corazón,
sale a flote el barco *hundido,*
sale a flote mi *ilusión.*



De nuevo alguna mentira
que disculpe los morados,
alguna absurda caída
que justifique los daños.

Esta *escalera*
dichosa que tantas veces rodé, haremos
alguna cosa,

que no vuelva a suceder.

Se marcharán tan contentos,
sin enterarse de nada,
lloraré solo por dentro,
con la cara iluminada.

—¡Oriol Negroponte! ¡Cuánto tiempo sin verte!

—¿Qué pasa, señor Sotillo? ¡Estoy limpio!

—Venga, chavalote, tú no has estado limpio en tu vida, a mí no me engañas... Pero tranquilo, Oriolcito, que no vengo a amargarte el día, sino a alegrarte el año.

—No quiero líos, señor Sotillo, que cada vez que lo veo me cae un marrón, ya se lo dije la última vez. Que me olvide, búsquese otro *confite*, que yo ahora paso de esto...

—Pero ¡qué moderno te has vuelto, cabronazo! «Paso de esto» dice, «paso de esto» ... Pero si tú eres un monstruo, el rey de los *confites*. ¿Qué digo el rey? ¡El dios! Eso, el dios de todas las confiterías. ¿A que sí?

—No me joda la vida, señor Sotillo, que como me vean con usted me matan, que en este barrio no se andan con bromas. ¡Déjeme en paz!

—Perdona, chico, perdona. No sabía que ahora ibas de legal... Lo siento, Oriol, de veras, tío, lo siento en el alma, de verdad. Ni por lo más sagrado quiero que te hagan daño.

—Olvídeme. Usted y yo no nos conocemos.

—Por supuesto que no, no nos hemos visto en la vida. Te dejo en paz.

Me aguanto la risa porque es de mala educación reírse así delante de alguien tan insignificante y que encima tiene un nombre tan grandilocuente.

—¡Adiós, Oriol! Y salúdame a tu mujer y a los muchachos. Bueno, y al nieto, que creo que ya eres abuelo y todo ¿no? Otra boca más que alimentar... Lástima que la madre del niño sea inmigrante... Malos tiempos para los ilegales, Oriol, malos tiempos, pero bueno... ¿Qué se le va a hacer? Hay que correr el riesgo. Mientras nadie sepa que no tiene papeles... Lo malo es como algún bocazas diga algo y tenga que regresar a su tierra... Con el niño, claro... Y con tu hijo, a lo mejor, porque estas mulatas yo no sé qué tienen que los enganchan y ya no los sueltan. En fin, lo dicho, saluda a toda esa familia tan numerosa que tienes...

Cinco, cuatro, tres, dos, uno...

—¿Qué tengo que hacer?

Me gusta este trabajo, sí, tengo que salir más a menudo a callejear, porque esto da satisfacciones que no se encuentran entre las paredes de un despacho. Que no se me olvide salir a amargarle la vida a los demás de vez en cuando, que también a mí me la amargan todo lo que pueden.

—Bien fácil, amigo mío, bien fácil. Solo tienes que abrir mucho los ojos y las orejas y contárselo todo a

«papá Sotillo». Ya te habrás enterado de que hace dos días se cargaron un tío en este barrio ¿no?

—¿El que había matado a la mujer? Sí, ya lo escuché. ¿Y qué quiere que haga yo? ¿Que lo resucite?

—¡Mira qué simpático el amigo Negrofonte! Pues no, mira, no quiero que lo resucites porque ya lo han enterrado y se iba a dar un buen porrazo con la tapa de la caja si intenta levantarse. Quiero que juegues a los investigadores secretos, que te enteres de quién estuvo con él ese día, ese minuto y ese segundo, que te camufles en las paredes y oigas lo que se dice, que te cueles por las rendijas y me cuentes absolutamente todos los rumores que escuches sobre esa mañana, todo...

—¡No me joda! Eso ya lo están haciendo ustedes, que está el barrio lleno de *maderos*, no querrá que me ponga yo a hacerles la competencia...

—Pues sí, mira qué listo eres. Con los años has mejorado y ahora hasta me adivinas el pensamiento. Eso es justo lo que quiero que hagas, que te adelantes, que les ganes terreno, que seas más listo que ninguno, porque tú en este barrio eres como las piedras del suelo, Oriolcito, nadie repara en ti, no llamas la atención, eres el hombre ideal, eres... mi mano derecha.

—¿Y usted por qué quiere hacer la competencia a sus propios hombres?

—Aquí las preguntas las hago yo. ¿Estamos?

—¿Y yo qué saco con todo esto? Como alguien sepa que trabajo para usted me hunden. No es la primera vez que me queman el local, que no es ninguna broma.

—¿Qué local? ¡Ah! ¿El garaje ese en el que dices que vendes coches? ¡Venga ya, Oriol! Que no te lo queman por mi culpa, que si pagases los coches que debes, a lo mejor no te lo churruscaban tanto... ¡Basta de monsergas! Si quieres el trabajito, me lo dices y si no, tan amigos, con un par de llamadas te arreglo la vida: precintamos el local y facturamos al nieto con los papás para su tierra.

—Yo le aviso cuando tenga algo. No venga a verme, no me busque. Yo le aviso.

Buen hombre, este Oriol. Ya está algo mayor, pero hace servicio en casos como este.

—¿Sí? Dígame... Sí, soy yo. Sí, sí... ¿Ya tienen algo? Estupendo, muy bien, muy bien... Claro que me corre prisa, ya le dije a su compañera que era urgente... está bien, me paso por ahí en media hora. Hasta luego, adiós.

A ver si es verdad que han hecho lo que les pedí en la agencia porque ya me estoy hartando de llegar a casa y encontrarlo todo tirado. Si esta payasa tuviese un poco más de vitalidad podría con eso y con más, pero como el cerebro lo tiene atrofiado, no le da tiempo de nada. Solo sabe quejarse. Si abriera tanto la boca para otras cosas, mejor nos iría a todos.

Y encima, el fin de semana vienen los eternos estudiantes, los que serán abuelos y todavía no tendrán ni una asignatura aprobada. ¡Hay que tener valor y sangre de horchata en las venas!

—¿Sí? Diga... ¿Qué pasa? Sí, ahora voy para allá, que sabes el problema que tengo en mi casa, alguna escapada tendré que hacer...

Anda y que te den, Parra, no cuentas conmigo para nada y resulta que luego no puedes ni respirar si no estoy.

Nunca hubiese esperado esto de él, mira que sé que es un malnacido y que no respeta ni a su madre, pero aliarse con Lagos para llevar la investigación adelante sin contar conmigo, eso no lo esperaba. Tratar de hacerlo todo a mis espaldas para ganarse el ascenso de una forma tan descarada, no me lo hubiese imaginado, porque siempre he visto a Parra muy apegado a este sitio, y él sabe que, si asciende, tiene que salir de aquí porque Lagos no tiene pensado irse hasta dentro de diez años por lo menos. O sea, que ¿ya no le importa irse de esta comisaría? Tantos años diciendo que él de aquí no se mueve, que es muy importante conocer el lugar de trabajo, y que él sabe ya la vida de todos los ciudadanos y hasta la de las piedras de cada casa... Tanto llenársele la boca con que él no se vende por un escalón más o menos porque lo único que le importa es estar a gusto... ¡Sí, claro! A Lagos se le han caído los humos al suelo con este caso que le supera por completo, y le ha prometido a Parra la luna si lleva bien la investigación. Me imagino que Herrera habrá hecho lo mismo con Lagos, le habrá dicho que no nos podemos permitir más errores, que hay que solucionar esto como sea, que hay que demostrar que lo tenemos todo controlado, y ya está. El engranaje de las codicias se ha puesto a funcionar y cada uno se encarga

de arrear a su burro creyendo que va a conseguir la zanahoria que le han puesto delante. Todo vale con tal de que la noria de las vanidades no deje de girar.

Pero yo no soy el burro de carga de nadie. Yo trabajo solo, yo me busco la vida y me gano lo que me tenga que ganar sin contar con este atajo de envidiosos que me rodean y que se quieren comer la tarta sin repartirla conmigo.

Pues no, mira por dónde, que no va a ser así. Porque, aun en el mejor de los casos y saliendo todo a pedir de boca, lo único que me puede pasar es que Lagos se vaya a otro distrito mejor, entonces Parra se quedaría ocupando su puesto y aunque a mí me nombrasen comisario, seguiría de segundón suyo hasta el fin de mis días.

¡De eso nada! Parra tiene que largarse y, si puede ser, Lagos también, no quiero seguir dependiendo de este par de mamones toda mi vida, quiero mi puesto de comisario, y después, ya me encargaré yo de transformar este sitio en el que solo hay miserables, pobre gente, enfermos mentales y delincuentes de poca monta en un lugar serio y formal. Yo he nacido para ser comisario en una comisaría de las de verdad, no en esta que parece de película española de aquellas de antaño, que esto es deprimente y necesita un lavado de cara ya.

No, Parra no va a tener buena suerte con este caso porque se le van a torcer un poquito las cosas. Y esto le pasa por ser tan malote y no haber contado para todo con su amigo Sotillo, porque yo, por las buenas soy muy

bueno, pero como me decía mi padre, por las malas, hay que ser el peor.

—Señor Sotillo, el comisario Parra quiere que subamos para una reunión.

—Que subamos ¿quiénes?

—Pues... los de aquí, supongo... Peña, Pinto, usted y yo.

¿Será posible que Parra me esté metiendo en el mismo saco que a estos? ¡No doy crédito! Esto no puede estarme pasando a mí.

—¿Y para qué se supone que es esa reunión?

—Pues...Para informar, ya sabe, sobre el caso, digo yo que será...

—Vayan subiendo ustedes, yo estoy terminando unas gestiones y voy ahora mismo.

«Para informar sobre el caso» dice. Pero ¿qué información va a dar si no sabe ni por dónde empezar? Si no tiene ni idea, si en las copias de los informes que me pasa Peña emplea dos folios para no decir nada, para

marear la perdiz sin sacar ninguna conclusión. Y encima convoca una reunión para darse importancia, para ejercer de comisario... ¡Comisario de pacotilla! Pobre, que se cree importante sin darse cuenta de que le quedan dos días para ser relegado de su cargo por su incapacidad para el cargo.

—¿Sí? Sí, dime. ¿Ya habéis llegado? Vale, vale. ¿Todo bien? ...Bueno, ya hablaremos...Sí, creo que pueda ir a comer... No lo sé... Lo intentaré, pero tengo aquí bastante lío... Que sí, que ya lo hablaremos, hombre, que está bien... si no tiene nada... Además, es ella la que no quiere ir a los médicos...Sí, encima eso, encima lo de los peruanos, menuda faena, ya ves el pago que dan a todas las atenciones que tuvimos con ellos...No, no, se acabó, no quiero extranjeros, estos son españoles de pura cepa, como debe de ser... De una agencia, con referencias, con informes, como Dios manda...Sí, me parecen formales... ¡Bueno, ya vale, hijo, ya vale! Que no has hecho más que llegar y ya estás haciendo cambios, no me fastidies...Al fin y al cabo, para lo que estáis en casa no creo que tengas mucho que resolver... Sí, sí, ya sé que lo dices por tu madre, ya lo sé, pero yo te digo a ti que con dos personas es suficiente, es de sobra, vamos a darles un tiempo a ver cómo se manejan, y si hay que meter a alguien más, se mete, pero de momento vamos a esperar... Sí, voy a ver, luego nos vemos.

¡Lo que me faltaba! Que vengan queriendo imponer sus criterios, esto ya es lo último... Que si hay que llevar a su madre al médico, que si hay que poner más gente en

casa, que si esto, que si lo otro... Por su madre, claro, porque a ellos lo único que les importa es su madre. ¡Vaya cuervos que tengo en casa! Me está bien empleado, claro que sí, pero se va a acabar el cuento, porque yo también tendré algo que decir ¿no? Y si digo que no se mete más gente en casa porque con dos personas es bastante, tendrá que ser así. Y si su madre tiene que arrimar el hombro y hacer alguna cosa, pues mira, no le quedará más remedio, que para eso lleva tantos años sin dar un palo al agua mientras los demás nos partimos la espalda trabajando. A ver si es que ahora yo ya no pinto nada ni en casa ni en el trabajo. Hasta ahí podíamos llegar...

—Bueno, como iba diciendo, al margen del caso que nos ocupa y después de reiterar públicamente nuestro más sentido pésame a la compañera Santolalla, la señorita Garrido quiere ponernos al día sobre los últimos datos en el tema de la violencia de género y las innovaciones con las que vamos a contar a comienzo del próximo año. Cuando termine su exposición, pasaré a comentarles las novedades en la investigación de los dos crímenes que nos atañen. Señorita Garrido, cuando quiera.

—Como siempre, al acercarse el final del año, son frecuentes los balances y los aluviones de datos y valoraciones en todos los campos. También en el tema de la violencia machista ocurre esto, pero, aunque no quiero

aburrirles con listas interminables de números, sí me gustaría reflejar un pequeño resumen de la información que nos ofrece el Observatorio contra la violencia doméstica y de género del Consejo General del Poder Judicial, en estas transparencias.

¡Dios! De todo lo que ha dicho, solo se me ha quedado «transparencias», y no he sido el único. Creo que los ojos de todos se nos han ido a la camisa que lleva, que deja adivinar un sujetador de encaje, esas son las transparencias que a mí me interesan. Si esta charla la diese otra, estaría dormido desde antes de entrar, pero así, no puedo ni pestañear, es superior a mis fuerzas quitarle la vista de encima. Ni quiero, ni puedo escuchar lo que dice porque lo encuentro todo tan ridículo que, si la ponente no fuese ella, me hubiese ido de aquí hace rato.

—Desde la entrada en vigor de la Ley contra la violencia de género, no solo ha ido en aumento el número de denuncias en los juzgados del país, también han crecido el número de sentencias condenatorias. Es de señalar, que, aunque en la mayoría de los casos son las propias mujeres las que denuncian, también ha aumentado el número de familiares que se han decidido a dar este paso. En cuanto a las órdenes de protección, pertenecen en su mayoría a mujeres españolas, aunque cada vez aumenta más el número de mujeres extranjeras maltratadas a manos de sus parejas o exparejas.

Menos mal que no nos ibas a abrumar con datos, preciosa, que si no...

—En el primer trimestre del próximo año, entrarán en funcionamiento ocho nuevos juzgados especializados en el tema, con ciento cincuenta plazas de jueces y setenta y cinco de fiscales. Además, quiero señalar la posible puesta en marcha de un teléfono de atención a los maltratadores.

¡Lo que hay que oír! ¡Un teléfono para maltratadores! Lo que nos faltaba...

—Quiero dejar claro, que no sería un teléfono para el hombre que ya es maltratador, sino para prevenir conductas violentas, para ayudar a canalizar la agresividad, incidiendo en el comportamiento de hombres potencialmente agresivos.

¡Ah, bueno! Que no es para maltratadores profesionales, es para los aficionadillos, para los que andan por ahí haciendo chapuzas, vamos. En el momento en el que les dé el ataque de rabia, se sientan tranquilamente, cogen el teléfono y hala, a relajarse: «Oiga, ¿es ahí donde canalizan la agresividad? Es que me noto potencialmente violento y quiero que intervengan en mi comportamiento y prevengan mi actitud agresiva».

No me toques los bemoles. Vamos, que haya que estar aquí escuchando estas paridas...

—Quiero agradecerles a todos la colaboración que están teniendo con nuestro grupo. Comprendo que la ubicación provisional del Gamal en este edificio pueda estar ocasionando una serie de molestias, pero procuramos que sean las menos posibles y que nuestra intervención sea siempre complementaria a la suya.

Como parte de esta colaboración se van a impartir una serie de charlas especialmente dirigidas a reconocer las conductas de maltrato, a eliminar los sentimientos de culpabilidad y a destipificar el rol de víctima que muchas mujeres asumen y que hace disminuir su autoestima y aumentar la de su agresor.

«Identificar las conductas de maltrato» Hay que fastidiarse. Tengo que venir a esas charlas, a ver qué les dicen, seguro que da para echarse unas risas. Yo no sé a quién se le ocurren estas pamplinas, tiene que ser a alguien que está pero que muy aburrido, que seguramente es una tía amargada de la vida porque si no, no me lo explico.

—Has estado brillante, Garrido, como siempre, y creo que hacéis una labor encomiable.

—Espero contar con tu apoyo para todas estas nuevas iniciativas.

Parra le dora la píldora y ella se esponja orgullosa. Yo me limito a una inclinación de cabeza que me responde mirándome por encima del hombro, fría como si fuese de mármol.

—Señoras y señores...

Mira nuestro comisario cómo se apunta al lenguaje inclusivo, espero que, al menos, no suelte «miembros y *miembras*».

—Vamos a continuar con la reunión que concierne al grupo policial exclusivamente y en la que procederemos a poner en común los avances que se han ido haciendo en la investigación.

No vamos a tardar mucho, porque lo que se dice avances, me parece que se han hecho muy pocos.

—No hace falta que les recuerde que estamos ante dos casos que afectan especialmente a nuestra comisaría. Si bien el primero de ellos es significativamente importante para nosotros al haberse producido en nuestras dependencias, el segundo no lo es menos al coincidir en varios puntos con el anterior, circulando ya entre la población el rumor de que hay un asesino en serie, con la consabida alarma social que esto despierta y que no puede hacer más que entorpecer nuestro trabajo.

Me gustaba más la Garrido hablando, dicen las mismas cosas incoherentes, pero es mucho más guapa que Parra.

—El comisario jefe Lagos, que no ha podido acompañarnos en esta reunión, insiste en que debemos esforzarnos al máximo en la resolución de estas situaciones antes de que el morbo y la rumorología alteren nuestra investigación. Su intención es tener datos fidedignos que poder ofrecer, en rueda de prensa si es preciso, de modo que no se desvele información confidencial, pero que tranquilice a la población y, sobre todo, haga que el asesino se sienta cercado.

¡Uy, qué miedo más grande va a tener el asesino! Seguro que se ha quedado catatónico en su casa pensando: «hala, yo ya no mato más, que, si no, viene el coco Parra y me asusta». A este hombre le falta un hervor, eso no hay quién me lo quite de la cabeza.

—Tenemos dos muertos que pocas horas antes habían maltratado a sus parejas. Dos hombres que pierden la vida de la misma manera, con un disparo en los testículos, y minutos después, son rematados con un tiro en la frente. Estos disparos son efectuados con la misma arma, y, seguramente, por la misma persona.

Por Balística sabemos que se trata de un arma descatalogada, antigua, muy difícil por lo tanto de localizar. Estamos contactando con coleccionistas, pero hay mucha gente que no está declarada como tal y sin embargo tiene un arsenal en su casa. Además, hoy en día tampoco hay que tener un establecimiento de referencia para adquirir este tipo de artículos, en Internet hay cientos de páginas donde se ofrecen piezas de repuesto, reparaciones, pintura y de todo lo que se le pueda ocurrir a alguien que quiera poner a punto un arma por muy antigua que sea. Es un trabajo complicado, pero es una de las vías que tenemos abiertas.

Por otra parte, los de Científica, a pesar de haber hecho su trabajo a fondo y tener información detallada de todo lo que encontraron, no arrojan demasiada luz a la investigación. En el primer caso, el entorno es nuestro propio calabozo, donde hay huellas tanto de nuestro personal como de los detenidos, no se puede sacar información clara, no hay ni una pisada, ni un dato, ni una imagen que destaque por algo; y en el segundo caso, el asesinato se produjo en el domicilio del hombre, sin forzar la puerta, sin violencia, sin resistencia ni forcejeo de ningún tipo. Lo único que llama la atención es que la

dirección de esta casa no era la habitual de la víctima, no era la que compartía con su mujer, sino que era una segunda vivienda que estaba cerrada y a la que iba en contadas ocasiones, de modo que el que fue a buscarlo allí, sabía de la existencia de este piso, y este es un dato que no todos sus allegados conocían.

—Yo creo que no es un dato confidencial, no es extraño que amigos y conocidos sepan si uno tiene un piso cerrado.

Muy bien, Luengo, dale bola encima, tú dale bola y no salimos de aquí ni a las seis de la tarde. Déjalo que cuente sus devaneos mentales, que engorde un poco creyéndose James Bond, que nos suelte su rollito de poli bueno, no lo interrumpas porque si no, se crece y nos dan las uvas.

—Sí, pero es que, oficialmente, ese piso se lo tenían alquilado a unos rumanos desde hacía varios meses. Según ha contado Santolalla, la mujer del asesinado seguía creyendo que el piso estaba ocupado, porque, de hecho, le había pedido en varias ocasiones que lo desalojase para irse ella a vivir allí con la hija de ambos, petición que él rechazaba diciendo que necesitaban el dinero que los rumanos les estaban pagando. Sin embargo, la realidad es que ese piso hace algunas semanas que está vacío, y el que fue a buscarlo allí para matarlo tenía que conocer ese dato.

—Está claro que él no quería que su mujer se enterase de que el piso estaba vacío para que no se fuese a vivir allí con la niña...

Luengo ha leído muchos «Mortadelos», y claro, sabe sacar conclusiones él solito de maravilla porque hay que estudiar mucho para llegar ahí.

—Sí, eso está claro. Por lo tanto, señores, estamos ante dos asesinatos que, de momento, tienen una única conexión: los dos habían maltratado a sus parejas de forma habitual, y ambos habían sido denunciados por ellas. En los dos casos existía orden de alejamiento y también los dos asesinados la habían incumplido en varias ocasiones.

Pues hala, ya sabemos la de cosas que nos faltan, ya nos podemos ir a nuestras casas pensando que hay por ahí un loco que quiere jugar a los pistoleros y hacérselas pasar un poquito canutas a nuestro comisario.

—¿Qué han dicho las autopsias?

¡Ah! ¿Pero es que las autopsias hablan? Que no, Peña, que no, que a ti te gustan más los niños que los maltratadores muertos... ¿Quién se cree que es este para hacer esas preguntas aquí? Yo alucino con la gente que piensa que es inteligente, que cree que a los demás nos importa lo que puedan preguntar o pensar con su miserable cabeza. ¡Anda, piérdete en Internet, depravado!

—Bueno, las autopsias tampoco aclaran gran cosa, evidentemente, la muerte se produce por el segundo disparo que, en ambos casos, es realizado a muy poca distancia, presentando orificio de entrada y salida, causando una pérdida importante de masa encefálica y traumatismo craneal, que, como consecuencia, produce

una severa hemorragia lo cual lleva a la parada cardiorrespiratoria.

Mira tú qué bonito para entonar el estómago, que se me ha revuelto la cena de la semana pasada. No sé qué necesidad hay de entrar en detalles. Claro que tuvo parada cardiorrespiratoria, como todo el mundo, no creo que haya muchos muertos con el corazón y los pulmones en pleno funcionamiento.

—Sin embargo... yo creo que hay un dato que sí es significativo...

A ver, que ya toca la parida de las doce de la mañana.

—Está claro que el asesino tenía desde el principio la intención de matar, no de dejarlos heridos, ni de hacer ningún tipo de advertencia, quería matarlos. Entonces, llama especialmente la atención ese disparo en los testículos que hace antes y el tiempo que deja pasar entre ese momento y el segundo disparo. ¿Para qué hace eso? ¿Por qué ese disparo si sabe que va a matar a ese hombre?

—Buena reflexión, Luengo, muy buena. Eso ya nos lo habían comentado los forenses, porque insisten en que las víctimas murieron con el segundo impacto, es decir, después de disparar a los testículos el asesino se quedó allí, esperando unos veinte o treinta minutos para luego efectuar el disparo definitivo. Es muy significativo, desde luego.

¡Anda! ¿Y si era tan significativo por qué no nos los ha dicho antes? ¿Qué quería? ¿Ver si estábamos atentos,

como en el colegio? ¿O simplemente guardarse información?

—Indica no solo la voluntad de matar, sino un claro deseo de que la víctima sufra antes de morir, parece que deja entrever un afán de... venganza, quizás.

¡Pero bueno! ¿Qué es esto? ¿Un concurso de improperios? ¿Un certamen de disparates? ¿Una antología de sandeces?

—Tampoco hay que echarle tanta imaginación, creo yo.

—No, Sotillo, no es exceso de imaginación, Peña tiene razón, aquí hay una intención clarísima de hacer daño, no solo de matar, sino, además, de hacer daño donde más duela, porque les podría haber dado un tiro en una pierna o en un brazo, pero no, se lo da en los testículos, donde sabe que no le va a producir la muerte inmediata, pero sí un tremendo sufrimiento. Peña tiene razón, hay que buscar a alguien que por el motivo que sea, necesita vengarse, y se venga en dos personas que son maltratadores, que no respetan órdenes de alejamiento y que tampoco parecen tener ninguna intención de enmendar su actitud.

—Mira, Parra, yo creo que esto es dar palos de ciego, mucha gente mata por venganza, esto no nos aclara ni nos orienta en absoluto, esto es...

—Señor Sotillo... si me permite interrumpirle...

¡¡¿Perdona?!! ¡No le permito interrumpirme ni a mi madre! Así que, que un escarabajo como Valdemoro me interrumpa como si él pudiera hacerlo así, sin más, sin

pensárselo dos veces, me ofende. Y el muy imbécil de Parra se lo pasa por alto, eso es lo más fuerte de todo esto, que Parra deja que hasta el último de los oficiales se le suba a la chepa, que hasta el más tarado de toda esta pandilla pueda interrumpirme como si a alguien le importase un bledo lo que Valdemoro vaya a decir.

—Tal vez se podría pensar que estos asesinatos han sido cometidos por una mujer que haya sufrido el maltrato ella misma o en su entorno más cercano, porque parece que su intención es anular la masculinidad de las víctimas y después matar.

Se hace un silencio sepulcral, y nunca mejor dicho porque Valdemoro parece salido de una tumba, siempre lo he pensado, es un zombi, un espectro.

—Eso... no podemos afirmarlo abiertamente, de momento no podemos ni siquiera sugerirlo... Es una buena observación que ya habíamos comentado el señor Lagos y yo, pero como comprenderán, mientras no haya algo que nos permita sospechar claramente de ello y solo sean meras conjeturas, no podemos ni comentarlo fuera de estas cuatro paredes, solo nos faltaba que las asociaciones feministas se nos echasen encima...Pero sí, Valdemoro, es usted un magnífico observador. Les ruego a todos la máxima confidencialidad en este sentido porque al no haber ningún tipo de forcejeo o actitud violenta que nos permita valorar la intensidad de los golpes o la fuerza aplicada como ocurre en otras ocasiones, no podemos sacar conclusiones anticipadas, si bien, puedo adelantarles que nuestra línea de

investigación va a comenzar por revisar cada uno de los casos de maltrato que tenemos denunciados en esta comisaría, vamos a hacer un seguimiento de esas mujeres, a ver dónde van, qué hacen, qué relación mantienen con su maltratador, y sobre todo, qué información manejan de otros casos para que hayan tenido acceso a las dos víctimas que nos ocupan.

» También quiero que algunos de ustedes se encarguen personalmente de estudiar hasta el mínimo detalle de los dos asesinados. Qué otros puntos tenían en común en su vida, si se conocían, si se trataban, si coincidían en algún sitio o tenían algún amigo en común. Todo, lo quiero todo cuanto antes porque, señores, Lagos me apremia a mí, pero es que a él le presiona Herrera y espero que el tema no llegue más arriba, porque con la repercusión mediática que está teniendo y la tensión que esto genera, no nos conviene retrasarnos lo más mínimo.

¡Hijo de la gran...! O sea, que ellos ya habían hablado de investigar primero a las maltratadas que hayan denunciado, pero se han librado de comunicarlo a los demás hasta que alguien lo ha sugerido. Ni siquiera lo han reflejado en los informes escritos que Parra le pasa a Lagos y que Peña me pasa a mí bajo cuerda, ni siquiera en algo que se supone que es absolutamente confidencial y de régimen interno lo han mencionado, o sea, que no se fían de nadie, no confían en la gente que les rodea y que trabaja para ellos como perros falderos, manejan sus propias informaciones y se hacen su plan de trabajo y de

investigación sin contar con los demás... ¡Sin contar ni siquiera conmigo!

¡Descerebrados que se creen invencibles! ¡Sacos de desechos que quieren el éxito para ellos solos!

Se me queda pequeño este despacho, me pasa siempre que me cabrean, me da la sensación de que me falta el aire y no puedo respirar.

¡Me gustaría golpear las paredes y echarlas abajo! Mandar a tomar vientos esta comisaría, esta ciudad y esta vida miserable que no me merezco.

Ojalá abriese los ojos y todo hubiese sido un mal sueño, una pesadilla de la que despertase para encontrar a mi lado a la niña Garrido, estrujándome ente sus piernas. Ojalá estuviese viviendo una vida en la que Parra y Lagos se hubiesen podrido igual que los otros, con un tiro en los testículos, y luego sí, luego con una parada cardíaca, respiratoria, renal, cerebral, esquelética y muscular, de todo lo que se le pueda parar a un estúpido, o, mejor dicho, a dos. Una vida en la que yo fuese ya el comisario jefe de un distrito importante y sobre mi mesa tuviese una colección de fotos con el rey, con el presidente del gobierno, con el ministro del interior... Una vida en la que mis hijos me valorasen, me tuviesen en cuenta y fuesen conscientes de que existo, de que, además de su madre, que ya no existiría en esta vida fabulosa que tendría, tienen un padre al que harían caso y del que se preocuparían.

En vez de eso, ¿qué tengo?

Prefiero no pensarlo.

—¿Ya se va, señor Sotillo? Si preguntan por usted ¿qué digo? ¿Va a volver antes de la comida?

— Mire... Solito ... si preguntan por mí dígales que me he muerto.

—Señor Sotillo... Por favor... Le ruego...

Se pone rojo como una sandía y esconde la cabeza entre los hombros.

Mira, ya parece que solo con eso me siento mejor. Hay que ver con qué poca cosa se conforma uno.



Escucho noticias nuevas
que parecen repetidas

repetidas

repetidas

repetidas

repetidas

historias que van llegando,
de mujeres que asesinan.



A manos de su verdugo,
del que un día fue su amor,
del que ha puesto al cuello su yugo,
del que ahora es su agresor.

Con el miedo en las entrañas,
atiendo al televisor,
me pregunto si mañana
la muerta no seré yo.



—Bueno, ya era hora de que comiésemos un día todos juntos, porque vamos, hace meses que no os dejáis caer por aquí...

—A ver, papá, andamos liados, tampoco podemos estar yendo y viniendo todos los fines de semana.

—No digo todos los fines de semana, pero vamos...os pedí que vinieseis para el veinticinco y...

—¡Otra vez con el veinticinco! Era un día, papá, ahora es puente y nos cunde un poco más, que es un palizón de viaje.

—¿Y cómo van esos estudios? Porque digo yo que habría que irse planteando la posibilidad de terminarlos ¿no? Que no sé si os pensáis que el dinero cae del cielo. Teneros allí me supone unos gastos exagerados, y mi sueldo da para lo que da...

—Pues por lo menos da para el BMW nuevecito con el que acabas de llegar, que nosotros no sabíamos ni que te lo habías comprado.

—Pues mira, sí, creo que un comisario tiene que dar una imagen de lo que es, de persona seria y competente, de alguien con estabilidad social y económica.

—Pero ¿ya te ascendieron? ¡No nos habíais dicho nada!

—A ver, a ver, no es que ya me hayan ascendido exactamente... pero vamos, está la cosa al caer, ya está prácticamente hecho y...bueno, yo quiero irme adaptando a mi nuevo cargo.

¿Y esta, por qué me mira con esa cara de besugo que tiene? ¡Miserable! Abre los ojos como si estuviese viendo al lobo, la muy necia. Como si no pudiese dar crédito a lo que está escuchando. ¡Dios, qué esfuerzo tengo que hacer para no cruzarle la cara de lado a lado!

—Pues enhorabuena, papá, es estupendo. ¿Y cómo va lo de los asesinatos? Cada dos por tres estáis en las noticias. ¡Menudo nivel está alcanzando esta comisaría!

—Está todo muy complicado, no creas, tengo muchísimo trabajo, reuniones, investigaciones abiertas en varios frentes... En fin, un lío, pero bueno, creo que he encaminado bien las cosas y que la línea de investigación que he propuesto ha sido muy acertada.

—¡Como para no ascenderte! No me extraña nada, como resuelvas este caso te veo de ministro.

—Bueno, bueno, que ya sabéis que soy prudente con estas cosas, me gusta ser discreto y neutral, en todo, incluso en la política.

—Hombre, papá...tú lo que se dice neutral en política no lo eres mucho...

Se ríen como si lo que han dicho tuviese mucha gracia. Dos hijos y los dos me han salido de izquierdas, ya es mala suerte.

—¡Mira, mira! Dale voz a la tele, que justo están hablando de violencia de género. A ver si dicen algo de aquí.

No me hace falta darle voz a ninguna tele, me sé de memoria las noticias porque son todos los días iguales: que se han cargado a otra que estaba en trámites de separarse de su marido o su pareja o su chulo, lo que sea; que había puesto cincuenta mil denuncias por malos tratos, que tenía trescientas órdenes de alejamiento a las que el fulano no ha hecho ni caso y que esta noche la mandó a criar malvas. ¿A que sí? ¿A que es eso? ¡Venga ya! Que nos dejen comer tranquilos, que esa película ya la hemos visto un montón de veces.

— ¡Van setenta asesinadas este año! Es acojonante.

—Pues eso se lo dices al expresidente Zapatero, que tanto se afanó en crear su famosa ley, y a la ministra de igualdad, que la única igualdad que está consiguiendo es sacar de la cárcel a los violadores y llenarlas de hombres que se han querido cambiar de género para poder ir a prisiones de mujeres.

—¡No exageres, anda!

No merece la pena hablar, qué familia tan poco empática tengo.

¿Y a esta qué le pasa? Se levanta de la mesa y se va sin decir ni media palabra. Mírala, por no tener, no tiene

ni educación. Tanta monserga como da con los hijos y ahora que los tiene aquí no les hace ni caso.

—Papá, creo que tenemos que hablar de mamá, estamos preocupados por ella, la hemos encontrado fatal, y...

—¿Fatal? Pero bueno, ya os dije que se había golpeado en la boca y lleva unos días que casi no puede comer, entonces es normal que esté desmejorada, pero no es para tanto, que enseguida os ponéis en las últimas.

—¿Pero tú has visto lo que ha adelgazado? ¡A ver, papá! Está blanca, debe tener una anemia de caballo. Yo no la he visto con esas ojeras en mi vida. Habrá que hacer algo, en serio.

—Hay que llevarla a algún sitio, papá. No podemos quedarnos de brazos cruzados, que la miren, que le hagan un chequeo completo, no sé, igual tiene alguna alteración en algún sitio, algo que no es grave y si se trata a tiempo se puede curar...

¡Una alteración, una alteración! La única alteración que tiene es en la cabeza, que está grillada y este par de mamelucos son incapaces de asumirlo. Su madre está loca de atar, pero no lo ven o no quieren verlo.

—¡Muy bien! Pues ahí la tenéis, toda vuestra. Mirad a ver si conseguís llevarla a algún médico porque a mí no me deja ni hablar del tema, ya sabéis que es muy testaruda, se ha empeñado en que no le pasa nada y no quiere ir a ningún sitio, no puedo hacer más de lo que hago. Estoy faltando al trabajo para atenderla, estoy ayudando en la casa todo lo que puedo, cuando se han ido

los peruanos he hecho lo imposible para buscar otras personas que lo hicieran todo para que ella no tenga ni que moverse, vivo pendiente las veinticuatro horas del día, así que, si vosotros lo sabéis hacer mejor, os quedáis aquí y os encargáis de llevarla a los mejores médicos, no hay problema, yo me encargo de pagar lo que sea ¿está claro?

—Nadie te está haciendo responsable de nada, pero eres tú el que vive con ella y es normal que lo comentemos contigo. Podías llevarla a casa de los tíos de vez en cuando, o llamar a algunas amigas para que vengan a verla o salga con ellas a tomarse un café, yo creo que pasa demasiado tiempo sola, se ha ido quedando en casa, encerrada aquí todo el día, y a lo mejor, lo único que tiene es una depresión que no la deja ni comer, ni cuidarse, ni nada.

¡Lo que me faltaba! Llevarla a casa del hermanito o traer aquí a las arpiás esas que tenía de amigas, eso era justo lo que estaba pensando, hasta ahí podíamos llegar.

—No quiere, hijos, no quiere, ya sabéis cómo es, le gusta estar en casa, pensando en sus cosas, meditando, no sé, es así, es muy independiente, y yo sé que ha perdido la relación con mucha gente, pero es que es muy cerrada, muy poco sociable y claro, las amigas se cansan de insistir y siguen haciendo su vida, yo no puedo estar aquí para llevarla y traerla, tengo cosas muy serias entre manos. Ahora mismo he dejado allí plantado a Herrera, el delegado del gobierno, para venir a comer con vosotros, para estar un rato juntos y ver cómo está ella, pero no

puedo hacer de señorita de compañía y llevarla con las amigas a tomar algo por ahí, que no, hijos, que no, que no es tan fácil como lo veis.

—Yo solo sé que nos hemos quedado de piedra cuando la hemos visto, que a los dos nos ha parecido que ha envejecido diez años, nos ha dado un bajón tremendo. No sé, papá, igual es mejor que os paséis a dormir a una habitación de las de aquí abajo para que no tenga ni que acercarse a las escaleras, que ya no es la primera ni la segunda vez que se cae, y es que está muy floja, se le doblan las piernas...

—No hay problema, hijo, podemos dormir en cualquier habitación, pero ella sube igual a la buhardilla, a regar las plantas, a abrir las ventanas... no puedo sujetarla, a veces no se mueve del sillón, pero a veces le da un rebote y no para quieta. Mirad a ver vosotros si podéis convencerla, yo tengo que irme, por la noche hablamos a ver si habéis podido sacar algo en claro.

—Vale, venga, lo intentaremos otra vez, pero antes ya estuvimos diciéndoselo y aunque no puede casi hablar, dejó bien claro que no tiene intención de ir a ningún sitio y de que ya está mejor y se le pasará todo, pero eso no es así.

—Bueno, chicos, voy a ver a Herrera, que ya os digo que lo he dejado con la palabra en la boca.

No aguanto más en esta casa, es bien triste, pero llegará un momento en el que no sabré ni dónde meterme porque ni en el trabajo ni en mi propia casa me encuentro a gusto. Qué dura es la vida a veces, y lo que más me

fastidia es que encima quieran venir los hijos a darme lecciones de lo que hay que hacer con su madre, es increíble.

—¡Oye, papá! Espera.

—¿Qué pasa?

—¿Has leído algo de lo que escribe mamá?

—¿De lo que escribe? No... no...

—Es que esta mañana Luis vio en el sillón el cuaderno en el que escribe y al hacer ademán de abrirlo, ella se lo quitó de las manos y no hubo manera de que nos dejase leer nada, y luego está lo de los cuadros...

—Bueno, nunca pintó muy bien, eso es verdad...

—No, si no digo eso, es que son... extraños, repetitivos, son paisajes sombríos, y en todos ellos hay un hombre de espaldas, caminando solo entre las sombras... Te juro que dan miedo, a mí me preocupan estas cosas, podríamos llevarla a un psicólogo ¿no? A lo mejor es capaz de interpretar lo que pinta y eso nos da una pista de lo que le está ocurriendo.

—No sé, hijo... Es complicado, no quiere ir... En fin, ya hablaremos, anda, tengo que marcharme... Pero voy a subir a despedirme, que no me gusta irme sin decirle adiós.

¿A un psicólogo? ¡Al manicomio directamente habría que llevarla! O al matadero, como las vacas locas, que le investiguen ese cerebro retorcido y macabro que tiene, que se lo despiecen, que se lo estudien de memoria a ver qué tipo de avería mental tiene ahí metida que logra trastornar todo lo que tiene alrededor, que abduce a sus

hijos, que los convence de que es una pobrecita, una santa, una bendición del cielo... Pero conmigo no puede, no señor, no ha logrado su objetivo, no ha conseguido llevarme a su terreno y por eso trata de hacerme la vida imposible representando ese papel de sufridora que interpreta a las mil maravillas.

¿Dónde estás, desgraciada? ¿Dónde te has metido?

¡Mírala! Si se está peinando y todo. ¡Si la muy creída hasta se ha pintado coloretes en la cara! ¿Para qué? ¿Para contentar a tus niñitos? ¿Para que no se preocupen por ti? ¿Para que vean qué madre tan buena tienen?

—¡Escúchame bien! Tus hijos dependen de mí, su vida de niños de papá depende de mí, sus eternos estudios dependen de mí, y hasta el aire que respiran depende del dinero que yo les mando. ¡Que me mires! Si no quieres que todo eso se les termine y que tengan que volver a casa como dos fracasados, mantén la boca cerrada. Pueden seguir viviendo como marqueses o volver a este entrañable hogar y apuntarse a las filas del paro, que es para lo único que valen. La decisión es tuya.

Me da tanta rabia cuando me mira de esa manera... Parece una vagabunda, una miserable, una loca de esas que salen en las películas. Es como si los ojos se le fuesen a salir de la cara, como si solo tuviese eso, ojos y hueso, es un hueso toda ella, la puedo controlar con una mano, la manejo sujetándola del brazo como una marioneta, como un títere moribundo. Verla tan fácil de controlar me provoca... No, no, ahora no puedo, con los chicos aquí no quiero líos, cuando se vayan me pondré al día.

—Y ya hablaremos tú y yo de los cuadros esos que pintas y de los escritos que tienes entre manos. Ya puedes romper todo delante de mí porque si no, te lo voy a hacer comer trozo a trozo. ¿Estamos? Así me gusta, buena chica.

Sí señor, si en el fondo no es mala mujer, lo que pasa es que tiene la cabeza llena de pájaros y claro, eso hay que arreglarlo.

—¿Sí? Dígame... ¡Hombre, Oriol! Ya empezaba a echarte de menos ¿Hay algo? Perfecto, voy para allá. Donde siempre, en veinte minutos estoy ahí.

Soy una brizna de hierba,
soy una gota en el mar,
soy una mota de polvo,
soy una lágrima más.



Un excremento en la calle,
la mitad de medio rato,
un insecto que molesta,
soy la piedra en el zapato.



Soy como un cero a la izquierda,



el aire que nunca viste.

Soy un pelo que se cae,
soy la respuesta callada,
soy un suspiro sin aire,
es decir... que no soy

NADA

—Vete al grano, Oriolcito, que no tengo todo el día para estar contigo.

—Señor Sotillo, le juro que he hecho todo lo que he podido, pero no crea que tengo muchas noticias que darle. Nadie sabe nada, nadie escuchó nada, todo el mundo cierra la puerta cuando voy a preguntar algo... no es fácil, no se crea.

—Muy bien, muy bien, y ahora que te has quejado un poco, dime a qué me has hecho venir si no tienes nada que contarme.

—Bueno, algo hay, pero poco, muy poco...

Sí, tiene razón, algo tiene que haber en su cerebro, pero muy poco, sí, muy poco.

—El piso en el que se cargaron al tipo ese estuvo alquilado a unos rumanos.

Y me lo dice así, como si me estuviese dando la primicia del siglo. ¡Madre mía! El ejercicio de autocontención que tengo que hacer para no agarrarlo por el pescuezo y estrellarlo contra la pared.

—Pero, según parece, cuando el dueño, el que mataron, les dijo que tenían que ahuecar el ala porque lo necesitaba para él, se negaron. Cuentan que montó ahí un chanchullo con el del bar de abajo. Tenían unas cuantas prostitutas a medias, les venía muy bien tener el piso justo encima para rematar las faenas que las chicas empezaban tonteando con los clientes en el bar... Ya sabe, calentando el ambiente...y por eso no había manera de largarlos de ahí.

Bonita historia, sí señor, pero a mí este mochuelo no me está aclarando nada, y eso no me gusta.

—Me he dejado caer por el garito porque conozco al dueño. Está que muerde con los rumanos porque las tías que trajeron hicieron subir la clientela que no vea, pero ahora se le ha acabado el chollo y no pisa en el bar ni dios.

—¿Y cómo eran las chicas esas que dices?

—Señor Sotillo... Yo no soy de esos...

Casi me ahogo de la risa que me ha entrado, dice que no es «de esos» mientras se le ponen los ojos brillantes solo de pensarlo. Lo que no sabía yo era que a este memo le iba tanto la marcha. Bueno, bueno, pues está muy bien saberlo, hombre, pero que muy bien.

—A lo que le iba, que el del bar no perdonó al muerto que obligase a los rumanos a desalojar el piso, total, para nada, porque lo dejó vacío, y eso no ha gustado a la gente del barrio, yo creo que con esa tontería se creó bastantes enemigos aquí porque dejó a muchos sin un

lugar discreto donde echar una cana al aire cómodamente y barato, ya me entiende.

—¿Y el muerto qué iba diciendo por ahí? Porque alguna razón daría para que le devolviesen el piso, no creo que a él le interesase mucho perder ese negocio del que seguro que también sacaba una buena tajada.

—Según me ha dicho el del bar, contaba que se iba a separar de la mujer y que lo necesitaba para venirse él a vivir ahí con la hija. Creo que los rumanos le ofrecieron más dinero y hasta una habitación para él y la cría, pero claro, traer una niña a un sitio así... pues como que no es muy apropiado, y al final, les amenazó con llamar a extranjería si no dejaban el piso, porque estaban ilegales, y no les quedó más remedio que irse con las mujeres a otra parte.

Eso podría explicar que la puerta no estuviese forzada, tendría llave del piso el del bar, los rumanos, las chicas y medio barrio, pero toda esta historia no me cuadra, será todo cierto, y seguro que el paisano tenía más enemigos que pelos en la cabeza, porque se pueden hacer muchas cosas en esta vida que fastidien al prójimo, pero dejar una modesta manzana de casas sin el picadero nuevo cuando estaban ya todos calientes, eso no se puede perdonar en la vida.

Pero no, no termino de encontrar la relación entre este muerto y el que se cargaron en el calabozo.

Claro que, puede que no tengan relación ninguna. A ver si nos vamos a romper los cuernos buscando algo en común entre los dos y resulta que no hay nada.

A los rumanos les tuvo que sentar fatal que les fastidiasen el negocio, igual el chico tenía un rollete por ahí y quería recuperar su piso, vete tú a saber; y al de los calabozos se lo cargaron porque... porque... bueno, no lo sé, ahora estoy con este, ya me ocuparé del otro.

—Señor Sotillo... quería decirle que la Guardia Civil también anda haciendo preguntas por aquí, que yo me la estoy jugando, no se olvide, porque claro, ellos también tienen su gente de confianza por el barrio, y no es cosa de que a mí me vaya a pasar algo y mi familia se quede ahí tirada, que estos trabajos son muy arriesgados...

¡La Guardia Civil! Hala, ya estamos todos. Estaría bueno que no fuesen a andar por aquí mis amigos. Pues nada, habrá que darse prisa porque como nos saquen ventaja y se lleven el gato al agua, a Parra le va a ir muy mal.

«A Parra le va a ir muy mal». Mira qué frase tan bonita...

—Escúchame Oriol, no empieces a hacer delirios mentales con lo que le puede ocurrir a tu familia si tú las diñas porque eso no va a pasar, y en el caso de que pasase, tú sabes que yo me ocuparía de ellos como si fuesen mi propia familia, eso no lo dudes.

—Sí que lo dudo, señor Sotillo, discúlpeme, pero sí que lo dudo...

—¿Hay forma de localizar a alguno de los rumanos que estaban en el piso? El del bar tendrá algún dato de ellos ¿no? O tú. ¿No sabes dónde paran ahora? ¿Dónde

han puesto el negocio? Seguro que sí, Oriol, seguro que seguiste la pista a las rumanitas para ir a hacerles una visita de vez en cuando.

—¡No señor! Bien sabe usted cómo son estos, aparecen y desaparecen sin dejar ni rastro, cualquiera los encuentra. No saben de ellos ni en treinta bares a la redonda.

—¡Venga, Oriol! Que no soy tu confesor, que soy Sotillo, que no me creo que hayas dejado escapar un chollo como ese de tener carne fresquita a tu alcance.

Se pone coloradote, qué mamón, lo bien que se lo ha debido de pasar en el piso ese, con la pinta de desgraciado que tiene.

—¡Vamos! ¿Qué fue de las chicas? ¡Oye, que yo no vengo aquí a juzgarte, que los dos somos hombres y nos vestimos por los pies, ¿o no? Pues eso, a los hombres nos gustan ciertas cosas y punto, salvo que te gusten más los tíos...Porque... tú no serás de esos, ¿no?

—¡Quite, quite! Todo lo contrario, señor Sotillo, todo lo contrario. Yo soy muy macho, de hacerlo todos los días sin faltar uno, pero claro, desde la enfermedad de mi mujer...

—Claro, claro, si yo te comprendo, es lógico, somos humanos... O sea, que sigues en contacto con las chicas de vez en cuando.

—Bueno... de tarde en tarde necesitan arreglar un coche viejo que tienen.

¡Mira qué listo! ¡Se lo cobra en carnes! Con el aversión me produce verlo, con la pinta que tiene...

Claro, menudos arreglos les hará en el coche, seguro que se les estropea cada dos por tres.

—Bueno, bueno, si a mí eso me parece muy bien, hombre, claro que sí, eres todo un héroe, un monstruo, sí señor. Y dime, ¿siguen *las niñas* con los rumanos esos?

—No, no, ahora están por su cuenta, en un piso a la otra punta de la ciudad...

—¿Por su cuenta? Venga, Oriol, estas chicas no se pueden poner por su cuenta en la vida porque tienen una deuda tan grande con los chulos que si desvían un solo euro se las cargan sin más. Siguen trabajando para ellos, eso te lo dice Sotillo.

—Bueno, yo tampoco les pregunto, yo voy, les hago el arreglo...

—Sí, tú les haces el arreglo y ellas te hacen el apaño. ¿Y qué tal se te da con ellas? Por curiosidad, vamos...

—Oiga... eso son cosas muy personales, pero vamos... En el piso donde viven ahora solo están dos de las que vivían aquí, en el barrio.

¿Quién habrá visto a este energúmeno con dos tías a la vez? Ya me está jodiendo un poquito, el muy patán.

—Bueno, tienes razón, amigo mío, son cosas muy íntimas. Vayamos a lo nuestro, cuéntame algo del tipo del bar, el dueño, está casado, soltero, viudo... tiene hijos, nietos, perros... Dime qué sabes de él.

—Es un amargado, señor Sotillo, un pobre hombre que no se ha visto en su vida en otra más gorda que esos meses en los que tuvo el bar lleno y se embolsó una

pequeña fortuna a costa de las chicas. Cuando se le acabó el chollo volvió a su vida miserable de siempre. Ha intentado seguir con el negocio, pero no le ha salido bien, no tiene sitio, y la gente del barrio no entra, ya no quiere que los relacionen con él. Sé que anduvo buscando otro picadero, porque me preguntó si yo había oído a alguien que alquilase un piso por aquí, y alguno había, pero le piden una barbaridad, no creo que se le arregle, no vuelve a pillar otro chollo así en la vida.

Menos mal que lo conocía poco. No me equivoco con este elemento, se sabe la vida y milagros de toda la gente del barrio.

—Yo los oí discutir un montón de veces, Julio, el del bar, se ponía frenético, y el muerto, que no era tampoco muy pacífico que digamos...

—Por lo que veo, los conoces a los dos a base de bien, amigo mío. No es que te hayan contado o que hayas oído decir, es que tú has vivido entre el bar y el piso.

—¡Que no, señor Sotillo! Que a ese bar iba todo el vecindario.

—Sí, no lo dudo, y a ese piso también, por lo que veo. Como para identificar huellas allí... Sigue, anda, sigue, que si desde el principio hubieses empezado por contarme la verdad y dejarte de rodeos, nos habiésemos ahorrado mucho tiempo.

—Pues nada, lo que le estaba diciendo, que discutieron algunas veces en el bar. La última fue muy gorda, sobre todo sabiendo después lo que pasó, que apareció muerto y todo eso, pero claro, aquí nadie abre la

boca, ya le advierto que no va a encontrar quien hable en contra de Julio, el del bar, porque no interesa cabrearlo y que empiece a soltar por esa boca los nombres de todos los que subieron al piso con las chicas.

—Entre tú y yo, Oriol. Crees que el tal Julio se cargó al otro por fastidiarle el negocio ¿A que sí?

—Señor Sotillo, yo... soy un humilde mecánico de barrio, el policía es usted.

Mira qué listillo, no se pillá los dedos, no.

—¿Sabes si tiene armas? El del bar, el Julio ese. ¿Tiene armas? ¿Le has oído decir algo? ¿Las colecciona? ¿Tiene alguna de su padre o de su abuelo?

—No tengo ni idea. Allí, a la vista no, desde luego.

Pues no, hombre, ya me imagino que allí, expuesta en una vitrina no va a tener el arma con un cartelito que diga: «Con esta maté al dueño del piso de las pilinguis», hasta ahí ya llego yo.

—Buen trabajo, Oriol, buen trabajo, te voy a invitar en un sitio que conozco a una ronda de chicas de todos los colores que te puedas imaginar. ¿Cómo te gustan? Pide por esa boca, Oriolcito, que te va a cambiar el apellido, en vez de Negroponte, te vas a llamar «Moradoponte», del atracón que vas a coger.

Se queda mirando al suelo, pero le tiemblan las manos de la emoción.

—Señor Sotillo, no piense mal, ya le digo que mi mujer está enferma y claro, yo no voy a exigirle nada, pero uno... tiene sus necesidades...

No me extraña que la mujer esté enferma, solo de verlo cada día es razón más que suficiente para enfermar de por vida, pobre paisana.

—Tranquilo, hombre, que entre amigos hay confianza, solo faltaba...

—¿Y cuándo puedo ir al sitio ese que dice?

—Bueno, bueno, vamos a calmarnos un poco. El sitio ese te está esperando porque en cuanto llegues allí y digas que vas de mi parte vas a entrar directo, pero claro... antes de eso tienes que hacer un pequeño trabajo para tu amigo Sotillo. Mira, Oriol, esto es serio, muy serio. Si yo confío en ti es porque sé que no hay otro como tú, que eres el único que puede hacer este trabajo, porque gente de la calle que me cuenta cosas hay mucha, pero yo quiero un profesional, un tipo fino y delicado como tú.

Le ronca el mambo las mentiras que hay que decir para camelar a estos papanatas, pero bueno, todo sea porque haga lo que tiene que hacer.

—Usted dirá, señor Sotillo, ya sabe que si está en mi mano... pero claro, tampoco se olvide de lo que me prometió para la nuera... que una cosa lleva a la otra.

—Si no me olvido, amigo, no me olvido. De hecho, fíjate si no me olvido que he pensado que como no me hagas bien este trabajito, tu nuera va a formar parte del elenco de lumis de colorines que hay en el sitio ese del que te he hablado y en el que te van a tratar a cuerpo de rey.

Se ha puesto blanco, claro, es que no es lo mismo tirarse a la nuera de otro a que otro se tire a la tuya.

—Pero sin acritud, amigo mío, sin acritud. Yo te digo las cosas desde el aprecio que te tengo, te comento algo que no va a suceder porque tú vas a hilar fino y nos vamos a quedar los dos más anchos que largos. ¿A que sí?

—¿Y qué tengo que hacer?

—Mira, entre los dos, vamos a hacer un favor a la Guardia Civil, les vamos a poner en el buen camino. Yo entiendo que esta zona es suya y que es lógico que quieran hacerse con toda la información para aclarar el crimen, porque, al fin y al cabo, no podemos olvidarnos de que aquí se ha cometido un crimen, ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, sí, crimen ha habido, eso desde luego.

—Pues eso es lo que yo digo, que crimen ha habido, por lo tanto, que lo resuelvan, hombre, que lo resuelvan, que para eso es su zona.

—Pero... si usted es de la Policía y ellos de la Guardia Civil... no entiendo por qué tenemos que ayudarlos, será mejor que se busquen la vida ellos solos, no que les hagamos el trabajo nosotros ¿no?

Habla en plural, habla como si los dos fuésemos uña y carne, como si hubiésemos resuelto cientos de casos juntos, inseparables, prácticamente como si él fuese la cabeza pensante de mi pobre cuerpo. Hay que reconocer que cuando me pongo hago muy bien mi trabajo.

—Pero ellos no van a dar con la solución tan fácilmente, Oriol, ellos no tienen ayudantes como tú, tienen cuatro gañanes, cuatro chivatos que no se enteran de la misa la mitad, y con eso no resuelven el problema ni en dos años, y yo necesito que este caso se cierre ya, ¿me entiendes? Ya mismo.

—Pues lo resolvemos nosotros, señor Sotillo, lo solucionamos y a la Guardia Civil que le den ¿no?

Sospecho que tiene alguna cuenta pendiente con los «verderones» y no le hace la mínima gracia ayudarlos. Más o menos como a mí, pero tengo que seguir la idea que se me ha ocurrido y necesito que este se la crea.

—No podemos, no debemos resolver este caso nosotros solos, esta no es mi zona, es de la Guardia Civil, no pertenece a la capital, está muy cerca, pero a efectos legales es de ellos. Lo que sí podemos hacer es una investigación conjunta, en la que nos ayudemos los dos equipos, pero sin interferir, ya sabes, cada uno en su casa y Dios en la de todos...

—Yo creía que se llevaban muy malamente los dos Cuerpos.

Los dos cuerpos le voy a dar yo a este que se cree el nuevo inspector de Policía.

—No, no, hay rivalidades como en todo, pero con respeto, con mucho respeto. Lo que no está bien es que yo vaya y les diga: «mirad lo que sé», es como si les dijese: «mirad qué listo soy y qué ayudantes tan buenos tengo en la calle». En seguida querrán saber quién me lo ha dicho,

y yo no les voy a ocultar mis fuentes, tendría que revelar tu nombre, darles tus datos...

—¡Eso no, señor Sotillo! ¡Por la gloria de mi madre! ¡Eso ni se le ocurra!

Pero cuánto tiene todo el mundo que ocultar en esta perra vida. ¿Qué oscuros temas tendrá este que se ha puesto tan alterado? Siempre he dicho que conocer lo que los demás quieren ocultar de sí mismos es el primer paso para tener el poder, y no me equivoco.

—Tranquilo, hombre, tranquilo, yo estoy aquí para protegerte, para cuidar de ti como cuido de todos mis colaboradores, solo que tú, eres el mejor.

Casi no puede respirar del susto que le he dado.

—Para no revelar mis fuentes vamos a darles las pistas a través de otro que no seas tú. ¿Quiénes trabajan para ellos? Los conoces de sobra ¿no?

—Hombre, alguno hay...

—Pues ya está, te dejas caer por su zona, comentas cuatro cosas a alguno de los que te lleva el coche a arreglar, y haces como conmigo, dices que has oído que te han dicho que decían... que el del bar...Julio ¿no? Pues eso, que Julio discutió acaloradamente con el muerto, que lo amenazó, que has oído que la Policía sospecha...Sobre todo eso, haz hincapié en lo de que «la Policía sospecha», que eso da mucha fuerza a las cosas... y ya está.

—¿Solo tengo que hacer eso y ya puedo...? En fin... usted ya me entiende.

A este le gusta *mojar* más que comer con los dedos, es que no piensa en otra cosa, el desgraciado. Pobre chica la que tenga que soportar a esta mofeta muerta, no me gustaría estar en su pellejo.

—Bueno, pues sí, prácticamente con eso es bastante. Aunque bueno, falta un pequeño detalle y ya estaría tu trabajo hecho.

—¿Qué detalle? Dígamelo todo de una vez, que me está asustando.

—Para rematar la faena y quedar como un señor, hay que dar un último paso, Oriol, porque tú no eres un chivato, tú ya no puedes quedarte en estas pequeñeces de contarle a un policía, por muy jefe que sea, cuatro comentarios de barrio. Tú has ascendido de categoría y eres prácticamente un ayudante de policía, un detective, sin título, claro, pero un detective, al fin y al cabo.

—Cante, señor Sotillo, cante.

—Tienes que ir a la comisaría y contar lo de los rumanos, olvídate de Julio el del bar, no ha existido nunca, jamás tuvo que ver con el muerto, ni con las prostitutas, ni con los rumanos, Julio no entra en esta parte de la historia, a ese que se lo coma la Guardia Civil.

—¡Está usted loco! Yo no voy a la comisaría ni harto de vino, una cosa es contarle a usted cuatro verdades, y otra ir a jugarle el tipo. Olvídeme, amigo, olvídeme porque en ese juego no entro.

—En el sitio ese que conozco hay unas chinascas jovencísimas, oye...

¡Qué bueno! Se para en seco, no puede resistirse.

—Yo soy un tipo legal, señor Sotillo, pero claro... tengo mis cosas...

Sí, legal de los buenos eres tú.

—Claro, Oriol, como todos, hombre, como todos, a ver quién es el que no tiene alguna cosilla por ahí... Pero yo te necesito en la comisaría, encargándote de que todo el mundo piense que los rumanos se cargaron al del piso, contando al comisario Parra que los escuchaste discutir, que los viste con armas, que el muerto estaba acojonado y que, aunque los rumanos ya se habían ido del barrio cuando se cometió el crimen, tú viste a alguno de ellos merodeando por aquí e incluso amenazando al tipo el día antes del asesinato.

Suda por cada pelo una gota, pero no cede, le voy a tener que estrujar más aún, y me estoy cansando, yo ya no estoy para este trabajo, hombre, esto que lo hagan los que están en prácticas, yo necesito mi sillón, mi periódico y mi tranquilidad, no estos líos que me desgastan.

—Es que... meterme en la comisaría es como ir a la boca del lobo, tiene que entenderlo, mi taller...

—Tú taller es ilegal, los coches que vendes son robados, las piezas que pones en los que arreglas son viejas, no tienes licencia ni estás dado de alta como autónomo, te pasas los impuestos por el forro, cobras lo que te da la gana y no has hecho declaración de la renta en tu vida, y por si eso fuese poco, te encargas de vender unas plantas que no creo que sean geranios ¿Qué te crees? ¿Que no sé todo lo que hay detrás de ti? ¡Vamos! ¡No me

jodas, hombre! O haces lo que te digo, o te empapelo, se acabaron las contemplaciones.

—¿Cuándo tengo que ir?

—Mañana mismo. Y cúrrate el trabajo, porque como Parra no se crea lo que le dices, me voy a encargar personalmente de que no salgas de la cárcel el resto de tu vida.

—¿A qué hora?

—Yo te aviso mañana. Ten tu teléfono operativo porque como no te localice se te cae el poco pelo que te queda. Y avisa a tus amiguitas rumanas, que te vayan diciendo dónde localizar a sus jefes, porque es lo primero que te va a pedir el comisario.

—¡Pero hombre! Que no me lo van a decir. ¿Usted qué se cree?

—Me creo que les vas a contar la verdad, que tienes un amigo policía de los malos malotes y que como no te digan dónde están los rumanos, voy a ir a hacerles un visita para enseñarles este bonito país que con tanto cariño las ha acogido. Para empezar, las llevaré a dar una vuelta por Inmigración, un sitio precioso, y desde allí, que las devuelvan a su país, a ver con qué coño, y nunca mejor dicho, pagan la deuda que tienen. Cuando vean que los rumanos amenazan a sus padres o a sus hijos, verás cómo *cantan*, haz la prueba. Y mientras tanto, vas pensando en el sitio ese que te he comentado.

—Señor Sotillo... ¿Podría ser este fin de semana?

—Eso depende de que Parra se trague tu historia.

—Yo me pregunto que si usted piensa que al tío lo mató el del bar ¿por qué quiere ayudar a la Guardia Civil y engañar a su jefe?

Y yo me pregunto para qué les dan cerebro a los alcornoques.

—Señor, quería comentarle que antes de irse sus hijos, me encargaron que trasladase las cosas de la señora a uno de los dormitorios de la planta baja, insistieron mucho en que estaría mejor aquí para que no tenga que subir y bajar las escaleras, pero ella no quiere y... no sé qué hacer. Usted me dirá si cambio las cosas o no, porque ella dice que prefiere estar arriba, que hay más luz, y claro, yo no sé si insistir o no, porque la verdad es que en la buhardilla está bien, está calentita, yo procuro subirle todo lo que necesita y que esté tranquila, pero la escalera me da miedo, señor, sus hijos me insistieron tanto...

Ya empezamos, ya estamos con las preocupaciones y las chorradas. Pues que no me caliente mucho la cabeza porque los mando a la otra punta del planeta a ella y al marido antes de que les dé tiempo de instalarse.

—Bueno, mire, no tiene que darle mucha importancia a estas cosas. Mi mujer está delicada de salud, y los chicos ya sabe cómo son, al no estar en casa

les parece que está sola, que le puede pasar algo... en fin, que se preocupan sin necesidad, porque ella está bien atendida. No es necesario que cambie nada, seguiremos durmiendo arriba porque le gusta más, es feliz con sus pinturas y sus cosas allí, y a mí me da igual, con tal de que esté contenta, lo que haga falta.

—Pero la señora ¿qué tiene? ¿Es grave?

Es curiosa la dichosa paisana. A ver si le voy a dar una mala contestación y dejamos las cosas claras en un momento. Cuánto me fastidia esta gente que lo quiere saber todo.

—No, no, si no es nada serio, pero bueno, son cosas de... su cabeza, depresión... ya sabe cómo son estos temas.

—¡La depresión es malísima, señor! Mire, tengo yo una prima que le dio por pensar...

—Discúlpeme, pero estoy deseando subir a ver cómo se encuentra mi mujer, en otro momento me lo cuenta.

No tenía yo más que hacer que escuchar las historias de su prima, por si ya escucho pocas miserias a lo largo del día, no te digo. A ver dónde está esta payasa ahora, que no sé si a ella se le habrá olvidado, pero a mí no, lo tengo bien presente, nos quedan unas cuantas cosas por solucionar y lo vamos a hacer ahora mismo.

—¡Señor! Que le quería decir que nos vamos a acercar a casa un momento mi marido y yo, que nos ha llamado la hija porque...

—No se preocupe, vayan tranquilos, mujer, vayan tranquilos.

Hala, cuanto menos bulto, más claridad.

Me jode mucho tener que subir hasta la buhardilla para dar con ella, parece que estamos jugando al ratón y al gato, y no me da la gana tener que hacer este recorrido para encontrar lo que encuentro a la llegada. Bien pensado, tal vez fuese mejor para mí que se instalase en la planta baja.

Aunque... no, no me apetece que desaparezca la escalera de su vida. No, esta escalera que tanto me fatiga subir, me viene muy bien para justificar otras cosas, así que no, que se quede arriba, total, tampoco subo tantas veces.

—A ver, vamos a ver qué tal se encuentra mi mujercita ahora que los pichones no están en el nido.

Me mira con esa cara que, juro por lo más sagrado, que parece que vive aterrada, que es como si en vez de verme llegar, hubiese visto entrar al mismísimo demonio.

Mal empezamos.

—¿Ya estás mejor? ¿Ya puedes hablar? Tanto como les has contado a tus hijos ¿no tienes nada que contarme a mí?

¡No lo entiendo! Quiero comprenderla, trato de ser amable con ella, he llegado hablando en un tono normal, le estoy preguntado qué tal se encuentra con la mejor de las intenciones, pero es que no me ayuda, no pone nada de su parte, se queda callada como si estuviese muerta, como si fuese un cadáver del que solo quedan dos ojos

gigantes que me miran sin pestañear como si quisieran comerse mi conciencia, como si tuvieran rayos que escudriñasen dentro de mí para ver todo lo que tengo por dentro.

—A ver qué estás pintando, que dejaste a los chicos preocupados con los cuadros que haces.

¿Pero será ignorante? A lo mejor es que la cabeza no le da para más, igual es eso, que no tiene neuronas, que se ha quedado sin sustancia gris y no puede evitar comportarse como una descerebrada.

—Quita de delante, mujer, que solo quiero ver el cuadro, no importa que te salga de una forma o de otra, cada uno hace lo que puede...

Yo lo intento, intento ser afectuoso y tratarla con cariño, pero si me dice que la deje en paz, si me separa como si fuese un apestado, si me aleja de ella como si me tuviese odio más que miedo...entonces, claro, yo me sublevo por dentro, me voy quemando, noto como si me hubiesen encendido una llama en el estómago o más abajo, que me arde, que me abrasa y hace que todo ese calor me vaya subiendo hasta la cabeza.

—¡Quita de ahí! Que voy a ver lo que has hecho, tampoco será para tanto...

¡No me digas la actitud que tiene! Esto no es normal, esto es de manual de psiquiatría. En mi vida he visto un caso semejante, es que en mi vida.

¿Qué hace ahí? Abrazada al lienzo como si fuese su tabla de salvación. Pero ¿qué demonios hace una persona normal aferrándose de esa manera a un cacho de tela

embadurnada? Eso no lo hace alguien en su sano juicio, claro que no, eso lo hace alguien que está loco de remate, ido por completo.

—Sepárate de ahí, porque das pena. ¿No ves que si quiero lo veo? ¿No te das cuenta de que con un dedo puedo lanzar el cuadro por la ventana?

Vamos a calmarnos.

Respira hondo, Sebastián, esto no es nada, esto para ti no es nada.

Tú puedes, que eres un campeón, que no se diga.

—Venga, suelta, a ver qué has pintado.

¡Dios! ¿Pero qué es eso? Si no se ve nada, no hay por dónde cogerlo... Parece... un bosque entre tinieblas, vaya porquería. Y ¿ese? Hay un hombre caminado por el medio ¿Quién demonios es ese?

¡Manda mecha! ¿Y para eso tanta intriga? Tanto agarrarse al cuadro, que se ha puesto perdida la camisa con la pintura, tanto misterio... Ni que fuese Dalí. Tendrá miedo de que le vaya a plagiar el ingenio, no te fastidia.

—¿Y dónde están los otros que has pintado? Quiero verlos todos. No me jorobes ni me hagas revolver las cosas, me dices dónde están y así nos ahorramos más movidas.

¡Y vuelta la burra al trigo con que la deje en paz!

¡Que los quiero ver! ¡Y si los quiero ver, los veo, porque estoy en mi casa y los veo, claro que los veo!

—Encima que quiero interesarme por lo que haces aquí todo el día... No creo que sea para ponerse así, luego

no digas que me altero o que me dejo de alterar, tú me enseñas los cuadros y todos tan contentos.

Cuando la veo así de tozuda entiendo por qué los chicos nos han salido tan tercos. No podía ser de otra manera, los ha criado ella y esta es su forma de ser, cerril y obstinada, no hay más que hacer, está convencida de que solo ella tiene razón y no admitirá nunca que puede equivocarse.

La verdad es que a mí sus asquerosos cuadros no me interesan, pero ahora ya es una cuestión de terquedad, y como yo puedo ser más terco que ella vamos a encontrar los cuadros porque eso de que me diga que me vaya de aquí, que la deje en paz, que la deje vivir tranquila y todas esas sandeces, me ponen muy malito, y tengo que calmarme como sea.

—¿Están en este armario? Vamos a verlo.

¡Cerrado! ¡Un armario cerrado con llave en mi propia casa!

—Pero ¿qué es esto? ¿Lo has cerrado para que yo no vea lo que hay dentro? ¿Para eso? ¿Para que yo no vea los cuadros que has pintado en mi casa, con las pinturas que pagas con mi dinero?

No, no, no, esto sí que no, esto no puede permitirse, esto hay que atajarlo como sea porque si no, mañana mismo llegaré a casa y me encontraré con que no me dejará entrar, que habrá cambiado la cerradura, o la puerta entera, a saber lo que se le puede pasar por la mente.

—Pero ¿tú qué te has creído? ¿No te das cuenta de que todo lo que hay aquí es mío? ¿No entiendes que todo

te lo pago yo? ¿Qué si no fuese por mí no tendrías ni agua para beber? Abre el armario ahora mismo o lo echo abajo delante de tus narices.

No puede ser.

Esto que estoy viviendo tiene que ser una pesadilla.

Voy a despertarme y me encontraré en la cama, sudando del mal rato que estoy pasando con este sueño absurdo.

Dentro de ese armario estarán mi ropa, mis camisas, mis pantalones, mis chaquetas, eso es lo que habrá dentro, y estará abierto porque no esconderá nada.

Me pellizco, pero no despierto.

No puede ser.

Una, dos y tres. Patada y se acabó.

Armario abierto, se acabó la tontería. A ver qué hay aquí con tanto misterio.

Porquería, basura hecha dibujos sin sentido. Hasta huele mal, me marea este tufo a pintura encerrada.

Lo siento por el dinero que ha tenido que costar esto, porque estas pinturas son caras y, al fin y al cabo, han salido de mi bolsillo.

Tristeza y miseria, eso es lo que ha pintado, tristeza y miseria, lo que es ella, no podía pintar otra cosa.

Se me revuelve el estómago ante tanto retorcimiento. No me merezco que me trate así, esto no puede estarme pasando a mí.

—Mira lo que hago con tus pinturas. ¡No! ¡Ahora no te des la vuelta! ¡Quiero que mires para que te enteres bien de dónde van a terminar tus delirios de grandeza!

¿Qué pensaría? ¿Hacer una exposición con ellos? ¿Venderlos a precio de oro? ¿Hacerse rica con esto? Por eso los escondía, para que yo no me enterase de nada, para forrarse a mis espaldas y dejarme tirado.

Sí, seguro que era eso, quería hacerse con un dinero para luego irse de aquí. Qué bien hice el día que saqué todo del banco y lo puse en otras cuentas en las que no está ella, qué oportuno fue ponerlo todo a mi nombre, qué espabilado estuve... Firmó todo sin enterarse... No entiendo cómo no se da cuenta de que voy mil pasos por delante de ella.

—¿Y esto que hay aquí qué es?

¡Que te pares! ¡Que me dejes!

Parece mentira de que no sepa que me la quito de encima como si fuese una mosca, que puedo apartarla de mí sin moverme del sitio, que si me da la gana la mando a doscientos kilómetros sin despeinarme.

—¡Pero...! Si son los cuadernos, los escritos esos... Vamos a ver qué escribes...

¡Quieta! Me los quiere quitar, pero me sobran manos a mí para tenerla sujeta mientras paso las hojas de estos cuadernos.

Son poesías. ¡Pero bueno! Si tenemos una intelectual en casa...

A ver qué dice.

No puedo creerlo.

Juro que me estoy quedando sin sangre en las venas, que noto como si no tuviese bastante aire para respirar.

No la reconozco, no sé con quién he estado casado todos estos años.

¿Quién eres? ¿Tú quién eres?

Me da la impresión de que solo tengo fuerzas para retorcerle este brazo que le sujeto y que cada vez aprieto más, como me aprieta a mí la garganta al leer lo que estoy leyendo.

¿Así que era esto lo que hacía?

Es así como me ve.

No pierdas la calma, Sebastián, no pierdas la calma.

—Estás loca. Lo sabes, ¿no? Claro que lo sabes.

Madre mía, lo que tenía aquí guardado y yo sin enterarme de nada, pensando que era inofensiva, confiando en ella, creyendo que simplemente era tonta.

Qué fuerte me late el corazón, un día me va a dar un susto por culpa de esta, voy a palmar y le voy a dar el gusto de ser mi viuda.

No, de eso nada, tengo que respirar despacio, coger el aire por la nariz y echarlo por la boca, una vez, dos veces, tres veces.

Se pone a la defensiva, se tapa la cara, se quiere soltar, ya estamos como siempre. Pero si no le he hecho nada.

Si todavía no le he hecho nada.

Me provoca, me busca y sabe que me encuentra.

—¡Que no te tapes la cara! ¡Que dejes de forcejear!
¡Que sabes que no puedes conmigo!

Tiene la camisa toda llena de pintura, está tan empapada que se le pega al cuerpo. Se da cuenta de cómo la miro y vuelve a su intento desesperado de huida.

Que no te muevas, mujer, estate quieta.

Ya está, si tardo más en pensarlo que en hacerlo.

Pero esto no se va a quedar así, claro que no.

¿Sabes lo que hago yo con tus escritos?

Dejarlos volar. En pedazos pequeños, para que no los vuelvas a ver nunca, para que duerman el sueño de los justos con tus despreciables y disparatadas pinturas.

Ahí los tienes. ¿Ves qué fácil? ¿Ves en qué momento se va todo al garete por tu culpa?

Revolotean los papelitos por el cuarto, cayendo encima de ella como si estuviese nevando y fuese a quedar enterrada en un alud de versos, de ripios ridículos y malintencionados.

Pues ya está. Y con tus obras de arte, lo mismo, cuatro tijeretazos y adiós.

Intenta juntar los retazos desesperada.

—Resultas patética. ¡Levántate del suelo!

Y sigue sin hacerme caso. Pasa de mí.

Pero de mí no pasa ni mi madre.

Ya está.

Ya lo ha conseguido.

—Disfrutas llevándome la contraria, cabreándome...

Pero ¿sabes lo que hago yo cuando me cabreas?

—Las novedades que se han dado en la investigación del caso, me llevan a convocarles a esta nueva reunión. Creo que es vital que unifiquemos criterios y que seamos conscientes de dónde nos encontramos.

Hombre, pues sí, Lagos, es bueno que nos reúnas hoy, yo lo estaba deseando porque siento que está llegando la hora en la que me toca reírme un poco, que ya me estaba aburriendo de tanta miseria y tanta *mamonería* como hay en este sitio.

—En los últimos días se han producido importantes avances, principalmente en el caso del segundo asesinato, como todos saben, familiar de la compañera Santolalla, del Gamal.

Que sí, hombre, que sí. Deja de recordárnoslo cada dos por tres.

—La exhaustiva investigación que se ha llevado a cabo con la labor de todos ustedes, está empezando a dar sus frutos, y gracias a este trabajo se ha conseguido centrar toda la información que tenemos sobre el entorno del asesinado. Si, como parece, a este hombre lo mataron por negarse a seguir alquilando el piso en el que los rumanos habían montado un pequeño negocio de prostitución, podríamos decir que su muerte no tiene nada que ver con la circunstancia de que haya maltratado a su mujer, hecho que nos llevaba a relacionarlo con el otro

crimen, el que se produjo, desgraciadamente, en nuestra comisaría.

Bien expuesto, Lagos, muy técnico todo, muy profesional, sí señor, ole por el Supremo.

—Perdone, señor Lagos, pero es que no lo entiendo, si llevamos días buscando el enlace entre este asesinato y el otro, para llegar ahora a la conclusión de que no tenían nada que ver, no lo veo claro. ¿Cómo no van a tener que ver dos muertes hechas con la misma arma y de la misma manera? Algo se nos escapará, pero deben tener alguna relación.

¡Tu madre! ¿Pero a este quién le ha dado vela en el entierro? Yo alucino en colores con el daño que han hecho las series de televisión sobre policías listos en las mentes derretidas de esta comisaría.

—Le entiendo, Pinto, le entiendo. Puedo asegurarle que este asunto también me preocupa y me ha hecho dar mil vueltas al tema, pero todas las pistas de la investigación del comisario Parra...bueno, y de todos ustedes, por supuesto, apuntan a que este crimen se ha cometido por el tema del piso. Está muy claro que los rumanos se negaban a que les cerrasen el grifo de un negocio que, aunque modesto, en el barrio no tenía competencia. Tenemos un testigo que asegura haber escuchado fuertes discusiones entre la víctima y los rumanos, y aunque estos «levaron anclas» y se fueron del barrio, nuestro testigo asegura que el día antes del crimen, volvió a verlos en la zona, e incluso escuchó cómo amenazaban al hombre si no volvía a alquilarles el piso.

Creo que con este testimonio todo nos acerca a pensar que los dos crímenes que investigamos pudieron ser cometidos por la misma persona o personas, aunque por distintos motivos.

—¿Y qué motivos podían tener los rumanos para cargarse en nuestra comisaría a un tipo con el que no parecen tener relación alguna?

—Paciencia, Pinto, paciencia, estamos trabajando en este tema, usted lo ha dicho: no parecen tener relación alguna. Eso no quiere decir que no la haya. El primer asesinato encaja muy bien con un ajuste de cuentas. No sabemos los trapicheos que la primera víctima podría tener con alguno de estos rumanos, un negocio, una deuda... y ya saben cómo son estas bandas, no se andan con bromas, al que no cumple, se lo quitan del medio sin contemplaciones. Comprendo que es un nuevo enfoque que nos desorienta a todos, nos centramos en el tema de que los dos muertos eran maltratadores, pero ahora, las informaciones recabadas nos llevan por otros derroteros, y no nos queda más remedio que agotar todas las posibilidades, señores, porque el tiempo se nos echa encima, Herrera quiere resultados, los periódicos ya hacen chistes sobre nuestra capacidad resolutive, y esto hay que atajarlo como sea.

—¿Y el arma? Seguimos sin dar con ella. El piso donde se produjo el asesinato se ha registrado cien veces, y puedo asegurarle que, menos armas, hay cualquier cosa. Por allí pasaron todos los hombres de las casas de alrededor, las prostitutas... Se han identificado las huellas

de los dos rumanos porque tienen antecedentes por otros delitos. No hay duda de que eran ellos los que tenían alquilado el piso porque al mostrar las fotografías varias personas los han reconocido, aunque ninguno asume haber subido al piso con las chicas, claro. Pero no sé si todo esto nos sirve para algo...

Pues mira, para lo mismo que tenerte a ti trabajando aquí, que es como tener un tío en Granada, que ni tienes tío ni tienes nada. El caso es fastidiar, ya me dirán a mí qué le importa a Pinto todo este tema, si le van a pagar lo mismo ¿No tendrá bastante con lo que tiene en su casa? Un hijo marica perdido que, encima, quería ingresar en el Cuerpo, como su padre. Es para volverse loco, y eso es lo que a él le pasa, ni más ni menos, que se le ha ido la cabeza de la vergüenza que tuvo que pasar cuando le dieron con la puerta en las narices. Normal. Bastante tenemos con los que ingresan sin decir nada como para aceptar los que encima lo tienen a gala. ¡Ya solo nos faltaba eso!

Lo que me pregunto es qué demonios hace aquí tratando a Lagos con tanta parafernalia y queriendo colaborar en la investigación como si fuese un cerebro pensante. No parece el mismo Pinto que entonces juró no volver a hablar a ninguno de los jefes, el que bajó a todos los santos del cielo porque habían discriminado a su hijo al suspenderlo en las pruebas, el que lloraba de rabia como un crío pequeño porque sabía que, si revolvía más, el que se quedaba sin trabajo era él. ¡Nos ha fastidiado! No le quedó más remedio que tragarse su orgullo de

padre herido y ni poner reclamaciones, ni denuncias, ni nada. Un resentido, eso es lo que es, un mindundi que lleva el odio metido por dentro disfrazado de servilismo.

—Pinto... tal vez debería dejar que el señor Lagos termine su exposición, vamos a no interrumpir tanto, porque hay más cosas que deben saber.

—No, Parra, no se preocupe, admito todas las sugerencias y razonamientos posibles. Pinto tiene razón, encontrar el arma es importante, pero no imprescindible. Aquí tenemos dos sospechosos que discutieron acaloradamente con la víctima, que tenían un motivo, que tuvieron la oportunidad, y que, además, están fichados. Hay que actuar con discreción, pero con rapidez porque corremos el serio riesgo de que se sientan acorralados y se esfumen antes de que reaccionemos, por lo tanto, esta misma tarde vamos a proceder al registro de su casa actual y a su detención, que se busquen un buen abogado y que nos cuenten lo que saben.

—¿Es fiable el testigo que los vio discutir, el que dice que los escuchó amenazar a la víctima?

¡Y ahora Peña! Lo que me faltaba por oír.

Mucho más fiable que tú, Solito. Pero bueno, que este gañán pregunte eso... Que un pederasta reconocido pregunte si un testigo es fiable, es que tiene bemoles, que me tenga que morder yo la lengua para no cantar aquí mismo, para no sacar el expediente y tirárselo encima de la mesa a ver si le parece que es fiable que esté él con ese uniforme cada día. Si no fuera por lo bien que me viene tenerlo pillado llamaba ahora mismo al padre del chavalín

que lo denunció para decirle que el Solito que tanto buscaba es policía, que se llama Peña y que se cree muy listo y quiere resolver este caso él «solito».

—Sí, es Oriol Negroponte, un viejo conocido de la comisaría.

—¡Señor Lagos! Negroponte no es trigo limpio, tiene más antecedentes que el Lute, no me parece que sea un testimonio en el que confiar, no podemos llevarlo como testigo a ningún sitio porque lo cojan por donde lo cojan tiene algo que esconder...

—Precisamente por eso, Peña, precisamente por eso. La gente que tiene algo que esconder es la que no va a complicarse la vida mintiendo a la Policía porque no le interesa que nadie hurgue en sus miserias, que nadie le recuerde todo lo que puede salir a la luz si mete la pata, que nadie tire de expedientes «traspapelados» o de denuncias que cayeron en el cajón de los olvidos. A mí me parece que es así. ¿A usted no?

—Sí... señor Sotillo, seguramente que tiene usted razón, seguro que sí.

Parra y Lagos me miran, se han quedado boquiabiertos, no esperaban que yo saliese en defensa de su teoría, que apoyase a «su» testigo y que le cerrase la boca a Peña. ¿No será que les sorprende que después de haberme dejado al margen de todo este asunto salga a apoyarlos? ¿No será que son conscientes de que la faena que me están haciendo, dejándome a un lado, no les permite entender que yo responda así de bien?

—Sotillo tiene razón. Yo creo que, en este caso, Negroponte actúa sin interés propio, él no va a ganar nada viniendo aquí y contando lo que vio, está claro que era un asiduo cliente de las mujeres del piso, ellas son las que le han dado la nueva dirección de los rumanos, creo que es un testigo, más que fiable, valioso. Por otra parte, se ha investigado al dueño del bar que está justo en los bajos del piso.

—De eso nos hemos encargado Valdemoro y yo, pero está limpio. Aunque le hemos apretado las tuercas, niega que tuviese algo que ver con el negocio de los rumanos. Y de la gente del barrio no puede sacarse nada, porque la mayoría no quiere ni hablar con nosotros, nunca vieron las prostitutas en el bar, ni sabían que había un piso con chicas allí mismo, aunque todos ellos pasasen por él más de una vez, eso fijo.

Pobre Pinto, se le llena la boca al decir «de eso nos hemos encargado Valdemoro y yo», solo le ha faltado añadir: «que por una vez en nuestra vida hemos podido levantar el culo de la silla y dejar de jugar al solitario para ir a investigar un bar de lucecitas». Pobre gente, qué desgraciados son, qué poca cosa.

—Sin embargo, también quiero decirles que la Guardia Civil está siguiendo esta pista, ellos se inclinan más por este lado, no parece que estén ahondando en el tema de los rumanos, se centran más en la posible implicación del dueño del bar. En fin, ya saben que es una investigación conjunta y que la colaboración es importante, pero... bueno, no me gustaría que se nos

adelantasen, es una cuestión de orgullo profesional, ya me entienden, no podemos impedir que hagan su trabajo, pero si podemos adelantarnos a sus pasos, mucho mejor para todos. No sé si me explico...

Sí, hombre, sí, claro que te explicas, Lagos, como un libro abierto, quieres decir que si los del tricornio se enteran antes que nosotros de quién mató al del piso, se nos cae a todos el pelo. ¿A que sí?

—Concluyendo, que esta tarde se procederá a interrogar a los rumanos, vamos a ver lo que cantan. Hay que presionar especialmente en su posible relación con la otra víctima, hay que averiguar si estuvieron ellos o algún sicario suyo en esta comisaría el día que mataron a ese hombre en nuestros calabozos, hay que preguntarles qué sabían del muerto y si en algún momento este mencionó el maltrato que ejercía sobre su mujer, porque a lo mejor nos aclaran más de lo que pensamos. Me inclino a creer que estos dos se dedican a extorsionar a algunos infelices con el motivo que sea, quizás un chantaje, tal vez les hayan grabado con las prostitutas, tal vez haya algún tema de drogas por el medio... En fin, señores, esta tarde es muy importante para nosotros. Gracias a todos por su atención. A última hora, después del interrogatorio, los quiero a todos aquí, de nuevo.

Claro que sí, podemos poner unas literas en los despachos y quedarnos a dormir, que ya es lo que nos faltaba. Aunque, bueno, bien pensado, si se puede elegir compañera de cama, me pido a la Garrido y entonces, ya no me sacan de aquí ni aunque se caiga el edificio.

—Sotillo, ¿tienes un minuto, por favor?

Hablando del rey de Roma... acaba de llegar mi reina, y me pregunta que si tengo un minuto. ¿Un minuto? ¡Dios! Por esta mujer no me importaría convertirme en un gato para tener siete vidas que dedicarle, que esto no es normal, que es de otro planeta, a mí que no me digan que es de la misma especie que las otras que pululan por estos pasillos como si alguien quisiera castigarnos con su presencia.

—¿Te pasa algo? Te noto agitada. Pasa a mi despacho y hablamos.

—Pero ¿cómo no voy a estar agitada? Santolalla acaba de decirme que Lagos, personalmente, le ha comunicado que, aunque se han hecho avances en la investigación del asesinato del marido de su prima, no parece que estos apunten hacia alguna relación con la violencia de género, que está por confirmar, pero que apunta más hacia otros temas, algo relacionado con el piso. ¿Puedes confirmarme esto? He subido a hablar con Lagos, pero estabais en la reunión y ahora se ha quedado hablando con Parra. ¿Tú puedes decirme algo?

—Bueno, todavía es pronto... ya sabes cómo son estas cosas, se empieza a investigar, se tira un poco del hilo y aparecen temas que no se esperaban. No puedo confirmarte ni desmentirte nada, espera un poco a ver qué sale de la reunión de esta tarde. De cualquier manera, lo más importante será coger al que lo hizo ¿no? Tenga relación con la violencia de género o no, lo que importa es detener al asesino.

—Te equivocas, para vosotros lo importante es eso, solo eso, pero para nuestro grupo, o, mejor dicho, para todas las mujeres, es vital que no se olvide que este hombre era un maltratador, y que no se deje de hablar de ello, que no se le eche tierra encima como si fuese un detalle nimio, algo que solo da un dato más de él, como decir que era rubio o moreno, alto o bajo, otra característica más de la persona. ¿Era maltratador? Bueno, pues lo era, no pasa nada, otro más... Ese es el trato que le estáis dando, que nos estáis dando a todas.

Hombre, yo, concretamente a ella, le daría otro trato, pero no creo que sea oportuno intentarlo ahora con el cabreo que tiene. Respira tan acelerada que se le vaya a estallar la camisa. El botón que trata de controlar la situación está a medias entre el ojal y fuera de él, parece que de un momento a otro va a salir disparado.

—No podéis enfocar la investigación de esta forma, porque mañana mismo nadie se acordará de lo que este desgraciado le hacía a su mujer.

Las tonterías que suelta por la boca son directamente proporcionales al grado de excitación que me provoca.

—A ver, a ver, tampoco hay que sacar las cosas de quicio, nadie está echando tierra encima de ningún tema. A veces, no podemos ir por donde queremos sino por donde los datos nos van llevando, danos un poco más de tiempo, que esto no es fácil para nadie.

No me reconozco ni yo. Con esta mujer me vuelvo otra persona, porque vamos, si me viene cualquiera de las otras a decirme que no podemos enfocar la investigación

de esta forma lo más suave que hago es abrirle un expediente. Y, sin embargo, con la niña Garrido no puedo. La miro embelesado y me dan ganas de pedirle al juez una orden de «acercamiento», que me deje pegado a ella el resto de mi vida.

—Lo entiendo, pero también hay que entender a las familias. Santolalla está deshecha, ya no sé qué decirle. Se me ocurre que venga a hablar contigo a ver si se tranquiliza un poco...

—¡No! A ver... quiero decir que no creo que sea acertado, yo no debo dar más información de la que Lagos le ha dado, ni mucho menos enmendar ningún dato, es mi superior, podría buscarme un problema.

—Ya, sí... Tienes razón, habrá que esperar.

Eso es, mantengamos todos la calma y no me mandes aquí a nadie que no me pagan para consolar familiares de muertas.

La veo irse y olfateo la estela de perfume que deja.

—¡Valdemoro!

—Sí, señor Sotillo, que no le pase llamadas ni visitas, que va usted a hacer un informe.

Pegando los retazos de mi vida,
uniendo cada trozo y cada esquina,
me niego a darme por vencida,
y surjo una vez más de mis cenizas.

Pegando cada verso que escribía,
me asusta salir de mi rutina,
mi mente y mi alma doloridas
ya nunca volverán a ser las mismas.

ak, close by, or
way.
ey Longville.
ed car park (GR
with map, "GP"
ome of these and
hen ascend the
you meet a sign
ead, half right,
to (in quick
ootpath and over
oint; do not cross;

otbridge. There is
ais southern bank,

Pegando papeles que se iban,
pegando viejas y tristes rimas,
pegando verdades que ofendían.
«Pegando», la palabra maldita.

—Sotillo, quería darte las gracias por haberme apoyado en la reunión, cuando Peña cuestionaba la fiabilidad de mi testigo.

Mira, Parra, hijo de la grandísima madre que te trajo, solo escucharte decir «mi testigo» se me revuelven las entrañas porque con eso dejas claro que no cuentas conmigo para nada, que te crees el ombligo del mundo, que te las has apañado con Lagos, en Dios sabrá qué acuerdo, para llevaros los dos la victoria de este caso, para quedar delante de Herrera como unos campeones y dejarnos a los demás como pardillos, como súbditos a vuestros asquerosos y malolientes pies. Y eso, que lo hagas con la panda de descerebrados que tenemos alrededor, me la suda, pero que lo hagas conmigo, con tu inspector jefe, con alguien que lleva trabajando como un negro más de treinta años en este maldito sitio, eso, amigo Parrita, te va a salir muy caro, y yo estaré delante cuando vayas a toda máquina, subido en tu vanidad y te estrelles contra una cosa que se llama egoísmo, porque, aunque todavía no lo sepas, querido y apreciado comisario, «tu» testigo, no es otro que «mi» testigo, el

que dice lo que yo quiero, el que cuenta lo que yo le digo que cuente, ese que Lagos y tú os creéis que actúa sin intereses, movido únicamente por hacer un bien a la sociedad. Hay que ser soplagaitas para creerse esta milonga, para caer en mi trampa, para dejarse engañar por un *confite* que tiene menos neuronas que vosotros dos juntos, que ya es decir.

—Por favor, Parra, ¿somos compañeros o no lo somos? Si Lagos y tú apostáis por esta línea de investigación, yo, a muerte con vosotros, solo faltaba...

—Gracias, Sebastián, gracias. Es que me jode mucho que uno se esfuerce para sacar adelante esto por el bien de todos, para dejar a la comisaría a la altura que se merece, y tenga que haber siempre alguno que se cree más papista que el papa y que se permita poner en duda un testigo que Lagos y yo consideramos fiable.

—Claro, claro, lo entiendo, por eso le paré los pies a Peña, estos se creen que pueden ponerse a vuestra altura, que Lagos y tú estáis a nuestro nivel, no se dan cuenta de dónde están las jerarquías, no tienen ni idea de nada.

—Veo que me comprendes, que puedo contar contigo. Estoy a punto de dar carpetazo a un tema serio y que puede ser vital para recuperar la imagen de nuestro Cuerpo. Si esta tarde todo me sale bien, resuelvo los dos asesinatos y, además, detengo a los rumanos por proxenetismo, eso si no se les encuentra algo más en el registro.

Sí, eso si no nos damos cuenta de que mataron a Manolete, que, a lo mejor también, vete tú a saber.

—Espero que lo resuelvas todo, Parra, que te salga bien tu estrategia y que tu testigo te haya llevado al éxito en esta investigación.

—Bueno, no quiero adelantar acontecimientos, pero si todo sale como espero, habrá sido gracias a vuestra colaboración.

¡¡A «vuestra colaboración»!! ¡¡Ha dicho a «vuestra colaboración»!!

No sé cómo he podido aguantarme sin soltarle una hostia aquí mismo, no sé cómo he sujetado la mano que se me iba sola.

Bien hecho, Sebastián, bien hecho, no se puede echar todo a perder por un arranque de ira, hay que esperar un poco más, solo un poco, todo está al caer. En cuanto este detenga a los rumanos, la Guardia Civil mostrará sus cartas, y vamos a ver cómo queda la imagen de la comisaría.

¡Colaboración! Poner mi trabajo a la altura de un mero colaborador te va a salir caro Parra, muy caro.

—Nos vemos, Sebastián, voy a ver si agilizo la detención de los dos *pájaros*.

—Por favor... agiliza, agiliza.

Ahí va nuestro comisario y su complejo de todopoderoso.

—No sé si es buen momento ahora, Sotillo.

Para la diosa Garrido todos los momentos son buenos, y mira que estoy tocado ahora mismo.

—Ya sabes que en el Gamal vamos a empezar con las charlas sobre los malos tratos.

¡Ay, Dios! Ya me va a soltar un rollo de los suyos.
¿No tendrá otro tema de conversación?

—Como siempre pasa, necesitamos algo de apoyo para que la gente se anime a venir. Hemos organizado unas jornadas muy completas en las que vamos a contar con testimonios de víctimas de violencia de género, de personal sanitario especialmente preparado para reconocer situaciones que, tal vez, las mujeres no cuentan abiertamente, pero que existen. También nos hemos puesto en contacto con prisiones en las que se ha hecho rehabilitación para maltratadores, pero no hemos conseguido contar con la presencia de ninguno de ellos, para que nos diese su visión del tema, para que, ya superada aquella etapa, nos contase cómo lo vivió y, sobre todo, por qué lo hizo, porque te juro que por más que trabajo en este tema, sigo sin comprender qué puede llevar a un hombre a pegar a su pareja.

Yo, a la Garrido la pondría a la entrada de la comisaría, de pie, donde se la vea bien, donde todo el mundo la pudiese contemplar como el monumento que es, que se hiciesen visitas guiadas como se hacen en los museos o en las catedrales, que a veces tienen cada *cayo malayo* que no hay por dónde cogerlo. La estoy viendo, subida en un pedestal y con la boca cerradita, sin soltar tanta majadería como suelta por ella.

—¿No te parece?

—Sí, sí, tienes razón.

No tengo ni idea de lo que me estaba diciendo, pero vamos, es igual, sería otra de sus ideas peregrinas sobre las maltratadas.

—Pero necesitamos público. Ver gente en una sala, hace que otra gente se anime y entre a escuchar, a participar, y lo que quiero es que nos apoyéis vosotros, que vengáis a dar alguna charla, que traigáis a amigos y familiares para que se vea que hay asistencia, porque van a venir los dos periódicos y la televisión local, y lo que no quiero es que se vea ni un sitio vacío. He llamado a las mujeres de Lagos y de Parra, y también van a venir la de Luengo, y por supuesto, las de todos los demás que quieran. Esta tarde pensaba llamar a la tuya, pero no tengo su móvil, por eso quería que me lo diceses.

¡Menudo día! Esto no puede ser cierto, me va a dar una sobredosis de inoperancia y cachondeo mezclado con una pizca de ganas de complicarse la vida y de complicársela a los demás.

—Verás, Garrido, mi mujer está muy delicada y no creo que pueda...

—Yo la llamo, lo intento, verás cómo se anima. Me pareció una delicia el día que leyó el escrito, puso mucho sentimiento en lo que decía, en la forma de expresarse, y le llegó tanto a todo el mundo que he pensado que, si quiere, incluso podría dar ella alguna charla sobre cuál debe ser la actitud en la mujer maltratada, tenemos una en el programa que aún no he asignado a nadie porque es especial y quiero que la dé alguien especial, la hemos titulado: *El silencio: el grito que nadie oye*, y la verdad,

es que se lo voy a proponer a tu mujer porque me parece que tiene mucha sensibilidad, mucho tacto, además, es maestra ¿no? Está acostumbrada a comunicar, y eso se nota.

—Que no, que no... Ni se te ocurra, es muy tímida, no sabes lo que le costó leer aquel día delante de tanta gente, lo pasó fatal, y, además, ya te digo que su salud no es muy buena, y estos acelerones no le vienen nada bien. Lo siento mucho, Garrido, pero con ella no cuentes.

—Pero... Yo creo que tu mujer vale muchísimo para esto y que, aunque esté delicada, salir y sentirse valorada y útil levantará su estado de ánimo y le ayudará a superar la timidez. Yo voy a hablar con ella y a ver lo que me dice ¿vale?

—¡Que he dicho que no, Garrido! Que no cuentes con ella porque no la vas a llamar, ya está bien. ¿Lo entiendes o no? ¡Que no la llames!

Ahora se me queda mirando como si hubiese visto un dinosaurio. Se lo he dicho por las buenas y sigue machacando en lo mismo como un martillo pilón. Hasta que me ha sacado de mis casillas no ha parado y ahora se queda ahí con aires de ofendida.

—Mira, Sotillo...

Vaya, ya cambia el tono.

—Ya veo que sigues manteniendo tu postura de que, si no hay muertos, no tienes que intervenir en nada, que esto no va contigo ni con los tuyos. Pues muy bien, ya sé a qué puerta no tengo que volver a llamar. Gracias por tu ayuda.

Que te den, guapa, que el hecho innegable de que seas espectacular no significa que puedas avasallar y meterte en la vida de los demás de esa manera. Ya sabía yo que estas luchadoras por la igualdad, por la defensa de los derechos y por todas esas paparruchas que se sacan de la manga para justificar un sueldo que no merecen, son todas iguales.

Me das igual, Garrido, tú y tus charlas constructivas sobre la cuadratura del círculo, me dais igual. Si te enfadas como si te contentas. Paso de tus ideas de feminista exacerbada, de niña malcriada, de progre universitaria y heroína de las maltratadas.

Hay días en los que sería mejor no haberse levantado, y este es uno de ellos, encima, por la tarde hay que aguantar otra vez la charlita de Parra y Lagos, a ver qué cantos de sirena escuchan de los rumanos para que les arrastren a detenerlos. Dios quiera que mi amigo Negroponte haya hecho bien su trabajo y que la Guardia Civil esté a punto de detener al del bar. No sé ni qué cara pondré para aguantarme la alegría cuando vea a Parra comiéndose su aire de triunfalismo, su cantinela de «yo he hecho, yo he descubierto, yo he logrado, yo, yo, yo» ... A ver cómo contengo la risa para no caerme redondo cuando este Juan Palomo de pacotilla se estrelle de bruces contra la metedura de pata que ha tenido. Se ha tragado la historia de Negroponte, se ha ido como un principiante a por los rumanos convencido de que son los responsables de los dos fiambres, ha desviado toda la atención hacia donde yo, y solo yo, he querido desviársela, y, como dos

colegiales, andan Lagos y él cuchicheando felices de lo bien que lo están haciendo todo.

Suerte que tengo de tener a Peña bien agarradito del cuello, porque así me entero de todo lo que las dos lumbreras de nuestra comisaría se traen entre manos. Se quieren llenar de laureles y se van a llenar de fango porque las prostitutas que han cantado el domicilio de los rumanos deberían tener protección para que no se las carguen, y tenemos un presupuesto como para poner protección a nadie, pero bueno, ellos sabrán lo que hacen. Yo, como no les hago falta, me voy a dormir una buena siesta después de comer, a ver si me relajo un poco, porque entre lo de Parra y lo de la Garrido, tengo la cabeza a punto de estallarme.

—Señor, mire, quería decirle que les he puesto la comida en el comedor de arriba, porque como entra el sol hasta atrás, a ver si le da un poco a la señora, que está sin fuerzas, la pobre.

—Muy bien, muy bien, gracias.

—Y también le quería preguntar si le parece bien que compre unos pasteles para esta tarde que vienen las visitas, porque he mirado en la despensa, pero no encuentro nada para acompañar el café.

—¿Cómo que vienen visitas? ¿Qué visitas van a venir?

—Unas amigas de la señora que llamaron esta mañana y como les dije que andaba un poco decaída, quedaron en pasarse esta tarde por aquí para estar con ella.

—No...pues no va a poder ser porque... esta tarde tiene que ir a revisión al hospital, no puede. Llame a esas señoras y dígales que, de momento, no es posible, que ya las llamaremos cuando se encuentre mejor.

—Pero si yo creo que lo que necesita ella es salir y estar con gente, que pasa mucho tiempo sola esta mujer... Ya verá cómo en el momento en que vengan a verla se anima un poco.

—Le he dicho que no van a venir a verla.

—Bueno, hoy no, pero otro día, digo.

—Pues no, ni hoy, ni otro día... por no perjudicarla, claro.

—Bueno, bueno, pues... lo que usted diga. Si necesita algo me llama, mi marido y yo estamos comiendo en la cocina.

Que me estoy empezando a acordar de los peruanos, vamos, no me digas...Que me estoy empezando a acordar de ellos.

Hoy tiene que haber una confabulación de todos los astros en contra mía, seguro que las fuerzas interplanetarias se han unido y han dicho «hala, vamos a fastidiarle el día a Sebastián, si señor», y lo están logrando, ya veo que sí.

¿Y esto qué se supone que es? Si parece ceniza.

Como que es ceniza, vamos.

Y huele a tabaco. Otro olor no lo reconoceré, pero el del tabaco no me lo discute nadie.

No puede ser, es imposible que el día se pueda poner peor, que las cosas se puedan complicar aún más, que esta espiral de impropiedades me quiera envolver más todavía.

Puedo tolerar el engreimiento de Para y Lagos, me pasma, pero lo puedo soportar porque sé que cuanto más suban, más dura va a ser su caída.

Puedo aceptar los aires de redentora de la Garrido, también me fastidian, porque nunca he soportado a estas que van salvando vidas y creyéndose que inventan algo cuando está ya todo inventado, pero bueno, ella con su Gamal y yo a lo mío.

Pero lo que no puedo soportar es que, en mi casa, y a mis espaldas, se hagan cosas que no permito, que no asumo y que ella sabe perfectamente que no consiento.

Ha estado aquí, el albañil ha estado aquí y ese sapo no me lo trago.

¿Para qué lo ha llamado? ¿Para quejarse? ¿Para contarle que me porto mal con ella? ¿Para decirle que quiere irse de aquí y dejarme más tirado que la colilla del cigarro que se ha fumado en el salón de mi casa?

Seguro que lo que no le ha contado es cómo me trata ella, seguro que no le ha dicho que me tenía un armario cerrado con llave para que no leyese lo que escribe o no viese lo que pinta, todo en contra mía, todo para dejarme a los pies de los caballos.

Malditas escaleras, cada día me cuesta más subirlas para llegar a esta buhardilla en la que ella debe estar de maravilla porque no sale de aquí.

—¡Te he dicho que no quiero que veas a tu hermano, que no quiero que pise esta casa, te lo he repetido mil veces!

¿Cómo que no ha venido? ¿Pero por quién me toma? ¿Por qué todo el mundo cree que no me doy cuenta de las cosas?

—¿Qué le has dicho? ¿Qué demonios le has contado?

Seguro que le llamó por teléfono para que viniese enseguida, no puede vivir sin quejarse, si no es a los hijos es al hermano, y si no, al lucero del alba, el caso es abrir la boca para echarme el barro a mí.

—¡Claro que ha venido! ¡Por supuesto que ha venido!

Todavía lo niega, todavía me lo discute cuando sabe que no tolero que me mienta. ¿Será tan malintencionada que lo único que quiere es provocarme para que pierda los estribos y luego poder quejarse? ¿Podrá caber más mala intención dentro de una cabeza tan vacía que solo entran en ella ideas podridas?

—¡Sabes que te lo he advertido! Que si sigues empeñada en verte con él, vuelvo a abrir el caso, que no me cuesta nada sacar a la luz sus andanzas como traficante de pacotilla, lo sabías y te has arriesgado a que tu hermanito deje la paleta y se pase una temporada en *chirona*... Bueno, pues nada, tú verás lo que quieres para

él, me cago en la leche, con hermanas así no hacen falta más enemigos.

Sigue en sus trece, se necesita ser dura de mollera para negar lo evidente, para discutirme que en el salón de abajo olía al humo de los cigarros que fuma él, de los entrefinos esos que yo no soporto. Hay que ser idiota para discutiérmelo, si es que se mete en líos ella sola.

—Flaco favor le has hecho, porque lo mejor que nos puede pasar en la comisaría en estos momentos es apuntarnos un éxito, y resolver uno de esos casos que no se pudieron cerrar, de chavalitos que han palmado por consumir *caballo* un poquito más adulterado de la cuenta, nos vendría como dios.

Y lo digo como lo siento, a mí me la trae floja si no fue culpa de él, si a él se la vendió otro, si lo engañaron o si no. Yo lo que sé es que el albañil se la pasó a una caterva de muchachos, y fue un milagro que solo palmase uno. ¿Y por qué no se encontró nunca al vendedor? Pues porque Sebastián Sotillo anduvo listo y echó tierra encima del caso, de lo contrario, este pasa unos años en la *trena* como dos y dos son cuatro, pero lo peor es que me hubiese visto salpicado yo, y eso no me apetecía lo más mínimo. Tener un cuñado en la cárcel no luce nada, pero ahora me da igual, porque ya es de todos conocido que no me hablo con él, que tiene prohibida la entrada en esta casa desde hace años y que hasta su hermana le niega la palabra.

Así que no, nada de que venga aquí cuando yo no estoy para que empiece todo el mundo a criticar. No,

hombre, no, a este me lo quito yo de encima cuanto antes, que advertidos estabais los dos.

—¡Que no me mientas! Que te crees que solo eres lista tú porque escribes pijadas de esas que da pena ver, frasecitas insultantes que ni riman ni nada, poesías que serían la vergüenza de cualquiera porque hasta un mono lo haría mejor que tú. ¡Que no me engañes! Que ya has conseguido alterarme, y la culpa la tienes tú por provocarme, que sabes que me provocas, que lo sabes...

—Señor, ¿qué tal estaba la comida? ¿Todo bien?

—Sí, sí, todo bien.

—¿Se cayó alguna cosa? Es que oímos ruidos y quise subir por si había algo que recoger, pero mi marido no me dejó, este hombre es que es...

—No se preocupe, no se cayó nada.

—¡Ay! Hablando de mi marido. Que no le he preguntado si puede fumar en casa, es que tiene un vicio que no se controla. Son cigarros de esos finos o no sé qué, hoy estuvo fumando mientras cambiaba la bombilla del salón y ya le dije yo que antes había que preguntarle a usted, porque claro...

—Oiga, mire... tengo prisa.

—Pero ¿lo de fumar...?

—Ocúpese esta tarde de que le traigan unas flores a la señora, a ver si se le alegra el ánimo un poco.

Los diez mandamientos
que rigen mis días,
las diez situaciones
que son mi agonía:

Siento sus llaves
en la cerradura,
tiemblan mis piernas,
llega la tortura.

Sus pasos que suben
lentos la escalera,
los míos que huyen.
Inútil carrera.

Su voz que me llama,
que grita mi nombre,
desgarra la casa,
mi cuerpo recorre.



Sé que se aproxima,
que ya me ha encontrado,
intuyo sus ojos
en sangre inyectados

su aliento viscoso
de furia inundado,
sus manos me buscan,
me voy de su lado.

Y tira la cena
destroza los platos,
me tapo la cara,
levanta la mano.

Llueven los insultos,
sube la marea,
las olas me empujan
en recia tormenta.

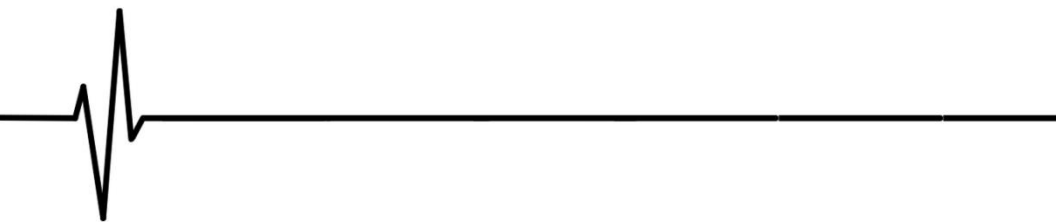


Pequeño navío,
cual monda de nuez,
en el mar profundo
me hundo otra vez.

Me quedo muy quieta,
tumbada en la cama,
posee mi cuerpo,
pero no mi alma.

Después, mil perdones,
mil «yo te prometo»,
palabras vacías
pues ya no lo creo.

Lamo mis heridas,
duele la verdad,
tengo que admitirlo:
nunca cambiará.



—Señor Sotillo ¿Puedo hablar con usted un momento?

—Pues no, no puede.

—Es que, me pregunto si nadie se ha dado cuenta de que el comisario Parra está errando sus pasos en la investigación que nos ocupa.

Con el día tan miserable que tengo hoy, con la cantidad de sandeces que he tenido que escuchar desde que me levanté, con el esfuerzo que estoy haciendo para contenerme y no echar abajo la comisaría entera, y todavía tiene que venir este pelele, este aborto de ser vivo, este mosquito parlante, a superar la cota de despropósitos admitida en un mismo día.

—Le he dicho que no es momento para hablar conmigo, Valdemoro, así que...

—¿No se ha fijado usted? Quiere cerrar el tema a toda prisa y está pasando por alto los detalles, señor Sotillo, las investigaciones no se pueden hacer así, hay que ir con calma, fijándose en cualquier cosa por

insignificante que parezca, por intrascendente que nos resulte, por simple que pueda parecer a nuestros ojos.

—Muy bonito, Valdemoro, muy bonito, se sabe usted muy bien el manual del perfecto investigador, hala, que le pongan un sobresaliente, pero ahora se va de mi despacho porque yo tengo otras cosas que hacer.

—¿Sabe usted que los muertos hablan, señor Sotillo?

—Sí, me estoy dando cuenta ahora mismo al estar aquí de charla con usted. ¡¿Quiere irse y dejarme trabajar de una vez?!

—Cuando mi hija murió estaba tan serena como si estuviese dormida, como si fuese a levantarse de un momento a otro, pero, sumida en aquel silencio al que la desterraron para siempre, me gritaba cantidad de cosas. Los muertos gritan verdades, señor Sotillo, y aquí no se les está escuchando...

—¡Peña! ¡Peña! ¡Venga ahora mismo!

—Aquí no se está haciendo caso de las autopsias, el comisario Parra quiere cerrar los casos para que la Guardia Civil no se adelante y se lleve los honores, pero no lo está haciendo bien, la desorientación lo convierte en sordo para la voz de los muertos.

—¡Por Dios, Peña! ¡Llévese de aquí a este hombre y escóndanlo donde puedan! ¿No ven que lleva un *pedal* impresionante?

—Lo siento señor Sotillo, pero tiene días... y hoy se ve que se le ha ido la mano a la hora de comer.

—Más bien a la hora de beber, diría yo. Mire a ver si le mete la cabeza debajo del grifo, que Lagos no vea este panorama porque nos van a encerrar a todos.

—No se preocupe, ya le atiendo yo. Desde lo de la hija... ya sabe, la soledad es muy mala y claro...

—Sí, claro, unos se tiran a la botella y otros se enganchan al ordenador ¿no?

—Yo me ocupo de él, señor Sotillo, yo me ocupo.

¡Manda mecha! ¡Vaya ganado que tengo alrededor! Resulta muy difícil mantener la cordura estando rodeado de tanto botarate, de tanta ignorancia con uniforme, de tanta cabeza hueca protegida por la pertenencia a un Cuerpo al que se le supone ser modelo de comportamiento.

—Todo solucionado, señor Sotillo, se ha quedado en los vestuarios hasta que se despeje un poco. Marisol se encarga de vigilarlo.

—¿Marisol?

—Sí, la que tiene la mesa allí, justo a la salida de los vestuarios. A lo mejor no la conoce, antes estaba en archivos, vino cuando Raquel cogió la baja maternal.

—No, no me suena. ¿Cómo es?

—Tendrá unos cincuenta y tantos y es...

—Ya sé, ya sé, ahora caigo.

Ni idea de quién me está hablando, pero con esa edad no me interesa en absoluto, le sobran veinte años para mi gusto. Aunque claro, a mí me gustan jovencitas, pero no niñas como a este. Hay que ver, y parece que no ha roto un plato en su vida.

—Señor Sotillo, voy al despacho del comisario Parra para redactar los informes de la declaración de los rumanos, parece ser que ya han terminado y quiere que nos reunamos lo antes posible.

—Quiero una copia en mi mesa antes de que la reunión empiece.

—¡Es imposible, señor! Ahora no se separa de mí ni un momento mientras redacto el informe y lo envío por email.

—Envíese uno a usted, lo imprime y me lo pasa a mí.

—No puedo, señor, eso quedaría reflejado en el ordenador del comisario.

Porquería de informática, no quiero saber nada de ordenadores, no me interesa lo más mínimo ese tema, menos mal que devolví el que habían asignado a mi despacho, no lo necesito para nada, cuando quiero escribir algo llamo a uno de estos y que lo hagan ellos, ya está, ya tengo ordenador «personal y portátil», como debe ser.

—Bueno, pues no nos queda más remedio que tirar de memoria, Peña, de la suya, quiero decir, porque va a ser mejor que yo no tire de la mía ¿no le parece? Pues eso, cuando termine en el despacho de Parra viene usted a este y larga por esa boquita.

—No sé si podré, señor...

—Sí, ya verá cómo sí que puede. Es que, si no, me voy a quedar muy... «solito», ya me entiende.

Anda y que te den, sucio pederasta, si quieres permanecer en tu puesto, te lo curras, y si no, vas a pegarte un tiro por ahí, porque en la cárcel, los que «juegan a médicos» con los niños pequeños están muy mal vistos.

—¿Sí? ¡Hombre, Oriol! ¿Cómo se te ocurre llamarme ahora? ... ¡Pues en la comisaría! ¿Dónde voy a estar? No, no es lo mismo, no es lo mismo... Ya lo sé, hombre, que sí, que ya lo sé... Eres un profesional, ya te lo dije, un profesional sin uniforme, pero no vayamos a jorobarlo todo ahora por una llamada, hay que ser más cuidadosos. Luego te llamo yo... que no me olvido, hombre, que no me olvido.

¡Ya está bien con el Oriol! Aquí el más tonto hace relojes... ¿Será posible que me reclame el pago por su «trabajo»? Me sacan de quicio estos que se crecen sin darse cuenta de que no son nada más que minúsculas hormigas en las que nadie repara. Que no se me olvide llamarlo luego porque lo voy a poner a caldo. Tengo yo hoy un día como para que me alteren.

—Señor Sotillo... ¿se puede?

Yo no sé para qué pregunta si ya está dentro.

—Mire, es que, le traigo los informes de otras dos denuncias que ha habido esta mañana. De violencia de género, ya sabe... Una de ellas es una señora ya mayor, venía con el hijo; la otra es una chavalita joven, después de poner la denuncia la llevaron al Gamal y se quedó allí con ellas. Daba pena, traía la cara morada y un brazo en cabestrillo, tenía un ojo...

—¿Quiere callarse, Pinto? Estoy harto de decir que yo no llevo estos temas, que yo no soy especialista en maltratadas... Lléveselos usted a Parra o a Lagos que hoy los tiene ahí a los dos, y les cuenta todos esos detalles: lo que sangraba la chica, por dónde, cuánto y cómo. Vaya usted y se lo explica con pelos y señales, pero a mí tráigame otros temas ¿estamos? Otros temas...

—Disculpe, señor Sotillo, es que últimamente los temas que más nos ocupan son los de los malos tratos, y entonces... pues claro... yo lo hacía por tenerle informado.

—Informe usted a la autoridad competente, a Lola Garrido y a su equipo, pero a mí no, a mí mientras no haya cosas más interesantes no me venga con historias.

Ya estoy harto. Como me descuide lo más mínimo me endosan de por vida lo del maltrato, eso lo veo venir, y no, por ahí no paso, que se lo coman los de arriba que para eso cobran más que yo, estaría bueno. Sale Pinto y entre Peña, hay autopistas con menos tráfico que este despacho.

—Señor Sotillo...

—Pase, Peña. Pase y cierre la puerta.

—El comisario quiere que nos reunamos todos en su despacho en quince minutos. No puedo decirle mucho porque casi no hay tiempo. Parece ser que en la casa de los rumanos han encontrado material importante, había tres cuando entraron los nuestros con la orden de registro y los tres están fichados. Por lo visto, se les puede relacionar fácilmente con el segundo asesinado. El señor

Lagos quiere ir rápido porque de arriba le piden resultados, la presión de los medios es cada vez mayor y van a informar de las detenciones mañana mismo.

Pero... ¡¿Cómo que se ha encontrado importante material?! ¿No habrán encontrado el arma? ¿No habrá nada que pueda demostrar que, efectivamente, fueron estos los asesinos? ¡No puede ser! ¡No puede ser! Si encima le he servido yo la victoria a Parra en bandeja de plata me pego un tiro.

—A ver, Peña, tranquilícese un poco que no me estoy enterando de nada. ¿Qué material les han encontrado a los rumanos? ¿Qué es lo que está pasando?

—Si es que no me da tiempo, señor Sotillo. El comisario me ha pedido que haga algunas cosas antes de la reunión y no voy a llegar.

—¡Vaya! Se nos ha vuelto fiel el amigo Peña. No se apure, no le va a fallar a su comisario, ¡Pero a mí tampoco!

—Tengo que irme, señor. Nos lo van a contar a todos en la reunión, quedan unos minutos nada más.

—¡Pero yo no quiero saber lo que van a saber todos! ¡Yo quiero saber lo que solo saben ellos! ¡Lo que pone en los informes que le dictan a usted para que se los envíe a Herrera! Eso es lo que yo quiero saber ¿me comprende?

¡Y se queda callado, el muy desgraciado! A este le han tenido que soltar algo por debajo para que mantenga la boca cerrada, eso fijo. Pero no saben con quién se la juegan, ni Peña ni los demás. Verás cómo cambia todo cuando yo abra este cajón.

—Enrique Gómez Casares, Clara Cifuentes Ortega, Ruth Pulido del Castillo, Ramón Celada Pardo... ¿Quiere que siga? ¿Le recuerdo más nombres? ¿Necesita que saque más fichas de padres que siguen queriendo saber quién ha distribuido las fotos de sus hijos desnudos en Internet? Fotos en la playa, en piscinas... fotos de menores, Solito, de menores, que distribuyó entre otros tan perversos como usted.

—Eso fue hace tiempo, señor Sotillo, no puede estármelo recordando toda la vida, no puede...

—Sí que puedo, usted sabe que puedo lo mismo que pude sacar su nombre de la lista de los que iban a ser detenidos por pornografía infantil, lo mismo que pude hacer que nadie se enterase de quién era el Solito, lo mismo que pude borrar del mapa la IP de su ordenador para que nadie supiera que esas fotos se habían distribuido desde una comisaría de Policía, porque aquello, y usted lo sabe bien, hubiera sido un auténtico escándalo. ¿Lo sabe, o no lo sabe?

—Lo sé...Y yo le estoy muy agradecido, pero fue una mala temporada, un tropiezo...La soledad es muy negra, señor Sotillo, muy negra, se me juntaron muchas cosas, pero ya estoy mejor, ya estoy bien.

—Pues mire a ver si me tiene al tanto de todo, porque de lo contrario, va a estar usted muy mal, Peña, pero que muy mal. Y fíjese, no lo siento por usted, que, al fin y al cabo, pagaría por un delito que la sociedad condena sin perdón, lo siento por su madre, que encima

de estar impedida, va a tener que ver cómo encierran a su hijo. ¡Pobre mujer!

—A mi madre no la nombre, señor Sotillo, a mi madre déjela que ya bastante tiene.

—Sí, es patético quedarse así por una paliza del marido. Menudo bestia debía ser su padre ¿no? Comprendo que su infancia debió de ser fastidiada, Peña, pero yo no tengo la culpa de todo eso, ni su madre tampoco, no debería hacerla sufrir más.

—Tengo que irme, el comisario Parra...

—¡El comisario Parra que espere! ¡Ahora está conmigo y me escucha a mí! ¿Qué han encontrado en casa de los rumanos? ¡Quiero saberlo, y lo quiero saber ahora, no en la reunión!

Si han encontrado el arma de los asesinatos, está a punto de cometerse otro, porque yo, personalmente, voy a cargarme al Oriol y me voy a hacer un traje con su pellejo.

—Encontraron el arma ¿Sí o no?

—No, el arma que buscaban no, pero había otras que han utilizado para algunos robos en urbanizaciones, había además muchas de las cosas que sustrajeron, carnés y pasaportes falsos, troqueladoras de matrículas, dinero... en fin, que hay motivos suficientes para detenerlos mientras siguen inspeccionando el piso en busca del arma, pero esto es confidencial, señor Sotillo, esto es completamente confidencial...El comisario Parra está seguro de que el arma va a aparecer y que les va a vincular al menos con el asesinato de la segunda víctima,

y eso es lo que la gente quiere oír, porque ya sabe usted cómo son estas cosas, crean alarma social, la gente está asustada con lo del supuesto asesino en serie. Se ven muchas películas y todo el mundo cree que es como en el cine, que con un pelo detenemos a una banda entera de malhechores que no volverán a salir de la cárcel, pero la realidad es otra, y el señor Lagos no quiere que se deteriore más la imagen de esta comisaría, quiere cerrar bocas, quiere demostrar que la línea de investigación que seguimos está dando resultados.

—Y en el interrogatorio ¿qué han confesado?

—Nada, porque lo que dicen lo dicen en rumano, aunque sepan el español mejor que usted y que yo. El señor Lagos ha pedido un intérprete, pero no sé lo que tardarán en mandarlo. Estos se las saben todas, han estado en la *trena* varias veces, no se pillan los dedos así como así. Me tengo que ir...la reunión va a empezar y no he hecho todavía las gestiones que me encargó el comisario.

—¿Y qué gestiones son esas?

—Cosas personales, nada de trabajo.

—Es que a mí lo personal también me interesa ¿sabe?

—Señor Sotillo, es una tontería, me pidió que llamase a su casa y avisase de que no va a poder ir a dormir esta noche, nada más.

¡Ah! O sea, que la noche se presenta entretenida y Parra quiere estar aquí montando guardia por si hay algo de lo que enterarse.

—¿Lagos va a quedarse también?

—Pues...sí, parece que sí.

No puede ser. Que se crean que tienen el caso resuelto y sean capaces de no contar conmigo para nada. ¡No puede ser!

—¿Puedo irme ya, señor?

—Sí, vaya, Peña, vaya.

Estos quieren hacer un comunicado para dárselo mañana mismo a la prensa, me juego el cuello a que es eso. Ya los veo a los dos sentados delante de un montón de cámaras y leyendo un exhaustivo informe con el que creen que se van a llenar de medallas.

—¡Peña! Espere un momento... ¿A usted le han dicho que se quede también?

¡Este es un hijo de mala madre! Míralo, cómo se calla desgraciado. ¿Pero se puede ser más necio?

—Sepa usted que mañana mismo su madre va a recibir un informe sobre su reciente pasado como pedófilo.

—No lo haga, señor Sotillo, no lo haga porque soy capaz de hacer cualquier barbaridad. Si no le he dicho que me tengo que quedar yo también es porque me estoy jugando el puesto. Usted me presiona para que hable y ellos para que calle. ¿Qué quiere que haga? ¿Qué me vea en el paro? Tengo cincuenta y ocho años, y no voy a fastidiar mi jubilación porque ustedes jueguen a los espías. No mande a mi madre ningún informe porque hay muchas formas de perjudicar a esta comisaría de la que se ríe ya medio país por tener un asesinato en su propio calabozo.

—Salga de aquí ahora mismo, y tenga en cuenta que si no me mantiene informado de todo lo que ocurra aquí esta noche yo mismo le entregaré en mano el informe a su madre, y le advierto que ese será el paso previo antes de darlo a conocer públicamente.

Tengo el pulso aceleradísimo, me va a dar algo.

Necesito aire, esta profesión va a acabar conmigo, pero por mis muertos que antes me llevo por delante a quien haga falta. Me da exactamente lo mismo que caiga Peña, o mil como él, lo que no voy a permitir es que nadie se ría de mí, que se me pierda el respeto como lo ha hecho este amenazándome con «cometer una locura» o algo así, no sé ni lo que ha dicho. A ver si tiene la decencia de morirse, que es lo único que merecen los depravados como él.

Yo lo que necesito ahora mismo es un cigarro, un buen cigarro y una cervecita en el bar, y me da igual si estamos convocados para dentro de cinco minutos, al fin y al cabo, nos van a contar lo que les dé la gana ¿no? Pues ya está.

—¿Oriol? Sí. A ver, no tengo mucho tiempo, un par de cositas: como por casualidad se confirme que los rumanos tuvieron algo que ver con el muerto de tu barrio, te cuelgo...Ni señor Sotillo ni nada, déjame hablar que tengo prisa. Atiéndeme bien, mira a ver si les dices a las *lumis* que dieron la dirección de los rumanos que pongan pies en polvorosa porque no creo que tarden mucho en ir a por ellas...Sí, sí, estos están detenidos, pero a ver si te crees tú que vienen solos, que no tienen contactos y que

las voces no se corren...Bueno, pues ojo al dato... Sí, dime, ¿qué pasa? Que no, que no, que no me he olvidado de lo tuyo, que estoy gestionándolo todo para que te reciban con honores en ese garito que te dije. Venga Oriol, corto y cambio.

Qué poco dura lo bueno, no me va a quedar más remedio que entrar a la reunión a ver qué nos cuenta Parra.

—Señores, estamos muy cerca del final.

Sí, muy cerca de «tu» final, para ser exactos. Me va a encantar ver cómo se te cae el orgullo al suelo y te asfixias en tu propia prepotencia.

—Con la detención de los tres rumanos estamos a punto de dar solución a más de un problema. Por un lado, se desarticula una red de proxenetismo, ya que las dos mujeres que nos facilitaron la dirección de estos han manifestado que estaban ejerciendo la prostitución bajo las presiones de ellos y las consabidas amenazas de hacer daño a sus familias y demás improperios ya conocidos por todos nosotros en casos similares. Además, en el registro se les ha incautado gran cantidad de dinero, diversas armas, y numeroso material que, sin duda, y esto lo estamos comprobando ya, pertenecían a los diferentes botines de atracos que habían realizado en diversas urbanizaciones, y por los cuales, estaban en busca y captura. A lo largo del día de mañana, tendremos

oportunidad de que varias víctimas de los robos puedan identificar algunos de los objetos sustraídos.

» Sin embargo, lo que más nos ha preocupado es su conexión con el asesinato de la segunda víctima de los casos que nos ocupan, y esta conexión ha quedado clara al haberles encontrado unas llaves del piso propiedad del asesinado.

Nos hemos quedado todos de piedra. Los demás, no sé por qué, pero yo, por lo pánfilo que puede llegar a ser un ser humano, por la cantidad de avaricia y de ignorancia que pueden caber dentro de ese metro setenta de persona, que parece el eslabón perdido entre el hombre y el mono.

—Señores, nuestro principal objetivo es acallar los rumores de que nuestro trabajo no está siendo acertado, de que desde esta comisaría no se está haciendo lo suficiente para dar solución a estos casos que tanta curiosidad parece que despiertan en los medios. Queremos salvaguardar nuestro honor y demostrar que no es fácil, pero que estamos trabajando y, además, lo hacemos en la línea adecuada. El delegado, Herrera, nos pide resultados, supongo que también a él se los reclaman, y nosotros vamos a dárselos tan pronto como podamos. Todos ustedes saben la trascendencia que tienen en la actualidad los casos de violencia de género y yo quiero demostrar que estos asesinatos no están relacionados con el tema, que han sido dos personas que, casualmente, estaban denunciadas por malos tratos, pero nada más. Es la única forma de que, si nos desvinculan de

esto, si dejan de relacionar estas muertes con la violencia machista, el interés se vaya perdiendo, y el morbo deje de generar en la gente un interés malsano.

Me estoy durmiendo, me da un sueño que me caigo, menos mal que tengo a mi lado a Valdemoro y así me distraigo, porque observar a este esmirriado es muy entretenido. ¿Cuánto pesará? ¿Cuarenta y cinco kilos? ¿Cincuenta? Por ahí estará, es como un espíritu que vaga por esta comisaría sin que nadie repare en su existencia, un ente absurdo, un trozo de carne que finge existir. Ya era insignificante cuando la hija vivía, pero desde entonces no es nada, se ha ido consumiendo y es como un palo enfundado en el uniforme, abulta más el arma que él. Y ahora se pone de pie, este nos va a dar un discurso también, ya verás.

—Señor Parra...disculpe la interrupción, pero quisiera manifestar mi desacuerdo con la forma en la que se están llevando las investigaciones. Yo no veo que exista ninguna conexión entre los asesinatos y los rumanos que se han detenido. Tendrán a sus espaldas otros delitos, pero no creo que sean responsables de estas muertes.

¡Hala! Ya se le ha pasado la tajada. Nunca le había oído decir una frase tan larga. Lo que no quiero es que me estropee el plan, a lo mejor no es tan tonto como parece. A ver si va a empezar a dar pistas y esa corona de gloria que está a punto de encasquetarse mi querido y estimado jefe se cae al suelo.

—Valdemoro, por favor, vamos a dejar que hable el comisario... siéntese, y si no se encuentra bien, salga fuera a tomar un poco el fresco.

—¡Me encuentro perfectamente, señor Sotillo! Lo único que quiero es que se tenga en cuenta mi observación, porque no me parece correcto lo que se está haciendo. Se lo dije esta mañana, los muertos hablan, y aquí no se han comentado los informes de las autopsias, no se ha mencionado nada. ¡Por Dios! Se ha cometido un asesinato en nuestra propia comisaría y ¿no va a haber nadie que tenga nada que decir? No estoy de acuerdo, y lo diré donde haga falta, no se están haciendo bien las cosas. Considero un error desligar estos casos del tema de la violencia de género, ¿no les parece demasiada casualidad que las dos víctimas fueran maltratadores? Mucha coincidencia como para pasarla por alto ¿no?

—Tranquilo, compañero, tranquilo. Si no se ha dicho nada de las autopsias es porque no había nada reseñable, lo único que se podía comentar, y que ya se dijo aquí, era el hecho de que el primer disparo había sido el de los genitales para después rematarlos con el tiro de gracia en la frente, en los dos casos exactamente igual, el resto carece de interés de cara a la investigación. ¿Más tranquilo?

Parra se está conteniendo, lo conozco bien, se retuerce las manos para sujetar los nervios que tiene, pero como le toquen mucho la moral, se va a armar.

—No estoy más tranquilo, comisario, nadie debería estar más tranquilo. Calle usted las bocas que quiera ahí

fuera, pero yo sigo sin encontrar la relación entre los rumanos y los muertos, porque no creo que la haya.

Este Valdemoro es arriesgado. No me explico de dónde ha sacado ese genio con el que habla, yo nunca lo había visto así.

—Muy bien, pues tomamos nota de su manifestación, pero me permito recordarle que este es un trabajo en equipo, y que, si el resto de los compañeros están conformes, voy a seguir adelante con la exposición de los hechos.

¡Trabajo en equipo, dice! ¿En qué equipo? Será en el que formáis Lagos y tú, los dos igual de superdotados, no te digo, será ese equipo, porque otro no veo, no creo que hayáis contado conmigo para nada, no veo que os hayáis dignado a mirar a vuestro lado a ver si yo tenía algo que decir o no. Entiendo que no se puede contar con toda esta chusma, que hay que largarles el cuento de que sus opiniones importan y de que el trabajo es de todos, pero vamos, conmigo no se juega, Parrita, conmigo no.

—Estamos a la espera de que la abogada de los detenidos se persone aquí acompañada de un intérprete, a ver qué dicen, pero vamos, yo creo que la relación con la víctima queda demostrada.

—La relación con la víctima puede que sí, pero con su asesinato...no lo tengo yo tan claro.

Ahora Pinto, ¡lo que nos faltaba! Otro que le quiere enmendar la plana al comisario por su cuenta y riesgo.

—No dudo que se les vaya a detener por su implicación en los robos, y por todo lo demás, pero

relacionarlos abiertamente con el crimen, no lo veo claro, señor comisario, por mucho que queramos ofrecer resultados, será mejor ofrecer algo definitivo que arriesgarnos a cometer un error que podría ser fatal.

—Mire, Pinto, aquí nadie quiere ofrecer resultados erróneos, como usted comprenderá. Tanto nuestro jefe como yo mismo, queremos hacer las cosas bien, y es más, estamos convencidos de estarlas haciendo. Se les han incautado unas llaves del piso en el que apareció el muerto, allí se han identificado sus huellas...

—Entre cientos de huellas, señor comisario, entre cientos de huellas porque por ese piso han desfilado todos los vecinos. ¿Vamos a detener a todos los que entraron allí?

—No, pero tal vez sí a todos los que, además de haber entrado allí, tengan unas llaves en su poder, que no creo que sean muchos.

—No lo sé, comisario, no lo sé. Yo lo que quiero decir es que hay que andarse con cuidado, informar sobre seguro.

—Dígame, Pinto ¿alguna vez hemos informado sin la seguridad de que estábamos en lo cierto? Lo dice usted como si en esta comisaría se estuviesen cometiendo errores continuamente...

Esto es la monda, aquí cada uno quiere hacer las cosas como mejor le parece. Todos opinan, todos meten baza en la conversación, no hay respeto por nadie, pero ¿dónde vamos a llegar?

Cuando yo entré en el Cuerpo era todo diferente, se hacían las cosas porque lo ordenaba el comisario y se acabó, no respiraba ni dios, no había nada que objetar. Si te gustaban las cosas, bien, y si no, también, porque no te ofrecían más opciones. Pero ahora no, esto es como un gallinero, como una corrala de vecinas marujeando cada una por su cuenta, es un desmadre que a Parra se le ha ido de las manos, lo cual no me parece extraño porque se veía venir que el cargo le quedó siempre muy grande, pero que Lagos avale su actitud permitiendo que le interrumpan, que opinen y que incluso pongan en duda lo que ellos piensan, deja bastante claro que ninguno de los dos merece el lugar que ocupa.

Menos mal que tienen las horas contadas aquí, que pronto se les va a caer su incapacidad encima y que si todo va como espero, seré yo quien ponga de nuevo orden en este puticlub, aunque malditas las ganas que tengo de quedarme aquí, pero por lo menos, hasta que me asignen un nuevo destino, les voy a poner a todos firmes, a mí no me levanta la voz ni Cristo bendito, hasta ahí podíamos llegar.

Hace un rato era Peña el que me amenazaba con hacer daño a la comisaría, que había muchas formas, decía el muy indeseable. Anda, y eso lo dice un pedófilo de tres al cuarto, un miserable que nunca superó que el padre le asentara una paliza a la madre y la dejase medio muerta cuando era un crío. Y ahora este, otro que tal baila, el Pinto de mis amores, que dice que no se deben cometer errores. ¿Pues no habla él de errores? Él, que lo

que no le perdona al Cuerpo es que no admitiesen a su hijo por ser maricón de España, aunque esto ya ni es España ni es nada, porque con los políticos que tenemos, no se puede esperar nada mejor.

—En fin, sigamos con la información que queríamos darles. Como les estaba diciendo el comisario Parra, vamos a elaborar un comunicado para la prensa...

Eso ya lo sabía yo, Lagos, estaba claro que a Parrita y a ti os gusta chupar cámara.

—En dicho comunicado, como pueden imaginarse, no vamos a decir que hayamos resuelto los casos, simplemente vamos a tratar de transmitir seguridad a la población, vamos a ofrecer calma, a intentar que se deje de hablar de asesinatos en serie y a procurar que la gente confíe de nuevo en nosotros y en nuestro buen hacer.

¡Qué bonito! Estoy a punto de echarme a llorar de la emoción.

—Señor Lagos ¿alguna novedad con respecto a la primera víctima? Yo creo que mientras no se resuelva ese caso, nadie va a recuperar la confianza en esta comisaría, porque si ven que se puede matar a alguien en nuestros calabozos y que no somos capaces de descubrir quién lo ha hecho, nuestra imagen queda bastante deteriorada ¿no le parece?

Decididamente, hoy Valdemoro se ha tomado algo más que tres copas de vino con la comida, hoy se ha metido de todo menos miedo. Juro por mis muertos que no lo conozco, que no es el Valdemoro-cucaracha que veo cada día delante de la puerta de mi despacho y que

parece la antesala de la muerte. Hace cinco minutos venga a decir que los muertos hablan y que no les estamos haciendo caso y ahora sale con que el primer caso está sin resolver. Pues claro, también se ha quedado sin resolver cómo puede haber vida humana en un ser tan despreciable como tú, y mira, aquí estamos todos, aguantando el chaparrón. Hay muchos casos que no se resuelven, pero no por eso nos pasamos la vida deprimiendo a los demás, Valdemoro.

—Tiempo al tiempo, por favor, tiempo al tiempo. Les aseguro que no nos hemos olvidado de esto. Ya saben todos que se ha instalado un circuito cerrado de cámaras de seguridad en los calabozos para que no vuelvan a darse casos tan desafortunados como este. Es cierto que este tema se había solicitado ya varias veces, pero no nos habían concedido el presupuesto para ponerlo, si estuviésemos en una capital importante tendríamos cinco circuitos diferentes de seguridad, pero estamos en un sitio pequeño, y eso tiene sus ventajas y sus inconvenientes. No obstante, se sigue investigando el entorno de la víctima para tener en cuenta si pudiera tratarse de un ajuste de cuentas, de alguien que lo hubiese amenazado, que se la tuviese jurada por algo, pero no directamente relacionado con la circunstancia que lo trajo a nuestras dependencias, ya les digo que intentaremos por todos los medios separar estos casos del tema de la violencia de género.

—Craso error.

—Para usted será un error, Valdemoro, pero para nosotros, en este momento, es lo que hay que hacer.

Valdemoro se ha quedado anclado dos años atrás. Todo lo tiene que relacionar con los malos tratos porque a su hija se la llevó por delante aquel indeseable, y todo lo asocia con las drogas y las palizas, ese es su mundo. Flota por ahí, en alguna galaxia en la que sigue con la esperanza de localizar al que le desgració la vida, cree que, aunque pasen mil años va a dar con él, y, además, como es de los de misa diaria, piensa que un día se encontrará con la chica en un mundo mejor y todo eso. Yo, sin desearle ningún mal, pienso que lo mejor que le podría pasar sería que le diese un infarto fulminante y se fuese con su hija a disfrutar de esa vida maravillosa de la que nadie ha vuelto para contar si es tan maravillosa o no.

—Señores, doy por finalizada esta reunión. Mañana, a primera hora serán debidamente informados de cualquier novedad que se produzca, entre tanto, descansen, que nos esperan días de trabajo.

En el suelo, Lagos, para mí ya estás en el suelo. Ni Supremo, ni nada. Todos iguales, no sabéis ni hacer la «o» con un canuto y os dais una importancia que no es creíble ni para un niño de dos años. Mientras este mundo esté lleno de *pelotas* así, no habrá nada qué hacer.

—Magnífica exposición, Lagos. Felicidades por el trabajo, Parra.

—Gracias, Sotillo, gracias.

—La violencia de género no es un problema aislado y puntual, sino que se trata de una lacra social que tiene hondos raíces estructurales y culturales, por lo cual, va a ser necesario el esfuerzo de toda la sociedad para poder luchar en su contra. Desde el Cuerpo de Policía, y más concretamente, desde el Gamal vamos a contribuir a esa lucha, pero vamos a hacerlo con algo que es de suma importancia, con la información, con la palabra, con la toma de conciencia y el conocimiento que podemos ofrecer desde un lugar como este, en el que vemos cómo llegan las víctimas después de años de soportar en silencio los malos tratos, después de haber dedicado la mejor parte de su vida a esperar un cambio que nunca va a llegar.

Sí, eso, Garrido, eso, cuéntales también que en este lugar privilegiado podemos ver cómo llegan las víctimas a denunciar, y a los tres días están en el cementerio. Eso también hay que decirlo, de lo contrario estás dando una información sesgada, porque si antes de la denuncia la mujer estaba viva y después está muerta, queda muy claro que el hecho de sentirse denunciado es humillante para un tío, es algo inadmisible que le lleva a perder el control sobre lo que hasta ese momento había podido gestionar perfectamente. Pero como ahora hay que animar a las mujeres a que denuncien no te extrañes que pase lo que pasa. Las estadísticas están ahí, no hay más que echar un vistazo a los datos que se publican, cuanto más bombo le dan a estas historias, más muertas hay. Y no me extraña

que los socialistas no reconozcan que, en su día, metieron la pata bien metida con la desgraciada ley, porque al fin y al cabo son una manada de cabestros que en su vida van a admitir que se colaron con este tema, lo que me sorprende es que las propias mujeres, que se erigen ellas solas como monumentos a la inteligencia, no sean capaces de ver que están tirando piedras contra su propio tejado, que no se den cuenta de que lo único que están consiguiendo es meterse en camisas de once varas.

Si mi madre levantase la cabeza volvía a morirse del susto. Con las *panaderas* que se llevó, con las somantas de golpes que le daba mi padre. ¿Y qué? ¿Qué hizo ella? ¿Denunciarlo? Ni en broma, no como hacen estas de ahora, que quieren ser liberales, y les está saliendo el tiro por la culata.

—Nuestra labor es informar, porque con la información en la mano podremos saber cómo actuar ante una situación de maltrato, podremos saber dónde acudir o qué pasos hay que dar para que no se vuelva a repetir. En este ciclo de charlas vamos a contar con la presencia de personas que nos hablarán desde todos los puntos de vista. Tendremos psicólogos que van a explicarnos qué tipo de ayuda ofrecen a las víctimas de violencia machista, tendremos...

Tendremos, tendremos... Tendremos cara dura para estar aquí haciendo el paripé con la de cosas que quedan ahí fuera sin dar solución, que no es normal que Parra esté ahí, con el pecho hinchado de aire, ejerciendo de comisario benefactor y comprometido con los problemas

actuales, mientras en la calle tiene dos casos pendientes de resolver. Déjate de chorradas y da la rueda de prensa que prometiste, que no veas las ganas que tengo de ver cómo os tragáis el orgullo.

—Quiero que sepan ustedes, que en el Gamal, hemos puesto todo de nuestra parte para que acudan a estas jornadas representaciones de los sectores que intervienen cuando se da un caso de malos tratos, nos vamos a esforzar en trasladarles a ustedes todo lo que sabemos, nos vamos a hacer oír para que todo el mundo sepa de nuestra existencia, pero no solo eso, el objetivo fundamental de estos días serán las personas que, a pesar de escucharnos, no dejan que sus problemas nos lleguen y continúan guardando silencio creyendo que esa es la solución.

Mira, Garrido, bonita, sueltas tantas majaderías por la boca que me estás empezando a cansar. Bien sabes tú que las que ahora te aplauden no son esas víctimas a las que te diriges, estas son las mujeres de Parra, de Lagos y de todos los oficiales a los que no les ha quedado más remedio que traer a las *parientas* para que hagan bulto, porque si no, a estas movidas, no viene ni un alma.

—Vamos a tratar de desterrar mitos sobre los malos tratos, frases hechas que se han ido fosilizando con el tiempo y que ha llegado el momento de desenterrar para dejar a la luz la realidad.

«Que se han ido fosilizando» Pero ¿cómo se puede ser tan rebuscada? Vaya cantidad de tonterías que se pueden decir en un minuto.

—Los malos tratos no vienen siempre desencadenados por el alcohol y las drogas, estos son factores de riesgo, pero muchos hombres que maltratan no consumen drogas ni alcohol.

Y muchas mujeres merecen una lección de humildad, como tú misma, Garrido, que te crees en posesión de la verdad absoluta, y de eso nada, guapa.

—Las agresiones no solo se dan en parejas de bajo nivel cultural, estas conductas irracionales no respetan condición social, nivel cultural o profesión. Son actitudes que no deben silenciarse porque cualquier acto que dañe a la persona es una violación de los derechos humanos y, por tanto, un problema de todos y todas.

¿Adónde va Parra? Le han llamado, se ve que tenía el móvil en silencio y le ha vibrado. Estará esperando una llamada importante, a ver si pasa algo de una vez, a ver si con un poco de suerte hay amenaza de bomba y tenemos que salir todos pitando de aquí, que ya hemos hecho bastante el ridículo aguantando la charla infundada de la niña Garrido.

—Basta de culpar siempre a la mujer, de decir que si aguanta los malos tratos es porque quiere, que con irse del lado de su agresor sería suficiente. No podemos olvidar que la mujer maltratada siente miedo, impotencia, debilidad, culpa y vergüenza, una terrible vergüenza que le impide pedir ayuda y abandonar a su pareja. Además, hay ocasiones en las cuales los malos tratos se producen ya fuera de la pareja. Aún después de no convivir, de no compartir nada, el agresor sigue creyendo que, si la mujer

no es para él, no va a ser para nadie y continúa su persecución.

Parra no entra, algo ha pasado. Voy a salir de aquí porque ya no aguanto más, me estoy poniendo de mal humor con esta perorata feminista. Mucho hablar de mitos y leyendas, pero bien que se sube al estrado enfundada en un pantalón ajustado, y luego dirán que no van provocando...

—¡Sebastián! ¡Cuánto tiempo!

La mujer de Parra, una cacatúa disfrazada de lechuza.

—¡Choni! ¡Cada día más guapa! Como el buen vino, mejoras con la edad.

—Y tú como siempre de amable. ¿Qué tal estáis? Hace mil años que no os veo por ahí... Dile a tu mujer que me llame alguna vez, que siempre que la llamo me dicen que está ocupada y no puede ponerse.

—Bueno, ella no es tan sociable como tú, pero no te preocupes que se lo diré, a ver si tiene ganas, porque es muy dejada para estas cosas, no vale para las amistades.

—¡Qué buena la charla de Lola Garrido! ¿Verdad? Esta chica vale mucho. He salido un momento porque ya no aguantaba más sin fumar, pero hay que reconocer que lo está haciendo fenomenal.

—Muy bien, muy bien, es extraordinaria, estamos todos muy orgullosos de ella.

—Bueno, pues vuelvo para dentro, luego te veo.

No cambia «la comisaria», fumando como una chimenea y con la voz de cazallera que siempre tuvo.

—Sebastián ¿has visto a Parra?

—No, Lagos, no lo he visto. ¿Ha ocurrido algo?

—No, no, nada. Estamos esperando que vengan a buscar a los rumanos para llevarlos a declarar, por lo visto el juez no quiere demorarlo más.

Supremo, Supremo... Estás tú muy nervioso para no estar pasando nada. Que se vengan a llevar a los rumanos para que *canten* un poquito delante del juez es un puro trámite que no tiene por qué alterarte tanto.

—Pues voy a ver si lo encuentro. Cuando acabe Garrido le toca hablar a él y no sé dónde está.

Me parece que no va a hacer falta que lo vayas a buscar, ahí viene con su andar de enano saltarín, de comisario de juguete, que es lo que parece, un muñeco de los que ponen en las tartas de boda, pero en vez de ir vestido de novio, este va disfrazado de comisario preocupado.

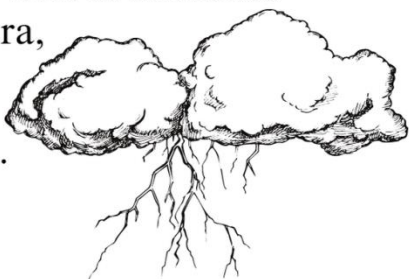
—¿Ha pasado algo?

Está blanco el tío, parece que ha visto al lobo.

Se limpia de la frente el sudor que empieza a empaparle.

—El confidente Negroponte y las dos prostitutas que nos dieron la dirección de los rumanos han aparecido muertos en un descampado.

Oler la tormenta
en la noche oscura,
palpar la sentencia
de muerte segura.



Mirar este tiempo
que inútil se ha ido,
pensar sin remedio
en lo que he perdido

Ver en un espejo
lo que soy ahora,
tocar el reflejo
de lo que se añora.



Oír el latido
de mi corazón,
creer que se escapa.
galopa a su son.

Sentir la tristeza,
mi amiga del alma,
huir de tu esencia
o no tener calma.

Tomar decisiones,
afrontar la vida,
por más que parezca
una causa **perdida.**

—¡Señor comisario! Por favor, ¿podría decirnos si ya tienen resueltos los dos casos de maltratadores asesinados?

—¿Es cierto que la Guardia Civil y ustedes siguen caminos diferentes en la investigación? ¿Apunta esto a que la eterna rivalidad entre los dos Cuerpos sigue estando vigente?

—Comisario, ¿qué relación hay entre los sospechosos que tienen detenidos y las nuevas muertes?

—¡Comisario! Por favor, habían prometido una rueda de prensa para proporcionar información, ¿no cree que sería más acertado que esto?

¡Cómo está el patio! Se oyen los abucheos desde la otra punta de la comisaría. Hoy no le envidio el puesto a Parra ¿No está tan orgulloso de ser el que más manda? Pues hala, ahora toca poner la cara a las bofetadas, y se las están dando por todos los lados.

—Buenos días, señor Sotillo. ¿Puedo hablar con usted un momento?

Qué rabia me dar empezar el día así, es que no lo soporto. Saben que no puedo llegar aquí escuchando problemas, lo saben, pero da igual, son animales de costumbres a los que nadie va a cambiar, son como ratoncillos dando vueltas en esas ruedas que tienen en las jaulas, y ahí pueden estar toda su vida.

—No, Peña, no, ahora tengo cosas más importantes que hacer que escuchar sus historias, se lo aseguro.

—Como quiera... pero... es serio.

Y me guiña un ojo, como si hubiésemos cenado juntos todos los fines de semana. Nadie sabe el esfuerzo que tengo que hacer para no rociar este pasillo con gasolina y soltar «sin querer» una cerilla, a ver qué tal quedan todos estos haciendo el papel de costillas a la brasa, porque para otra cosa no valen, desde luego.

—Señor Sotillo, es que hay novedades...

—¿Novedades? ¿Qué novedades? No creo que haya nada tan importante como para no dejarme siquiera llegar a mi despacho.

—Bueno, no crea, porque lo que le tengo que decir es bastante sustancioso.

¿Pero este quién se cree que es para jugar conmigo a las adivinanzas? ¿Cuándo he ido con él al bingo para que me trate como si fuese su colega?

—La Guardia Civil ha detenido al dueño del bar, ya sabe, el tío que tenía a medias con el muerto un negocio de prostitución...

¡No me fastidies! Todavía se nos adelantan estos.

—¿Por qué lo han detenido? ¿Tienen algo firme contra él o simples sospechas?

—Le cogieron en el piso intentando borrar todo rastro de su paso por allí. El muy ignorante se puso a hacer una limpieza general, solo con eso ya tienen bastante, porque demuestra que tenía llaves y que ha querido borrar pruebas, ese piso estaba precintado, no han dejado entrar en él a nadie.

—¿Le tenían vigilado?

—Sí, parece ser que sí porque fue por la noche cuando quiso hacer su labor de limpieza y lo *cazaron* rápido, claro.

—Parra y Lagos están al tanto, me imagino.

—Sí, señor. Me dictaron un informe nada más llegar para enviarle al señor Herrera en caso de que las cosas se pongan feas, pero, de momento, ha quedado archivado. Se ve que quieren cubrirse las espaldas y si los otros dan el campanazo de que tienen al culpable, se envía el informe a Herrera inmediatamente, que no diga que no estábamos enterados, pero si la cosa no prospera, se guarda silencio y se continúa con la pista de los rumanos a ver qué se puede sacar de ahí.

—¿Qué sabemos de la declaración?

—El juez ha decretado prisión sin fianza por los robos y la falsificación de documentos, además de proxenetismo y extorsión a las chicas que tenían con ellos. Se ha confirmado que son las que aparecieron muertas con Negroponte. Estas redes de los países del este tienden sus tentáculos por todo el mundo, da igual

que se haya detenido a dos o a doscientos, siempre quedan otros en la calle para continuar con su labor. No hace falta ni que se comuniquen, cada uno sabe bien lo que tiene que hacer. Esas pobres muchachas estaban muertas desde que abrieron la boca para dar la dirección de sus jefes, da igual cuándo les hayan pegado el tiro, en realidad murieron al darnos la dirección. Y Negroponte, lo mismo.

¡Vaya con Oriol! Estará en cielo de los confidentes, rodeado de todas las mujeres que soñaba y que yo no pensé nunca en buscarle.

Que le den. Uno menos.

—El juez ve clara la relación de los dos rumanos con los asesinatos que tenemos nosotros entre manos, ¿o no?

—No se ha pronunciado, de eso no hay pruebas claras y de lo otro sí.

—¿Algo nuevo sobre el arma?

—Ni rastro. La Guardia Civil también la anda buscando, pero no aparece. Estará por ahí, en cualquier vertedero, vaya usted a saber...

—Buen trabajo, Peña, buen trabajo.

¿Por qué no se va? Ya he hecho el esfuerzo de decirle que lo ha hecho bien -que no suelo hacerlo porque nunca hacen nada bien- entonces, no sé qué hace ahí parado como como un monumento a la estupidez.

—Señor Sotillo...

—Peña, tengo trabajo.

—Yo solo quería asegurarme de que...

—¿De qué? ¿Qué piensa? ¿Qué voy a ir por ahí contando todo lo que usted me ha dicho? Esta conversación nunca ha existido, parece mentira que no me conozca.

—Por eso, porque le conozco, le rogaría la mayor discreción con este tema y con otros... en fin...ya me entiende, sobre todo, respete a mi madre... es muy mayor y...

—Tranquilo, hombre, tranquilo. Usted siga trabajando así y no habrá ningún problema.

—Gracias, señor, muchas gracias.

¿Será posible? Primero me pone al tanto de las novedades y luego me pide un precio por la información. ¡Qué pena! Si lo hubiese hecho al revés le habría dado el dossier completo del tema de pornografía infantil en el que figura, lo que me hubiese pedido con tal de saber por dónde van Parra y Lagos, pero así, pedirme que sea discreto cuando ya tengo lo que quiero, solo se le ocurre a este, aunque... Bueno, no está de más tenerlo ahí, a mis pies un poquito más, por si hace falta tirar otra vez del Solito.

—¿Sí? Diga... ¿Quién es? ¿Qué Carmen? ¡Ah! Sí, sí, dígame ¿Qué pasa?... ¿Mi mujer? ¿Qué le pasa?... Ah, bueno, no se preocupe, tranquila, tranquila, que eso le pasa muchas veces...Sí, es por lo suyo, ya sabe, las depresiones esas que tiene... ¡No! ¡No llame a ningún médico! ... ¡Que no! Nosotros tenemos un médico de toda la vida que es el que la trata... Sí, ahora le llamo, pero prefiero que la vea cuando esté yo en casa. Usted

dele una tila y ya está. ¿Qué está haciendo? ¿Está acostada? ... ¿Escribiendo? ¿Cómo que escribiendo? Es que... no la conviene...se pone muy nerviosa cuando le da por escribir o por pintar... ¡No señora! ¡No la relaja! Todo lo contrario, la altera mucho...Que se acueste ahora mismo, quítele usted los cuadernos esos y déjelos en mi mesa... ¡ah! Y quítele también el móvil, no le conviene hacer llamadas ni que nadie la moleste, déjelo todo en mi despacho. Usted hágale una tila y...dele un par de pastillas de esas que tienen la caja blanca y azul...sí...dos juntas...no pasa nada, eso es, dos juntas. En cuanto pueda voy para allá, pero es que ahora tengo una reunión muy importante con los delegados del gobierno y no puedo faltar, ya me están esperando. Haga lo que le he dicho y sobre todo eso: las pastillas y que no reciba llamadas ni visitas de nadie. Muy bien, muy bien... no se preocupe...No, no me ha molestado.

No me ha molestado, no. ¡Me ha arruinado la mañana!

La mañana, el día y mi vida, eso es lo que ha hecho, arruinarme la vida desde el minuto puñetero en que me casé. ¡Que «no sabe lo que le pasa a la señora»! ¡Que estaba escribiendo sus cosas y ha empezado a llorar! ¡Me cago hasta en mi raza! A llorar va a empezar cuando llegue yo a casa.

Tranquilo, Sebastián, respira hondo, venga, respira tranquilo... Uno, dos, uno, dos, inspirar, espirar, inspirar, espirar... No vale la pena ponerse así por una desagradecida, por un ser despreciable que lo único que

quiere es volverme loco. Eso es lo que se ha propuesto, quiere que pierda el control, que me trastorne, que me dé un infarto y la deje viuda, eso es lo que quiere.

Seguro que lo ha pensado así, seguro que lo tiene todo planeado paso a paso. Sabe que tengo la tensión alta y que debería cuidarme, y en vez de eso, lo que quiere es darme disgustos, provocarme, hacer que me ponga acelerado para que me dé cualquier cosa y se quede ella tan fresca disfrutando de lo que me he tenido que ganar a base de trabajar desde que era un crío.

¡Hay que ser malnacida! Sí señor, hay que ser muy enrevesada para pensar todo eso y maquinarlo con la maldad que ella lo está haciendo.

Ahora lo tengo claro, seguro que tiene por ahí a alguno al que ya le ha echado el ojo, seguro que está deseando que yo palme para irse con él.

Qué sofocón me está haciendo pasar mientras ella está tan tranquila en casa, en mi casa, en mi cama, en la cama en la que quiere tirarse a otro...Tranquilo, Sebastián, tú no te preocupes de nada, tú eres un hombre de bien, una persona honrada y trabajadora, si te ha puesto Dios este castigo será porque de otra manera te va a recompensar, pero si te pones así de alterado no te haces bien. Hala, respira tranquilo, no vale la pena pasar mal rato por semejante espécimen, ahora a trabajar como siempre has hecho, venga, ya llegará la hora de irse a casa y darle su merecido, respira hondo. Uno, dos, uno, dos...Nada, ni eso puedo, ni respirar, ya están llamando.

—Sotillo... ¿Tienes un momento?

—Buenos días, Garrido. Me alegra que te dignes a dirigirme la palabra otra vez, porque así aprovecho para felicitarte por tu discurso del otro día, estuviste magnífica, como siempre, claro.

—Ahórrate los cumplidos, puedo asegurarte que si vengo a tu despacho es porque no me queda más remedio.

—Yo también te aprecio, Garrido. Vayamos pues al grano. ¿A qué debo que me honres con tu presencia?

—Luisa Oller Sancho. Último caso de mujer maltratada que ha puesto denuncia en esta comisaría. Veinticinco años, un hijo, era la primera denuncia que ponía. Esto ha sido anteayer, y hoy está en la UVI del hospital, con pronóstico reservado ¿sabes por qué?

—Sorpréndeme...

—Porque nadie le hizo caso, porque no se hicieron las diligencias oportunas, porque no se ha tramitado la orden de alejamiento, porque esa denuncia quedó muerta de asco en la mesa de alguien durante todo el fin de semana, y porque sospecho, que ese alguien que pasa de estos temas hasta que no haya muertas, eres tú.

Si se acerca más a mí con esa mirada de pantera desafiante que tiene igual le suelto lo que pienso de su acusación sin contención alguna.

—Vamos a calmarnos, Garrido. Sabes muy bien que las órdenes de alejamiento las dicta el juez, no yo. Y en cuanto a la denuncia, díselo a tu amigo Parra que para eso es el comisario. A mí me informaron de que se habían puesto dos el viernes, sí, una de una chica joven y otra de una mujer mayor. Y ¿qué quieres? ¿Qué me las lleve a

pasar el fin de semana a casa conmigo? Es que no te entiendo, Garrido, no te entiendo, no sé lo que quieres.

—Quiero que se haga algo más, que no se deje a las mujeres desprotegidas cuando denuncian porque entonces no va a denunciar ninguna más...

Ya podía ser verdad, a ver si se van dando cuenta de que esa no es la solución.

—Muy bien, pues nada, ahora cada vez que una mujer denuncie, le voy a asignar un oficial para que vaya con ella las veinticuatro horas del día...pero eso sí, que no denuncien muchas, que me quedo sin gente.

—No puedo entender que algo tan serio te lo tomes a broma. Eres el inspector jefe de esta comisaría, tienes la obligación de tomar medidas cuando una mujer denuncia una agresión, tienes que informar, cursar esa denuncia, ver si hay que detener al denunciado, y sobre todo, proteger a la víctima, para eso está la Policía.

—¡Perdona, Garrido! Para eso estáis vosotras, para eso está el Gamal, si no ¿para qué demonios lo habéis creado? ¿Para qué tienes una serie de personas en tu equipo? ¿Para qué se os llena la boca diciendo que estáis ahí para ayudarlas? Esa es tu labor, y esas mujeres, las dos, estuvieron en el Gamal el viernes, después de poner la denuncia. Tú verás lo que les decís allí, tú sabrás la información que les dais y las milongas que les metéis en la cabeza.

—¿Qué me estás queriendo decir con todo eso? ¿Dudas de la labor que hacemos en el Gamal?

Ganas me dan de decirle bien alto que no, que no dudo de la labor del Gamal porque estoy convencido de que no vale para nada, de que no tenían ni que existir, de que están ahí para complicar las cosas.

—No dudo de vuestra labor, pero tampoco vengas a decirme que tú dudas de la mía.

—Mira, Sotillo, si tu trabajo estuviese bien hecho, esta chica no estaría ahora entre la vida y la muerte a causa de la brutal paliza que le ha propinado su marido, eso es lo que pasa con tu trabajo, o, mejor dicho, con el trabajo que tú no haces.

Juro por mi vida que estoy haciendo un ejercicio de autocontrol del que me estoy asombrando yo mismo. ¿Quién se cree que es para venir a decirme cómo tengo que hacer mi trabajo? ¡¡¿Quién?!!

—Me estás ofendiendo, Garrido, y eso no voy a permitírtelo.

—Voy a seguir este caso muy de cerca, Sotillo, y como a esta chica le pase algo, esto no va a quedar aquí, hablaré con Parra, con Lagos, con Herrera o con quien haga falta, te lo aseguro, pero esto no va a quedarse así.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy informando.

¿Será desgraciada? Esta tiene los días contados en el Gamal. Si me apuran un poco, hasta el Gamal se va a ir a pique como sigan en este plan. A mí no me amenaza ni Dios.

¡Menudo día! Y no ha hecho más que empezar. Me largo a airearme un poco, este despacho me satura.

—Valdemoro, tengo que salir un momento, me han avisado de que mi mujer no se encuentra muy bien y quiero acercarme por casa a ver cómo está.

—¿Le ocurre algo? ¿Quiere que le acompañe?

—No, no, algún mareo de los suyos, nada grave, pero claro, quiero estar con ella...

—Salúdela de mi parte. Ya sabe que le tengo un gran aprecio a su señora.

—Sí, lo sé, lo sé.

—Se portó muy bien cuando pasó lo de mi hija, fue tan cariñosa conmigo, tan amable, no lo olvidaré nunca. Cualquier cosa que necesite, no lo dude, señor Sotillo, ya lo sabe.

—Que sí, Valdemoro, que sí, tranquilo.

—La vi desmejorada cuando leyó el discurso el día contra la violencia de género. Cuídela mucho. ¿No estará enferma, verdad?

—No, decaída, un poco baja de ánimo nada más.

—¿Ha oído lo de esa chica que estuvo aquí el otro día? La que puso la denuncia, la joven... creo que está muy grave.

—Parece que sí, ya sabe, estas cosas es lo que tienen...Debo irme, excúseme si Parra me llama, no sé si podré venir en toda la mañana.

—¡Hay tanto desaprensivo por ahí suelto! No se preocupe de nada, yo le explicaré al comisario, vaya tranquilo y dele recuerdos a su señora.

Creí que no me soltaba. Mira que es pelma este tío, vaya coñazo. Anda y que te den. Seguro que nada más

darme la vuelta me ha puesto a parir, como si lo viera. Me revuelve las tripas tanta cera como dan para luego clavar el puñal por la espalda. Hay que ser más nobles, hay que ir de frente en la vida, de frente, con un par.

—¡Señor! ¿Pero tan pronto aquí? A lo mejor lo asusté con la llamada, pero no se preocupe, hombre, que ya está más tranquila. Ahora está descansando, la convencí para que se acostase un poco, lo que no quiso fue tomar las pastillas, pero la tila sí que la bebió y le ha venido muy bien.

—Gracias por todo, Carmen. Hoy voy a quedarme yo en casa, me preocupa mucho su estado, así que ustedes tómense el día libre, ya me encargo yo de todo.

—¡Que no, por Dios! ¿Qué dice? Si aquí hay mucha tarea que hacer... Así aprovecho para lavar cortinas y limpiar los cristales, porque hay tantos que cuando se empieza por un lado ya se han ensuciado por el otro.

—No, de verdad, cójanse el día libre, que los cristales da igual limpiarlos hoy que mañana, vaya tranquila.

—Nada, nada, que no hace falta, que le he cogido mucho cariño a la señora y prefiero quedarme. Además, así puedo ir...

—¡Le he dicho que no!! Que hoy tienen ustedes el día libre ¿me ha entendido?

—Bueno...bueno...como quiera usted, pero vamos, que, si surge cualquier cosa, ya sabe que en un momento nos plantamos aquí los dos.

—Váyanse, por favor. No se preocupe de nada. Que pasen un buen día. Disculpe... ¿Dejó en mi mesa los cuadernos que escribía la señora?

—No, señor, no quiso ella, ni el móvil tampoco se lo pedí, estaba hablando con su hijo, y claro, como comprenderá, yo no soy quién para...

—Vale, vale, no se preocupe.

Vamos a ver dónde está esa magnífica escritora, vamos a reírnos un rato con sus versos malsonantes y sus patéticos poemas.

—No te escondas, mujer, si te va a dar igual. ¿No me esperabas? Es que quería darte una sorpresa.

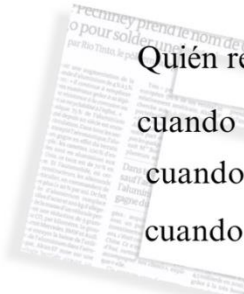
¿Será falsa? Pone cara de aterrada.

¡Ven aquí! Que no estoy yo para echar carreritas por la casa...

¡Que la deje, dice! Esto ya es el colmo.

Pues nada, si no es por las buenas, será por las malas. ¿Qué le vamos a hacer?

Yo vengo en son de paz, pero te pones terca y claro, no me dejas otra opción.



Quién rezará por mí

cuando **ya no** me haga falta

cuando sea una noticia,

cuando salga en las portadas.

Quién leerá, *mis escritos* 

mis cuadernos remendados,

mis versos amarillentos,

de lágrimas empapados.

Quién buscará entre *mis sueños*

los que nunca se cumplieron,

los que quedaron dormidos,

esperando su momento.

Quién explicará a mis hijos

el porqué de mi **silencio,**

de aquella tristeza infinita,

de mis temores eternos.



Quién recogerá el dolor
de la soledad que quema,
de la espera *p r o l o n g a d a*,
que nunca mereció la pena.



Quién me llevará una flor
cuando **ya no** pueda olerla
cuando mi cuerpo esté frío
y el daño **ya no** me duela.

Nadie, si no soy yo
puede romper la cadena.

Nadie, por eso hoy
terminará mi condena.

Nadie, si no es **mi voz**
gritará con tanta fuerza.

Solo yo conseguiré
que le aplaste la vergüenza.

—Señor comisario, para *El Noticiero*: Si definitivamente se descarta que las dos muertes estuviesen relacionadas por tratarse de hombres denunciados por maltratado a sus mujeres, ¿cómo explican ustedes que se produjesen de la misma manera?

—Nosotros nunca hemos dicho que las dos víctimas fuesen maltratadores ni que este fuera el punto que las relacionase, ni siquiera hemos confirmado que se hayan producido de la misma manera...

—Esas cosas trascienden, señor Parra, y en todos los medios se ha publicado que pudiese tratarse de un asesino de maltratadores.

—Ustedes publican cosas que nosotros no hemos confirmado, señor...

—Solana, de *El Diario*.

—Señor Solana, los rumores no deben ascender a la categoría de noticia, porque corren ustedes el riesgo de equivocarse. Todo lleva su tiempo, un tiempo que

nosotros empleamos en investigar y ustedes deberían emplear en informar, no en llenar las páginas con titulares que impresionen al lector pero que lo alejen de la realidad.

—Para *Crónicas*, ¿confirma, entonces, que las detenciones de los ciudadanos romanos se deben a que tienen contra ellos pruebas para acusarlos de las muertes? ¿Qué hay del asesinato que se produjo en esta misma comisaría?

—Mire usted, las personas de nacionalidad romana que estaban detenidas se encuentran ya en prisión y el juez ha decretado secreto de sumario motivo por el cual no puedo transmitirles más información. En el juicio que se lleve a cabo en su momento, se determinará su grado de implicación en los casos que menciona, pero puede usted imaginar, que, si no hubiese hechos suficientes para retenerlos, se les habría puesto en libertad.

—Insisto en la pregunta que realizó antes mi compañero: ¿cómo se relaciona el asesinato en la comisaría con los ciudadanos romanos detenidos? ¿Y qué tienen que ver en todo esto la muerte de dos chicas de la misma nacionalidad cuyos cuerpos han sido encontrados junto al de un hombre hace dos días? Por favor, responda.

—Se está investigando la muerte de estas personas a las que hace referencia y su posible relación con los detenidos. En cuanto al asesinato en el calabozo de esta comisaría no puedo decirle más que está prácticamente resuelto, y en el momento en el que todo esté cerrado,

conocerán el resultado de la investigación hasta donde el juez nos permita, claro está.

Míralo, Parra suda por cada pelo una gota, le brilla la frente y se tiene que aflojar el nudo de la corbata porque no puede ni respirar. ¿No querías protagonismo? ¿No te hace tanta ilusión estar ahí sentado como si fueses el rey Midas? Pues toma, ahí tienes tu precio, responde, aunque para ello tengas que echar mano de la más absurda de las imaginaciones, porque vamos, lo que estás contando no hay por dónde cogerlo.

—Para *El Semanal*: ¿Qué opina de la detención por parte de la Guardia Civil del dueño del bar que frecuentaba la segunda víctima? ¿Por qué dos Cuerpos del estado investigan de forma tan descoordinada?

—Un momento, un momento...

¡Hombre! A Lagos le ha escocido la preguntita, o intuye que Parra no va a dar pie con bola al contestarla. ¡Ay, Supremo de mis amores! ¡Lo que estoy disfrutando al verlos derretir bajo el calor de los focos y la asfixia de las preguntas! Sí señor, como tienen que ser los interrogatorios, a ver si aprendéis a hacerlos.

—Tanto la Guardia Civil como la Policía Nacional, se complementan en su labor de investigación, no busquen ustedes competencia o descoordinaciones donde no las hay.

—Señor Lagos, para *Alerta*: ¿Se confirma que la tarde en la que se produjo el asesinato en sus calabozos alguno de los detenidos ahora se encontraba en la comisaría? Habrán aumentado ustedes las medidas de

seguridad ¿no? No se entiende que ahora que hay cámaras en cualquier comercio, ustedes sigan tan...digamos, anticuados.

Hemos sido el hazmerreír de medio mundo, y ahora quieren estos dos arreglarlo todo con su imagen de «qué buenos somos y qué bien lo hemos hecho», estos se creen que los periodistas son estatuas con micrófono, y de eso nada. Estos chavales tratan de conseguir unas declaraciones que valgan la pena para arrasar en sus periódicos, porque saben de sobra que mañana este tema va a ir en portada, pero venderá más el que tenga una frase más sensacionalista, el que logre acaparar la atención de la gente, y a lo mejor, por esa tontería, el que está hoy aquí, haciendo la pregunta, logra un ascenso y deja de asistir a ruedas de prensa como esta, en la que solo se pueden escuchar sandeces.

—Señor Lagos, para *El Adelanto*: ¿Para qué nos han convocado a esta rueda de prensa en la que parecen tener menos información que cualquiera de nosotros?

¡Toma, pregunta! ¡Lo que estoy gozando, madre mía! Creo que todo este tiempo de espera, de desprecio por parte de estos dos gañanes, de desesperación y de angustia al ver cómo me dejaban de lado, está valiendo la pena solo por este momento glorioso en el que Parra ha perdido el color y la compostura por completo y Lagos respira de forma entrecortada.

—No sé lo que quiere insinuar, caballero, pero si usted pone en duda nuestro nivel de información...

—No lo pongo en duda, señor Lagos, lo afirmo. Posiblemente no lo sepa, pero me acaba de llegar un mensaje confirmando la muerte de la mujer que permanecía ingresada en estado grave por violencia de género...

¡Bueno! ¡Habrá que oír a la Garrido!

—Desgraciadamente, estos hechos ocurren muy a pesar nuestro, y no veo la relación que pueda haber entre esta rueda de prensa y la desgraciada noticia que usted está comunicando y que tendremos que confirmar.

¡Menudo jaleo se ha formado! Esto es la guerra, sí señor. A tomar vientos la rueda de prensa, que se vayan todos ya de una vez. Ellos tienen lo que querían, el Cuerpo de Policía Nacional a ras de suelo; y yo también: mis dos superiores convertidos en mis dos inferiores. Pues hala, cada uno a su casa.

—Señor Sotillo, tengo que ausentarme un momentito. Una urgencia, discúlpeme.

¿Y qué urgencia tiene este? Como no sea una diarrea galopante, no sé qué otro asunto puede suceder en la miserable vida de Valdemoro, sigo pensando que le tendría más cuenta tirarse al tren, pero bueno...

—Señores, por favor...Es lamentable para todos que sigan dándose casos como este, pero el motivo que nos ha traído aquí hoy no es otro sino responder a su petición de informarles sobre el estado de nuestras investigaciones...

—¡Qué pena! ¿No le parece, jefe? Esto se les ha ido de las manos...

—Por una vez en la vida y sin que le sirva para acostumbrarse, tengo que darle la razón, Pinto, esto más que una pena, es una vergüenza total.

—A veces me alegro de que no dejasen entrar a mi hijo en el Cuerpo. Yo estoy convencido de que hubiese llegado muy alto, y ellos también, por eso le tiraron para atrás, pero si llegar alto significa comerse estos marrones, prefiero mil veces que se quede en casa...Anda y que se pudran todos con sus puestos de altura, les cae bien que se les venga el lodo encima, a ver si así aprenden a ser un poco más humildes. ¿No le parece jefe?

—Me parece, Pinto, me parece...

Me parece que está para ingresar en un psiquiátrico con camisa de fuerza de las gordas, porque vamos, que tenga uno que oír tantas mamarrachadas de una tacada es demasiado. ¡Que su hijo iba a llegar alto y por eso le tiraron para atrás! Pero ¿se puede ser más zote? Tu hijo es un pedazo de maricón y lo más alto que va a llegar nunca es a la cama de otro tan maricón como él.

Me pone de mal humor esta gente que guarda tanto resentimiento dentro, tanto rencor que le ciega para no ver las verdades como puños que tienen delante de sus ojos. Esta clase de desechos humanos son capaces de cualquier cosa con tal de vengar ese odio. Miedo me da que un día no amanezcamos todos churruscados como a este le dé por hacer alguna tontería.

Hala, ya se ha levantado la sesión, menudos abucheos les han dado a Parra y a Lagos, claro que sí. Habrá que ver cómo les pone mañana la prensa, y menuda

les va a caer de Herrera, seguro que se presenta aquí y se les cae el pelo. Y encima con una muerta más. Esa que les caiga encima a las del Gamal, que se la dejen enterrar a ellas, tanto insistir en las denuncias y tanta falacia envuelta en discursos de abolicionistas del heteropatriarcado y no sé cuántas cosas más.

—¡Sotillo! ¿Te has enterado? ¡Estarás orgulloso!

—Mira, Garrido, no voy a permitirte que me hables en este tono en ningún sitio, pero menos todavía en medio de un pasillo.

—Que sepas que voy a poner una queja por escrito con referencia a la dejadez de funciones que has tenido con el caso de Luisa Oller Sancho y cuyas consecuencias supongo que ya conoces.

—Pon una queja donde te dé la gana, tengo la conciencia tranquila, cosa que no sé si puedes decir tú, porque mi «dejadez de funciones», no ha llevado a nadie a la sepultura, pero vuestra insistencia en que las mujeres denuncien ha desembocado en lo que tenéis delante.

—El ochenta por ciento de las mujeres muertas por malos tratos en lo que va de año, no habían denunciado nunca. ¿Sabes lo que eso significa?

—Sí, que el veinte por ciento están muertas por denunciar.

—Eres patético.

—Y tú eres cansina.

—Voy a denunciarte por incumplimiento de funciones, por no realizar tu trabajo, por no cursar las

solicitudes de órdenes de alejamiento, por discriminación en el trato a las mujeres y por...

—Y por decir las verdades que nadie se atreve a decir.

—Luisa Oller tenía un hijo pequeño.

—Y yo tengo dos mayores.

—Si hubieses hecho caso de su denuncia, ahora estaría junto a su niño y no en la mesa de autopsias del hospital.

—No te confundas. Estaría viva si tú no hubieses insistido tanto en que las mujeres vengan a la comisaría a denunciar a sus parejas

—Es increíble, no pensé que fueses así.

Se va con lágrimas en los ojos, la muy histérica vive todo esto como si la muerta fuese su madre. Poca profesionalidad demuestra alguien que se implica de manera tan personal en los casos. Un psicólogo, como un médico, como un buen policía tiene que mostrarse imparcial, no tomar partido por nadie. Todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario ¿no? Pues eso.

—Reunión en el despacho del señor Lagos. Nos irá a poner los deberes.

—Gracias, Peña, voy a hacer una llamada.

Reunión ahora, ya está bien, no tendrán bastante con el bochornoso espectáculo que acaban de dar en la rueda de prensa...Pretenderán que los demás les saquemos las castañas del fuego, que remedemos lo que han denigrado ellos, pero lo que es conmigo, lo llevan claro.

—¿A ver? Sí, Sebas, soy yo... ¿Qué pasa, chaval? No, a mí no me pasa nada, pero vamos, parece que os habéis muerto, que no dais señales de vida... Sí, hombre, sí, pero también me podéis llamar de vez en cuando ¿no?... No, no le he buscado médico a tu madre, no, porque no quiere ir... Y dale que te pego, que no quiere, y yo no puedo llevarla en contra de su voluntad, que es una persona mayor, no un recién nacido... ¿Pero tú sueñas? ¿Dónde voy a encontrar yo un psiquiatra que vaya a verla a casa?... ¿Cómo que pagando? ¡Que no es así, hijo, que no es así! Que los médicos tienen que hacer pruebas y cosas, y no lo van a hacer en casa por la cabezonada de una persona, que no es eso... Bueno, ya hablaremos. ¿Qué día venís?... ¿Cómo? O sea, que ¿en fin de año no vais a estar en casa? ...Pues no, hombre, no es que pase nada, pero vamos, son fechas señaladas... ¿Y ya se lo habéis dicho a tu madre? ...Vale, vale... Venga, sí, ya hablaremos con más calma, anda, que tenemos lío. Adiós, adiós.

No vuelvo a llamarlos, a ninguno, porque da igual lo que se quiera hablar con ellos, el tema se desvía siempre a su madre, su madre, y su madre. No saben hablarme de nada más, ni sé si les va bien o mal en los estudios... Bueno, les va mal, porque si les fuese bien, ya haría cinco o seis años que estarían ganándose su buena *pasta* en un trabajo, como todo hijo de vecino, y no de fiesta en fiesta, que parece que es lo único que saben hacer. Así se vive muy bien, chupando del dinero de los

demás. Dignos hijos de su madre, no hay más vueltas que darle.

—¿Estamos todos? Quiero que me escuchen con atención. Herrera viene hacia aquí. Al enterarse de lo ocurrido ha decidido posponer otras actividades. Por lo que he hablado por teléfono con él la idea es que en los periódicos de mañana se hable más de la nueva muerte por violencia de género que de la rueda de prensa que los periodistas nos han boicoteado esta mañana.

¡Lo que hay que oír! «Que los periodistas nos han boicoteado», este hombre se está dejando en ridículo a sí mismo y no se da ni cuenta

—Señor Lagos, los que distribuyen la información y deciden lo que va en portada y lo que no, son los periodistas.

—¿Han detenido al marido o lo que fuese?

Lagos no ha hecho ni caso de la observación de Peña, él va a lo suyo, cuesta abajo y sin frenos, para que la impresión sea más gorda.

—Primero hay que encontrarlo. Desde que ingresaron a la chica está desaparecido.

—¡Pues eso es, Parra! Esa es la noticia que necesitamos para que mañana podamos tapar la boca a todos estos buitres carroñeros que lo único que pretenden es echarnos tierra encima.

Parra no dice más, ¿para qué? Deja que Lagos se desencuaderne soñando con las aventuras de un comisario jefe que quería ganar todas las guerras con una sola batalla. Ahora es cuando viene lo de «los quiero a todos...»

—¡Los quiero a todos trabajando en este tema! Parra, organízalos para que cada uno se encargue de una parte. Quiero en comisaría al asesino lo antes posible. Quiero la denuncia que puso la chica la semana pasada, los informes de las lesiones con las que fue ingresada, si hubo arma, si había denuncias anteriores...

Bueno, bueno, que yo esta película ya la he visto muchas veces y sé cómo acaba.

—Vamos a conseguir que la gente se dé cuenta de que en esta comisaría se trabaja a fondo, de que no dejamos los trabajos sin terminar, y que si no podemos ir más rápido es porque las cosas no son tan fáciles, todo lleva su tiempo.

—Señor Lagos...

Peña está hoy verborreico perdido, no hay quien lo aguante.

—Me va a disculpar, pero en la rueda de prensa de esta mañana, a mí no me ha quedado claro si los dos casos de asesinato que intentamos resolver están cerrados con la detención de los rumanos o no, porque el arma no ha aparecido, la conexión entre las dos víctimas tampoco...

¡No me extraña! Pobre Peña, no le ha quedado claro ni a él, ni a nadie. Que no se estruje la cabeza porque los

únicos que lo tienen claro son los periodistas, y lo que va a ir mañana en portada, si todo sale como yo espero, es la incompetencia profesional de nuestro comisario y de su jefe.

—Peña, la detención de los rumanos no cierra los dos casos, pero se acerca bastante. Siempre quedan flecos, pero si están detenidos y el juez ve indicios no será yo quien se lo discuta. Y ahora, vamos a trabajar en este nuevo caso. Parra les dirá lo que tienen que hacer cada uno.

A mí, no, desde luego, a mí ese mequetrefe no me dice lo que tengo que hacer, estoy pendiente de una llamada muy importante.

—¿Llamazares? Sotillo al habla...Bien, bien... es verdad que ya hace tiempo que no echamos una parrafada, pasan los meses y no nos enteramos...Bueno, oye... no, no es que pase nada, hombre, tranquilo, solo quería facilitarte un poco la labor, decirte lo que va a ir en portada mañana...Sí, hombre, sí que puedes, ya verás como sí, que para eso eres el director del periódico. Mañana me colocas a toda plana la chapuza de la rueda de prensa que han dado hoy mis dos superiores... Eso es, como lo oyes...Comentas que no tienen ni idea de lo que se traen entre manos y dejas caer que sus puestos corren serio peligro... En fin, lo redactas a tu manera que el periodista eres tú... ¡Ah, no! Que te faltaba alguna asignatura y maquillamos un poquito el título porque a los dos nos interesaba que ocupases ese puesto tan... estratégico... Venga, Llamazares, no me hagas recordar

los viejos tiempos, que tampoco te he dado tanta lata y llevas diez años chupando del frasco... ¡No, en páginas interiores, no! Quiero una portada con letras que se salgan del papel de lo grandes que las vas a poner...Venga, señor director, tenemos que vernos, salir a cenar o algo, que necesito ponerme al día de garitos y seguro que de eso sabes un rato.

Asunto concluido. Y ahora para casa, que por hoy ya vale.

¡Dios! El frío que hace... A ver si pillo la jubilación anticipada y me voy a vivir al Caribe, aunque sea.

—Adiós, señor Sotillo. ¿Ya se va?

—Sí, Valdemoro, yo me voy y usted viene ¿Ya solucionó lo de su urgencia? No le vi en la reunión.

—Lo siento, me avisaron de que había una fuga de agua en casa y se estaba inundando el piso de abajo. Estas casas viejas son como las personas, no dan más que problemas.

Tú si que eres viejo, desgraciado, pero vamos, desde el día en que naciste.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! Esto es imposible, completamente imposible... En el momento que esto trascienda, estamos acabados, sin credibilidad, sin confianza...Ni en mis peores sueños hubiera podido imaginarme algo así...

—Vamos a tranquilizarnos, con perder los nervios no hacemos nada, vamos a organizar el trabajo, a tomar medidas, a no dejar que se nos vaya nada de las manos.

¿Nada de las manos? Me conmueve ver cómo Lagos tranquiliza a Parra. «Nada de las manos» dice. Se os ha ido todo, miserables, se os ha escurrido la dignidad entre vuestros sucios dedos. De tanto querer acaparar protagonismo, de tanto querer haceros con la fama y los galardones os habéis quedado con las críticas. Voy a empapelar el despacho con la portada del periódico de hoy, voy a hacer copias y a distribuirlas entre todos los trabajadores de esta comisaría y después entre las comisarías de toda España.

¿Y ahora se dan cuenta de que se les ha ido todo de las manos?

¿Ahora? ¿Por qué ahora? ¿Porque ha aparecido muerto el marido de la Luisa Oller esa? ¿Porque lo han encontrado como a los otros, con un tiro entre las piernas y otro en la frente? ¿Porque se ha confirmado que han sido hechos con la misma arma? ¿Porque esto deja bien claro que los rumanos que metisteis en el trullo no tienen nada que ver en este lío?

No podéis ni imaginaros la ilusión que me hace todo esto, lo siento por él, pero es que no os podéis hacer ni una idea de lo bien que me ha venido que se hayan cargado a ese pobre hombre.

¿Y ahora qué? ¿Ahora dónde está el orgullo y la osadía esa que teníais para convocar ruedas de prensa y sentaros los dos delante de la gente como si fueseis los

putos amos? ¿Ahora dónde está la mala leche que tuvisteis de hacerlo todo sin contar conmigo, ocultándome datos, formando un frente común sin tenerme en cuenta para nada?

Vamos a ver qué valor le echáis al tema, vamos a ver si sabéis reconocer delante de todo el mundo vuestra pedantería y vuestra falta de respeto.

—¡No sé qué vamos a organizar! Herrera está a punto de llegar, no podemos tomar ninguna decisión todavía. ¿Tú qué dices, Sotillo? Te has quedado mudo.

—Yo no digo nada, Parra. Lo que vosotros hagáis está bien hecho.

—¡Hombre! Esa es una postura un tanto cómoda... Tenemos que mojarnos todos, al fin y al cabo, vamos en el mismo barco ¿no?

Cállate, Sebastián, cállate. Ya falta poco, no la vayas a montar ahora. Tranquilo, respira tranquilo que te sube la tensión. Uno, dos. Uno dos. Pero es que es muy difícil contenerse. ¿Pues no va y me dice que vamos en el mismo barco? ¡Ahora que se está hundiendo, me invitan a subirme! Todo este tiempo han ido ellos dos en un crucero de placer, y ahora que se les va a pique Lagos me ofrece compartir el viaje...Uno, dos. Uno, dos. Inspirar y espirar. Inspirar y espirar.

—Señor Lagos, la puerta se ha llenado de prensa. A ver qué hacemos porque se están poniendo la mar de pesados. Quieren información sobre el asesinato del marido de la chica, la gente se ha arremolinado y esperan

la entrada de Herrera, yo no sé cómo se han enterado de que está llegando...

Pues muy sencillo, porque se lo he dicho yo a mi amigo Valladares, y con un director de periódico que lo sepa, ya es bastante, que no os enteráis.

—No hagan nada, Peña. Yo creo que ahora mismo, lo mejor es mantener la calma y el silencio hasta que podamos decir algo coherente.

¿Algo coherente? Entonces es mejor que nos vayamos a casa, porque estos, no han dicho nada coherente en su vida.

—Ahora sí que se puede hablar de un asesino en serie, de alguien que va a por los maltratadores, está bien claro, ni rumanos ni nada. Alguien se ha empeñado en tomarse la justicia por su mano.

¡Qué listo es mi exsupremo! ¡Cómo deduce ahora las cosas! *A toro pasado* se hace muy bien.

Yo prefiero callarme, escucharlos hacer sus propias conjeturas. Pensar que ayer mismo aseguraban ante una treintena de periodistas que el caso estaba prácticamente cerrado con los rumanos en prisión y que solo faltaban algunos detalles. Verlos hoy aquí, atrincherados entre las paredes del despacho, sin atreverse a asomar el morro porque saben que son la vergüenza nacional, una vergüenza que, amablemente, quieren compartir conmigo y por eso me han llamado a primera hora, a ver qué se le ocurría al bueno de Sotillo. Me pregunto si se hubiesen acordado de mí de estar hoy en un pedestal, aclamados por todo el Cuerpo al haber resuelto un caso complicado.

Me pregunto y me respondo, claro, porque sé muy bien que no se hubiesen dignado ni en recordar cómo me llamo.

—El señor Herrera ha llegado. Quiere verlos en la sala de reuniones, dice que es urgente. Viene con otras dos personas que no conozco. Han entrado por el subterráneo. Parece que no quieren que nadie los vea. No sé lo que está pasando.

Peña parece un teletipo, habla entrecortado, como dando las noticias en frases breves para que las vayamos digiriendo poco a poco. Parra suda profusamente, tiene la camisa empapada y huele a miedo, a acojonamiento, a podrido, que es como está. Y Lagos se va a desgastar la barba de tanto sobársela. Que guarde todos los pelos que se le caigan, porque va a perder el poco que le queda en la cabeza.

Míralos, van a la sala de reuniones como si fuesen al matadero.

Ya se sabe, *a cada cerdo...*

¿Y estos quiénes son? ¿A qué demonios nos trae Herrera a esta gente? No creo que en un día como hoy estemos para visitas, vamos.

—Les presento a la comisaria jefa Camazón y al inspector Alzaga. Ambos pertenecen a la brigada central de homicidios, y van a sumarse a la plantilla de nuestra comisaría para realizar un operativo que nos ayude a solucionar esta situación.

¡Hombre! Nos traen refuerzos de la central, mira qué bien, es la primera vez en todos los años que llevo aquí,

que tienen que venir a sacarnos las castañas del fuego los de la capital.

—Está claro que el caso ha alcanzado unos niveles a los que no debiera haber llegado nunca. No sé si son conscientes de la trascendencia que este tipo de sucesos tienen en la población. La gente se desborda, ven sospechosos en todos los sitios, cualquier otro asesinato que haya se le achaca al mismo supuesto asesino en serie, se suceden las llamadas de los que creen haber visto, los que lo ven o los que se lo inventan. ¿Saben lo que eso significa? Desprestigio para el Cuerpo, polémica, falta de confianza y trabajo de años y años tirado por el suelo. Como no vamos a dar lugar a todo eso, quiero reunir al equipo de confianza de esta comisaría para que, tanto la comisaria como el inspector, les presenten cuál va a ser el dispositivo que se va a poner en marcha a partir de hoy mismo.

» El director general del Cuerpo y el ministro de interior se han puesto en contacto conmigo para pedirme la máxima rapidez en la solución de este caso. Sé que después de pedir las cosas por esta vía, la siguiente llamada es para exigir las, y entonces yo también tendré que exigirles a ustedes. Reúnan a las personas que han estado trabajando en los casos, no más de seis o siete en total, esto va a ser algo estrictamente confidencial.

—¿Ahora mismo?

—Sí, Lagos. Me temo que perder el tiempo es un lujo que no podemos permitirnos.

Demasiado suave ha estado Herrera. Yo les hubiese restregado la portada del periódico en toda su cara además de retirarles la placa y el arma.

Pues nada, aquí estamos reunidos lo mejor de cada casa. Incluso ha venido la Garrido. Me mira mal, muy mal, y no me dirige la palabra, pero me da lo mismo.

Hay una silla libre a mi lado y la boba de ella da la vuelta a toda la mesa para ponerse en el otro extremo... Un día me voy a hartar. A mí no me desprecia nadie, Garrido.

—Bueno, señores, empezamos esta reunión extraordinaria ya que, ante el cariz que han tomado los hechos, se precisan nuevas directrices. Para los que no estaban antes, les presento de nuevo a la comisaria jefa Camazón y al inspector Alzaga, vienen de la central de Madrid. Ellos les van a explicar el dispositivo que se va a poner en marcha para darle una orientación diferente al caso que nos ocupa y que ayer mismo ha desembocado en otra muerte, de nuevo de un maltratador previamente denunciado en esta comisaría.

Qué técnico se pone este hombre cuando quiere. No creo que haga falta tanta parafernalia para esto. Nos podíamos haber reunido en un buen restaurante - prescindiendo de Parra y Lagos, por supuesto-, habernos juntado Herrera, los de Madrid y yo, una buena comida, unas botellas de vino con denominación de origen, y unas copitas de postre.

Se verían las cosas de otra manera, y no así, metidos en esta sala todos, en torno a una mesa en la que no se va

a comer nada y con esta pandilla a los que han convocado todavía no sé por qué.

Aquí sobra Peña, que luego se las da de gallito; Pinto que bastante tiene con pasarse la vida recordando que a su hijo no le dejaron entrar por ser demasiado bueno; Valdemoro, el de «los muertos hablan», hay que ver, qué pintará este elemento aquí; la Garrido, por supuesto, porque no es policía, entre otras razones; Parra y Lagos, que ya deberían estar en otro mundo mejor; y si me apuran, hasta los dos de Madrid, porque ella es fea como un dolor y él me ha caído gordo... o sea, que menos Herrera y yo, sobran todos, para qué vamos a engañarnos.

—La estrategia es bien sencilla.

Vaya, ¿qué sabrás tú de estrategias si acabas de llegar? Armazón, Camarón o como te llames.

—A falta de los resultados definitivos de la autopsia, el último asesinato se ha producido de la misma forma que los anteriores, por lo que podremos canalizar nuestra atención hacia dos puntos esenciales: alguien quiere terminar con los maltratadores, y además quiere hacerlo de forma que, no solo les procure la muerte, sino que, además, les provoque dolor antes de ella.

—Esa idea ya la hemos aportado nosotros hace tiempo, inspector.

—No lo dudo, comisario Parra, pero ahora, además de aportar ideas hay que pasar a los hechos, y los hechos son que, de las tres muertes, el cien por cien se han producido después de que la mujer, víctima de maltrato, viniese aquí y denunciase a su pareja.

—Sí, sí, si eso ya está claro.

¡Pobre Parrita! Se le ve venido a menos, bueno, podríamos decir, venido a nada de nada, porque menos ya no se puede ser. Está queriendo dejar bien claro que ya se nos habían ocurrido todas esas ideas antes que a ellos, que hemos tenido tres asesinatos, sí, pero que pensar, pensamos bien.

—No basta con tenerlo claro, comisario, hay que hacer algo más, no podemos permitirnos otra víctima. Por mucho que se haya pensado y que se haya investigado tenemos dos detenidos que permanecen en prisión por su implicación en otros delitos, pero que no se ha podido probar si tienen algo que ver en este tema.

—Bueno, a ver... sí tienen que ver en el tema, sí estaban relacionados con el muerto, sí tenían negocios de prostitución y extorsión con él, sus huellas estaban en el piso...

—Sus huellas y las de medio vecindario, comisario. Yo le digo a usted que si no fuese porque ya se les buscaba por los robos en urbanizaciones y porque se les va a culpar de ordenar la muerte de las dos chicas rumanas y el confidente, estarían en la calle como está el dueño del bar que detuvo la Guardia Civil y al que tuvieron que soltar por mucho que también participase de los trapicheos de los rumanos y sus huellas estuviesen en el piso.

El tío viene con la lección aprendida, sabe más del caso que nosotros, le ha cerrado la boca a Parra en dos

segundos. Bien hecho, madrileño, muy bien hecho. A ver, que ahora parece que va a tomar la palabra la otra.

—La idea es la siguiente: en los próximos días una de nuestras agentes va a hacerse pasar por víctima de maltrato, vendrá a esta comisaría y podrá una denuncia, dará su dirección y facilitará todos los datos que se piden normalmente. Su expediente seguirá los trámites que siguen cuando se pone este tipo de denuncia, se la llevará al Gamal y se le prestará la misma atención que se les ha prestado a las otras víctimas. Todo debe seguir su curso normal, de hecho, salvo los asistentes a esta reunión, nadie, absolutamente nadie, sabrá que se trata de una de nuestras agentes.

Nos hemos quedado todos callados, no me extraña, no estamos acostumbrados a este tipo de teatros, aquí se han resuelto siempre las cosas por el camino más corto, sin andarse con tantos rodeos.

—En la dirección que va a figurar como su residencia habitual, vivirá otro de nuestros hombres, que va a hacerse pasar por su pareja. Se trata de que cuando ella ponga la denuncia, él esté en el domicilio. Le tendremos vigilado, controlado y protegido, porque es bastante probable que el asesino intente seguir con su estrategia de terminar con los maltratadores, y vaya a por él.

¡Bueno! Esto parece una película americana.

—¿Alguna pregunta?

Se hace un silencio incómodo hasta que Pinto lo rompe con una de sus sesudas incógnitas.

—¿Qué les hace pensar que el asesino va a ir a buscar al maltratador a ese domicilio? ¿De dónde va a sacar él esa dirección si nadie conoce aquí a esa mujer ni al marido? ¿Cómo va a dar con él y con su casa?

—Perdone, no recuerdo su nombre...

—Pinto, oficial Honorio Pinto.

—Pues mire, Pinto, de la misma manera en la que el asesino ha dado con este último hombre que llevaba varios días en busca y captura, y que ha conseguido localizar antes que la Policía, en casa de uno de sus hermanos.

—Pues será que lo conocía porque si no, a ver cómo iba el asesino a saber que el marido tenía hermanos y dónde vivía cada uno de ellos. Esos datos no se han publicado, no han trascendido a la prensa, no los sabe nadie más que la propia familia.

—Escúchenme bien.

Hay que reconocer que acojona oír a esta tía, nos tiene a todos aquí, pendientes de lo que dice como si hubiese conseguido sacar de nuestras cabezas lo que tenemos dentro para centrar la atención en ella y solo en ella. Lo que dice es interesante, no como otras...

—Vayamos un poco más atrás. La primera víctima. Se produce la muerte en el calabozo de esta misma comisaría.

Nos guste o no, tiene razón.

—No hay duda de que ha sido hecho por la misma persona, no por la técnica, sino por el arma, difícil de localizar marca y modelo, no puede haber dos iguales en

el mismo sitio, bastante improbable. O sea, que lo ha hecho alguien que aquel día estaba en la comisaría ¿verdad? Y que a nadie le resultó especialmente llamativo.

—Bueno, fueron momentos de confusión, de jaleo, la familia de la mujer nos increpaba, la prensa se nos echaba encima, había más gente de la que normalmente hay en las oficinas, fueron minutos, tal vez unos segundos de descontrol...

Lagos quiere disculpar lo sucedido, pero no tiene disculpa posible, y ella lo sabe.

—Lo entiendo, lo entiendo, son situaciones especiales que alguien sabe aprovechar bien, pero no me creo que una persona pueda bajar las escaleras, llegar al calabozo, meterle dos tiros al detenido, subir, salir de aquí y, todo eso...sin llamar la atención de ninguno de ustedes...Como mínimo es raro ¿no?

Pues claro que es raro, eso ya lo sabemos nosotros.

—Vayamos a la segunda víctima. El asesino lo encuentra en un piso que tenía cerrado, da con él sin ningún problema, llega antes de que dé tiempo de conseguir la orden de registro. Cuando dos de ustedes logran entrar en ese piso, el asesino ya ha estado en él, ya ha hecho su trabajo.

—Bueno, esa dirección no era secreta...

—No, Luengo, no lo era, pero nadie forzó la puerta. ¿Si usted está escondido, huyendo de la Policía, abre la puerta sin problemas al primero que llame a ella?

—Mucha gente tenía llave de ese piso.

Claro que sí, Peña tiene razón, el propio Oriol me lo dijo.

—Sí, pero lo que esa gente no sabe es que después de irse los rumanos, cambió la cerradura, solo le dio una copia al dueño del bar, por si había algún problema, el resto de las llaves que podía tener otra gente, ya no servían.

—¡Bueno, pues entonces ya tenemos algo! No entiendo por qué ha soltado la Guardia Civil al del bar después de tenerlo detenido...

—Pues mire, Luengo, porque el tal Julio, el dueño del bar, tiene coartada para la hora en torno a la cual se produjo el asesinato, estaba en Urgencias del hospital, tiene documentos y testigos que así lo han asegurado.

—Pudo encargar el crimen, darle la llave a alguien y acudir a Urgencias fingiendo lo que sea para asegurarse una buena disculpa.

—No creo que nadie finja una pancreatitis, que es el diagnóstico que se le hace, la mayoría de nosotros no sabemos ni lo que es.

Luengo no sabe qué contestar. No me extraña. Yo estoy acojonado. ¿Pero cómo pueden saberse tan bien todos los pasos que hemos dado? ¿Cómo tiene esta tía tanta información sobre un caso que es nuestro? Han debido de tenerlos al tanto de todo por si, llegado el momento, tenían que intervenir, y el momento ha llegado con la muerte de este chaval. Se ve que ni la central ni el ministerio van a arriesgar más, y prefieren actuar ya. Bueno, a mí, mientras me quiten a Parra y Lagos del

medio y me asciendan, como si viene el mismísimo Sherlock Holmes a investigar.

—Yo no sé muy bien lo que quiere sugerir, comisaria.

—Disculpe, es usted...

—Lola Garrido, del Gamal.

—Señora Garrido, tenemos tres víctimas de un mismo asesino. Alguien que a nadie llama la atención, pero que actúa rápido; que es lo suficientemente ágil como para colarse en el calabozo de una comisaría y disparar dos veces sin ser visto; que maneja datos y direcciones que no conoce todo el mundo; y sobre todo, alguien que guarda un resentimiento especial, que quiere que sus víctimas sufran, que antes de morir se retuerzan de dolor aunque solo sean veinte o treinta minutos; alguien que no ha encontrado compensación en la justicia, que no confía en ella, que no cree en la labor de la Policía...

—Permítame una pregunta. Yo soy psicóloga, y no conozco el funcionamiento de la actuación policial, pero sin enjuiciar la labor de nadie, me pregunto por qué no se puso vigilancia en el piso del segundo asesinado si era lógico pensar que pudiese ir a esconderse en él.

—¡Se puso vigilancia, claro que se puso!

—Perdona, Parra, ya he dicho que no quiero juzgar a nadie, pero si había alguien vigilando ese piso no sé por qué no vieron entrar tanto a la víctima como a su asesino.

—Lo de la víctima es lógico, podía estar dentro cuando pusimos vigilancia en el piso; y sin orden de

registro, Garrido, lo único que podemos hacer es observar, pero no echar puertas abajo.

—¿Y no vieron entrar a nadie más?

—Los oficiales que hicieron guardia no vieron nadie extraño allí, identificaron como vecinos a todas las personas que, lógicamente entraron y salieron del portal, pero nada más a excepción de...

Nos ha dejado a todos con la boca abierta. ¡Habla ya, Parra!

—A excepción de varios agentes de esta comisaría que interrogaban a los vecinos por si hubiesen visto por allí al marido de la chica, al que se buscaba ya por la muerte de esta.

Como dirían en una película, «la tensión se palpa en el aire».

—Señores, solo ha podido hacer esto una persona de un círculo muy concreto.

—Hable claro, por favor, nos tiene a todos esperando.

Y ella lo sabe, Lagos, y ella lo sabe.

—Solamente alguien de esta comisaría puede ser el asesino.

El maltrato tiene numerosas formas de hacer daño. A veces, una palabra despectiva, un insulto o un silencio, duelen más que una bofetada. Cada persona tiene un nivel distinto de sensibilidad, pero lo importante es saber

que ninguna mujer tiene por qué admitir que su pareja o expareja la humille, la desprecie, ni por supuesto, le ocasione ningún daño físico.

—Buenas tardes, señor. ¡Menudo frío que tenemos! ¿Verdad? Menos mal que aquí se está bien caliente.

—¿Dónde está mi mujer? ¿Está arriba?

—Sí señor, hoy ha salido un poco a la terraza, pero como hacía tanto frío, se ha quedado en la buhardilla pintando y haciendo sus cosas. Se la ve muy bien, la he encontrado como más contenta que otros días, a ver si la pobre va levantando un poco la moral.

—¿Dice que ha estado pintando? Es que esas pinturas... le dan alergia y luego le duele mucho la cabeza, no debería hacerlo, no le conviene.

—Ya... no sé... yo no soy quién... usted ya me entiende. Veo que con esas cosas está feliz, y claro, ¿cómo voy a ir a quitarle?

—¿Y ya comió?

—No señor, comer es lo que peor lleva, mire que le ofrezco cosas a lo largo de la mañana: un zumo, un consomé, una fruta... lo que quiera, pero no le entra nada, y claro, así va a tardar mucho en recuperarse. Ya le digo yo que así no puede, que si quiere volver al trabajo tendrá que estar más fuerte porque si no...

—¿Al trabajo?

—Sí... darse de alta o como se diga... porque ella estará de baja por la depresión ¿no? Vamos, digo yo, que yo no pregunto nada, bien lo sabe Dios.

—Sí, sí, claro, de baja.

—Por eso le digo que tiene que estar muy recuperada para poder hacerse cargo de los chiquillos del colegio, que son como fierecillas. Tengo yo dos sobrinos pequeños que no se imagina usted...

—Discúlpeme, en otro momento me cuenta.

Si sientes que tu pareja o expareja, te ridiculiza, te ofende, te humilla o que no te hace caso comportándose como si no existieras, eso, es maltrato.

Me va a oír esta. ¿O sea que se empeña en seguir pintando y escribiendo basura? Muy bien, pues habrá llegado la hora de reciclar.

Si no te permite vestirse o maquillarte como a ti te gusta, si controla lo que haces, si te impide relacionarte con tus amistades o te aleja de tu familia, eso es maltrato.

Juro por mi vida que estoy escuchando la voz de la Garrido. No sé, a lo mejor me estoy volviendo tarumba, o será que tengo sus malditas letanías metidas en la cabeza como si me hubiesen hecho con ellas un lavado de cerebro.

Si te agrede físicamente a ti o a tus hijos, si después te pide perdón y te promete que no lo volverá a hacer, si intenta ganarse su voluntad con algún regalo después de cada agresión, eso es maltrato.

¡Es la radio! La Garrido está en la radio dando uno de sus sermones de predicadora. No lo estoy soñando, no señor, sabía que estaba oyendo su voz y mira si era verdad.

Mujer: no lo permitas, no calles, no aguantes, no guardes silencio porque eso solo te llevará a dilatar tu condena, a aumentar tu sufrimiento, a perder lo más preciado que tienes: la voluntad de dirigir tu vida, la libertad de ser tú misma, la dignidad de poder sentirte persona.

Y esta bobalicona está ahí, escuchándola como si fuese el mismísimo Dios el que está hablando a través de las ondas, como si hubiese descubierto un misterio sagrado.

Pues muy bien, eso está muy bien.

—¿Sabes lo que hago yo con la radio y con todas las monsergas de la Garrido?

Denuncia a tu maltratador. No hay razón para seguir a su lado. Nuestro grupo de apoyo está a tu servicio para orientarte sobre todo lo que tienes que hacer, para informarte, para ayud...

—Pues esto: pisotearlas, triturarlas, destruirlas, para que no se te ocurra nunca más escuchar vendedoras de feminismo, para que sepas que al único que tienes que escuchar es a mí, para que te enteres de una vez que en esta casa se oye lo que yo digo. ¿Entendido?

¡Contesta! ¿Entendido?

Que llego a casa con la cabeza como un bombo, deseando encontrar un momento de calma, un respiro, un

rato en el que me pueda desconectar de todo el jaleo que tenemos, y ¿qué me encuentro?

¡Miseria! Eso es lo que me encuentro porque eso es lo único que eres: inmundicia y desecho, ese es tu retrato, esa es la historia de tu vida, en la que el único trofeo que has tenido ha sido amargarme la mía, machacarme, y hacer que cada vez que te vea sea consciente del error que cometió tu madre al haberte traído a este mundo.

¡Madre mía! Siento latir el corazón en la mismísima cabeza, me sacude como si fuese un bombo en el que están golpeando miles de manos. Debo tener la tensión por las nubes.

—Y todo por tu culpa, por tu asquerosa culpa.

¿Cuántas veces te he dicho que no quiero verte nunca más pintando sandeces de esas ni escribiendo tonterías? ¿Cuántas veces? ¿Cientos? ¿Miles? ¿Millones?

¿Cuántas? ¡¡¿Cuántas?!!

Y pasas de mí como si no existiera, no me haces ni caso, vas a tu bola, haces lo que quieres, te creces haciendo lo que te da la gana, pensando que, al llevarme la contraria, eres más que nadie, eres la dueña, la diosa, la que todo lo puede.

¿Es eso? Es eso lo que te crees ¿no? Que desobedeciendo lo que te digo conseguirás salirte con la tuya y dejarme a mí como un cero a la izquierda... Pero ¿tú te has mirado alguna vez al espejo? ¿Tú has visto el esperpento que eres? ¿La miseria humana en la que te has convertido?

Ven aquí.

¡Que vengas! Si yo digo que vengas es que vengas, no que salgas corriendo en dirección contraria.

Mírate. Mira delante de ti. ¿Qué ves en el espejo?

Un fantasma, una bruja, un espíritu, un guiñapo humano... Esto es en lo que te has convertido gracias a tu tozudez, a no dejarte guiar por los demás, a no hacer nunca caso de los que queríamos ayudarte. No señora, tú siempre obcecada en hacer tu voluntad, sin entender, como los animales, sin razonar... bueno, creo que hay animales más razonables que tú.

Y eso que estás vestida.

Quítate la ropa. Verás lo que eres sin ropa, sin nada que oculte el montón de huesos que hay debajo de los vestidos que yo te pago.

¿No me oyes?

¿No te da vergüenza tener ese aspecto? Mírate bien.

Ni eres mujer, ni eres nada.

Puedes dar gracias a Dios de que tienes un marido como yo, una persona con la cabeza encima de los hombros que ha sabido tirar para delante de esta familia, porque sin mí, estarías muerta.

Más muerta de lo que ya estás, porque te pareces más a un cadáver que a un ser vivo.

—¿Señor? ¿Va todo bien? ¿Necesitan algo?

—Nada, nada, se cayó la radio, nada más.

—¿Les pongo ya la comida?

—Sí, sí, póngala en el comedor y váyanse ustedes.

Tómense la tarde libre.

—Pero... si yo tengo mucha faena todavía...

—Ni te muevas de aquí. ¿Me oyes? Ni te muevas ni te vistas porque te va a tocar volverte a desnudar.

—Disculpe que le haga salir, yo solo quería decirle que no hace falta que nos dé la tarde libre porque mi marido está metiendo las plantas al invernadero y no ha terminado, y yo tengo...

—Mañana, Carmen, mañana. Hoy necesito silencio, no quiero un ruido en la casa.

—Tiene usted mala cara, sí que es verdad, sí. ¿Y la señora? ¿Necesita algo más antes de que me vaya?

—Está perfectamente, no se preocupe.

—Bueno, bueno, pues nada, entonces, hasta mañana.

—Bueno, ya estamos solitos. ¿No te hace ilusión?

Tenemos toda la tarde para nosotros, la pena es que a mí con verte dos segundos ya se me revuelve el estómago.

Pero mira, voy a hacer un sacrificio.

Llora lo que te dé la gana, me es indiferente, ni te veo.

En este momento ni te conozco, podría preguntarte tranquilamente ¿Y tú quién eres?

¿Quién va a creermme siendo su mujer?

¿Quién va a escucharme cuando hable de él?



¿Qué puede ocurrirme si salgo de aquí?

Del rincón oscuro en el que viví.

¿Dónde denunciarlo siendo él quien es?

¿Quién va a hacerme caso? Le creerán a él.

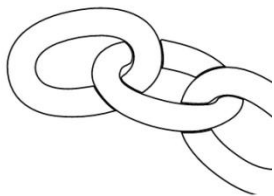
¿Qué dirán mis hijos si acuso a su padre?

Si lo cuento todo, si suelto este lastre.

Tendré que quedarme, tratar de seguir.

Seguir con el miedo.

No me puedo ir.



—Buenos días, señor, disculpe que le interrumpamos, pero mi marido y yo queremos que hablar con usted.

—Pues lo siento mucho, Carmen, pero tendrá que ser en otro momento, porque ahora tengo prisa.

—En otro momento no, señor porque nosotros hoy mismo nos vamos de esta casa.

Mírala, parecen dos pasmarotes, ella y el marido, un calzonazos que no abre el pico. No sé qué mosca les ha picado ni me importa, pero me impiden el paso ahí parapetados en el medio, como si me quisieran prohibir la salida de mi propia casa, tiene bemoles el asunto.

—¿Cómo que se van? ¿A dónde se van?

—Dejamos el trabajo, señor, sintiéndolo mucho, dejamos este trabajo.

—¿A qué viene esto? Ustedes tienen un contrato mediante el cual no pueden irse de buenas a primeras, sin contar con nada ni con nadie. No señora, no se va así por la vida, hay que ser un poco más serios. Tenía otra idea de ustedes, pero ya veo que estaba equivocado.

—Los que estábamos equivocados éramos nosotros. Nunca hubiésemos venido a trabajar en una casa en la que ocurren estas cosas. Si yo llego a saber esto no piso aquí, eso lo puede tener por seguro, si yo llego a saber lo que usted...

—¡Carmen! Vámonos ya, ya está dicho y no hay más discusión, no hables más.

—¡Un momento, un momento! Deje a su mujer que hable todo lo que tenga que hablar. ¿Qué cosas pasan en esta casa? ¿A qué se refiere?

—Mire, señor, mi marido y yo no somos personas con estudios, pero eso no quiere decir que seamos tontos. En esta casa pasan cosas que no debieran pasar, y si nosotros no podemos impedirlo porque no somos nadie, al menos no vamos a seguir aquí callando, porque a mí me enseñaron que el que calla, otorga.

—¡Vámonos, Carmen! No hay por qué dar más explicaciones, ya está dicho todo.

Ahora soy yo el que no quiero que salgan de mi casa. ¿Habrase visto semejante ingratitud? ¿Pero es que se puede ser más rastroso y más infame para dejarme aquí tirado, sin avisar, sin comentarlo, sin darme tiempo a nada? Yo creo que es la ignorancia la que les da esa valentía para actuar sin sentido, sin darse cuenta de con quién están hablando.

—Les recuerdo que soy el inspector jefe de la comisaría, y que este atrevimiento les puede salir muy caro.

—Ya sabemos muy bien quién es, pero no crea que con eso nos va a meter miedo y nos vamos a quedar aquí viendo cosas tan graves, no señor.

—¿Cosas tan graves? ¿Qué cosas tan graves?

Tengo que enterarme de lo que saben estos, la arrogancia con la que me hablan puede ser muy peligrosa, y aunque nadie iba a dudar de mi palabra frente a la de dos mentecatos despechados, quiero saber qué es exactamente lo que esta víbora sabe, o lo que le ha contado la otra desgraciada, que estará pintando monas en la buhardilla, para no tener que hacer frente a situaciones incómodas.

—Mire, señor, no hace falta ser muy inteligentes para darse cuenta de la verdad, para ver que, cuando usted pasa la tarde con la señora, ella aparece magullada, herida, llena de moratones...Qué casualidad que solo se caiga por las escaleras o en la bañera cuando a nosotros nos da la tarde libre ¿no?

—¿Qué insinúa?

—Nos vamos, Carmen, ya está bien, nos vamos.

—¡Déjame! No podré ir a decirlo a la comisaría porque nadie nos iba a hacer caso, pero en su cara sí que se lo digo: es usted un maltratador, usted pega a esa pobre mujer que tiene encerrada ahí arriba, usted le hace cosas horribles que ella no dice porque está muerta de miedo.

—¡Calla, Carmen, por Dios, calla!

—No, ya no me callo más. Lo que está usted haciendo es muy grave, señor, muy grave, y si no nos

hemos ido antes era por no dejar a su mujer sola, porque es una bendita, pero ya no podemos más, esto se acabó.

Me mira con unos ojos que parece que se le van a salir de la cara. El marido no consigue callarla, así le va con ella, como un pelele, así le trata, ese es el problema que tienen, que no la ha sabido llevar derecha en su vida y ahora ya no la controla.

—Me ocuparé personalmente de que ninguno de los dos encuentre trabajo nunca más, y les comunico que todo lo que me ha dicho, tendrá que demostrarlo delante de un juez.

¡Desagradecidos! ¡Sinvergüenzas! ¡Malnacidos! Que trabajan en una casa con dinero y ya se creen importantes. ¡Que les parta un rayo a todos!

No veo las escaleras de lo rápido que las subo, tranquilo Sebastián que no te convienen estos acelerones, tienes que calmarte, tranquilo.

¿Pero cómo me voy a calmar con la gente que me rodea? ¿Cómo me voy a tranquilizar si mi propia mujer me anda criticando a mis espaldas? Primero lo hizo con los peruanos, con los indios aquellos que se permitieron el lujo de faltarme al respeto, y ahora lo ha hecho con esta cotilla, con esta portera de tres al cuarto. Ha tenido que ser ella, porque caídas en las casas y accidentes domésticos hay muchos y no por eso sospecha todo el mundo. Además, ¿qué le importa a nadie lo que hago con mi vida? Yo no me meto en la vida de los demás y no entiendo por qué los demás se tienen que meter en la mía.

Maldito país, maldita miseria de país, y de leyes que tenemos.

—¡A ver, tú! ¿Qué les has contado a esos? ¿Qué has ido largando?

Y todavía dice que no. ¿Será mentirosa y falsa?

—Pues esto es lo que has ganado por abrir la boca: quedarte sola, tener que hacerlo todo tú, porque no pensarás que me voy a pasar la vida buscándote lacayos, lo llevas claro, amiga. Ya puedes espabilarte porque quiero tener la comida en la mesa a las tres de la tarde, mira a ver cómo te lo montas. Y una cosa ten clara, no se te ocurra ni siquiera asomarte a la puerta de la calle. Lo que haya que comprar, ya lo compraré yo. Así aprendes el precio que tiene ir hablando mal de tu marido, así sabrás lo que es bueno.

Ganas me dan de sacudirla, pero llego tardísimo a la comisaría. Ya habrá tiempo, estando los dos solos en la casa, cualquier momento es bueno.

—Señor Sotillo, el señor Herrera lo está buscando, quiere hablar personalmente con usted.

—Gracias, Peña ¿dónde está? ¿En el despacho de arriba?

—Sí señor, arriba, dijo que subiera nada más llegar.

Herrera queriendo hablar conmigo. ¿Qué habrá pasado?

—Pase, Sotillo, pase. No me quería ir sin despedirme y adelantarle algunos cambios que va a haber en la comisaría.

—Estoy a su disposición.

—Bueno, como sabe, hoy se pondrá en marcha el operativo que comentamos ayer. Les dejo en manos del personal de la brigada central, no van a tener ningún problema, son muy profesionales.

—No me cabe la menor duda.

—Mire, Sotillo, la gestión de este caso ha dejado bastante que desear...no puedo negar que el sentir general en el gobierno de la comunidad es bastante negativo, y que la tendencia es renovar el personal, traer gente más joven, hacer un cambio radical...

¿Será posible lo que estoy oyendo? ¿O sea, que quieren castigarnos a todos porque Parra y Lagos han metido la pata hasta abajo? ¿Que quieren llenar esto de pipiolos recién puestos en la calle para que vengan a darme órdenes a mí? ¡Antes muerto que viviendo semejante situación!

—Sin embargo, yo apuesto por la experiencia, por el saber que dan los años al frente de un trabajo, yo apuesto por... usted.

¡Casi cuarenta años esperando a oír esto! ¡Al fin!
¡Al fin voy a lograrlo!

—A ver, no es que sea una propuesta en firme, pero digamos que... cuando este caso se cierre, vamos a necesitar un nuevo comisario, y a mí, me gustaría que fuese usted, pero para ello, Sotillo, debo tener unos

informes excelentes, ni la menor mancha en su expediente, ni la menor alteración que pueda suponer una traba para llegar al puesto que yo creo que merece.

—Le estoy muy agradecido, señor, no le voy a defraudar, usted ya me conoce desde hace tiempo y sabe cómo trabajo.

—Estoy seguro de que lo va a hacer muy bien. Hasta que esto sea oficial, le ruego la máxima discreción.

—Por supuesto, señor, puede estar tranquilo.

—Ahora, les pido efectividad en la resolución de este caso. La gente se está poniendo impertinente con el «asesino de maltratadores» y no conviene que alimentemos el morbo. Cuanto antes se resuelva todo, mejor, pero por favor, no más meteduras de pata.

Eso díselo a Parra y a Lagos, a mí no me cuentes penas, que yo no he intervenido para nada.

¡Comisario! No me lo puedo creer. Tanto tiempo esperando alcanzarlo y ahora que me llega el momento me parece que estoy soñando.

Bajo las escaleras de tres en tres, hasta mi despacho me parece que tiene otra luz, cómo cambian las cosas.

—Señor Sotillo. ¿Puedo pasar un momento?

—Claro que sí, Valdemoro, claro que sí.

Si es que hasta veo mejor a este infeliz, me siento de otra manera, no me molesta tenerlo delante hablándome como si me importase algo lo que me tiene que decir.

—Es que va a empezar el operativo y como es confidencial, no quería que me escuchase nadie más.

—Muy bien, muy bien, que comience ya.

—¿Usted cree que hace falta todo este dispositivo para coger a una sola persona?

—Bueno, parece que sí. Lo que no vamos es a dejar que sigan matando inocentes por ahí.

—Inocentes, no, señor Sotillo, porque inocentes no son.

—Pero eso lo tendrá que decir un juez, tendrán derecho a que los juzguen ¿no?

—Sí, claro, solo espero que este operativo dé resultado y cojan de una vez a la persona que está haciendo esto.

—Completamente de acuerdo. Venga, vamos a ponernos a trabajar enseguida, será lo mejor para evitar más retrasos.

Retrasos mentales como el tuyo, porque vamos, puedo asegurarte que, si en mi mano está, tú tienes los días contados en este sitio.

¡Comisario! ¡Qué emoción! La de bocas que voy a cerrar. Mira, la primera, la de esta que se acerca.

—Sotillo, tengo en mi despacho a una mujer que acaba de poner una denuncia por las agresiones de su exmarido.

—Muy bien, pues ya sabes lo que tienes que hacer, Garrido. Lo mismo que si fuese una denuncia de verdad, trátala como lo hacéis con todas.

—Es que es una agresión de verdad. No te estoy hablando del operativo, esta mujer ya estuvo aquí la semana pasada. Es una mujer mayor, tiene casi ochenta años, viene acompañada de su hijo, es la segunda vez que

viene a denunciar y a solicitar la orden de alejamiento, pero aún no se la han concedido.

—¿Y a mí qué me cuentas? Que vaya a los juzgados y reclame allí.

—El hijo vive en Francia, se va mañana mismo y aunque quiere llevarse a su madre, ella no quiere salir de su casa, se queda sola aquí, es importante que se curse la petición de la orden, estás seguro de que está hecho, ¿no?

—Me fastidia mucho que vengas a mi despacho a dudar de mi trabajo.

—No sería la primera vez que no cumples los trámites, no voy a callarme más.

Se aleja con sus andares de grandeza como si todo lo que ella dice siente cátedra. A tomar vientos Garrido y su prepotencia, otra a la que le queda nada y menos en esta comisaría, porque el Gamal lo traslado yo con paredes y todo a un descampado.

—¡Valdemoro!

—Sí, señor Sotillo.

—Curse a los juzgados esta petición de orden de alejamiento.

—Pero... esto... ya deberíamos haberlo solicitado hace días. De hecho, esta mujer ha vuelto hoy a poner otra denuncia. Es la señora mayor ¿no?

—Curse eso ahora mismo y cállese la boca porque como enrede, voy a decir que fue usted el que traspapeló la petición ¿estamos?

Así me gusta, que obedezcan sin hacer preguntas, les pagan para trabajar, no para rebatir órdenes ni ideas.

¡Menuda hembra acaba de entrar en nuestras dependencias! No me importaría atenderla yo personalmente, aunque sospecho que es otra para las del Gamal, porque me da la impresión de que debajo de esas gafas negras se esconde un ojo morado.

Allá va Peña, como una saeta, no verá que esa chica es muy mayor para sus aficiones... Aunque no para las mías, desde luego.

—¿Sí? Dígame. ¿Una denuncia? Sí, sí, acompáñeme, por favor.

Muestra con mucho disimulo su placa. ¡Es la del operativo! La falsa maltratada.

Bueno, pues vamos a ver si el asesino cae en la trampa y nos deja cerrar este caso de una buena vez.

—¿Sí? Dime, hijo, dime... Bien, bien todo, mucho lío, como siempre... Ya lo sé, sí, nos estamos haciendo desgraciadamente famosos... Ya, ya lo sé, ¡Si solo saliésemos en los informativos...! En fin... estamos a punto de darle carpetazo al tema... Sí, no puedo darte detalles, hijo, compréndelo... Bueno, Luisillo, y ¿tú qué me cuentas? ¿Cuándo venís?... ¿Cómo que los tres? ¿Qué tres?... No, no me ha dicho nada... ¿Quién viene?... ¿Cómo que un amigo? ¡Que no, hombre, que no! ...Pues porque no, Luis, porque no... Ya habrá momentos mejores, ahora no creo que sea muy conveniente... Pues por tu madre... claro, ya ves que no está bien, no creo que le apetezca mucho tener un amigo vuestro en casa... ¿Que te lo ha dicho ella? ...Bueno, pues ahora te lo digo yo, que no, que no es momento y ya está... No, no estoy

siempre de mal rollo, lo que pasa es que es muy bonito decir a todo que sí... ¡Y ahora digo que no, Luis! Ni se os ocurra presentaros en casa con alguien porque no entráis ninguno. ¿Estamos? Muy bien, pues soy un dictador, ya está. Más dictador tenía que haber sido... Nada, no quiero decir nada, vamos a dejarlo aquí...

Esto ya es lo que me faltaba, que me llame dictador, a mí, que les he dejado hacer lo que les ha dado la gana, que tienen todas las pamplinas que se les han antojado. Pues si eso es ser un dictador, ya los quería yo haber visto con mi padre, que a los diez años me tenía en la cuadra ordeñando vacas y limpiando boñigas.

¡Dictador! Esto es el colmo.

—Esto se hace eterno. Llevamos cuatro días con el dispositivo en marcha y aquí no se mueve nada.

Parra está nervioso, normal, ya está oliendo a despido, a suspensión de empleo y sueldo o a lo que sea, pero sabe de sobra que no va a estar en ese sillón mucho más tiempo, ni va a llamarnos para otra reunión como esta más veces, ni vamos a estar aquí esperando que los de la central sigan dejándole a la altura del betún mucho más tiempo, esto se le acaba, y lo sabe.

—¿Qué hay de los rumanos? ¿Cuándo les saldrá el juicio por los robos?

¡Qué ganas me dan de decirle que deje de hacer el paripé! A él, los rumanos se la traen floja, bastante tiene con preocuparse de lo suyo.

—Ni idea, irá para largo, pero además tienen pendiente lo de las muchachas y el *confite*, parece ser que ya hay pruebas que los incriminan en las muertes, el sicario no cobró lo prometido y ha cantado. Tienen para una buena temporada, pero no creo que se les pueda liar

en nada de esto, no hay forma de reunir pruebas contra ellos.

Quiero que me dé pena ver a Lagos de esta manera, respondiendo a Parra con languidez, quiero compadecerme, hombre, tener un atisbo de misericordia con ellos, pero no, no me sale, no soy capaz nada más que de contenerme las ansias que me entran de agarrarlo por esa cabeza pelada que hasta que reconozca lo mal que lo ha hecho todo, y lo arrepentido que está de no haber contado conmigo, de haberme dejado al margen, de haberme relegado a la categoría de los demás, como un Peña cualquiera, o como uno de los otros, que para el caso, son todos igual de evitables.

—No se pueden reunir pruebas contra los rumanos porque seguramente ellos no son los asesinos que andamos buscando.

Quietos todos que Valdemoro ha sacado la bola de cristal y en vez de ver el futuro está viendo el pasado.

—Eso es arriesgarse mucho, y de momento no podemos descartar a nadie.

—Disculpe señor Lagos, es... un presentimiento.

—Ya, pero la Policía no puede trabajar con presentimientos.

—Buenos días a todos.

Esta mujer será todo lo comisaria que sea, pero tiene cara de mal humor desde por la mañana.

—Tengo noticias recientes que darles, y me temo que no son buenas.

Pues ya es lo que te faltaba, maja, venir dando malas noticias con esa cara que tienes, que ya es en sí misma una noticia pésima.

—Esta noche ingresó en Urgencias la mujer de ochenta años que hace varios días puso la denuncia de malos tratos acompañada de su hijo.

La Garrido se lleva las manos a la cabeza.

—¿Ha sido por agresión?

—Me temo que sí. Nada más irse su hijo, el marido volvió por la casa y le ha dado varias cuchilladas. Está muy grave.

Vamos a putear un poquito a mi amiga.

—¡Pero si tenía una orden de alejamiento!

—Sotillo, ya sabemos que las órdenes de alejamiento no las respeta todo el mundo.

—Yo sí que lo sé, comisaria, pero todavía queda gente que piensa que tramitar un papel le va a impedir al marido agredir a la mujer, no se dan cuenta de que cuando un marido quiere cometer una agresión, nada ni nadie se lo va a impedir.

—Bueno, para eso estamos nosotros aquí.

—Claro, comisaria, claro, para eso.

Y para dejar bien claras las cosas con cierta niña pija que ahora se hace la compungida al saber que casi se cargan a la abuela. Toma, Garrido, para que veas que ni tú ni tus malditas denuncias, ni tus dichas órdenes de alejamiento, sirven para disuadir, ni siquiera a un anciano, de darle leña a la parienta.

Puedes mirarme todo lo atravesadamente que quieras, pero la razón la tengo en la mano.

—Lamentando muchísimo este suceso, nosotros tenemos que seguir adelante con nuestro plan.

—Buenos días y perdón por el retraso. Vengo del hospital, la mujer continúa en estado grave, y el marido también ha sido ingresado, parece ser que intentó quitarse la vida después de la agresión. Está fuera de peligro, pero no hay que olvidar que también ronda los ochenta años y prefieren tenerlo bajo supervisión médica de continuo.

Anda, ahora llega este como se llame, el madrileño. Nos están comiendo el terreno, además, parece que nos tienen vigilados a nosotros mismos. ¿No podía ir Pinto solo al hospital a enterarse del estado de la víctima? ¿Qué pasa? ¿Qué como Parra y Lagos la han cagado creen que somos todos iguales que ellos?

¡Qué sensación más desagradable! Estamos aquí metidos que parece que nos tengan encerrados, primero esperando a la comisaria, como si nos tuviese que mandar ella, y a mí no me ha dado órdenes una mujer en la vida, por muy comisaria de la brigada central que sea. Y ahora llega este, con Pinto, como si nos tuviesen que acompañar en cualquier salida.

—Nuestros planes tienen que irse adaptando a la nueva situación, así que esta misma mañana nuestra agente volverá por la comisaría y pondrá una nueva denuncia, insistiendo en que su marido no respeta la orden de alejamiento y que se ha atrincherado en el piso de ambos, de donde no quiere salir. Ustedes, en el Gamal,

la recogerán y le indicarán alguno de los pisos de refugio temporal en los que puede quedarse.

—Pero, disculpe... las mujeres que trabajan conmigo en el Gamal, se implican mucho en cada uno de los casos, no puedo permitir que estén esforzándose tanto en una mujer que no necesita nuestra ayuda porque no se trata de un caso real, estoy mintiendo a mis compañeras.

—Tiene que ser así, no quiero que nadie más participe en este tema, somos los justos, ni uno más. Usted se encargará de que reciba la atención que todas las mujeres reciben. Peña y Pinto montarán guardia a la puerta de la casa de nuestro falso agresor, les ruego discreción, vayan de paisanos, no se dejen ver demasiado, no hagan preguntas, solo observen. Parra, designa unos oficiales para que hagan guardia en el hospital, quiero al hombre que está ingresado con permanente vigilancia. Con un oficial por turno que haya a la puerta de la habitación será suficiente, pero no quiero esa puerta vacía ni un momento. No va a recibir visitas, así que no vamos a tener mayor problema.

Esta payasa nos pone deberes como si estuviésemos en el colegio. A mí que no me nombre porque la mando a fregar platos y me quedo tan tranquilo.

—Valdemoro, usted vigilará el piso en el que va a esconderse nuestra agente. Nadie debe saber que va a instalarse allí, pero por si hay la menor filtración, por si el asesino la sigue, quiero vigilancia a la puerta de ese piso, no podemos ponerla en peligro ni a ella ni a las otras mujeres que están allí. Le digo lo mismo que a sus

compañeros, discreción, que nadie note su presencia, pero que a usted no se le escape la presencia de nadie.

—Entendido, comisaria.

Pues anda, que poner la vigilancia en manos de estos solo se le ocurre a ella. Como tengamos que fiarnos de lo que vean o dejen de ver, lo llevamos claro.

—Sotillo, me gustaría que, junto con Garrido, hicieseis una valoración de las denuncias que ha habido en este año. Cuántas mujeres han reclamado orden de alejamiento, cuántas han retirado la denuncia, cuántas han vuelto a denunciar. Necesitamos esa estadística para...

—Disculpe, comisaria, pero el inspector Sotillo y yo tenemos desavenencias personales que nos impiden trabajar juntos.

Y no se le ocurre otro sitio mejor dónde decirlo que aquí, en plena reunión, en medio de todos.

—Vaya... en ese caso... háganlo por separado y ya cruzaremos los datos, pero si me lo permiten, este tipo de situaciones no hacen más que perjudicar el trabajo de un equipo que se supone, debe ser sólido, sin fisuras.

¡Vete a dar sermones a tu pueblo! Está claro: si las tontas volasen no veríamos la luz del sol.

—Entonces, cada uno a su trabajo. Manténgannos informados de cualquier variación, estamos en los momentos más críticos de este caso y me gustaría que en poco tiempo pudiésemos darlo por cerrado.

Pues hala, se acabó la reunión, cada pardal a su espiga, y yo, a mi despacho, que es donde menos sandeces por segundo tengo que escuchar.

—¡Sotillo! Espera un momento, hombre. ¿Pero qué es lo que te pasa ahora con la Garrido? Yo pensé que ya os llevabais mejor.

—Déjalo, Parra, de verdad, ya has visto que no he querido decir ni media palabra, déjalo así.

—Oye, Sebastián, que por encima de todo somos amigos, y si en algo puedo ayudarte...

Ahora somos amigos, justo ahora que ves el horizonte oscuro te agarras a mí, y encima tengo que hacer como que me lo creo.

—¡Claro que somos amigos, Parra! Faltaría más... pero el tema de la Garrido déjalo estar ¿de acuerdo?

—Comprendo que en los últimos días yo he estado muy volcado con el caso, ya sabes cómo es Lagos, te absorbe por completo, llega a ser obsesivo con las cosas, pero bueno, no por eso olvido a los míos.

No me aguanto más, veo que no me aguanto.

—Te lo digo porque no conviene que los de la brigada central se lleven de nosotros la imagen de que somos un mal equipo, de que puedan achacar a eso que algunos temas no los hayamos podido resolver...

—¡Ya está bien, Parra! Ya está bien. Nadie va a achacar a mis desencuentros con la Garrido el hecho de que no hayamos podido resolver este caso, porque sabes muy bien que Lagos y tú cometisteis el error de dar crédito a la información de un confidente y seguisteis por ese camino hasta que os estrellasteis, esa es la razón y no que este equipo tenga buena o mala imagen.

—Estás siendo muy duro conmigo, opino que...

—Me da igual lo que opines.

—Sigo siendo tu superior.

—Por poco tiempo.

¡Dios! No lo tenía que haber dicho, tenía que haberme mordido la lengua.

—¿Sabes algo que yo no sé?

—No. Y ahora me tengo que ir, ya ves que nos han asignado trabajo a todos, y a mí me gusta cumplir con el mío.

¡Que te den! ¡Que le den a esta comisaría y a todo lo que tiene dentro!

Nadie sabe las ganas que tengo de cambiar las cosas, de ponerlo todo a mi manera, de hacer lo que me venga en gana y no tener que escuchar tantas tonterías y soportar tanta falsedad a mi alrededor.

Tengo que relajarme, soñar con una playa tranquila, con el sol, con un par de tías que me abaniquen y con un buen Martini en la mesa. Nada más, eso es lo que me merezco, un poco de calma, que ya está bien.

¿Qué está haciendo la Garrido ahí, hablando con los de Madrid?

Están hablando de mí, eso fijo, están cuchicheando algo mío porque me miran de reojo. ¿No estará tratando de perjudicarme? Como me entere de que les ha ido con algún cuento de los suyos juro que me la cargo, que ya me tiene muy caliente.

Hoy no salgo más del despacho, se acabó, me quedo aquí quieto aunque se me caiga encima, al fin y al cabo, me quedan cuatro días de estar en él, después ocuparé el

de Parra, sí señor, como tiene que ser, y cada vez que salga de él, no tendré que ver delante las caras que veo ahora, ya no me deprimiré más por ver a Peña justo frente a mi puerta, ni me olerá a muerto Valdemoro, ni tendré que aguantar los rencores ocultos de Pinto. Pero ya pensaré en eso más adelante, porque ahora no puedo.

—¿Sí? Comisaria, pase, por favor.

—Verá, Sotillo, mi misión estos días es limitarme a orientar la resolución del caso, no entrometerme en problemas internos de la comisaría, pero entiendo que han surgido temas que trascienden las desavenencias puramente personales para afectar directamente al trabajo.

—¿A qué se refiere?

—Garrido afirma, y así lo va a hacer constar en una denuncia personal, que usted no cumple los trámites oportunos ni los plazos establecidos en los temas de violencia machista. Como comprenderá, es una acusación tan grave que me veo obligada a transmitirla a sus superiores, ellos se encargarán de reclamarle la información necesaria para subsanar lo que, sin duda, será un malentendido. Supongo que deberá ir preparando la documentación que acredite que las denuncias siguen su curso legal y que todos los trámites que dependen de usted se llevan a cabo a la mayor brevedad. Saque de su ordenador toda la información que pueda en este sentido... ¿Dónde está su ordenador?

—Hago el trabajo a mano, no utilizo ordenadores.

— No me lo puedo creer. ¿Cómo guarda los archivos? ¿Cómo recibe o envía correos?

—Como se hizo toda la vida. En ningún sitio pone que sea obligatorio trabajar con ordenadores.

—En cualquier caso, tenga a mano la información para cuando le sea requerida.

¡Garrido! Voy a acabar contigo, voy a arruinarte la vida, voy a dejarte sin trabajo, sin dinero y sin reputación.

—¿Lola Garrido, por favor?

—No está, Señor Sotillo, pero no tardará en volver. ¿Quiere que le diga algo?

—No, gracias, hablaré personalmente con ella en otro momento.

Te has equivocado de verdad, has abierto la caja de los truenos y te vas a arrepentir mil veces de ello.

Me voy a casa, no aguanto más en este sitio.

Como esto siga para adelante y le hagan caso a la Garrido, a ver de dónde saco yo la documentación. Ni sé a qué documentación se refieren. Lo sabrá Valdemoro, que es el que se encarga de eso, o Peña, no lo sé, son cosas de las que yo no tengo que preocuparme, para eso están ellos ¿no? Estaría bueno que tuviese yo que andar pendiente de si se han hecho los trámites dentro del plazo, ya era lo que me faltaba por oír.

«La violencia machista» dice. Violencia feminista, se tendría que llamar, pero no, claro, eso no se puede decir, ellas sí pueden, pero nosotros no.

Y ahora, a ver qué me encuentro al llegar a casa, que esta es otra.

¡Qué asco me da verla! ¡Qué repugnancia me entra solo de tenerla delante!

—¿La comida? ¿No me jodas que no has preparado nada de comer?

Pero si me ha hecho una sopa con cuatro fideos que da pena verlos.

—¿Tú eres inútil, o qué te pasa? ¿Qué has hecho de segundo?

No me lo puedo creer, otra vez el pescado que sabe que detesto, que no puedo ni verlo.

—Pues no me apetece ni la sopa ni el pescado. ¿Está claro? ¿Sabes lo que me apetece?

«Que no la toque», dice, ¿que no la toque?

—Te tocaré si me da la gana. Mira, ¿lo ves? Si quiero te toco, mira, te toco donde me dé la gana, y ¿qué? ¿Qué me vas a hacer? ¿Quién te crees que eres?

Se revuelve contra mí, dice que me pare quieto, que la deje en paz. ¡Esto es nuevo! Se rebela, me mira airada.

Bueno, hombre, hoy está díscola, la maestríta, a ver si vamos a tener que aplicarle un correctivo.

—Ya me has alterado ¿ves? Ya me has puesto de mal humor. Eres la única persona que consigue ponerme de mal humor en tiempo record. Fuera de esta casa soy un hombre apreciado, valorado, respetado por todos, pero

llego aquí y te empeñas en hacerme sentir como un desperdicio, y eso no te lo voy a permitir.

¡Que no me acerque! ¡Esto es el colmo!

¿Pero me va a decir ella cuándo me puedo yo acercar a mis cosas?

—Tú, eres una cosa, una cosa mía, y me acerco a ti cuando quiero, como me acerco a esta mesa o a esta silla o a este pescado que si me da la gana tiro contra la pared. ¿Lo ves? ¡Contesta! ¿Lo ves o no lo ves?

¿Qué ha dicho? ¡No, no puede ser cierto! ¡No ha podido decirlo! ¡Me niego a creerlo!

Sí, lo ha dicho, lo ha repetido.

Se ha atrevido.

Me ha mirado fijamente y lo ha dicho.

—Mira, si se te ocurre volver a decir eso te pego dos tortas que te cierro la boca para siempre.

Lo repite. No puede ser.

¿Será consciente de que yo llevo arma?

Lo vuelve a decir.

Esto es el colmo, no lo había dicho en su vida y ahora lo repite como un loro.

—Nunca ¿lo oyes? Nunca vas a denunciarme porque te juro por mi vida que antes de eso te descerrajo cuatro tiros en la cabeza y me quedo tan a gusto.

Cuando amanezca otra vez

no estaré más a su lado,
podré respirar profundo,
la batalla habré ganado.

Cuando amanezca otra vez

Habrà nuevos despertares,
aprenderé a sonreír,

no temblarán ya mis manos,
el sol saldrá para mí.

Cuando amanezca otra vez

Abriré mucho los brazos
para sentirme mejor,
para empaparme de calma,
para olvidar el dolor.

Cuando amanezca otra vez

Y me sentiré orgullosa,
no acoñplejada por nada,
fuera culpas y temores,
mi autoestima estará alta.

Cuando amanezca otra vez

no podré volverme atrás.

El primer paso está dado,
mi futuro ya está en marcha,
mañana lo habré logrado

Si es que amanece otra vez...

—¿Cómo que ha muerto? ¡No puede ser! ¡No puede ser!

Vaya aire que lleva hoy la madrileña, va por los pasillos como alma que lleva el diablo, arrasa, la tía.

A mí me la sopla, me ha demostrado que es una vendida, porque se ha dejado convencer por la Garrido de que no cumplo mi trabajo, y a mí no me gusta que nadie dude de lo que hago, que ya hace muchos años que salí de la academia como para que ahora vengan aquí dos estúpidas a decirme lo que está bien hecho y lo que no. Hasta ahí podíamos llegar.

—Nuestro hombre ha vuelto a actuar.

¿Qué dice esta ahora? ¿Cómo que ha vuelto a actuar?

—El hombre que permanecía ingresado en el hospital ha aparecido muerto esta misma mañana.

¿El abuelo? Pero ¿no teníamos todo bajo control? Vaya, hay alguien que no es perfecto y le va a costar un disgusto asumirlo, comisaria de pacotilla.

—Señores, como les está diciendo la comisaria Camazón, el asesino ha actuado de nuevo. A pesar de la vigilancia que se mantenía en la habitación, el anciano ha aparecido en la cama con dos disparos, al igual que las víctimas anteriores, uno en la frente y otro en los genitales. Los oficiales que realizaban la vigilancia no se explican lo sucedido, no se han despegado de la puerta de la habitación para nada.

—Habrá entrado disfrazado de personal sanitario, comisario Parra, con una bata blanca se va por los hospitales sin problemas.

—Imposible, Peña, han identificado a los dos médicos, y a las dos enfermeras que han entrado sucesivamente a ver al paciente.

—Pues a ver, porque los asesinos ocupan un volumen, mayor o menor, pero ocupan un volumen ¿no?

Mira Pinto, qué gracioso viene hoy, que precisamente no está el horno para bollos.

—Señores, el inspector Alzaga está en estos momentos en el centro hospitalario donde ha ocurrido todo, como se pueden imaginar, el escándalo que se ha formado es tremendo y la repercusión mediática que va a tener este nuevo asesinato nos va a salpicar a todos.

Para que veas, para que os deis cuenta de que no era un caso tan fácil. Se pensaron que iban a venir apabullándonos a todos porque son de la brigada central.

Y ahora ¿qué? Se les han venido los planes abajo. Mucho operativo, mucho agente infiltrado y total, para lo mismo que antes, otro hombre muerto a manos de un degenerado o degenerada, que para mí que esto es obra de una mujer.

—He pedido que se personen en esta comisaría los oficiales que estaban haciendo la vigilancia en la puerta de la habitación. Algún descuido ha tenido que haber, algún fallo cuya consecuencia ha sido la muerte del anciano.

—Comisaria, puedo asegurarle que encargué esa vigilancia a tres oficiales de confianza, debían establecer turnos y tenían orden de no dejar la puerta sola ni un instante. Son chavales que, profesionalmente, se acaban de estrenar, pero vamos, vigilar a un anciano herido e inconsciente no me parece una tarea que tengan que hacer los Geos...

—No se preocupe, Parra, hablaremos con ellos en cuanto lleguen. Sin embargo, hay algo más que tenemos que analizar, algo que, después de la muerte del anciano, es de suma gravedad.

Mírala, ahora se pone interesante. Se rodea de misterio para tenernos a todos pendientes, no sé qué puede haber más importante que la muerte del pobre viejo y los otros que palmaron como él, con un tiro en los testículos, que no quiero ni imaginarme lo que tiene que ser eso.

—Hemos hecho pasar por maltratada a una de nuestras agentes. Hemos hecho pasar por maltratador también a uno de nuestros hombres. Se han dado los

mismos pasos que se dan cuando el caso es real, se ha puesto la denuncia, se ha solicitado al juez una orden de alejamiento, se ha tramitado todo como siempre, a la mayor brevedad.

Y me mira a mí. Esta tía es tonta perdida. A ver si ahora va a resultar que tengo yo la culpa de que ande una loca por ahí suelta pegando tiros, y todo va a ser porque yo mando un papel a los juzgados dos días antes o dos días después. Mira, maja, si quieres quitarte muertos de encima se los echas a Parra o a Lagos, que para lo que les queda en el convento... pero no me los echés a mí que no tengo nada que ver en este fregado.

—Al mismo tiempo se ha dado la circunstancia de que otra persona, la mujer mayor, puso una denuncia real. Esta mujer fue agredida por su marido, la teníamos a ella ingresada y, para nuestra suerte, al agresor también, porque era más fácil de controlar, de tenerlo vigilado y protegido, no revestía ningún problema montar guardia a la puerta de una habitación de hospital.

Otra vez esta pausa dramática que tiene perfectamente planificada, que dosifica y milimetra para hacernos pensar.

—¿No les llama nada la atención?

A mí me llama la atención que con ellos y sin ellos, el caso sigue sin resolver y que a ver quién se asoma hoy a la puerta de la comisaría cuando los periodistas se instalen ahí para meternos los micrófonos en la boca, y para ser otra vez la cabecera, no solo de los informativos,

sino también de los programas esos de crímenes que tanto gustan a la gente.

Y encima, con lo que tengo en casa. Es que no quiero ni acordarme, se me pone un nudo en el estómago cada vez que me viene a la memoria. Nunca me había amenazado con denunciarme, jamás me había rechistado, guardaba silencio y lloraba lo que le daba la gana, eso sí, pero no abría la boca. Y ahora, de repente, me salta con que no la toque, que no me acerque y que me va a denunciar. ¡A mí! Me va denunciar ella a mí... Pero bueno, esta mujer ha perdido los papeles, no es consciente de quién soy yo, y no tiene ni idea de quién voy a ser. O sea, que ahora que me van a nombrar comisario, ahora que voy a ver cumplido mi sueño y que voy a tener el lugar que me merezco, va a venir ella a ensuciarlo todo con una denuncia por malos tratos.

No, amiga, no. Has cometido el error de tu vida. Ahora comprendo a los tíos que se vuelven locos cuando las mujeres los amenazan. Mira que siempre he dicho que no era buen sistema lo de animarlas a denunciar, y qué razón tenía yo, eso no se puede admitir, es algo que atenta contra la dignidad de cualquier tío, que humilla al hombre, que lo relega a la categoría de un vulgar delincuente.

¿Denunciarme a mí? Pero ¿quién iba a hacerle caso? No creo que encontrase ni una sola persona en la comisaría que diese crédito a esa denuncia, iba a ser su palabra contra la mía, no tiene testigos, ni partes de lesiones, ni nada de nada.

¡Y, además, que no! Que antes saco el arma, que para algo la tengo ¿no?

—¿No creen que hay algo muy significativo en el hecho de que el asesino haya ido a matar precisamente a este hombre?

—Comisaria, ¿insinúa que podía saber que el otro no era un maltratador de verdad? ¿Cree que el asesino sabía que era un hombre puesto por nosotros?... Pero ¿cómo iba a saber eso?

—¿Han escuchado a Pinto? ¿Qué opinan ustedes?

—Que es imposible. Si este operativo lo sabíamos solo los que hemos venido a las reuniones no puede ser que nadie más se haya enterado de que ese hombre era un agente nuestro.

—Nada es imposible, Luengo, puede ser poco probable, pero no imposible. Tenemos a un asesino que, en su afán de terminar con los maltratadores, podía haber llegado mucho más fácilmente a nuestro agente que estaba solo en un piso y...aparentemente sin vigilancia, que a un anciano que permanecía en un hospital controlado las veinticuatro horas del día. Y sin embargo ¿qué decide?

—Ir a por el viejo, está claro.

—Sí, Peña, ir a por el más complicado porque sabe claramente que el otro no es real. ¿Y por qué puede saberlo? Pues por una razón muy sencilla...

—Buenos días a todos. Vengo del hospital. No se imaginan la que se ha formado allí. He dejado a los de Científica recogiendo muestras, pero vamos, es casi

imposible pensar en que van a encontrar nada. La muerte ha sido exactamente igual que las otras, un tiro en los genitales y otro en la frente. Nadie vio ni oyó nada, y en la habitación no se bajó la guardia en ningún momento. Ahora vienen los oficiales para acá y nos darán su versión.

—Gracias, Alzaga ¿Balística tardará mucho en dar el informe?

—No creo, pero me atrevería a asegurar que no nos va a sorprender.

—Si pudiésemos retrasar que trascienda a los medios...

—Tarde. Ya están empezando a desplegar sus antenas y cables a la entrada del hospital. Me imagino que el día se presenta movidito.

—¿Habrà que hacer alguna declaración?

—Tranquilo, Lagos, si nos apremian mucho emitiremos un comunicado lo más aséptico posible. Lo que me estoy temiendo es la llamada de Interior, querían resultados y les ponemos delante otro muerto, y todo esto a una semana de las elecciones en tres comunidades.

Ni que los hubiésemos ido matando nosotros. Que se fastidien y carguen con los cadáveres como tenemos que cargar los demás.

—Paramos cinco minutos para tomarnos un respiro y seguimos.

Sí, madre superiora, lo que ordene.

Míralos, los dos madrileños ahí, cuchicheando como si el resto fuésemos tontos. ¿Qué estarán hablando? A lo

mejor están haciendo planes para el fin de semana en vez de hacer el trabajo para el que han venido. Pensaron que en dos días iban a resolver el caso, pero, vaya, parece que les está costando.

Hala, para dentro otra vez, que ya han puesto sus asuntos al día.

—Alzaga, cuando has llegado, les estaba comentando lo extraño que es que el asesino se haya atrevido a ir a por el anciano cuando hubiera sido más sencillo atacar a nuestro hombre.

—Está claro que sabía perfectamente que el otro no era más que un agente haciéndose pasar por maltratador.

Vaya, qué listos son estos de Madrid, todo lo saben, todo lo tienen claro.

—Eso solo tiene una explicación.

Pues hala, decidla y nos vamos todos a casa, que yo tengo mucho que hacer. Hoy llegan los chicos, que vendrán con un cabreo importante por lo del amigo. No me digas, ahora con amigos en casa como si tuviesen diez años.

Y encima, siguen empeñados en llevar a su madre a un psicólogo. A ver cómo les hago entender que lo de esta no tiene solución, que está como un cencerro y que es mejor no menearlo.

Vaya lío con las dichas vacaciones, llega un momento en que uno se acostumbra a que los hijos estén fuera de casa y cuando vienen, alteran la vida normal. Pero eso sí, que estén fuera de casa trabajando, no

chupando del dinero de su padre, que me estoy cansando ya de tanto cuento.

—La única explicación posible es...

—Comisaria, están aquí fuera los agentes que hacían guardia en la habitación del hospital.

—Gracias, que pasen por favor.

Vaya tres pardales, míralos, recién salidos del cascarón. En su vida se han visto en otra más gorda, se les ve asustados.

—Tranquilos, se les ha hecho venir porque la comisaria Camazón quiere hacerles algunas preguntas.

Lagos ejerce de padre, muy tierno todo.

—Uno de estos podía haber sido mi hijo.

Este Pinto no acaba de superar lo del chaval, no señor, es ver a uno de estos chicos y se le abren las carnes. Pues claro que uno de estos podía ser tu hijo, pero resulta que no lo es, de lo cual, me alegro.

—Solo quiero tener la seguridad de que ninguno de ustedes abandonó la guardia para nada, ni para echar un cigarro, ni para ir al aseo, ni para hablar por el móvil... Todo se puede entender, todos somos humanos, me molestaría porque se les insistió mucho en la importancia de esta vigilancia, pero también entiendo que el enfermo no corría riesgo de escaparse, no había peligro, era un hombre mayor, estaba inconsciente, entonces comprendo que la guardia se relajase un poco...

—No, comisaria, en ningún momento nos hemos separado de la puerta, siempre estaba uno de nosotros allí, y como hacíamos turnos de dos horas, nos daba tiempo

entre una guardia y otra a descansar lo suficiente, en ningún momento la puerta de la habitación quedó sin vigilancia, la orden se cumplió estrictamente.

—Está bien. Muchas gracias. Esperen fuera, por favor.

Pobres chicos, me recuerdan a mis inicios, con aquellas ganas de cambiar el mundo, con aquella ilusión que después se va consumiendo en las hogueras de los malos compañeros, el trabajo insatisfactorio, las envidias...

—¿Podríamos poner en claro ya cuál es la conclusión que sacan ustedes de todo esto?

Lagos se ha arrancado todos los pelos de la barba, le quedan cuatro colgando ahí, como recuerdo de lo que fue, pero que ya no es. Se ha quitado la corbata y se ha soltado el botón del cuello de la camisa, no aguanta los nervios.

—Sí, por supuesto. Yo no tengo ninguna duda de que si todos hemos mantenido nuestro compromiso de discreción sobre el operativo, nadie más podía saber que uno de los dos agresores estaba fingiendo.

—¿Y entonces, comisaria?

—Entonces, Parra, el hombre que estamos buscando, es uno de nosotros... es decir, uno de ustedes.

Saltamos todos al tiempo voceando cada uno lo que puede.

Esta tía está loca. Pero mira con lo que se descuelga ahora, con que uno de nosotros es el asesino... Vamos, anda, que para estas conclusiones no se necesita estudiar tanto, pera venir a decirnos que nosotros matamos a los

maltratadores y luego jugamos a ver quién lo adivina. ¿Y eso por qué? ¿Porque nos aburrimos? ¡Lo que hay que aguantar!

—Uno de ustedes ha sido el autor de estas muertes y por eso está resultando tan difícil de localizar, porque maneja toda la información, todos los datos que tenemos, porque sabe cómo y dónde nos movemos, qué vigilancia hemos puesto y cuál es nuestro plan.

—Pero, por favor, esto no me parece serio, comisaria, ustedes no pueden venir para colaborar en la resolución de un caso y echarnos este jarro de agua fría como única solución porque no se les ocurre otra.

—Entiendo que esto es difícil de asumir, pero créanme, estamos a dos minutos de descubrir el nombre del asesino, y puedo asegurarles que está aquí sentado en estos momentos... O no.

—¿Qué quiere decir? Hable claro porque yo ya me estoy poniendo nervioso.

—Tranquilo, compañero, tranquilo. He dicho «o no», porque aquí no estamos todos los que hemos estado otros días.

—Falta Valdemoro porque tenía problemas con la casa, que se le ha inundado otra vez o no sé qué. Se excusó conmigo esta mañana.

—Bien, comisario, me parece bien, pero entenderá las cosas mejor cuando vuelva a pasar uno de los oficiales que hacía guardia esta madrugada en el centro hospitalario.

Otra vez para dentro el chaval, se le ve con un susto que no se tiene.

—Oficial, por favor, cuéntenos lo que le contó esta mañana al inspector Alzaga. ¿Qué ocurrió cuando usted estaba haciendo guardia a las siete de la mañana?

—Pues que vino un compañero de la comisaría y me dijo que para que descansásemos los tres, lo habían enviado ustedes a él, que haría la guardia durante una hora.

—¿Y no tuvo la menor duda?

—No señora, no puedo discutir órdenes con alguien que tiene más cargo y experiencia que yo.

—¿Puede decirnos quién era esa persona?

—El compañero Valdemoro, comisaria.

Yo ya no sé ni dónde estoy. ¿Qué hacía Valdemoro a las siete de la mañana en el hospital para relevar a estos de la guardia?

—¿Y ahora qué me dicen?

Las formas se van al garete. Nos ponemos de pie, nos miramos sin dar crédito. ¿Qué está pasando aquí?

—No puede ser, lo que está usted planteando no puede ser verdad. Valdemoro es un hombre pacífico, una persona que ha sufrido mucho en la vida, pero que es incapaz de matar una mosca. No me explico a qué fue allí esta mañana, no lo sé, pero no puede afirmar que él sea la persona que estamos buscando porque le aseguro que es lo más alejado de un asesino en serie.

—Entonces, ¿dónde está ahora? ¿Por qué no está aquí?

Parra ya no puede más, se le ve apabullado, y los demás igual, que no me vengan con cuentos ahora, pero ¿a quién se le ocurre pensar que Valdemoro es un asesino? Esto es lo que tiene venir de fuera dándoselas de grandes de España, que no conocen al personal, que no saben nada de nadie y le cuelgan el cartel de asesino al primero que se tercia.

—Está en su casa, ya se lo he dicho, ha tenido problemas de inundaciones, es una casa muy vieja...

—Parra, entiendo que intente defender a uno de sus hombres, pero no se moleste, no siga. Esta misma mañana mi compañero ha ido a casa de Valdemoro, allí no hay nadie, pero tampoco tiene problemas de inundaciones. Hemos pedido una orden de registro para entrar, espero que nos llegue cuanto antes. Mientras tanto, él está ilocalizable. ¿No le parece que casan las piezas? ¿No ve que ahora todo encaja?

¡Me niego ¡Yo no me lo puedo creer! Tiene que haber otra explicación, no sé, algo...

—Pudo cometer el primer asesinato sin llamar la atención, pudo bajar a los calabozos de esta comisaría y disparar sin que a nadie le extrañase ver a un oficial bajar y subir la escalera. Además, contaba con toda la información necesaria para localizar a las siguientes víctimas: domicilio familiar, datos de hermanos o padres, información inaccesible para alguien externo, pero que él tenía de primera mano.

—Es que ustedes no lo conocen, no saben lo que están diciendo...

—Estamos seguros de haber encontrado la persona que buscábamos. Era el único que sabía del domicilio donde se refugiaba la segunda víctima, el hombre que había alquilado el piso a los rumanos, solo él pudo llegar allí y entrar sin despertar sospechas en los oficiales que estaban haciendo guardia, era uno de los nuestros, podía entrar o salir de allí sin que le echasen el alto.

—Me comunican que la orden de registro ha sido concedida por el juez. Alzaga, vete para allá. Van contigo los de Científica, y acompáñenle dos de ustedes también.

Yo no voy... o sí, no sé, nadie se mueve. No quiero volver a aquella casa, pero es que si no lo veo con mis propios ojos no me lo voy a creer.

—Voy yo.

—Gracias, Sotillo. ¿Alguien más?

No me extraña, parece que nos han dado un tiro a cada uno, no reaccionamos, esto no lo esperábamos.

Vamos en el coche de Alzaga. Pensé que sería un Mercedes último modelo, pero qué va, es uno corriente. Mucho Madrid, mucha brigada central, pero poco les luce.

—Ciertamente es muy desagradable, no me extraña que no quiera venir nadie más.

—Es un compañero, un tipo raro, insignificante, pero compañero, al fin y al cabo.

—Lo entiendo, Sotillo, lo entiendo.

—Perdóneme un momento, voy a ver quién me llama. ¿Sí? Sotillo al habla. Dígame. Sí, sí, ya me lo comentaron... Pero vamos, Herrera, que eso no va a ir a mayores... Sí, ya lo entiendo... Claro, claro, pero que no se preocupe que ha sido un pequeño desencuentro, diferencias personales nada más, pero que no va a trascender, no hombre, no... Lo hará, claro que lo hará. Adiós, adiós, hasta luego.

—¿Problemas?

—No, no, un malentendido con Herrera, nada más.

¡En qué lío me ha metido la Garrido! Me dan ganas de bajarme del coche y correr hasta la comisaría para partirle la cara en presencia de todos. Ha sido capaz de ponerme una denuncia por dejación de funciones. ¡Hacerle esto a un compañero! Hay que ser traidora...

Pero por mis santas pelotas que la va a quitar, no sé cómo lo haré, pero la tiene que quitar porque Herrera no va a nombrarme comisario con semejante borrón en mi expediente. Estoy sudando, tengo la impresión de que me voy a marear, menos mal que estoy sentado y con el cinturón del coche puesto. Dichosas mujeres, no traen nada más que problemas. ¿Cómo ha podido ser capaz? ¿Cómo ha podido estar ahora mismo en la reunión, sentada enfrente de mí como si no pasase nada? Hace falta ser muy falsa para tener la frialdad de denunciar a un compañero y seguir trabajando con él como si nada hubiera pasado.

Ya hemos llegado a casa de Valdemoro, ni me he enterado del trayecto, mi cabeza está en la putada de Garrido.

—¿Se encuentra bien, Sotillo? Si quiere entro yo solo, no hay necesidad de que pase por esto, para mí es diferente porque apenas lo conozco, pero comprendo que para ustedes es un golpe...

—No, no, estoy bien, tranquilo.

Están aquí ya los de Científica, y traen la orden. No he vuelto por aquí desde lo de la chica. ¿Qué nos encontraremos?

—Para los vecinos es como una película, ven llegar aquí a la Policía y entrar en una casa. Les parecerá que están viendo una de esas series de televisión.

No estoy para chistes, majo. Vamos a terminar pronto que estoy que me caigo. Maldita Garrido.

—¡Dios! Qué olor a cerrado hay aquí, y qué oscuridad. Enciendan algo porque no se ve nada.

¡Madre mía! ¿Pero qué es esto? ¿Qué es todo esto?

—Bueno, pues yo creo que no quedan muchas dudas ¿no? Mire aquí, es como una especie de altar. ¿Esta muchacha era su hija?

—Sí, pero murió.

—Lo sé, lo sé. Lola Garrido, la psicóloga, nos ha contado un poco la historia de este hombre.

¡Ni me la nombres! Ni se te ocurra mencionarla en mi presencia porque hoy no es el día adecuado.

—Inspector. Aquí. Miren esto. Son restos de armas de diferentes clases. Parece que con piezas de ellas haya estado construyendo otra.

Estos de Científica sacan conclusiones enseguida, pero sí que lo parece, sí.

—Por eso resultaba imposible localizar el arma. Tuvo cuidado de no utilizar la suya reglamentaria, le hubiéramos cogido enseguida, claro.

—Efectivamente, mire, son todas armas de origen coreano, seguramente están descatalogadas. Las inhabilitan para que no vuelvan a funcionar, y se dan de baja para poderlas vender como piezas de colección, pero si caen en manos de alguien que sepa no debe ser complicado conseguir piezas y recomponer una, y es imposible de filiar porque no existen como tales. Esto, ahora, con Internet está a la orden del día.

—Pero si Valdemoro no sabe manejar Internet.

—Hombre, pues aquí tiene un ordenador. Habrá que estudiarlo, pero no creo que vaya a depararnos muchas sorpresas, parece que todo está claro.

—¿Por qué iba él a hacer esto? ¿Para qué? Si es un hombre tranquilo, un ser casi invisible, no se mete con nadie, si yo a veces me olvido de que respira, es como una planta.

—Mire, Sotillo, acérquese aquí, observe esto.

¡Dios mío! ¡Pobre hombre! ¡Está loco perdido!

—¿Ve? Aquí tiene la explicación de todo. Es como una ofrenda a su hija. Ya ve como en torno a la fotografía de la chica tiene las noticias de la muerte de los

maltratadores. No pudieron coger al que la mató a ella, y eso es algo que él no ha asumido, por eso cada víctima se la dedica a su hija, como para resarcir el dolor de no haber podido hacer justicia en su caso.

Nunca vi nada igual. La foto de la chica es enorme, no sé dónde habrá hecho semejante ampliación, y alrededor, las noticias de la prensa sujetas con chinchetas, como si fuese un macabro vudú que le está haciendo al asesino de la hija.

—Hay mucho dolor aquí encerrado. Un gran trauma sin superar. Es que... bueno, yo también estudié Psicología, y algo todavía recuerdo.

Tampoco hay que ir a la universidad para comprender que, si a alguien le matan una hija de forma tan violenta, le va a producir un trauma, pero de ahí a esta locura...

Garrido, juro por mi vida que te voy a aplastar, no me vas a arruinar la carrera profesional que tantos años he tardado en conseguir.

—Bueno, pues hagan fotografías de todo esto, pero vamos, la cosa parece que no admite más vueltas. Nos falta dar con él antes de que haga cualquier barbaridad. Aquí hay varias armas despiezadas, pero la que ha utilizado para los asesinatos no está. Si no ha se ha presentado en la comisaría es porque es consciente de que se ha delatado, se habrá dado cuenta de que el oficial al que mintió esta mañana para relevarlo de la guardia en el hospital ya lo habrá contado.

—No sé si le dará la cabeza para tanto.

—Sí, seguro que sí, ha actuado de un modo muy discreto hasta ahora, pero, seguramente, se ha cansado y ya quiere que lo cojamos. En estos momentos, ya no le importa nada, por eso es más peligroso, porque puede cometer cualquier barbaridad o... el error de quitarse la vida.

—¿Error? Pues a mí me parece que es lo mejor que podría hacer, antes de vivir el desprecio de todo el mundo es mejor quitarse del medio.

—Bueno, es una opinión. Lo malo es que también puede ir a por otra víctima. Vamos a rezar para que durante el tiempo que tardemos en encontrarlo, nadie más ponga una denuncia por malos tratos, porque si es así, ya podemos darnos prisa en proteger al maltratador. Ahora mismo a Valdemoro, ya le da igual ocho que ochenta.

—No le voy a engañar, no es una persona que sea santo de mi devoción, pero más que a un verdugo lo veo como si fuese una víctima de todo lo que le ha pasado.

—Le entiendo, Sotillo, es lógico que lo vea así, además, no le falta razón, él también es una víctima, quizás de su propia mente que no pudo asimilar un hecho tan traumático, pero, claro, no creo que lo vean igual las familias de las personas que se ha llevado por delante.

—Sí, sí, por supuesto.

Garrido, Garrido, dichosa Garrido.

—Sotillo ¿quiere que le lleve a casa? Se le ve afectado.

—No, no se preocupe inspector, volvamos a comisaría, tengo el coche allí, dentro de un rato iré con mi

familia, pero voy a esperar a que se me pase un poco. Hoy llegan mis hijos y no quiero que me vean así.

Nos miran raro al entrar en comisaría. ¿Qué se piensan? ¿Que es un plato de gusto ir a casa de un compañero y ver lo que hemos visto?

¡Pero bueno! ¿A qué viene esto? ¿Por qué nos miran como si los asesinos fuésemos nosotros? La gente está loca ¿o qué?

¿Y ese silencio? ¿Por qué se calla todo el mundo cuando pasamos?

Pues menos mal que ya llegamos a la sala de reuniones porque si está dos pasos más allá, me vuelvo y rompo alguna pierna.

Bueno, por lo menos, la Garrido ya se ha ido, mejor, así no tengo que verle la cara de falsa que tiene.

Según entramos se van los que quedaban, pues sí que tienen buen interés en saber lo que hemos encontrado.

—¿Se sabe algo de Valdemoro? ¿Ha aparecido ya?

—No, ni rastro de él. Vosotros ¿habéis visto algo en la casa?

Me cae mal la comisaria esta, me cae muy mal.

—Bueno, hemos visto de todo, ahora te lo contamos, ya no hay duda. Pero lo importante es dar con él antes de que haya otra denuncia por malos tratos. Lo venía

comentando con Sotillo, tenemos que darnos prisa porque como alguien denuncie...

—Es que... ya ha denunciado alguien.

Sí que son rápidas, sí. No hemos estado ni una hora fuera de aquí y ya hay otra de las que le gustan a la Garrido. Pues hala, que le larguen la denuncia y que solicite ella la orden de alejamiento, que yo soy un «dejado» para mis funciones. Que se lo coma ella con su orgullo. ¡Y todavía le llaman feminismo! «Hijopotismo» es como hay que llamarlo, sí señor, «hijopotismo», no me cansaré de repetirlo.

—¿Es por malos tratos?

—Sí, Alzaga, es por malos tratos.

—¿Y por qué pones esa cara? ¿Ya ha denunciado más veces?

—No, es la primera vez que denuncia, venía con sus dos hijos. Apenas podía andar. Ayer mismo recibió una brutal paliza, presuntamente, por parte de su marido, y hoy los propios hijos la han llevado a un hospital para tener un parte de lesiones. No sé quién estaba peor, si ella o los muchachos, que acaban de ser conscientes de que su padre es un maltratador. Además, cuenta con testigos que, si fuese necesario, declararían a favor de ella porque formaban parte del servicio de la casa.

— Pues el «pájaro» lo va a tener crudo. ¡Cuánto animal hay suelto!

Pues claro, no te jode. A ver si ahora resulta que nos van a descubrir estos la pólvora. Nadie sabe las ganas que

tengo de que se vuelvan a Madrid para poder poner todo en orden.

—Pero ¿qué pasa? ¿Por qué te ha afectado tanto?
¿La conocías?

—No, yo no...pero Sotillo sí.

¿Yo? No tengo ni idea de quién puede ser.

—Es tu mujer.

Otra vez todo el mundo sin apartar sus ojos de mí. Se hace el silencio a mi paso, me miran como si fuese un apestado, algunos apartan la cara como si no quisiesen ni verme.

Ahí están Peña y Pinto. ¿Serán cabrones? No abren la boca, no salen a defenderme, aquí nadie saca la cara por nadie. Pero van a ver cuando sea comisario, se les va a volver todo este orgullo en contra de ellos.

¡Garrido!

Sujétate, Sebastián, bastante liadas están las cosas como para que, encima, la montes aquí, con todo el mundo mirando. No, a esta hay que amedrentarla en un despacho, con la puerta cerrada.

—Sabía que eras un machista, pero nunca pensé que fueses un maltratador.

Prefiero no contestar, porque si abro la boca lo voy a complicar todo más. Creo que con la mirada que le he echado ya he dicho bastante.

¿Dónde está mi coche? Este sótano se me está haciendo eterno, y eso que aquí no hay nadie, ya puedo respirar tranquilo.

¡Qué mal rato he pasado! Esto no me lo merezco.

A esta me la cargo en cuanto llegue a casa. Me da igual que estén los chicos, ya me da igual todo.

Me han destrozado la vida, me la han hecho polvo.

¡Caramba, qué lejos aparqué hoy! No, qué demonios, aparqué en el mismo sitio de siempre, lo que pasa es que se me está haciendo largo, parece que me pesen las piernas como si fuesen sacos de mil kilos.

¡Qué vida más perra! ¡Ahora que lo había logrado! Ahora que iba a conseguir tener mi despacho de comisario, mi sueldo de comisario, mi jubilación de comisario...

¡Qué absurdo todo! Tanto trabajar para llegar a esto, a que una miserable con la que llevo casado treinta años me venga ahora a desprestigiar de esta manera.

Lo he hecho mal, reconozco que lo he hecho mal. La tenía que haber pegado dos tiros antes, claro que sí. Dos tiros, unos zapatos de cemento, y al río, donde nadie sepa nunca más de ella. Desapareció. ¿No desaparecen tantas personas que nunca regresan a su casa? Pues eso, esta podía haber sido una más, debía haberlo sido y por no hacerle daño, por blando, me la ha jugado, se ha escudado en los dos chavales y me la han clavado por la espalda.

Me dan ganas de quedarme aquí metido en el coche y no salir de él nunca más, pero tengo que hacerlo, no hay más remedio, tengo que ir a casa y acabar con ella para siempre, con hijos o sin hijos, pero acabar con ella.

—Arranque de una vez, señor Sotillo.

—¡Valdemoro! ¡Qué susto me ha dado! ¿Qué hace en mi coche?

—Ni se mueva. Le estoy apuntando con un arma, así que salga despacio de la cochera, como si no pasase nada.

—Venga, hombre, que soy yo...

—Si, señor Sotillo, ya sé que es usted. Y ya sé que su mujer ha venido a denunciarlo, ha sido el cotilleo de la mañana. Aunque lleve horas escondido en su coche, estoy al tanto. La gente viene a buscar sus vehículos y hablan de lo que ha pasado, se enteran uno de todo.

—Vamos, amigo, hablemos con calma.

—Salga de la cochera sin hacer tonterías y diríjase su casa.

Esto no me puede estar pasando a mí, es mentira, lo estoy soñando. Se me resbala el volante de las manos, estoy empapado de sudor.

—¿Sabe, señor Sotillo? Yo siempre lo imaginé. Demasiadas caídas por las escaleras, demasiados accidentes y sobre todo, demasiado aislamiento en una mujer como la suya que era un encanto de persona, sociable y atenta con todo el mundo.

—Ha habido un error, Valdemoro. Yo no la he maltratado nunca.

—Si, eso lo dicen todos. También el novio de mi hija lo decía y ¿qué? Todos mienten, señor Sotillo, todos mienten para protegerse mientras a ellas les hacen la vida imposible. Y usted es uno de tantos. Un malnacido, un degenerado.

Me está apuntando, no miente. Está acurrucado detrás de mi asiento, pero le veo la mano empuñando un pistolón talla XXL.

—¿Le gusta? Me la he hecho yo. Ya ve, el tonto de Valdemoro sabe hacer armas y todo. Lo malo que tiene esta es que solo he conseguido diez balas, luego no hay más munición, no se encuentra ya. Pero bueno, sabiendo dosificarlas bien... Mire, vamos a echar la cuenta. He gastado dos con cada uno de los muertos, dos por cuatro son ocho, ¿verdad, señor Sotillo? O sea, que me quedan dos, si no me fallan los números. Dos que he reservado para... usted, para mi jefe, claro que sí.

—Están mis hijos en casa, le ruego que no tenga el mal gusto de montar ningún espectáculo en su presencia.

—¡Ah! ¡Los hijos! Yo también tuve hijos. ¿La recuerda, señor Sotillo? ¿La recuerda? Era un ángel, todo el mundo me lo decía, era un ángel por dentro y por fuera.

—Fue una desgracia, pero eso no le da derecho a ir por ahí matando gente.

—Si yo no quería matar a nadie, pero es que la justicia no actúa, señor Sotillo. Cerraron el caso de mi hija porque no dieron con el culpable, bueno, pues yo lo veo en cada maltratador que me entero de que existe. Y en cada mujer que viene a denunciar, veo a mi hija que nunca lo hizo. Llevo todo el tiempo diciéndoles que los muertos hablan, solo tenían que haber indagado un poco más y se hubieran dado cuenta enseguida. A mí no me gusta este juego, no me ha devuelto a mi hija, pero quería que se diesen cuenta de que no investigan bien, yo he

dejado huellas más en todos los sitios, no me he puesto guantes para nada, ni para abrir puertas, ni para tocar muebles, pero no se han molestado en comprobarlo.

—Valdemoro, usted no está fichado, era imposible asociarlo con las víctimas, porque tampoco era extraño que hubiese huellas tuyas o de cualquiera de nosotros que hemos ido mil veces a los sitios en los que se habían producido las muertes.

—Nada es imposible, señor Sotillo, no se puede descartar nada hasta el final, mírese usted. ¿Quién iba a pensar que un inspector jefe del Cuerpo de Policía es un maltratador?... Pues yo, ya lo ve, lo pensé siempre. Ya ve, Valdemoro, el insignificante, el despreciable, el pobre Valdemoro, le había calado a usted hacía mucho tiempo, señor Sotillo, mucho tiempo.

Me pregunto qué hago yo, aquí, hablando con este loco. ¿Cómo puedo hacer para quitarle el arma? ¿Cómo lo enganchó para sacarlo de mi coche? No voy a dejar que un mequetrefe semejante pueda conmigo solo porque va armado.

—Va muy despacio, señor Sotillo. ¿No quiere llegar a su casa?

—A ver, Valdemoro, hay un control en la carretera, tengo que parar, no haga tonterías. Le están buscando.

—Ni se le ocurra detenerse.

—¡Pero hombre, que me van a disparar! Tengo hacerles caso, no hay más remedio.

¡Maldita mi suerte! No podía haber amanecido un día peor.

—Inspector Sotillo. No sabíamos que era usted, continúe, por favor.

Quiero hacerle un gesto al compañero, algo para que se dé cuenta. Con la mirada le hago señas para que se percate de lo que llevo detrás.

—Espere, espere un momento, parece que lleva una rueda pinchada. Va a tener que cambiarla. Será mejor que se baje y le ayudaremos.

Buen chico, me guiña un ojo, se ha dado cuenta de que algo no va bien. Me bajo muy despacio no sea que a Valdemoro le dé por apretar el gatillo.

¿Pero está solo este chaval? Debería haber dos. ¿Dónde demonios está el compañero?

¡¡No, no!! ¡Ha disparado!

—¡Valdemoro! ¿Qué ha hecho? ¡Era un chiquillo!

—Una bala, señor Sotillo, me queda una bala.

—¡Hay que llamar a una ambulancia!

—¿Sabe lo que le digo? Que no le voy a matar a usted porque me he dado cuenta de que la muerte es poco para los maltratadores, la muerte es un alivio, dejar de sufrir, descansar, y eso no se lo merece alguien que ha hecho tanto daño como usted, eso se lo merece alguien que solo quiere tener a su hija al lado.

Tiene razón.

Ni me he movido para impedírselo.

Es lo mejor que ha podido hacer.

No quiero verlo.

No puedo más.

Ha hecho lo correcto, si señor.

Me tiembla el pulso, no soy capaz ni de marcar el número para llamar a una ambulancia, pero tengo que hacerlo, por el oficial que yace en el suelo mientras a su alrededor se va formando un cerco de sangre. Es como Luis, o como Sebas, no tiene más años, desde luego.

Allí viene el compañero asustado por el disparo. Se lleva las manos a la cabeza, dice que fue a comprar agua.

—¡Llama a una ambulancia en seguida! No es grave, le disparó en la pierna, se pondrá bien. Y ese otro es el asesino que todos andan buscando. Está muerto.

Viene mucha gente, se arremolina todo el mundo que sale del bar y de las casas cercanas. Allí llegan más coches de Policía, yo ya no pinto nada en este sitio, no tengo ganas de ver caras raras que me miran de mala manera. Que se encargue Parrita de todo esto, que para eso le pagan.

Después de identificarme y explicar lo que ha ocurrido me voy a casa, me cuesta coger el volante, pero me voy. No es que tenga ganas de llegar, pero ¿a dónde me meto?

Al fin y al cabo, es mi casa, que buen trabajo me costó levantarla con todos los lujos que pude ponerle, para que no le faltase de nada a mi familia, esa misma familia que ahora me da una puñalada traperera.

Esto está muy tranquilo, no hay ni un alma. Yo también estoy tranquilo, con la tranquilidad que da no tener nada más que perder.

Comprendo a Valdemoro, todo da igual, llega un momento en la vida en el que todo da igual.

¿Dónde estarán los chicos? ¿Y esta? No se habrá puesto a pintar o a escribir chorradas de las tuyas, ¿no?

Abajo no hay nadie, desde luego.

Voy arriba, seguro que está durmiendo la borrachera de dignidad y empoderamiento que le ha entrado de repente.

Aquí se oye algo.

—¿Qué estás haciendo? ¿La maleta?

Mírala, como que no me ve. Sigue haciendo un equipaje para nada, porque no sé dónde piensa que se va a ir.

—No vas a salir de aquí. Antes te pego dos tiros, ya te lo he dicho. Me has arruinado la vida y la carrera, pero no vas a humillarme marchándote de esta casa y dejándome aquí tirado como un perro.

¡Cuánto me jode esta actitud que tiene de hacer como que no existo!

—¿Tú no sabes que yo soy policía y que los policías llevan arma?

Y sigue metiendo ropa en la maleta. Bueno, ya la sacará.

Ella vacía los cajones y yo desenfundé el arma.

—Mira, puedo apuntarte en la mismísima sien y dejarte tiesa moviendo solo un dedo. ¿Lo ves? Con un

pequeño movimiento de mi dedo, no serás más que un montón de sesos esparcidos por la pared.

¡Ah! Ahora se detiene. Tiembla como una vara verde. Claro, todos somos muy valientes hasta que dejamos de serlo ¿verdad?

—Ni se te ocurra tocarla, papá.

—Es... una broma, hijo, no pensarás que yo...

—Lo sabemos todo. Sebas está abajo llamando a tus compañeros para que vengan a detenerte.

—Eso no es cierto, eso no lo podéis hacer, eso...

¡Ay! Casi me mato con la jodida maleta, y encima se me ha caído el arma.

—¡Mamá! ¡Suelta eso! ¡No lo hagas! Ya están llegando, se lo van a llevar, no tendrás que verlo nunca más.

¡Desagradecida! Me apunta a la cabeza, ahora no le tiemblan las manos a la muy falsa.

No se atrevería, no puede, nunca valió para nada.

—¡Dámela, mamá, por favor, dámela!

Me mira fijamente, nunca me había mirado así. Aprieta la pistola contra mi frente con todas sus fuerzas, a ver si vamos a tener un disgusto.

—No serás capaz.

Se lo digo así, a la cara, porque es verdad, porque no tengo ningún miedo.

¡Maldita sea! Presiona de una manera que no me atrevo a moverme. Si le doy un golpe las mando a ella y a la pistola a tomar vientos, pero es que la oprime tanto contra mí que igual se le dispara y me revienta la cabeza.

Ahí llega Sebas, él pondrá orden aquí, claro que sí, hijo, vamos. Dile que me deje en paz, que es una cobarde, que no vale para nada, díselo, hijo, díselo.

—Yo sé que sí que serías capaz, mamá. Si has sido capaz de callar todo este tiempo para que nosotros no nos diésemos cuenta de nada, serías capaz de cualquier cosa, porque eres una mujer fuerte y valiente, pero es que no quiero que lo hagas. ¿Sabes por qué, mamá? Porque no lo merece, porque se ha ganado vivir para sufrir la vergüenza y el desprecio de sus compañeros, por eso quiero que me des el arma y le dejes con su condena, toda, entera, para él. Dámela, mamá, por favor, ya lo has pasado bastante mal. Míralo ahí tirado como lo que es, como un pelele. Se ha orinado encima, está muerto de miedo, porque no estás sola, porque sabe que se le ha acabado todo lo que ha hecho. Muy bien, mamá, muy bien. Así, dámela. Gracias, mamá, gracias por tanto.

¡Me cago en mi vida! Es la segunda vez en el día que oigo lo mismo, que la muerte es un alivio, que no me la merezco. ¡Que me peguen un tiro ya mismo, ya mismo!

Se oyen sirenas ahí abajo. Entonces... era verdad que han llamado para que vengan a detenerme. ¡Que me disparen!

Pero ¿cómo han podido hacer eso? ¿Qué clase de malas bestias he criado?

¡Parra! Viene Parra a detenerme. Prefiero morirme ahora mismo.

—Sotillo. ¡Hay que ver, lo bajo que has caído! Vamos anda, tira para fuera.

Y la Garrido, la maldita Garrido abrazando a mi mujer mientras me mira con desprecio.

—Sois todas unas putas.

—Guarda silencio, porque todo lo que digas...ya sabes ¿no?

Muérete, Parra, moríos todos.

—Ya está mamá. Ya terminó todo.

Me llamo María:
los ojos hundidos,
la frente morada,
la boca **p**artida

Me llamo María.
Cargadas mis venas
de sangre valiente,
de nueva **e**nergía

Me llamo María.
Repito mi nombre
porque soy persona,
porque tengo **v**ida

Me llamo María.
Llevo mi equipaje
cargado de fuerza,
de fe en mí **M**isma

Me llamo María.
Hasta aquí he llegado,
pero hoy comienza
el resto de mi **V**ida

